

José Calvo Poyato



La Orden Negra

Lectulandia

Toledo, siglo VIII. El obispo visigodo Audaberto recibe una carta de su hermano que le conmina a guardar un importante objeto ante la llegada de las tropas islámicas, que están conquistando el territorio...

Friburgo, 1934: el profesor Otto Rahn, apasionado de las historias de caballería medieval, está a punto de publicar su libro *Cruzada sobre el Grial*. Él no lo sabe, pero los nazis siguen atentamente sus pasos...

Barcelona, 23 de octubre de 1940: Mientras Franco y Hitler se entrevistan en Hendaya. Himmler, sin embargo está en Barcelona, alojado en el hotel Ritz. Durante su estancia le roban una cartera aunque la prensa de la época no aireó el suceso (que se adjudicó al espionaje británico).

Barcelona, en la actualidad. Ramón Nogués recibe en herencia de su abuelo una vieja arqueta en la que se encuentra una cartera con la esvástica nazi y una carta.

Lectulandia

José Calvo Poyato

La Orden Negra

ePub r1.0
mnemosine 30.11.14

José Calvo Poyato, 2005

Editor digital: mnemosine
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A los Rafael Nogués i Roura

Un día del mes de febrero de 716

El jinete había cabalgado sin descanso desde que el conde Sigerico le entregara el pergamino donde un monje había garabateado, a toda prisa y sin mucho primor, unas líneas en las que explicaba la derrota sufrida por las tropas visigodas a manos de aquellos jinetes enjutos, menudos de cuerpo y piel más negra que cetrina, que contaban con la ayuda de muchos traidores al rey Rodrigo y la colaboración de los pérfidos judíos.

Nada se sabía acerca del paradero del monarca después de que, en la sangrienta batalla celebrada a orillas del río Barbate y de la laguna Licustina, se hubiese consumado el mayor de los desastres sufridos por el ejército visigodo desde que en la infausta jornada de Vouillé, hacía ya más de doscientos años, los francos de Clodoveo aniquilaron al ejército de Teodorico. Si esta derrota obligó a los visigodos a replegarse al sur de los Pirineos, cediendo el terreno a los francos, salvo la Septimania —una de las regiones más hermosas del Mediterráneo, que se extendía por las costas meridionales de la Galia, englobando las desembocaduras del Ródano—, aquella iba a suponer, si la Divina Providencia no disponía otra cosa, la desaparición del reino.

Era ya la caída de la tarde cuando jinete y montura realizaban el último esfuerzo para coronar la empinada y serpenteante cuesta en cuyo final se encontraba un modesto conjunto arquitectónico formado por una iglesia y una serie de dependencias anejas al templo. Allí estaba la morada del obispo y la escuela episcopal, donde un grupo de clérigos cumplían con sus obligaciones de forma más voluntariosa que eficaz. Su trabajo, en realidad, estaba más relacionado con la copia de textos antiguos que con la enseñanza porque eran pocos, muy pocos, los niños o jóvenes interesados en aprender a leer, escribir, contar o adquirir los elementales conocimientos que allí se impartían. No llegaban a la docena los discípulos que diariamente acudían a recibir las referidas lecciones a las que, en ocasiones, se añadían rudimentos de algunos saberes relacionados con la gramática, la retórica, la astronomía y la música.

El jinete golpeó repetidamente, utilizando el pomo de su daga, en el portón tachonado de clavos que cerraba el conjunto de achaparradas construcciones que coronaban el otero a cuyos pies se desparramaba el pobre caserío de Osca, que había conocido tiempos mejores, como atestiguaban vestigios de antiguas construcciones y el empiedro de varias calles.

El frío, cada vez más intenso, no había dejado de aumentar conforme el sol declinaba. El jinete y el caballo, empapados en sudor, apenas lo percibían, pero aquella noche las temperaturas serían tan bajas que todo quedaría cubierto por el blanco manto de una fuerte helada. Pateando el empiedro con movimientos nerviosos, el caballo resoplaba con fuerza y el aire que salía por sus ollares se transformaba en

vapor al contacto con el frío reinante.

Solo después de varios intentos hubo respuesta a las demandas del jinete y desde un ventanuco abierto en la parte alta del muro de mampostería, que brindaba una escasa protección a las edificaciones que cobijaba en su interior, se oyó una voz.

—¿Quién perturba de ese modo la paz de este sagrado lugar? —le reconvino un individuo de cabeza redonda y rigurosa tonsura.

—¡Busco a Audaberto, epíscopo de este territorio! ¡Según me han dicho abajo esta es su residencia! —gritó desganado el mensajero.

—¿Quién lo busca?

—¡Traigo un mensaje del conde Sigerico!

El clérigo se perdió tras el ventanuco, que se cerró dando un fuerte portazo.

El jinete, cuyo aspecto era el de un guerrero, permaneció sobre su caballo un tiempo que le resultó excesivamente largo. El silencio solo fue roto por el siniestro aleteo de un negro cuervo que se posó en la espadaña donde colgaba la campana, que llamaba al culto a los fieles del lugar. El jinete pensó que no era una buena señal el vuelo de aquel pajarraco.

En su espera tuvo tiempo de rememorar la sangrienta jornada vivida en la víspera cuando los musulimes aparecieron en los arrabales de la vieja Cesar Augusta y conminaron a su amo, el *comes* Sigerico, a que les entregase la ciudad. La negativa del conde dio lugar a un duro enfrentamiento, que en poco rato había teñido de rojo las aguas del Ebro. Luego, tras la derrota de los visigodos, comenzó la terrible carnicería a que se entregaron los invasores. El último de los focos de resistencia, en torno a la ciudadela, la ofreció un grupo de gardingos que formaban la guardia personal de Sigerico. Su sacrificio había permitido al conde disponer del tiempo suficiente para dictar, a toda prisa, a uno de los monjes que trabajaban en el *scriptorium* de su pequeña corte la carta que le habían confiado.

Agila, que era el nombre del mensajero, recordó las escuetas órdenes que el propio Sigerico le dio antes de que huyese por una poterna excusada que daba a la parte norte de la ciudad. El conde había sido tajante.

—¡No pierdas un instante, ni te entretengas con ningún pretexto! ¡Es muy importante que este mensaje llegue a manos de Audaberto, el epíscopo de Osca! ¡Me respondes con tu vida!

Pensaba Agila que en el tiempo que le quedase de vida, por muy largo que fuese, nunca olvidaría ni la mirada del conde ni lo vanas que sonaron sus últimas palabras. Era la vida del conde la que en aquellos momentos carecía de valor y el propio Sigerico era consciente de que su tiempo estaba tasado. Aún resonaban en su cabeza las órdenes que le daba al monje que había escrito el mensaje, invitándole a que tratase de ponerse a salvo, si es que ello era posible. Luego lo vio alejarse acompañado de dos hombres que en todo momento habían estado a su lado. Marchaba con la espada desenvainada en busca de la muerte, pero iba sereno porque había hecho lo que tenía que hacer: dictar aquellas líneas y ponerlas en manos de

quien pudiese llevarlas hasta su destino.

El desagradable chirrido de unos goznes mohosos lo sacó de los tristes pensamientos que le conturbaban el ánimo. Al otro lado del portón apareció, junto a la oronda figura del tonsurado que le había hablado desde el ventanuco, un gigantón armado con un viejo escudo y una espada corta. Su actitud pretendía ser desafiante, pero tenía algo de cómica y resultaba ridícula. Una vez que el clérigo le invitó a pasar, el jinete desmontó y a su cansancio se sumó el dolor de huesos provocado por muchas horas de camino sin apenas haberse tomado un respiro.

Cruzaron un patio de grandes losas de piedra toscamente desbastadas y rústicamente encajadas, por cuyos intersticios asomaban algunos matojos. Por primera vez, Agila percibió en su cuerpo el frío reinante, porque el viento, al encajonarse por la disposición de las construcciones, cortaba como el filo de una daga.

En torno al patio se distribuían varias construcciones, pobres de materiales, cuya función quedaba patente por su propio aspecto. A uno de los lados podían verse los establos, graneros, bodegas y almacenes, según denotaban los rústicos aperos de labranza que allí reposaban junto a algunas tinajas y unos pequeños trojes, todo ello protegido de las inclemencias del tiempo por un cobertizo de madera. Frente al portón de entrada estaba la iglesia, una construcción achaparrada y de aspecto macizo, hecha de mampostería salvo en los ángulos donde destacaban sillares de piedra bien cuadrados y dispuestos. Un pequeño pórtico, sostenido por dos columnas de liso fuste, se abría delante de la puerta del templo coronado por la espadaña con su campana, donde el cuervo continuaba posado. En el lado opuesto al cobertizo de los aperos se encontraban varias dependencias que, sin duda, albergaban la residencia del obispo y de los clérigos que le ayudaban en su ministerio; a los lados del portón de entrada se encontraban las viviendas de la servidumbre.

Agila vio en la penumbra de los ventanucos algunos rostros de mirada huidiza. Aunque en el patio todo era una silenciosa calma, solo rota por el ruido del viento, el mensajero supo que todos sus movimientos eran seguidos con gran interés por ojos ocultos.

—Gandulfo se encargará de atender vuestro caballo —señaló el clérigo—. Vos, tened la bondad de acompañarme.

Agila miró alternativamente al monje y al del escudo, calibrando la situación. Apretó el puño de su espada, dando a entender con su gesto que no admitiría trampas. Entregó las riendas del caballo y el grandullón tiró del animal hacia los establos. Subieron unos escalones formados por gruesos bloques de piedra cuya superficie había pulido el paso del tiempo y entraron en las dependencias episcopales. El interior era oscuro; a la falta de ventanas se añadía una pobre iluminación proporcionada por unas lamparillas que nadaban en unos cuencos de barro llenos de aceite. El clérigo se detuvo ante una puerta que ofrecía mejor aspecto que las otras —tenía en los bordes pequeños labrados con motivos vegetales y un medallón en el

centro donde podía leerse la palabra *Charitas*, la madera estaba pulida y encerada—. Se volvió hacia el mensajero y le preguntó:

—No me habéis dicho vuestro nombre. ¿A quién tengo que anunciar?

El guerrero le miró suspicaz.

—Mi nombre es Agila, pero no es mi nombre lo que importa, sino la noticia que traigo al epíscopo.

El clérigo, sin hacer caso al comentario, abrió la puerta y anunció con voz solemne, que en aquellas circunstancias no dejaba de tener cierta comicidad:

—Agila, enviado del *comes* Sigerico. —Se hizo a un lado y con un gesto le invitó a pasar.

La dependencia era de medianas dimensiones, estaba alfombrada con esteras de esparto y de las paredes colgaban tapices de lana en los que se representaban escenas de la vida de un santo, presumiblemente san Lorenzo porque en uno de ellos se adivinaba, dado lo rústico de las formas, al mártir tendido en una enorme parrilla donde era torturado. Pese a la beatífica expresión de su rostro y lo reposado de su cuerpo, Agila pensó que debería estar pasándolo mal porque, tal y como lo representaba, se estaba asando a fuego lento. En uno de los extremos del salón se abría una ventana doble coronada por sendos arcos de herradura y partida por una pequeña columna central; las ventanas estaban cerradas por unas largas piezas de blanco lino encerado que permitían el paso de la luz y a la par proporcionaban cierto resguardo contra el frío. En el otro extremo había una chimenea de amplia campana en la que crepitaba alegre un fuego alimentado por grandes troncos de roble. La iluminación del salón era muy superior a la de la antecámara, no solo por la luz que proporcionaban las ventanas y el fuego de la chimenea, sino por las numerosas velas encendidas que daban cierta sensación de calor en la estancia.

Cerca de la chimenea, sentado en un sillón de grandes dimensiones y con las piernas extendidas sobre un escabel, había un individuo que por su aspecto y vestiduras —negro hábito de lana y una perfilada tonsura en su cabeza— pertenecía al estamento eclesiástico. Era enjuto de carnes, tenía la piel muy blanca y sus ojos eran azules. No resultaba fácil determinar su edad, pero sin haber llegado a la senectud, era persona madura.

Audaberto no se entretuvo en saludos ni en preámbulos, cosa que Agila agradeció. Giró la cabeza hacia donde estaba el guerrero, detenido en medio de la estancia por indicación del clérigo que le había conducido hasta allí, y le preguntó:

—¿A qué se debe, hijo mío, tu presencia en esta santa casa? —Pese a sus amigables palabras, la voz sonaba autoritaria.

—¿Sois el epíscopo Audaberto? —La voz del guerrero también sonaba enérgica.

—Ese es mi nombre.

Agila metió la mano en uno de los intersticios de su loriga, formada por piezas de cuero tachonadas de metal, sacó un amarillento pergamino, se acercó hasta el obispo y se lo alargó a la par que, a modo de saludo, hincaba una rodilla en tierra y hacía una

ligera inclinación de cabeza.

Antes de leerlo, Audaberto le preguntó:

—¿Te envía el *comes* Sigerico?

—Así es.

—Supongo que tu presencia aquí es el anuncio de que ha sucedido algo extraordinario.

—No solo extraordinario, sino terrible, señor.

La siguiente pregunta la formularon los ojos del clérigo con tal fuerza que el guerrero sintió la necesidad de explicarse, sin que Audaberto hubiese abierto la boca:

—Los guerreros de Mahoma han llegado a Cesar Augusta y la resistencia ha sido inútil. El Ebro, señor, bajaba ayer tinto en sangre. Posiblemente yo haya sido la última persona que ha podido huir de la ciudad.

Audaberto se levantó con dificultad por culpa de la maldita gota que lo martirizaba cada vez con más frecuencia e intensidad. Al poner los pies en el suelo no pudo evitar que en su rostro apareciese una mueca de dolor. La enfermedad ya lo torturaba casi permanentemente. Se acercó hasta una redonda tabla forrada de hierro donde lucían media docena de velas y abrió los dobleces del pergamino. Fijó sus ojos en la picuda y emborronada letra que resaltaba sobre los tonos amarillentos de la pulida vitela de cordero y leyó bisbiseando:

Querido hermano:

Que la paz de Nuestro Señor sea contigo. Cuando leas estas líneas habré pasado a mejor vida. El ataque de los guerreros de Mahoma ha sido como la ola gigantesca que se abate sobre una playa. Hemos luchado con valor, pero nuestra resistencia ha sido inútil, en pocas horas acabarán de dominar esta ciudad. Ningún obstáculo digno de tal nombre se opone ya a su avance. Nada se sabe del rey Rodrigo y todas las noticias que hemos recibido hablan de muertes sin cuento y destrucciones sin límite. Jesucristo Nuestro Señor castiga de este modo nuestros muchos y grandes pecados. Toda resistencia es inútil y lo único que puedes hacer, si es que la misericordia divina te concede el tiempo necesario para ello, es huir para poner tu vida a salvo y, lo que es más importante, dejar a buen recaudo el sagrado depósito que, tras la caída de Toledo, te fue confiado.

Espero que Agila pueda llevar hasta tus venerables manos este mensaje. Puedes confiar en él como si de mí mismo se tratase. Espero igualmente que la misericordia divina nos proporcione el encuentro que anhelo en la vida perdurable.

Recibe con estas líneas el cariño de tu hermano.

Sigerico *comes*

Los ojos de Audaberto se habían enrojecido y tuvo que esforzarse para contener las lágrimas que pugnaban por salir. Con un nudo atenazándole la garganta, apenas pudo balbucir unas palabras:

—No creí que fuese tan rápido. No creí que fuese tan rápido —repitió—. Pero nuestra suerte estaba echada desde que el rey Rodrigo abrió aquella maldita arca, tentado por la curiosidad que en su corazón había puesto Lucifer.

Agila hizo un expresivo movimiento de hombros, dando a entender que él era un guerrero y no sabía de sutilezas cortesanas. El obispo reparó en ello y, alejando momentáneamente su dolor, le preguntó:

—¿Acaso no sabes que la causa de nuestros males está relacionada con los pecados de nuestro rey?

El guerrero encogió los hombros de nuevo.

Audaberto, con voz que sonaba ausente, le explicó que en la ciudad de Toledo había un arca de tres llaves sobre la que pesaba una prohibición: la de ser abierta. Una prohibición que sus antecesores habían respetado. El rey Rodrigo, tentado por una malsana curiosidad, no pudo resistirse, pensando que guardaba un valioso tesoro. La abrió y lo que encontró fueron unos escritos donde se profetizaba que para el tiempo en que fuesen abiertas las cerraduras del arca, el reino visigodo llegaría al fin de sus días, en un destino fatal, a manos de guerreros de piel oscura, cuyas cabezas aparecían cubiertas con turbantes y estaban armados de espadas curvas.

—Por lo que tenía entendido —comentó Agila— la llegada de los musulimes está relacionada con la ayuda que les ha prestado el *comes* Julián, a cuyo cargo estaba la plaza fuerte de Ceuta, permitiéndoles cruzar la lengua de mar llamada las Columnas de Hércules, que separa nuestro reino de las tierras de la Mauritania Tingitana. Se dice que el *comes* Julián ha actuado de forma tan vil porque el rey forzó a una hija suya, llamada Florinda, a quien su padre había enviado a la corte de Toledo para aprender buenas maneras.

—Cierto es lo que dices. Pero ese, hijo mío, que es otro pecado de nuestro monarca, ha sido simplemente el instrumento de que se ha valido la Providencia para que la profecía se cumpla.

El obispo se acercó hasta la chimenea y con la mirada fija en el fuego quedó absorto largo rato, como si estuviese hechizado por las llamas que bailaban ante sus ojos formando imágenes caprichosas. El guerrero y el fraile aguardaron, en respetuoso silencio, a que el obispo superase el trance que había significado la lectura del mensaje. Cuando salió del ensimismamiento, Audaberto ordenó al clérigo:

—Que den cama y comida a Agila. Necesita descansar. Y tú, Arcesindo, disponlo todo para partir mañana al alba.

—¿Mañana al alba, señor?

—Sí. Mañana salimos de viaje. Si no lo hacemos antes —miró hacia la doble ventana partida por una columna central, comprobando que el crepúsculo había llegado— es porque el riesgo de las tinieblas es mucho.

—¿Habéis dicho salimos, señor?

—Sí, porque tú me acompañarás y también, si Agila lo desea, vendrá con nosotros; es un joven guerrero y podrá prestarnos auxilio en caso necesario. Ahora retiraos y dejadme solo.

El clérigo y Agila abandonaban ya la estancia cuando los detuvo la voz del obispo:

—¡Arcesindo, que nadie falte a la colación! ¡He de comunicaros a todos noticias muy graves!

Una vez solo, Audaberto estuvo largo rato sumido en profundas reflexiones; de

vez en cuando dirigía breves miradas a los tapices donde se representaba de forma sumaria la vida de san Lorenzo. Luego, prendió la bujía de un fanal de vejiga y se embozó en una pesada capa de lana tan negra como su propio hábito y abandonó la estancia, alumbrándose con aquella candelilla que apenas era suficiente para difuminar la oscuridad y evitar tropezones al caminar.

Al salir al patio el viento helado le golpeó en el rostro; también lo sintió en manos y pies. Con paso decidido, pese a la tortura de la gota, entró en la iglesia, atrancó la puerta con una viga de madera, avanzó en medio del silencio y las tinieblas hasta el presbiterio y rodeó el altar, depositando el fanal sobre el ara. En el templo el frío era gélido, pese a lo cual se quitó la capa para desembarazarse del obstáculo que suponía y, alumbrado por la pobre luz de su farol, removi6 con gran esfuerzo una losa del suelo similar a las demás y perfectamente disimulada, que tapaba una entrada tan pequeña que un hombre grueso hubiese tenido no pocas dificultades para pasar por ella. El hueco daba acceso a una estrecha escalera que conducía a una cripta. Al levantar la losa recibió una vaharada de humedad, que se acentuaba conforme bajaba los escalones.

La cripta era un espacio cuadrado de unos diez pies de lado, cerrada por gruesos muros de piedra hechos con bloques bien cortados y ensamblados. Allí solo había, apartado en un rincón, un sarc6fago de mármol blanco de época romana, según denotaba su decoración de estrígilos. Audaberto levantó el farol todo lo que dio de sí su brazo y escudriñó en la oscuridad; con la mano libre palpó hacia el centro de una de las paredes hasta que percibió unas hendiduras, apenas visibles. Introdujo la punta de los dedos y tiró con fuerza de una piedra que se desprendió y cayó al suelo con un estrépito que ahogó el carácter subterráneo del lugar y el grosor de los muros. Quedó al descubierto una pequeña hornacina donde reposaba un cofre ricamente decorado con esmaltes de vivos colores que cubrían casi toda la superficie, una verdadera joya realizada según el más puro estilo visigodo.

Sacó una llave que colgaba de una cadenilla de oro que llevaba al cuello y abrió la arquilla. Allí había un cáliz de piedra translúcida, de la que llaman ágata, decorado con oro y piedras preciosas entre las que destacaba por su forma, color, tamaño y brillo una extraordinaria esmeralda. También había dos pequeños rollos de blanquísimo pergamino de excelente calidad, en los que el tiempo no parecía haber dejado su huella. Estaban atados con unas estrechas cintas rojas. Palpó con mano temblorosa la copa y los rollos de pergamino e hizo una respetuosa genuflexión. Luego, sin perder un instante, cogió la arquilla y abandonó la cripta que había ocultado de miradas indiscretas el tesoro que llevaba consigo. El obispo era consciente de que aquel recóndito lugar ya había cumplido su misión y esperaba que san Lorenzo lo perdonase por haber sacado su calavera, allí guardada, y depositarla junto a los demás huesos en el sarc6fago, para dejar sitio a la sagrada reliquia y poderoso talismán del que se contaban tan extrañas y portentosas historias, y que habían dejado bajo su custodia debido a lo revuelto de los tiempos. Ahora lo más

importante era poner aquel tesoro a buen recaudo en lugar seguro; y a él, Audaberto, le correspondía la tarea de salvarlo de caer en manos de la horda de agarenos — aquellos infieles se decían descendientes de Agar, la esclava de Sara y madre de Ismael— que estaban liquidando, sin apenas resistencia, el reino visigodo de Toledo.

Apenas había despuntado el sol cuando Audaberto, acompañado de su fiel Arcesindo y de Agila, abandonaban Osca. Antes de marcharse, el epíscopo se despidió de sus clérigos a quienes la víspera había hecho sabias recomendaciones acerca del difícil futuro que se vislumbraba en un horizonte lleno de nubarrones y les había pedido que perseverasen en la fe de Nuestro Señor Jesucristo en medio de las dificultades que se avecinaban. Un blanco manto de escarcha cubría la tierra como consecuencia de la fuerte helada que había cuajado durante la noche. La temperatura era tan baja que a duras penas podían combatir el frío con los gruesos abrigos de piel de oso con que los tres viajeros trataban de protegerse. Abandonaron la población en silencio, tomando por un camino que era poco más que una senda y que conducía hacia el norte, hacia las escarpadas cumbres de los macizos montañosos que marcaban el límite entre el reino visigodo, que se desmoronaba ante el imparable avance de los musulmanes, y las tierras de los francos gobernadas por los merovingios. La imagen de los dos clérigos, montados en sendas mulas, ofrecía un fuerte contraste con la del guerrero que les daba escolta cabalgando en el brioso corcel, que parecía recuperado del cansancio de la dura jornada anterior. Su imponente presencia, como había previsto Audaberto, fue un salvoconducto ante la inseguridad de los caminos infestados de salteadores y ladrones que, a la primera oportunidad, atacaban a viajeros desprevenidos. El obispo llevaba en sus alforjas la delicada arquilla esmaltada en cuyo interior se guardaban el cáliz de la esmeralda, y los pergaminos que unos años atrás habían sido encomendados a su custodia y protección. Por su parte, Arcesindo llevaba, convenientemente protegida por unos paños de lienzo, una pequeña imagen de Nuestra Señora. El clérigo había bajado la venerada imagen de su pedestal y la había preparado para el largo viaje que les aguardaba, siguiendo instrucciones de su epíscopo. Era la Virgen que durante largo tiempo había presidido el altar de la iglesia mayor de Osca; una imagen toscamente tallada, que sostenía en sus manos benditas la figura del Redentor. Tanto la Virgen como el Niño tenían un rasgo muy llamativo: el rostro y las manos eran negros.

Durante la larga noche anterior, cuyas horas se le habían hecho interminables, Audaberto hizo lo que su conciencia le dictaba. El trabajo realizado había sido impecable, como si lo hubiese realizado el mejor de los orfebres. Concluida la tarea, revisó en su cabeza el plan, trazado hacía tiempo, para salvaguardar de los invasores el preciado tesoro que le había sido encomendado. El precioso cáliz sería ocultado en las fragosidades del monte Pano, su fiel Arcesindo quedaría allí, como su eremita custodio y que fuese la Providencia Divina la que dispusiese en los siglos venideros.

Los documentos donde quedaba atestiguada su autenticidad viajarían con él a la Septimania, al bastión visigodo que había quedado al otro lado de los Pirineos. Pero antes de buscar un paso para cruzar aquella barrera que la mano del Creador había colocado entre la Hispania de los godos y el reino de los francos, acudiría hasta las estribaciones montañosas que se levantaban frente al puerto de Barcino a la vista del Mediterráneo.

Audaberto viajaría hasta la montaña mágica de Montserrat para depositar allí la imagen de su venerada Virgen Negra^[1] en una de las muchas cuevas que se abrían en dicho macizo. Era consciente de que el fervor de las buenas gentes de su diócesis a aquella imagen de la madre de Dios estaba asociada a oscuras leyendas, a tradiciones que se remontaban a los primeros tiempos del cristianismo, a los años que siguieron a la crucifixión de Cristo y que significaron la dispersión de sus discípulos por las tierras ribereñas del Mediterráneo. Era una de pocas las imágenes, según tenía entendido, que habían escapado a la destrucción decretada por las autoridades religiosas de Roma, después de que los padres del concilio de Nicea expurgasen los escritos que existían referentes a la vida y milagros de Nuestro Señor Jesucristo.

En Nicea se había establecido, sin que hubiesen quedado claros los criterios utilizados —lo que dio lugar a numerosos conflictos—, cuáles de dichos escritos eran dignos de crédito y cuáles deberían ser destruidos de forma y manera que no quedase memoria de ellos. Ni sus antecesores ni él habían dado cumplimiento a tal exigencia. Con la imagen llevaba un viejo documento en el que se afirmaba que las Vírgenes de negro rostro estaban relacionadas con la presencia de María Magdalena en aquellas tierras del Mediterráneo Occidental.

PRIMERA PARTE

Friburgo, últimos días de noviembre de 1934

Había nevado tan copiosamente que las calles y plazas de Friburgo estaban cubiertas por varios palmos de nieve. Transitar por las vías públicas era una temeridad, que aumentaría conforme avanzase la tarde que ya declinaba, porque con la llegada de la noche y la bajada de la temperatura la nieve se transformaría en resbaladizas y peligrosas placas de hielo. Otto Rahn había tenido que ofrecer al taxista el doble de la tarifa para que accediese a llevarle hasta el edificio donde tenía sus instalaciones la editorial Urban y a duras penas había dominado los nervios que le atenazaban desde que a través de una llamada telefónica tuvo la noticia, hacía solo unos minutos —el tiempo que había empleado en coger abrigo, bufanda y guantes, y calarse un sombrero de fieltro—, de que habían salido de la imprenta los primeros ejemplares de su libro. Cuando llegó al oscuro edificio de ladrillo y hormigón donde estaba la editorial, no podía disimular su agitación y restó importancia al hecho de que el taxista se negara a aguardarle allí para llevarle de regreso a su casa.

—Bastante he hecho con traerle —le espetó con antipatía el conductor, que a lo largo del recorrido no había dejado de mascullar protestas.

Otto le pagó el precio convenido y el taxista se marchó, conduciendo el Citroën Once Ligero negro con que se ganaba la vida. La verdad era que había controlado el vehículo con gran habilidad y mucho cuidado porque, pese a la calma con que habían hecho el trayecto —a Otto se le había hecho interminable—, en dos ocasiones el coche se había deslizado sin control por las placas de hielo que ya habían surgido en algunas partes.

En los bajos de aquel edificio de cuatro pisos estaba la imprenta; hasta el portal llegaban los rítmicos ruidos de las impresoras Heidelberg y también el olor a la tinta fresca y a la resina utilizada para la cola de las encuadernaciones. En el ambiente flotaba un inconfundible olor a papel. Subió la escalera hasta la planta primera al encuentro del primer ejemplar de su *Kreuzzug gegen den Gral* (*Cruzada contra el Grial*), su estudio sobre los cátaros —los peligrosos herejes, según Roma, que habían infectado las tierras del Languedoc durante los siglos XII y XIII—, sobre los trovadores provenzales, que habían recorrido las tierras de la antigua Septimania, sobre la presencia de los templarios en la región y sobre el Grial que aparecía relacionado con aquellos grupos, envuelto en misteriosas leyendas.

Otto Rahn, para distraer su mente mientras hacía el trayecto hacia la editorial retrepado en el asiento posterior del taxi, no había dejado de pensar en los tres largos años de intenso trabajo que ahora cobraban forma material. A su mente acudió con la nitidez de algo que hubiese ocurrido en la víspera, el momento en que, por

casualidad, trabajando en la Biblioteca Nacional de París, cayó en sus manos un opúsculo escrito por un tal Peladan, titulado *Le secret des troubadours*, en el que el autor desarrollaba una hipótesis acerca de las conexiones entre los trovadores, los templarios y los cátaros y que el Montsalvat que se mencionaba en el poema de Wolfram von Eschenbach estaba relacionado con el último bastión de la resistencia cátara en la lucha que contra ellos desencadenaron los papas de Roma: el castillo de Montségur conquistado por los cruzados en 1244.

Aunque desde sus años de estudiante de bachillerato en Geissen se había sentido atraído por las noticias que su profesor de religión, el barón de Gall, le había dado sobre aquellos herejes medievales que predicaban la pobreza evangélica, la ayuda al prójimo y la simplicidad en las formas de vida, fue aquel opúsculo el que le espoléó hacia la investigación de las conexiones de dichos herejes con los monjes guerreros de la poderosa Orden del Temple.

En su adolescencia las historias sobre la caballería medieval habían formado parte de sus lecturas favoritas, junto a los templarios, los caballeros de la Orden Teutónica o los de la Tabla Redonda. Como una película pasaban por su mente imágenes en las que rememoraba las situaciones vividas a lo largo de aquel tiempo dedicado a escudriñar en bibliotecas, a progresar en sus conocimientos del francés, que acabó dominando sin problemas, y sobre todo su deambular por las tierras que un día habitaron los cátaros y en las que los templarios establecieron numerosas encomiendas de su orden. Pese a que por tradición familiar —su padre era juez en Maguncia— y por expreso deseo paterno cursaba los estudios de derecho, la verdadera pasión de Otto era el mundo de los trovadores, en el que había creído descubrir mucho más que una forma de expresión amorosa, donde lo cortés y lo platónico se convertían en el centro de la vida.

Aquel opúsculo que el azar había puesto en sus manos le señalaba vías para profundizar en una relación que le resultaba apasionante: la del mundo de los trovadores y las creencias de los cátaros. A lo largo de aquellos tres años fueron muchas las horas de estudio, de reflexión y de trabajo para llegar a una conclusión: escondido entre los ropajes de la poesía de los trovadores provenzales había todo un mundo de conocimiento cuyas raíces se perdían en el tiempo.

Recordó también sus paseos por las luminosas llanuras del Languedoc y su descenso a las entrañas de la tierra en las innumerables cuevas que se abren en las montañas de los Pirineos, donde se decía que estaba oculto el tesoro de los templarios y también el de los cátaros, si es que ambos no eran una misma cosa. Acudieron a su mente conversaciones con eruditos locales, cuyas investigaciones le habían sido de gran utilidad y también, cómo no, las que mantuvo con lugareños que conservaban el recuerdo de antiguas tradiciones —algunas de ellas verdaderos arcanos— que habían pasado de padres a hijos, de generación en generación.

Todo ese esfuerzo había dado como resultado aquel libro a cuyo encuentro caminaba. Un libro en el que exponía su convicción de que allí, conectado con la

presencia de los herejes cátaros, desaparecidos, al menos oficialmente, setecientos años atrás, cuando los últimos resistentes fueron quemados en una hoguera al pie de la fortaleza de Montségur, estaba la presencia del Grial y que era allí donde había que buscar su paradero. Con el paso de los siglos, el Grial se había convertido en algo a lo que las historias asociadas a su existencia concedían un poder extraordinario; un poder que quedaría en manos de quien lo poseyese.

Lo que Otto Rahn no podía sospechar en aquel momento de nerviosismo, cuando subía la escalera que le conducía al despacho del editor que había puesto letra impresa a sus trabajos e ilusiones, es que antes de que recibiese la llamada telefónica en la que se le anunciaba la salida de las prensas de los primeros ejemplares de su obra, el director de la editorial había envuelto cuidadosamente un par de esos ejemplares y los había enviado a dos de los hombres más poderosos del régimen que se había instalado en Alemania, dos de los hombres más influyentes del Partido Nacional Socialista, que ya empezaba a conocerse con el nombre de Partido Nazi. Instruyó rigurosamente al correo que los llevaba hasta Berlín sobre la prioridad y urgencia de ambos envíos. Posiblemente, si las intensas nevadas que caían sobre la mayor parte de Alemania no habían dificultado en exceso el viaje hasta Berlín y si la burocracia no lo impedía, sus destinatarios ya los tendrían en su poder. Se trataba de Rudolf Hess y de Heinrich Himmler.

Otto Rahn llegó a la planta noble del edificio; allí el ruido y los olores de la imprenta llegaban muy amortiguados. La escalera desembocaba en un amplio distribuidor y frente a él, tras un mostrador de madera de haya, se encontraba un individuo de unos cincuenta años, facciones enjutas y abundante pelo canoso, cortado a cepillo. Tenía un inconfundible aire de portero. Nada más verlo aparecer le preguntó con voz que pretendía ser amable, pero que no lo conseguía:

—¿*Herr doktor* Rahn?

Otto se acercó hasta el mostrador y contestó afirmativamente con un monosílabo. El portero levantó una tapa abatible, salió y le pidió que le acompañase. El escritor siguió tras sus pasos por un largo pasillo iluminado por apliques adosados a la pared porque la luz que filtraban las claraboyas del techo, cerradas con preciosas vidrieras decoradas con motivos de la mitología nibelunga, no aportaban claridad suficiente. El resultado era una luz poco acogedora, que daba un aire casi tétrico a la estrecha galería. Las pisadas quedaban amortiguadas por una gruesa moqueta que había conocido mejores tiempos y que desdecía del tono de las vidrieras y de las maderas que se apreciaban en el zócalo. Se detuvo ante una puerta tan pulida como su mostrador, pero labrada en madera de roble y golpeó suavemente con los nudillos. Sin esperar respuesta, abrió una de las hojas.

—*Herr doktor* Rahn ha llegado.

Otto no escuchó muy bien la respuesta pero se la imaginó cuando el portero se hizo a un lado y, adoptando una postura marcial —casi se cuadró militarmente— le invitó a pasar.

El despacho era una combinación de sobriedad y buen gusto. En el suelo unas gruesas alfombras sustituían la desgastada moqueta del pasillo, un zócalo de madera de roble de unos noventa centímetros rodeaba la habitación y de las paredes colgaban varios cuadros de los que sobresalían dos de ellos; uno era un lienzo de regulares dimensiones donde un guerrero medieval sostenía un desigual combate con un espantoso dragón; el otro era un retrato de un personaje que por su indumentaria habría de situarse en el Renacimiento; muy pequeño y de excelente factura, pintado sobre tabla, a Otto le recordó los retratos de Durero. La mesa de despacho era enorme, probablemente del siglo XVIII. En uno de los lados, bajo el cuadro del guerrero medieval, había un amplio sofá con su pareja de sillones a juego, en cuero negro, y en la pared de enfrente, una chimenea en la que crepitaba un acogedor fuego; la flanqueaban dos sillones de orejas, tapizados en pana de seda de una tonalidad verdosa.

Rahn entró en el despacho justo cuando el editor se levantaba de su mesa de trabajo, donde numerosos adminículos aparecían dispuestos con precisión casi matemática, desde la escribanía o la carpeta de labrado y repujado cuero hasta la lámpara de mesa y el tarjetero donde descansaban sobres y cartas de papel verjurado y color crema. Lo acompañaba otra persona a quien el investigador no conocía. El recibimiento fue más que cordial, casi efusivo.

—¡Mi querido Otto!

Rudolf Urban se acercaba a Rahn con su mano derecha extendida. El escritor, que se había despojado de los guantes y los sostenía en su mano izquierda al igual que el sombrero, la estrechó con fuerza, pero se encontró con una mano carnosas y flácida.

El dueño de la editorial era un hombre de escasa estatura y obeso. Tenía la piel muy blanca y una calva reluciente orlada por una fina corona de pelo ralo y gris que le nacía por encima de las orejas y se cerraba en el cogote, sus ojos eran negros, grandes y penetrantes; bajo su generosa nariz se dibujaba un fino y delgado bigotillo que corría paralelo a su labio superior. Vestía un traje oscuro con raya diplomática, cuya chaqueta cruzada cubría su prominente barriga. Con gesto amable señaló hacia la persona que le acompañaba.

—¿Conoce a *herr* Völler?

—No tengo el gusto.

Rudolf Urban procedió a las presentaciones.

—*Herr* Völler, este es *herr* Rahn, el autor de *Cruzada contra el Grial*, la persona de quien le he hablado, un eminente investigador de nuestra Edad Media y profundo conocedor de tan apasionante época de nuestro pasado. ¡Uno de los hombres que dará mayor lustre al nuevo Reich alemán!

Otto sintió que un ligero rubor le subía al rostro. Hizo una cortés inclinación de cabeza y murmuró unas palabras en las que indicaba que había mucha exageración en las afirmaciones hechas por el editor.

—*Herr* Rahn, este es *herr* Völler, máximo responsable del Partido —Urban no

consideró necesario ser más explícito— en nuestra ciudad.

Völler era alto y enjuto, tenía el pelo negro peinado hacia atrás y los ojos de un grisáceo indefinido. Extendió el brazo con marcialidad y ofreció la mano a Rahn, estrechándosela con fuerza.

El editor explicó la causa de la presencia del político nazi.

—Cuando le dije a *herr* Völler que íbamos a publicar un trabajo suyo acerca del Grial me expresó su deseo de conocerle. He pensado que esta era una buena ocasión.

A Otto no le gustó que Urban anduviese por ahí proclamando a cualquiera — aunque resultaba evidente que Völler no era cualquiera— que había escrito aquel libro. Luego pensó que tampoco era malo que se supiese. Sin embargo, no le dio buena espina la presencia del máximo responsable local del Partido Nacional Socialista que, después de ganar las elecciones, había borrado a la oposición del mapa político de Alemania, aprovechando el incendio del Reichstag, del que culpaba a los comunistas aunque corrían rumores muy confusos sobre aquel desagradable suceso.

—En efecto, nos interesa todo lo que signifique profundizar en el conocimiento de nuestras raíces, de todo lo que suponga acercarnos al conocimiento de la gloriosa historia del pueblo alemán y, por supuesto, profundizar en aquellos saberes escondidos en misteriosas tradiciones y el poder que encierran. —Völler hablaba como si estuviera dirigiéndose a un auditorio, como si arengase a una muchedumbre.

—¿Le interesa el Grial, *herr* Völler? —le interrumpió Otto.

—¡Nos interesa —el nazi utilizó el plural— todo lo que suponga acercarnos al poder que ese objeto posee, como el que pueda proporcionarnos cualquier otro talismán, para ponerlo al servicio de nuestro *Führer*, Adolfo Hitler, y del Reich de los Mil Años que acabamos de inaugurar!

—Tengo entendido que cualificados miembros de la Sociedad Thule están interesados en el estudio concreto del Grial. —La pregunta de Otto era casi una afirmación.

—La Thule está interesada en todo saber que pueda redundar en favor del engrandecimiento del Reich. Estamos interesados, *herr* Rahn —Völler, que más que hablar declamaba, utilizó otra vez el plural—, en el estudio de todo conocimiento que, aunque oculto a los ojos del mundo, abra puertas a un poder que ni siquiera sospechamos.

Herr Rahn hizo un leve gesto de asentimiento, como dando a entender que compartía alguna de aquellas afirmaciones. El detalle no pasó inadvertido para el nazi, quien pensó para sus adentros que la misión que le habían encomendado sus superiores y que le había llevado hasta la editorial Urban iba a resultar más fácil de lo que en un principio había previsto.

Völler, que en sus años de estudiante no había logrado superar los estudios de bachillerato, en parte por la poca afición que le tenía a los libros y en parte porque como tantos jóvenes de su generación —la surgida después de la Gran Guerra de 1914 a 1918, que culminó con el vergonzoso tratado de Versalles— tenía la

convicción de que los intelectuales eran como los comunistas y como los judíos, gente peligrosa a la que había que vigilar de cerca porque eran ellos quienes habían traicionado a la patria durante tan desastrosa guerra y, desde luego, resultaban un grave obstáculo para hacer realidad la gran Alemania, cuya meta era el objetivo trazado por el *Führer*.

Era posible, pensaba Völler, que algunos de aquellos intelectuales pudiesen salvarse de su desprecio, aunque desde luego ni uno solo que fuese comunista y mucho menos judío.

—¿Está usted, *herr* Völler, interesado en la cultura que floreció en el país de los trovadores y de los cátaros? —le preguntó Otto.

Völler, que no sabía muy bien quiénes eran los trovadores —aunque tenía una vaga idea de que se trataba de una especie de poetas itinerantes un tanto afeminados — y, desde luego, ignoraba quiénes eran los cátaros, se limitó, como forma de salir del apuro, a mostrar vagamente su interés por todo aquello que redundase en el engrandecimiento de su patria bajo la sabia dirección del *Führer*. Adornó sus palabras con una breve precisión acerca del Grial, cuyo conocimiento había adquirido un rato antes con la lectura de unas docenas de líneas sobre la misteriosa reliquia en un diccionario enciclopédico. Era lo único que había podido hacer después de recibir una llamada telefónica desde la sede del Partido en Berlín, ordenándole que acudiese sin pérdida de tiempo a la editorial Urban para conocer a un tal Otto Rahn, a quien debería sondear sobre sus ideas políticas.

Al editor le pareció que *herr* Völler estaba pasando un mal trago. Se había visto obligado a recibirle en su despacho pese al desprecio que sentía por aquel sujeto que, por la coyuntura política, se había convertido en una de las personas más poderosas de Friburgo. También él había recibido una llamada telefónica en la que se le sugería la conveniencia de que Magnus Völler estuviese allí cuando *herr* Rahn acudiese a ver los ejemplares de su libro. Era cierto que Rudolf Urban no sentía apego por la política, pero como buen empresario había olfateado dónde se iba a concentrar el poder, al menos en los próximos años. Cogió un ejemplar de *Cruzada contra el Grial* de los tres que había sobre su mesa y se lo alargó a Otto.

—¡He aquí el fruto de todo su esfuerzo! —exclamó con solemnidad.

A Rahn le temblaban las manos. Acarició la cubierta casi con ternura. Sintió un cosquilleo en el estómago, como el aleteo de una mariposa, al ver su nombre impreso en letras de molde. Abrió el libro con reverencia y miró la portadilla, luego hojeó con parsimonia algunas páginas, recreándose en el momento.

Urban y Völler asistían en silencio al momento íntimo del encuentro del autor con su obra. Al cabo de unos segundos, Otto levantó los ojos. En su mirada había agradecimiento.

—¿Cuándo estará en las librerías?

El editor respondió con otra pregunta:

—¿Le gusta cómo ha quedado?

—¡Oh, discúlpeme, *herr* Urban! ¡Ha quedado espléndido!

—Celebro que sea de su agrado. —Luego el empresario dejó que su mirada se perdiese, como si estuviese haciendo cálculos—. Si no tenemos ningún problema, y no tiene por qué haberlo, estará a disposición del público la próxima semana. ¡Esperemos que tenga la acogida que se merece!

Völler se sumó al deseo del editor:

—¡Yo también apuesto por ello!

—En ese caso, creo que procede un brindis por nuestro amigo Rahn y su obra —propuso Urban, que se acercó a una mesita camarera que había en un rincón del despacho y llenó con generosidad tres copas con el coñac de una botella de cristal tallado.

—¡Por *Kreuzzug gegen den Gral*! —gritó Urban alzando su copa y chocándola con las de sus visitantes.

—¡Por *Kreuzzug gegen den Gral*! —corearon Rahn y Völler.

—¿Cuál es vuestro próximo proyecto, *herr* Rahn? —le preguntó este último.

—Seguiré trabajando en torno a la misma cuestión. Como digo en mi libro —levantó la mano con que lo sostenía—, estoy convencido de que el Grial es la pieza central del tesoro de los cátaros y que está oculto en las proximidades de Montségur, en alguna de las numerosas cuevas que existen en aquella región.

—¿Montségur? —inquirió el nazi.

—Es el nombre de la fortaleza donde los últimos cátaros resistieron al ataque de los cruzados enviados por Roma para exterminarlos y acabar con una herejía que había puesto en peligro a la ortodoxia de Roma. Era el año 1244.

—¿Por qué piensa que el Grial era el tesoro de los cátaros? Según tengo entendido es la copa que Jesucristo utilizó en la Última Cena. También me gustaría saber la razón por la que piensa que está en ese lugar.

—¡Lea mi libro, *herr* Völler! ¡Lea mi libro! —comentó jocosamente Otto.

Aquello no gustó al responsable del partido nazi en Friburgo, que torció el gesto.

—Verá, *herr* Völler —explicó Rahn—, la víspera de la rendición del último de los bastiones de los cátaros, de Montségur, cuatro de los defensores de aquella fortaleza, aprovechando las sombras de la noche y la confianza que reinaba entre los sitiadores, sabedores de que la resistencia de los defensores había llegado al límite, se descolgaron por una de las pendientes rocosas de la montaña sobre la que se asentaba la fortaleza. Puedo asegurarles que fue una verdadera hazaña, dada la verticalidad de la pendiente; esos hombres llevaban consigo el tesoro de la comunidad. Los que quedaron en el interior de los muros del castillo, aguardaron impacientes a que sus compañeros les hiciesen la señal convenida para darles a conocer que habían culminado su empresa con éxito y que el tesoro estaba a salvo. Al día siguiente, una hoguera encendida en una de las montañas próximas les indicó que los cuatro esforzados habían logrado su propósito. Solo entonces entregaron la fortaleza a los cruzados. Los defensores de Montségur fueron quemados en una gigantesca pira que

levantaron al pie de la montaña; el lugar se conoce desde entonces con el nombre de *Camp des cremats*. Con esos datos, parece claro que quienes pusieron a salvo el Grial no se alejaron mucho de Montségur; necesariamente tuvieron que esconderlo en un lugar próximo.

—¿Por qué piensa usted que fue una cueva? —preguntó Völler.

—Algunas tradiciones que han pasado de generación en generación y han llegado hasta nuestros días, yo las he escuchado de los labios de un viejo pastor, hablan de que la condesa Esclaramunda, una de las figuras más relevantes del catarismo, convertida en paloma, abandonó la fortaleza la víspera de su rendición, abrió la montaña del Tabor y arrojó en ella la Piedra Esmeralda, que concentraba un fabuloso poder, y luego voló hacia las montañas de Asia.

—¡Eso es un cuento para niños! ¡Una condesa transformándose en paloma y abriendo con mágicos poderes una montaña! —gritó un desabrido Völler—. ¡Además el Grial no es una piedra! ¡Se trata del cáliz que Jesucristo utilizó en la Última Cena, el mismo en el que José de Arimatea recogió la sangre que brotó de su costado!

Otto Rahn miró fijamente a los ojos de Völler. El nazi, arrogante, sostuvo la mirada. El escritor se dirigió al editor y con voz suave, en la que había un fondo de sarcasmo, comentó:

—Creo que la Sociedad Thule, que tantas afinidades tiene con el Partido Nacional Socialista, defiende el valor de las leyendas como pieza de suma importancia para reconstruir importantes aspectos del glorioso pasado de la patria alemana. He leído en alguna parte afirmaciones rotundas acerca de que ningún investigador solvente puede despreciar sin más las leyendas de nuestro pasado. Las mismas que han inspirado la grandiosidad musical de las obras más importantes de Richard Wagner, como *El anillo de los Nibelungos* o *Parsifal*. Estoy convencido de que en esa leyenda, que aún cuentan los pastores del Languedoc, hay un fondo de verdad. En cuanto a la materialización de la idea del Grial en la copa utilizada por Jesucristo —clavó su mirada en Völler—, ¿está usted seguro de ello?

—¡Eso es lo que he leído!

—En ese caso le recomiendo encarecidamente que lea —agitó su libro en el aire— esta *Cruzada contra el Grial*.

Berlín, febrero de 1935

El aspecto que ofrecía la sala de reuniones era impresionante, aunque impregnada de cierto aire sombrío muy del gusto del *reichsführer* Heinrich Himmler.

En una de las paredes, dos grandes banderas rojas con la esvástica inscrita en un círculo blanco que, a modo de pendones, iban del techo al suelo, flanqueaban una chimenea de recias proporciones sobre la que relucían la pareja de gigantescas runas en plata maciza que simbolizaban a las SS.

En los muros de piedra semidesbastada que quedaban entre las grandes ventanas ojivales, proporcionando un aire medieval al lugar, colgaban media docena de cuadros de notables dimensiones en los que se representaban los hitos fundamentales de la historia de Alemania, desde la resistencia germana a los romanos, singularizada en Arminio, el gran guerrero que humilló a las legiones de Augusto en el bosque de Teutoburgo, hasta la batalla de Sedán donde el general Von Moltke destruyó a los franceses de Napoleón III hacía poco más de medio siglo, pasando por la gran victoria de los caballeros teutónicos, en plena Edad Media, que permitió frenar la marea mongola que amenazaba con liquidar la civilización occidental.

Distribuidos de forma conveniente había grandes pebeteros metálicos con forma de antorchas. Las oscilantes llamas de sus fuegos, más que a iluminar la estancia, tarea encomendada a grandes lámparas de hierro forjado que colgaban del abovedado techo, colaboraban a crear el ambiente que envolvía el lugar. En el centro, bajo la clave de la bóveda, había una mesa redonda de seis metros de diámetro, con un óculo en el centro del que brotaba una delicada llama central, alimentada por un artilugio oculto. La mesa estaba cubierta por un tapete de terciopelo azul en el que aparecían marcados con trencilla negra, como si de los cortes de una gigantesca tarta se tratase, los espacios correspondientes a cada uno de los asientos —grandes sillones de alto respaldo forrados de cuero negro— dispuestos a su alrededor. Había trece asientos; uno de ellos, mayor que los demás, estaba colocado de forma que a la espalda de su ocupante y sobre su cabeza quedasen las runas de las SS.

Todos los presentes se pusieron de pie, adoptando un aire de marcialidad muy prusiano que incluía no solo a los militares, sino también a los civiles que rodeaban la mesa, cuando se abrió la puerta principal del salón y una potente voz anunció con ardor:

—¡El *Reichsführer* de las SS, su excelencia Heinrich Himmler!

Dos oficiales de la temible Orden Negra —nombre con que se conocía también a las SS— cuyo perfil parecía un prototipo ario, se colocaron a ambos lados de la puerta, dejando paso a un personaje que era la antítesis de los dos individuos que le

habían precedido. No podía decirse que fuese bajo, pero no era alto; tenía el pelo negro, un rostro de mirada mongoloide y parecía mal afeitado. Tras unas gafas redondas se escondían unos ojillos de mirada penetrante. Nadie que no le conociese y que supiese que era el hombre más poderoso de Alemania después de Hitler, podría pensar que era la persona a cuyo cargo estaba elevar a la categoría de dogma la pureza de la raza aria, como portadora de los eternos valores que habían de caracterizar al Reich de los Mil Años.

Las conversaciones que mantenían los presentes se interrumpieron. En el silencio resonaron los taconazos producidos por los pasos de Himmler, calzado con unas altas botas de cuero acharolado. Otros dos SS le acompañaban en su entrada; marciales, caminaban un paso más atrás. Uno de ellos llevaba un pesado portafolios, el otro se adelantó, justo en el momento preciso, para retirar el sillón de Himmler y facilitarle su asiento. Antes de sentarse, el *Reichsführer* lanzó con voz potente el saludo de rigor:

—¡Heil, Hitler!

Todos los presentes corearon el grito.

Una vez sentado, Himmler recorrió con la mirada a los reunidos, que permanecían de pie, saboreando el instante de poder que la situación encerraba. Allí estaban varios miembros de la poderosa logia Thule, que había sido una de las fuerzas en que se había apoyado el Partido Nacional Socialista cuando apenas eran poco más que un puñado de desarrapados; el objetivo principal de la logia era hacer frente al peligro rojo que amenazaba a Alemania en los años siguientes a la derrota de 1918, cuando los destinos de la nación estaban en manos de la débil e inoperante República de Weimar. En el seno de la Sociedad Thule se habían forjado muchos de los presupuestos ideológicos de la doctrina nazi y de su círculo más selecto habían surgido llamadas a estudiar, investigar y llevar a la práctica los planes necesarios para que determinados misterios relacionados con poderes ocultos pudiesen materializarse y alcanzar objetivos aún inconcebibles. Había también tres cualificados representantes de la Wehrmacht, miembros de la orgullosa aristocracia prusiana que durante muchos años había constituido la columna vertebral del ejército alemán. Otros tres eran reputados científicos, eminencias del panorama intelectual germano, cuya altura y capacidad —aunque algunas de las teorías que habían elaborado fuesen rechazadas en los círculos de la intelectualidad europea— habían alcanzado el reconocimiento de la comunidad académica mundial. También había dos oficiales con el negro uniforme de las SS.

—¡Caballeros, tomen asiento! —ordenó Himmler a la par que abría la carpeta de cuero que tenía delante. Aguardó a que todos se sentasen y se hiciera el silencio.

—Supongo que todos ustedes conocen el informe que contienen esas carpetas —Himmler hizo un movimiento en zigzag con el dedo índice extendido— y las diferentes propuestas que se plantean. Me gustaría conocer su opinión acerca de ello, así como las ideas o propuestas que deseen formular. ¿Quién empieza?

Otra vez la mirada del *Reichsführer* recorrió a todos los presentes. Fue uno de los oficiales de las SS quien decidió responder. Era un hombre joven, cabello negro peinado hacia atrás, de nariz grande y aplastada; en sus ojos, de un verde intenso, brillaba la decisión. Una cicatriz muy marcada cruzaba su mejilla derecha, desde la oreja hasta la comisura de los labios para descender luego por la barbilla; debió de ser una herida terrible. Se llamaba Otto Skorzeny.

—En mi opinión, señor —había decisión en sus palabras—, la búsqueda del Grial ha de ser objetivo principal de nuestra orden, aunque yo no puedo aportar el conocimiento de los hombres que han dedicado su vida al estudio y la investigación. Yo, señor, como bien sabe usted, soy un hombre de acción. Pero si son ciertos los poderes que se atribuyen a ese talismán y en consecuencia a la persona que lo posea, y no tengo una sola razón para poner en duda que tales poderes son verdaderos, no debemos perder un instante para actuar según el plan que contiene este informe. —Golpeó repetidamente con el dedo índice en la carpeta que tenía delante—. En mi opinión, habría que disponer de todo lo necesario para que *herr doktor* Rahn viaje a Montségur y someta a una sistemática exploración todas las cuevas de la región del Sabarthés. Si actuamos con método y rigor, nada podrá impedir que el Grial caiga en nuestras manos. Siempre y cuando... —Dejó en el aire las últimas palabras.

—Siempre y cuando ¿qué? —preguntó el *Reichsführer*.

—Siempre y cuando el Grial esté en esa zona.

Tras su intervención, Skorzeny se arrellanó en el sillón, dando a entender que era todo cuanto tenía que decir. Tras unos segundos de silencio, Himmler requirió con la mirada una nueva intervención. Entonces tomó la palabra un hombre en la plenitud de la madurez; su porte marcial y su uniforme denotaban su pertenencia a la milicia. Era el general Karl Wolf.

—Comparto con el comandante Skorzeny la necesidad de actuar sin dilación en el asunto que nos ocupa; sin embargo, creo que la obra de *herr* Rahn, aunque apuesta decididamente porque las mayores posibilidades sobre el lugar donde se encuentra oculto el Grial es en las proximidades de Montségur, deja en el aire alguna duda. Otra cuestión a dilucidar es la referida a la forma material del Grial. ¿Se trata del cáliz de la Última Cena? o ¿acaso es la Piedra Esmeralda desprendida de la diadema de Lucifer al principio de los tiempos? El propio Rahn, que como ustedes saben goza de todas mis consideraciones, no acaba de determinar cuál es la forma material de ese poderoso talismán.

Las cuestiones planteadas por Wolf llevaron a la intervención de otro de los presentes. Tal vez, el único de aquellos hombres que se atrevería a tomar la palabra sin solicitar la aquiescencia de Himmler. Se trataba uno de los miembros de la Sociedad Thule, a quien el propio *Reichsführer* había confiado la organización de la Ahnenerbe, la Sociedad para los Estudios de la Herencia de los Ancestros. Su nombre era Karl Maria Willigut, a quien los miembros del círculo interior de la Sociedad Thule conocían con el apodo de Weisthor y en los ambientes universitarios se le

denominaba despectivamente como el Rasputín de Himmler. Corría el rumor de que Weisthor tenía poderes de vidente y que sus facultades para ver episodios del pasado se estimulaban cuando se encontraba en el lugar donde los mismos acaecieron.

—También yo sostengo que no debemos perder tiempo; las investigaciones realizadas por *herr doktor* Rahn gozan de todo mi crédito. En mi humilde opinión — todos sabían que las opiniones de Weisthor nunca eran humildes— debemos poner todos los medios que necesite para llevar a cabo la búsqueda del Grial, cuya materialidad no debe plantearnos mayores problemas, por cuanto lo esencial es el poder que confiere a su poseedor. Ahora bien, no perdamos de vista las palabras del primer verso del Parsifal de Von Eschenbach: «En el cielo hay un castillo y su nombre es Montsalvat».

Tras las palabras de Willigut hubo un breve silencio, que rompió el propio Himmler:

—¿Qué quiere usted decir, exactamente?

Willigut carraspeó, como si con ello pretendiese aclarar la voz:

—La identificación del Montsalvat del poema no es segura. Sabemos que nos movemos en las comarcas próximas a los Pirineos; ahora bien, esa cordillera tiene dos vertientes. No debemos olvidar las posibilidades de la española. Parece que puede sostenerse con mucho fundamento que el centro más antiguo en relación con el Grial hay que buscarlo al sur de los Pirineos.

—¿En Barcelona? —preguntó Himmler.

—Es difícil precisar tanto. Pero en las proximidades de dicha ciudad hay también una montaña a la que desde hace siglos se suponen características mágicas. Me refiero a Montserrat, donde recibe culto una Virgen Negra.

—¿Apuesta usted por un Grial en Montserrat? —preguntó uno de los presentes que hasta entonces no había intervenido.

—Yo no he dicho eso, lo que afirmo es que no rechazo esa posibilidad. Quien apuesta claramente por ello es el profesor Steiner, aquí presente. Él puede exponer la hipótesis mucho mejor que yo.

Con una mirada, Himmler invitó a que el aludido tomase la palabra. Steiner, un prestigioso científico cuyos trabajos sobre la Edad Media gozaban del reconocimiento internacional, se sintió incómodo por verse arrastrado a una intervención que tal vez no deseaba; sin embargo, era consciente de que no tenía más remedio que hablar.

—En mi opinión, en el siglo VIII hubo un movimiento que podríamos calificar como griálico en el norte de España, tal vez como consecuencia de la invasión musulmana sufrida por aquellos territorios. Quienes sostenemos la tesis de que el Grial estaba allí, afirmamos que para ponerlo a salvo se decidió su traslado a un lugar oculto, pero sin cruzar los Pirineos.

Las palabras de Steiner levantaron una oleada de murmullos. Podían escucharse opiniones encontradas. Uno de los generales de la Wehrmacht, levantando la voz por

encima de coro de comentarios, afirmó con rotundidad:

—¡Eso echa por tierra los trabajos de *herr* Rahn!

—No lo veo así —respondió tranquilamente Steiner—. Creo más bien que mis afirmaciones y sus trabajos se complementan; por lo demás, Rahn no ha cerrado, que yo sepa, la posibilidad de que el Grial se encuentre en España. Tiene dudas al respecto que podemos calificar de razonables.

—¡Estoy convencido de que *herr* Rahn se ha decantado por Montségur! —gritaba el militar con energía.

—Yo no haría una afirmación tan tajante, *herr* general —respondió Steiner suavemente.

—¡Coincidirá conmigo —gritó el militar— en que al menos la expedición a Montségur queda en entredicho!

—Digamos que su puesta en práctica no significa que abandonemos otras posibilidades. Yo, desde luego, apuesto porque *herr* Rahn disponga de todos los medios necesarios para su nueva expedición al sur de Francia. Pero, insisto, no debemos olvidar Montserrat. ¡Esa es una montaña mágica! ¿Saben ustedes que el estreno del *Parsifal* de Wagner se produjo en Barcelona?

—¡Eso no significa nada! —gritó el general de la Wehrmacht.

Steiner se encogió de hombros y manteniendo la suavidad de su voz, indicó:

—En ese caso, tal vez para usted tampoco signifique nada que las tropas francesas que invadieron España a principios del siglo pasado, siguiendo instrucciones concretas de Napoleón Bonaparte, realizaran una búsqueda sistemática en el monasterio de Montserrat de algo que era, al parecer, de importancia tan grande que no tuvieron reparo en causar graves destrozos para encontrarlo.

—¿Consiguieron su objetivo? —preguntó un interesado Himmler mientras el militar se retrepaba en su asiento con la contrariedad reflejada en su rostro.

—Al parecer no.

—¿Solo al parecer? —insistió el *Reichsführer*.

Los delgados labios de Steiner dibujaron una casi imperceptible sonrisa. El científico respondió con otra pregunta.

—Si Napoleón lo hubiese encontrado, ¿habría sido derrotado en Waterloo?

La pregunta lanzada por Steiner hizo que se produjese un momentáneo silencio; tras algunos comentarios, hubo nuevas intervenciones que aportaron ya pocas novedades dignas de consideración.

Himmler entendió que nadie cuestionaba el apoyo a una nueva expedición al Languedoc, bajo la dirección de Otto Rahn, quien hacía pocas fechas había ingresado en la Orden Negra y ascendido rápidamente al grado de *obersturmführer*.

El medievalista había considerado su entrada en las SS más como un medio para continuar sus investigaciones sobre los cátaros, los templarios, los trovadores y el Grial, que una manifestación de sus convicciones políticas, ya que rechazaba en su fuero interno el clima opresivo, cada vez más irrespirable que se extendía por

Alemania como una mancha de aceite.

Rahn era consciente de que por sus venas circulaba una parte de sangre judía, procedente de su familia materna. Ignoraba si los jefes del régimen que se había instalado en Alemania tenían conocimiento de dicha circunstancia; si era así, disimulaban, porque no solo no habían puesto dificultades a su ingreso en aquella orden que Himmler había impulsado y cuyo requisito principal era la limpieza de la sangre de sus componentes, sino que le habían presionado para que ingresase en sus filas y formase parte de ella.

Desde la aparición de su *Cruzada contra el Grial* los nazis habían mostrado un extraordinario interés por su obra y por su persona. Había sido el propio Karl Maria Willigut quien le había llamado de forma insistente. También el general Karl Wolf le había manifestado su interés por que vistiese el negro uniforme de la orden que Himmler, siguiendo los modos y formas adoptadas por las órdenes de caballería medieval —sus modelos habían sido los templarios y los caballeros teutónicos—, había convertido en uno de los poderes más relevantes de la Alemania dominada por los nazis. Pensaba que el mal trago que le había supuesto aceptar los postulados del Partido Nacional Socialista quedaría compensado con los medios que pondrían a su disposición para continuar la búsqueda del Grial.

La reunión, de la que obtuvo información por Otto Skorzeny, parecía confirmar sus planteamientos: podría trasladarse a la zona comprendida entre Montségur y Tarascon, a las cuevas de Lombrives, Ornolac y Fortanet, así como inspeccionar la misteriosa gruta del Ermitaño. Dispondría de abundantes medios para continuar la búsqueda del Grial. También contaría con la inestimable colaboración de sus amigos, los arqueólogos franceses que tan generosamente le habían ayudado con anterioridad.

*Cuatro años más tarde, febrero de 1939. Castillo de Wewelsburg
(Westfalia), cuartel general de las SS*

Heinrich Himmler ocupaba sus habitaciones privadas en la impresionante fortaleza que se había convertido en el santuario de la Orden Negra: el castillo de Wewelsburg. Vestía el uniforme completo correspondiente a su elevado rango y estaba cómodamente sentado en un sillón tapizado con piel de cerdo, las piernas estiradas y los pies reposando sobre un escabel. Aparentemente estaba relajado, y en sus ojillos entrecerrados se percibía que disfrutaba con algún tipo de ensoñación placentera. Unos suaves golpes en la puerta le sacaron de aquel estado.

—¡Adelante!

Quien interrumpía su descanso era el capitán Günther Alquen, uno de sus hombres de confianza. Himmler le había encomendado la dirección del *Schwarze Korps*, el diario de la Orden Negra, una especie de boletín oficial de las SS, desde cuyas páginas se daban consignas, se propalaban noticias, convenientemente elaboradas y se difundía doctrina en la que se exaltaban los valores de la raza aria, a la vez que se ponderaba el destino de la Gran Alemania bajo la guía del *führer* Adolf Hitler. Alquen avanzó unos pasos para detenerse, dar un sonoro taconazo y gritar a la vez que extendía su brazo derecho:

—¡Heil, Hitler!

Himmler se incorporó ligeramente y con desgana levantó el brazo para responder al saludo de su subordinado, quien se mantenía a respetuosa distancia, en posición de firmes.

—Discúlpeme por interrumpir de esta forma su descanso, señor. Pero han llegado las noticias que estábamos esperando.

Aquellas palabras fueron las que sacaron definitivamente al *Reichsführer* de su aletargamiento. Se puso de pie, ordenó al capitán que se pusiese más cómodo y bebió varios sorbos de agua de un vaso que había en una mesita auxiliar.

—¿Qué dicen esas noticias?

El capitán alargó a su jefe un sobre de recio papel, cuya solapa estaba sellada con lacre negro en el que resaltaba impresa una calavera y debajo las runas de las SS cruzadas en aspa, como si de huesos de tibia se tratase. Iba dirigido al *Reichsführer* y en uno de sus ángulos, trazada con gruesos trazos de tinta roja y mayúsculas, podía leerse la palabra:

CONFIDENCIAL

Himmler negó con la mano y la cabeza:

—Léalo usted, Günther. —Aquel gesto de consideración y confianza se reflejó en el rostro del capitán, quien rompió cuidadosamente los lacres y leyó, tratando de dar la mejor entonación a sus palabras:

SS Grupo de Vigilancia Interior. Excmo. Heinrich Himmler, *Reichsführer*.
Berlín, 14 de febrero de 1939. CONFIDENCIAL.

Los informes recopilados en las últimas semanas, siguiendo instrucciones directas del alto mando, acerca de las actuaciones y actitudes del *obersturmführer* Otto Rahn han revelado, sin dejar lugar a ningún género de dudas, que el mencionado *obersturmführer* ha venido trabajando desde una fecha cuyo inicio resulta difícil de precisar, pero desde luego a partir de mediados de 1937, en la creación de un núcleo de adictos a la secta denominada catarismo, también conocida como albigenses, que entre los siglos XI, XII y XIII alcanzaron notoriedad y preponderancia en ciertas comarcas de Europa, principalmente en el Languedoc. Su doctrina, relacionada con las máximas evangélicas de pobreza, igualdad y sencillez en las formas de vida, resultó gravemente peligrosa para la hegemonía de la Iglesia instalada en Roma. Los papas, con el apoyo de los reyes de Francia, decretaron una cruzada contra la mencionada secta con el objetivo de extirpar una peligrosa doctrina, cuyos adeptos no paraban de crecer. Su último foco de resistencia fue la fortaleza de Montségur, en la comarca francesa del Sabarthés, en la región del Languedoc. Sin embargo, el pensamiento y el recuerdo de los cátaros se ha mantenido vivo entre los habitantes de aquellas tierras y ha llegado hasta nuestros días.

El *obersturmführer* Otto Rahn ha mantenido contactos repetidos con personas de dicho territorio desde hace aproximadamente una década. Dicho contacto ha estado propiciado por sus estudios acerca de los trovadores, los caballeros de la Orden del Temple y los mencionados seguidores de la doctrina indicada. El *obersturmführer* ha sido seducido por dicha doctrina, cuyas creencias y principios ha divulgado entre miembros de nuestra organización. Dicha tarea, aunque ha tenido poco éxito, le ha permitido, no obstante, captar algunos adeptos con quienes mantiene reuniones periódicas y le ha llevado a celebrar algunos rituales que pretenden revivir las tradiciones y creencias de los cátaros.

Asimismo, el indicado *obersturmführer* ha realizado manifestaciones, principalmente en privado, pero también en alguna de sus intervenciones públicas, en las que hace patente su rechazo a la realidad presente del Reich. En concreto, ha afirmado que es un hombre abierto y tolerante, a quien la vida se le hace difícil en su hermosa patria, llegando a dudar del destino del Reich y poniendo de relieve no solo tibieza, sino también un patente rechazo a los principios que hoy felizmente rigen en nuestra patria, bajo la égida de nuestro amado *Führer*.

Informaciones adicionales indican que la sangre que circula por las venas del *obersturmführer* no goza de toda la pureza exigible a un miembro de la caballerescas Orden Negra, al ser parte de su familia materna de ascendencia judía. Ignoramos de las artimañas de que pudo valerse para ser admitido en la Orden Negra, así como para que se le concediese el elevado crédito en que se han estimado sus escritos y opiniones.

Es cuanto tengo el honor de informar a vuestra excelencia, quien dispondrá lo más conveniente para dar la adecuada solución al caso que nos ocupa.

En la ciudad y la fecha arriba indicadas, L. H. Kindermann, *standartenführer*.

Tras la lectura del informe, el *Reichsführer* guardó un prolongado silencio que su subordinado no se atrevió a interrumpir. Himmler parecía sumido en una profunda meditación acerca de la decisión que debía tomar una vez que las informaciones y los rumores señalaban a Rahn, sin ningún género de dudas —eran las palabras escritas—, como culpable de traición a la Orden Negra y a los principios que inspiraban la Alemania del Reich de los Mil Años.

El capitán Alquen empezaba a impacientarse cuando la voz de su jefe sonó cavernosa, como si procediese de un cuerpo que no era el suyo.

—Se darán instrucciones precisas a *herr* Rahn para que ponga fin a su vida y lo

haga de forma que no caiga en el deshonor a que se ha hecho acreedor con sus actitudes y desvaríos.

—¿Un plazo, mi *Reichsführer*?

La voz de Himmler sonó de nuevo fría, cortante, sin vida.

—Sin atosigarle, pero que no lo demore en exceso. Que se le informe de que la versión que se hará pública de su muerte dejará a salvo su honor... en la medida de lo posible.

—¿Alguna orden más, mi *Reichsführer*?

—Nada, Günther. Puede usted retirarse.

El capitán hizo sonar con estridencia sus tacones a la vez que alzaba el brazo y lanzaba el grito de rigor:

—¡*Heil*, Hitler!

Himmler respondió de forma cansina, tanto al saludo manual como a la invocación al *Führer*.

Se retiraba el oficial cuando la voz, ahora enérgica, de su jefe le detuvo:

—Günther, oficialmente no se informará de la muerte de Rahn; sería conveniente que corriese el rumor de que se le ha ocultado por... por, digamos, altos intereses para la patria. ¡Su figura es demasiado conocida para que aparezca muerto sin más!

El capitán asintió con un movimiento de cabeza y preguntó:

—¿Alguna sugerencia al respecto, mi *Reichsführer*?

Himmler se pasó varias veces la mano por el mentón con aire meditabundo. Al cabo de un rato, comentó:

—¿Podría difundirse que se le ha destinado a algún servicio en el extranjero? Por ejemplo, la embajada de Bagdad. Informe de ello al general Wolf y que sea él quien se encargue de todos los detalles.

Un sidecar, con el motorista y su acompañante armados hasta los dientes y vestidos de negro, abría paso a un coche ligero. Circulaban a mayor velocidad de la aconsejable; sin embargo, esa circunstancia no era norma por la que sus ocupantes se sintiesen obligados; eso quedaba para otros, no rezaba con ellos. El frenazo ante el edificio de apartamentos donde se detuvieron produjo un fuerte ruido al chirriar en el suelo adoquinado los neumáticos de los dos vehículos. Algunos de los transeúntes miraron con curiosidad, aunque sin sorpresa, porque cada vez era más habitual aquel tipo de acciones, que empezaban a formar parte de la rutina de la vida cotidiana de los alemanes. La mayoría de la gente continuó su marcha, como si aquello fuese algo que entrase en la normalidad de cada día; únicamente un tendero de la vecindad, hombre de edad, rechoncho y calvo, que, protegido por un amplio mandil, barría la puerta de su establecimiento, hizo un movimiento de cabeza que denotaba preocupación.

Los dos hombres del sidecar, vestidos de uniforme, saltaron al suelo y tomaron

posiciones con las armas dispuestas; del coche salieron por las cuatro puertas que se abrieron casi al unísono varios hombres enfundados en largos abrigos de cuero negro. Sin detenerse, entraron en el edificio arrollando al portero del inmueble, que se había asomado a la puerta al escuchar el ruido. Las protestas del hombre, antes de que se percatase de quiénes eran los que de aquella forma irrumpían en el edificio encargado a su custodia, fueron acalladas con una orden de silencio y una pregunta sin preámbulos:

—¿Cuál es el apartamento de *herr doktor* Rahn?

El portero, presa ya del miedo, apenas pudo tartamudear:

—En la segunda planta, apartamento cinco.

El portero, un hombrecillo canijo que ya había cumplido los sesenta y cuyo rasgo más llamativo era una huesuda y prominente nariz, y un abundante y grasiento pelo negro, se refugió en el hueco de la escalera, donde, tras un mostrador, se encontraba lo que a duras penas podía denominarse portería. Se hizo un ovillo y quedó inmóvil, aunque lo que realmente hubiese deseado era hacerse invisible. Hacía pocas fechas que unos individuos como aquellos habían irrumpido de la misma forma y se habían llevado a rastras, maltratándolos, al señor Stankovic, el joyero que vivía en el principal, y a toda su familia: su anciana madre, su esposa y sus dos hijas.

Tres de los cuatro hombres —un quinto había quedado junto al automóvil— subieron por la escalera, mientras el otro aguardaba al pie del ascensor, vigilándolo. Actuaciones como esa eran toda una exhibición de la fuerza arrolladora del Nuevo Estado, cuyo control sobre los alemanes era cada vez mayor.

Por el hueco de la escalera se escucharon pasos acelerados, timbrazos, golpes en la puerta cada vez más fuertes y por fin gritos conminando a *herr* Rahn a que abriese a la policía. Tras un breve silencio, una detonación, apagada por el efecto de un silenciador, indicó que habían descerrajado de un disparo la puerta del apartamento. Luego un portazo, movimientos agitados, algunas maldiciones y otra vez los pasos por la escalera, ahora bajando los peldaños.

La desagradable voz del mismo individuo que le gritó cuando llegaron, sonó en los oídos del asustado portero como el estampido de un disparo:

—¿Dónde está *herr* Rahn? —No era una pregunta. Era una orden.

La cabeza del hombrecillo emergió por encima del mostrador; tenía la cara sudorosa y su pelo parecía más apelmazado que antes. Apenas tuvo resuello para balbucir débilmente:

—No lo sé, señor.

—¿Cómo que no lo sabes? —El malencarado individuo le había agarrado por la pechera y tiraba de él.

—No lo sé, señor. Hace tres días que *herr* Rahn se marchó.

Al escuchar su respuesta tiró con más fuerza de él y le acercó el rostro a su cara mirándolo fijamente, escudriñando el fondo de sus ojos.

—¿No estarás mintiéndome? —Sus palabras tenían un registro diferente, pero

resultaban más amenazadoras que sus gritos. Un escalofrío de miedo sacudió la espalda del portero, que bajó instintivamente la mirada a la par que gemía muy quedo:

—Juro por Dios que le digo a usted la verdad, señor.

—¡Mírame a los ojos! —gritó el nazi apretándole la pechera con rabia.

El portero, que había empezado a temblar, levantó la mirada; en ella había una súplica.

—Le juro que es la verdad. *Herr Rahn* se marchó hace tres días. Creo que iba de viaje porque llevaba equipaje.

—¿Sabes adónde iba? —le conminó, apretando el puño con que lo agarraba por la camisa.

El portero movió negativamente la cabeza.

—¡Contéstame cuando te hablo!

—No señor, no lo sé. *Herr Rahn* viaja con mucha frecuencia. A veces se ausenta temporadas muy largas. —El portero notó cómo se le humedecían las piernas y sintió un inexplicable alivio. No había podido contenerse y se había meado en los pantalones.

—¿Llevaba mucho equipaje?

—Una maleta. No muy grande, señor.

—¿No te dijo adónde iba?

—Lo siento, señor.

—¿No te dejó ninguna instrucción con respecto a su apartamento?

En aquel instante unos tacones de mujer resonaron en el umbral de la puerta. Todas las miradas convergieron hacia allí. Entraba una mujer embutida en un abrigo de *tweed* de corte elegante; tendría unos treinta años y sus hermosas facciones estaban enmarcadas por una ondulada y rubia melena. El abrigo impedía ver las formas de su cuerpo, pero las piernas, estilizadas por unas medias de seda y costura, hacían adivinar un cuerpo escultural. Llevaba un bolso de mano, en piel negra, bajo el brazo, y se tocaba con un gracioso sombrero tirolés de fieltro verde, adornado con una pluma. Tenía ademanes de señora.

El matón soltó al portero, quien no pudo evitar un suspiro de alivio. Se compuso lo mejor que pudo y saludó respetuoso:

—Buenas tardes, *frau* Gothlander.

—Buenas tardes, Paul. —Miró a los cuatro individuos y preguntó—: ¿Ha ocurrido algo?

El portero no se atrevió a contestar, fue el individuo que le había interrogado quien respondió, quitándose momentáneamente el sombrero, como muestra de cortesía hacia la dama:

—Nada *fräulein*, nada. Simple rutina.

La dama, que abrigaba su cuello con un visón blanco de tonos azulados, hizo un gesto dubitativo, se llevó a la boca el cigarrillo que sostenía en su mano y reinició el

taconeó de sus pasos hacia la escalera, ante la mirada atenta de los hombres. Uno de ellos abrió las portezuelas enrejadas de la jaula del ascensor. La señora Gothlander agradeció el gesto, se introdujo y cerró las portezuelas. A través de los cristales todos vieron cómo su enguantada mano pulsaba sobre la pulida placa de latón el negro botón que indicaba la cuarta planta. Un fuerte chasquido y un tirón puso en marcha el mecanismo que elevó el ascensor.

La amabilidad que había asomado al rostro de los policías desapareció con el ascensor. El individuo que interrogaba al portero se volvió hacia él, sacó de un bolsillo interior de su abrigo una tarjeta en la que únicamente había apuntado un número de teléfono.

—¡En el momento que tengas noticias de *herr* Rahn llamas a este número! —El portero, cogiendo la tarjeta, respondió afirmativamente—. ¡Inmediatamente! —gritó el nazi y le propinó un puñetazo tan fuerte en la boca del estómago que dobló al hombrecillo, quien a duras penas pudo contener un gemido de dolor.

Lo que era un rumor que se había extendido por los albergues que servían de refugio en la estación de esquí desde poco antes del mediodía, se había verificado en el transcurso de la tarde. Habían circulado versiones muy diferentes a lo largo de todo el día. Los rumores acababan de confirmarse: el cadáver de un montañero había aparecido entre los hielos de una de las cumbres próximas, en pleno macizo de los Wilden Kaiser. Conforme tomaba cuerpo la noticia de la muerte, surgían otras acerca de la identidad del fallecido y sobre la causa de la muerte.

La llegada de varios miembros de la policía política no hizo sino aumentar el desconcierto creado en la estación invernal. Habían aparecido la tarde del día anterior y no dejaron de hacer preguntas. Incluso habían llegado a la intimidación con los operarios y empleados del complejo. Preguntaban por *herr* Otto Rahn, pero nadie les daba noticia cierta ni de su estancia, ni de su paradero porque, aunque era obligatorio llevar un registro, eran muchas las cabañas que no estaban bajo ningún tipo de control.

La presencia de la Gestapo en aquel apartado rincón de descanso había levantado todo tipo de comentarios, además de inquietud y malestar entre algunos de los alojados. En círculos restringidos de Berlín y de otras ciudades importantes del Reich empezaban a surgir comentarios y a contarse historias sobre ciertas actividades y determinadas prácticas poco confesables llevadas a cabo por integrantes de dicho cuerpo, que violaban impunemente los derechos individuales y amenazaban y actuaban violentamente contra honrados ciudadanos. Si era cierto lo que se contaba, algo que la mayor parte de la gente se negaba a creer que pudiese ocurrir en un país como Alemania, era sencillamente intolerable en un país civilizado.

Los hombres de los largos abrigos de cuero negro, cuyo aspecto resaltaba aún más en el blanco panorama dominante, aguardaban con mal disimulada expectación

la llegada del grupo que había ido a rescatar el cadáver.

Era el momento de la caída de la tarde y el sol apuntaba ya los tonos rojizos de su declinar, cuyo reflejo en la nieve producía un efecto de gran belleza, cuando un joven gritó con el brazo extendido hacia la cresta que cerraba por el norte los refugios de montaña:

—¡Ya vienen, ya vienen!

Todos vieron cómo por la cresta había aparecido y descendía lentamente un grupo de siluetas entre las que resaltaba una mula de carga. A la distancia en que se encontraban eran poco más que puntos móviles y solamente podían percibirse gracias a la blancura del paisaje. Se desplazaban con lentitud y necesitarían por lo menos dos horas para descender hasta el albergue donde aguardaba un concurso de gente cada vez más numeroso. Poco a poco los puntos fueron cobrando forma; se percibían ya, nítidas, las siluetas de cuatro hombres, además de la mula que tiraba de unas parihuelas en las que se adivinaba más que se veía un bulto cubierto con una manta.

Había expresiones para todos los gustos, si bien algunos de los presentes, que lanzaban ojeadas disimuladas a los miembros de la Gestapo, preferían no hacer el más mínimo comentario. La presencia de los agentes producía desasosiego.

A la llegada de la pequeña expedición se produjo la natural agitación. Unos cuantos hombres se acercaron hasta las parihuelas y desataron el fardo que contenía el cuerpo sin vida del infortunado alpinista. Con cuidado lo transportaron hasta el interior del edificio principal, en medio de un silencio espontáneo y cabezas descubiertas. También los de la Gestapo se quitaron los sombreros, sin quitar ojo al cadáver envuelto en la recia manta. Era curioso: aquel paquete tenía forma cuadrada, demasiado corta para contener el cuerpo de un hombre, aunque fuese de estatura pequeña.

En el interior del albergue se había dispuesto una mesa donde quedó depositado el fardo que había levantado la suspicacia de los hombres de negro y también algún ligero comentario en voz baja. El encargado de la estación, que era uno de los cuatro hombres que habían descendido de la cumbre de Wilden Kaiser, deshizo los nudos que aseguraban la manta y la abrió cuidadosamente. La sala estaba llena de gente que se agolpaba alrededor de la mesa, aunque todos guardaban una distancia de respeto.

Apareció un cadáver encogido; eso explicaba la forma del fardo. Estaba en posición fetal y en su rostro había una extraña expresión de tranquilidad. Otto Rahn no había muerto como consecuencia de un accidente. Resultaba patente que el final de su vida había llegado de forma muy diferente.

—¿Dónde lo han encontrado? —La voz del policía que sonó a la espalda del director de la estación invernal cortó en seco los murmullos que comenzaban a elevarse. El hombre se volvió y se topó de frente con la presencia de los miembros de la Gestapo. Apenas pudo disimular la inquietud que asomaba a su rostro.

—Lo hemos encontrado al abrigo de una cueva, como si durmiese un sueño placentero —el hombre señaló el rostro de Rahn—, no hay más que mirarle a la cara.

—¿Qué opina usted de su muerte? —preguntó el policía.

—Hay que descartar el accidente. En mi opinión este hombre se ha quitado la vida, se ha suicidado.

—¿No han podido asesinarlo? —le interrogó con sequedad el policía.

El director negó con la cabeza:

—Lo dudo mucho; tal vez, podrían haberle colocado en la posición del cuerpo tal y como aparece, pero es imposible darle esa expresión al rostro. He visto demasiados cadáveres a lo largo de mi vida como para equivocarme en esto. Este hombre ha recibido la muerte como una liberación, de eso no me cabe la menor duda. No hay más que mirarle a la cara.

Era cierto. El rostro de Otto Rahn emanaba una sensación de paz y tranquilidad que en aquellas circunstancias resultaba extraño. El policía asintió e hizo un gesto a sus compañeros, los tres hombres con los que había hecho aquel largo viaje siguiendo la pista del famoso escritor que había dedicado su corta, pero fructífera vida al estudio de la historia y la leyenda de la Edad Media. El hombre al que se acusaba de haber intentado crear una secta dentro de la Orden Negra. Sin decir palabra, se pusieron los sombreros y abandonaron el lugar.

Mientras el coche en que viajaban los miembros de la policía de Himmler, aprovechando las últimas luces del día, bajaba por la serpenteante carretera que descendía desde los macizos rocosos de las Wilden Kaiser, el jefe del grupo trataba de recordar dónde había leído algunos párrafos acerca de una muerte placentera, de unos suicidios rituales que llevaban a quien los practicaba a la felicidad eterna. No dejó de pensar en ello, mientras fumaba un cigarrillo detrás de otro y el coche recorría kilómetros por aquellos intrincados caminos de montaña, buscando enlazar con la autopista del Sur. Estaban a punto de tomarla para, tras una larga noche de viaje, llegar a Berlín al amanecer, cuando recordó dónde había leído algo referente a lo que acababa de ver representado en el cadáver de Rahn. Había sido en el libro que por orden del mismísimo Himmler se había distribuido entre dos mil de los hombres de las SS para que se acercasen al maravilloso mundo que encerraban las leyendas recogidas por Wolfram von Eschenbach y que estaban relacionadas con uno de los más poderosos talismanes de los que se tenía conocimiento: el Grial. En algún lugar de aquel libro se hablaba de una secta de herejes que había surgido en tierras del sur del Francia en plena Edad Media, cuyo nombre era el de cátaros, aunque no estaba muy seguro; los más puros de entre ellos acababan por suicidarse como forma de alcanzar la cima de la perfección. A aquella muerte ritual, que tenía mucho de liberación, se le daba el nombre de endura. El autor del libro era *herr* Rahn y su título *Cruzada contra el Grial*. Se diría que Rahn, acusado de promover un movimiento similar al de dichos herejes y de hacer manifestaciones públicas contrarias a la política impulsada por el *Führer*, se había dado muerte de la misma forma que lo hicieron aquellos individuos en el pasado. También recordó haber leído algo acerca de la posición fetal que adoptaban al morir.

En ningún periódico apareció publicada la necrológica de *herr doktor* Otto Rahn. Solamente circularon rumores acerca de la pérdida de tan cualificado investigador e importante escritor. También se rumoreó que se le había encomendado una misión muy especial en Oriente Próximo y por ello se había trasladado a Bagdad.

Himmler, que había recibido información puntual y detallada sobre la muerte de Rahn, manifestó al capitán Günther Alquen su satisfacción sobre la forma en que se había llevado el asunto. Le ordenó que impartiese las instrucciones necesarias para que aquella misma tarde, a las cinco en punto, acudiesen a la sede de la Sociedad Thule dos de sus más importantes miembros; el conde Heinrich von Sebottendorf y Karl Haushofer; este último era considerado tras la muerte de Dietrich Eckart, de quien había heredado la técnica de la expansión de la mente para poder ver mucho más allá de lo que era posible a través de la pobre percepción de los sentidos, el mago más poderoso del círculo secreto de la sociedad.

Von Sebottendorf y Haushofer eran dos hombres clave en la estructura de la influyente Thule.

Himmler había acudido a algunas de las sesiones celebradas por el maestro Eckart antes de morir con el objetivo de establecer contacto con otros tiempos y otras situaciones. Aunque el desgaste psicológico que se producía en tales sesiones era muy fuerte, el *Reichsführer* se había sentido reconfortado al encontrarse con su identidad pretérita y reconocerse en un personaje del pasado. Himmler se había reencontrado con su yo anterior, un yo que le resultaba fascinante porque se trataba de una de las personalidades más atractivas del pasado histórico de Alemania. Él era la reencarnación del emperador Enrique, el famoso Enrique el Pajarero.

Sin embargo, su reunión con Von Sebottendorf y con Haushofer no estaba provocada por un deseo de escudriñar su propio pasado. Lo que deseaba, tras el fracaso de las esperanzas depositadas en Rahn, que a la postre había resultado un intelectual demasiado independiente y en exceso crítico, era retomar la teoría de Eckart relativa al Grial y su existencia en tierras de Cataluña.

En uno de los experimentos de expansión mental en los que había participado, había oído decir al mago que su otro yo era un monje que vivió hacia el siglo IX en uno de los condados que los francos habían establecido al sur de los Pirineos, un tal fray Bernardo cuyo poder entre cristianos y musulmanes, que por entonces sostenían una dura pugna por dominar aquellos territorios, fue mucho más allá de lo imaginable. Fray Bernardo, un humilde fraile, fue el verdadero dueño de una situación complicada. Eckart tenía una explicación para ello: fray Bernardo tenía el poder que le confería un poderoso talismán; fray Bernardo, sencillamente, poseía el

Grial.

Ahora Himmler estaba convencido de que habían perdido demasiado tiempo siguiendo los pasos trazados por Rahn, pero también de que no era tarde para actuar en la nueva dirección, la dirección correcta. Para ello resultaba imprescindible la colaboración de los dos hombres a quienes había citado para aquella misma tarde. Si ellos no podían facilitarle la información que necesitaba, nadie en el mundo sería capaz de hacerlo.

Un minuto antes de las cinco de la tarde —Himmler era un obseso de la puntualidad— un impoluto Mercedes negro aparcaba delante de un edificio anodino. Era un inmueble de principios de siglo, construido en ladrillo rojo según los cánones del neogoticismo, que por entonces declinaba después de unas décadas de fortuna. La fachada tenía aire de iglesia, aunque no lo había sido nunca; tal vez esa sensación derivaba de los arcos apuntados que en sucesión decreciente formaban la puerta y de la minuciosa decoración vegetal, también labrada en ladrillo, que separaba unas arcadas de otras. El tímpano, formado por la última de las arcadas y el dintel de la puerta, estaba completamente liso. Si contuvo alguna decoración, había sido cuidadosamente eliminada. Desde hacía varias horas, tanto en la calle a la que se abría la fachada principal como en la calleja que había a su espalda, se había establecido un discreto dispositivo de vigilancia.

Los guardaespaldas del *Reichsführer* saltaron materialmente del vehículo antes incluso de que se hubiese detenido totalmente. Uno de ellos abrió la puerta por la que bajó Himmler quien, sin detenerse, entró en la sede de la Thule, donde ya aguardaban Von Sebottendorf y Haushofer. Los saludó levantando el brazo e invocando el nombre del *Führer*. Los dos respondieron de forma idéntica.

La reunión de los tres hombres se celebró en una pequeña dependencia aneja al gran salón de reuniones. Era una habitación interior, sin otra abertura que la puerta de entrada, que necesitaba luz eléctrica durante todo el día. Estaba sencillamente amueblada; la única concesión a la decoración era un cuadro de grandes dimensiones que llenaba todo un testero, representando al dios Odín rodeado de valkirias en el Walhala, el lugar ideal para una reunión confidencial.

En pocos minutos Himmler puso a sus dos interlocutores al corriente de sus deseos.

—En resumidas cuentas, caballeros —concluía el *Reichsführer*—, quisiera saber si es posible establecer algún tipo de contacto con Eckart y obtener información de ese fray Bernardo, a quien consultaban todos los personajes de la Barcelona del siglo IX y cuyo poder, que le permitió hacer retroceder a los carolingios y a los musulmanes, procedía del Grial.

Tras un breve silencio, Haushofer dio respuesta a la petición formulada por el segundo hombre más poderoso de Alemania.

—Es posible, aunque necesitaremos la pócima que permite estimular la percepción sensorial y expandir la mente para establecer los contactos

correspondientes.

—¿Peyote? —preguntó Himmler.

—En efecto, señor, extracto de cactus mexicano.

—¿Hay algún problema para que puedan ustedes disponer de todo lo necesario para llevar a cabo el proceso?

—Creo que ninguno, *Reichsführer*.

—En ese caso no se debe perder un instante. Cuanto antes se lleve a cabo la sesión, mejor.

—¿Participará el *Reichsführer* en ella? —preguntó Von Sebottendorf.

Himmler miró alternativamente a los dos hombres, buscando un indicio de respuesta a la pregunta. Pero no pudo encontrarla; sus ojos eran inescrutables.

—¿Es conveniente o deseable? —Himmler no parecía en muy buena disposición.

—Si lográsemos establecer contacto con el espíritu de Dietrich —Haushofer denominó a Eckart por su nombre de pila— podría usted preguntarle directamente. Siempre hay algún detalle, una cuestión que surge al hilo de la conversación y que no está prevista de antemano.

—¿Cuál es su opinión, conde? —preguntó Himmler a Von Sebottendorf.

—Creo que el *Reichsführer* debería estar presente. Nada perdería con ello y, por el contrario, tiene mucho que ganar. Comparto la opinión expresada por Haushofer.

Ahora fue Himmler quien guardó un breve silencio, antes de responder.

—Está bien, ¿cuándo puede celebrarse la sesión?

—Si al *Reichsführer* le parece adecuado, podría ser mañana mismo, al filo de la medianoche. Es la mejor hora.

—¿Dónde?

—Si no le incomoda, podría hacerse en este mismo lugar.

Himmler asintió con un ligero movimiento de cabeza, se levantó y sin detenerse se despidió de los dos hombres de forma cortés, pero fría. Abandonaba el lugar, calándose la gorra cuando la voz de Haushofer, sorprendido por tan apresurada marcha, le recordó algo importante.

—El *Reichsführer* deberá permanecer en ayunas desde el mediodía de mañana. Es necesario estar doce horas sin tomar alimento de ninguna clase, solo podrá ingerir agua.

—Gracias por recordármelo, pero no era necesario, *herr* Haushofer. —Himmler dirigió una mirada glacial al poderoso mago de la Thule, quien se acordó demasiado tarde de que la memoria del *Reichsführer* era prodigiosa. Jamás olvidaba un rostro, un lugar o una conversación.

—¡*Heil*, Hitler! —gritó Himmler en el momento en que abandonaba la estancia; hasta sus oídos llegó la respuesta a su despedida.

Una vez solos, Von Sebottendorf preguntó a Haushofer:

—¿Crees posible convocar con éxito a Eckart?

—Es posible, si utilizamos todos los recursos que pone a nuestro alcance la magia

astrológica.

—¿Y si falla? —insistió Von Sebottendorf.

En los ojos de Haushofer brilló una luz maligna.

—No fallará porque vamos a utilizar los procedimientos que Landulfo utilizaba en Kalot Embolot.

—¡No hablarás en serio! —exclamó el conde, quien no pudo evitar una mueca de repulsión.

—¡Completamente en serio! ¡Si Himmler quiere un contacto con el pasado, lo tendrá!

—Pero... pero... —Von Sebottendorf estaba desconcertado.

—¡No hay peros que valgan!

El conde agarró a Haushofer por el brazo y lo miró a los ojos. El mago aguantó la mirada.

—Pero eso significa que será necesario un sacrificio ritual.

—Efectivamente, pero disponemos de tiempo más que suficiente para ello. —La malicia se dibujó ahora en los labios de Haushofer, que cogió suavemente la mano con que Von Sebottendorf sujetaba su brazo y la retiró.

—¡No cuentes conmigo para una cosa así! —gritó el conde.

Ahora fue Haushofer quien clavó su mirada en las pupilas de su interlocutor.

—En ese caso tendré que pedirle ayuda a... déjame recordar. —Se pasó la mano por la mandíbula y pareció rememorar—. ¡Ah sí, ya lo tengo...! ¡El camionero de Dresde! Creo recordar que se llamaba Glauer. ¡Eso es, Rudolf Glauer!

Von Sebottendorf palideció. Su rostro se quedó sin color y, como por ensalmo, unas profundas ojeras aparecieron alrededor de sus ojos. Daba la sensación de haber envejecido varios años en un instante.

—Veo que recuerdas perfectamente el nombre de tu padre, conde Heinrich von Sebottendorf.

Berlín era una ciudad agitada, en la que se daban la mano la turbación y la confianza, en vísperas de la primavera de aquel año de 1939. El anochecer del 18 de marzo llegaba como otros tantos. En las grandes avenidas de la ciudad el alumbrado de las farolas disipaba, con tonos amarillentos, las sombras de la noche. Pendones rojos con la esvástica negra resaltando sobre un círculo blanco adornaban las farolas de las principales vías. Banderas con los mismos colores y símbolos colgaban de numerosos edificios, señalando la presencia omnipotente del nuevo Estado que, conducido por el *Führer*, había sacado a Alemania de la postración en que la habían sumido la corrupción de la burguesía, el peligro comunista y la maldad de los judíos. Los alemanes habían recuperado en poco tiempo el orgullo de pertenecer a un pueblo y formar parte de una patria que hacía solamente unos años había sido el hazmerreír de Europa y del mundo con la paz firmada en Versalles, tras la gran traición que condujo

a la derrota de 1918.

Grandes obras públicas habían puesto fin al paro y las fábricas de armamento habían equipado al que ya era el ejército más poderoso de Europa. Alemania se extendía por gran parte del espacio vital que, según los mentores del nuevo orden de cosas, le era propio y había recuperado el papel que nunca debió perder en el concierto internacional. El Reich de Hitler era no solo respetado, sino temido y aquello llenaba de orgullo a los verdaderos alemanes.

Poco parecía importar a quienes llenaban a rebosar cines, cafés, restaurantes y *cabarets* donde corría el dinero, que las libertades ciudadanas fuesen recortadas de forma cada vez más brutal, que las libertades políticas hubiesen desaparecido, que muchas personas que pensaban de forma diferente a quienes ocupaban el poder hubiesen tenido que abandonar Alemania o estuviesen presos, o que homosexuales, judíos y comunistas, por el solo hecho de serlo, viviesen en el oprobio, la ignominia y la persecución. Ya ni siquiera levantaba protestas que la policía efectuase registros domiciliarios sin orden judicial o se detuviese a ciudadanos que perdían la condición de tales sin haber cometido ningún tipo de delito; o que fuesen condenados y recluidos sin posibilidades de defenderse con un juicio justo.

Berlín era una ciudad ordenada, pero cargada de violencia, en la que soplaba el viento de la guerra. Era una ciudad donde una joven dependiente podía ser sacada de su trabajo, detenida impunemente y sacrificada en un macabro ritual, tras serle infligidas horribles torturas, como ser sodomizada, quemada con hierros candentes para dejar en su cuerpo la marca de Satanás y azotada sin piedad hasta morir desangrada, como ocurrió en la tarde de aquel 18 de marzo en que, mientras una parte de los berlineses, pagados de sí mismos, vivían eufóricos y confiados, otra parte bebía el amargo cáliz de la desesperación.

Berlín era una ciudad en la que al filo de la medianoche de aquella jornada iba a tener lugar en la sede de la Sociedad Thule, en una calle próxima a la Prizregentenstrasse, un ritual donde sería invocado el espíritu de Dietrich Eckart para que acudiese a su cita con el *reichsführer* Heinrich Himmler.

Puntuales a la hora convenida, Haushofer y Von Sebottendorf aguardaban la llegada de Himmler con todo lo necesario para la ceremonia. Se habían retirado los muebles y elementos decorativos de la pequeña habitación donde se habían reunido la víspera para eliminar posibles interferencias entre el presente y el pasado, entre el mundo material y el mundo espiritual. También se había quitado la lámpara e incluso la instalación eléctrica. La iluminación procedía de numerosas velas colocadas en los rincones y en una cornisa que sobresalía de la pared como a cincuenta centímetros del techo. Las velas eran de diferentes tamaños, pero todas de color negro. Había más de un centenar y las titilantes lenguas de fuego que formaban sus llamas creaban una atmósfera que tenía algo de siniestro porque no acababan de romper de forma nítida los velos de oscuridad.

En el centro de la habitación había un amplio círculo trazado con tiza, en cuyo

interior estaba inscrita una estrella de cinco puntas y numerosos signos y grafías.

El *Reichsführer*, acompañado de una pequeña escolta de hombres de confianza, apareció unos minutos antes de que diesen las doce en el reloj de la vecina Klauskirchen. Los dos miembros de la Thule, que le aguardaban impacientes en el vestíbulo, respondieron a los saludos obligatorios aclamando al *Führer*. Después se dirigieron hacia el lugar donde iba a celebrarse la sesión de magia astrológica. Las pisadas de los tres hombres —sobre todo las de Himmler, que calzaba las botas altas que correspondían a su uniforme— resonaban en medio del silencio reinante en aquel templo del ocultismo, aislado del mundo exterior por los sólidos y gruesos muros de la edificación que lo albergaba.

Los tres se encerraron en la pequeña estancia vigilada desde el exterior por los SS que habían acompañado a su jefe. Nada de lo que allí ocurrió durante las cuatro largas horas que duró la ceremonia traslució fuera de las paredes. Absolutamente nada, ni una sola señal, ni un solo ruido.

El primero en abandonar aquella habitación fue Von Sebottendorf. Salió de ella con paso inseguro, ofreciendo un aspecto lamentable. Parecía haber sostenido un duro combate a tenor de cómo se encontraba su indumentaria. La aristocrática elegancia que resultaba innata a su persona era un puro desaliño: tenía rotos en los pantalones y la chaqueta, tipo levita; la corbata, de la que se había desprendido, asomaba por uno de los bolsillos del pantalón, y la camisa, desgarrada, estaba manchada de la sangre que había manado, abundante, por su nariz, aunque no se percibía ningún golpe que hubiese producido tan fuerte hemorragia como indicaban las manchas. Tenía el pelo revuelto, el rostro macilento y la mirada perdida. Abandonó la sede de la Thule sin decir una sola palabra; en su inseguro caminar incluso dudó a la hora de dirigirse hacia la puerta de la calle. Ante aquella visión los SS desenfundaron sus armas reglamentarias.

El segundo en salir fue Haushofer, cuyo aspecto era aún más deprimente. Estaba desnudo de cintura para arriba y en su torso podían verse numerosos verdugones y señales de haber recibido algún tipo de castigo. Había zonas donde la carne estaba tumefacta, como si le hubiesen golpeado con un objeto contundente; curiosamente, las señales de los golpes eran añejas, como si ya hubiesen transcurrido muchos días desde que le infligieron el castigo. Otras, eran incisiones realizadas por algún objeto cortante y de ellas había manado sangre en abundancia, según podía deducirse de los restos que manchaban su cuerpo y los pantalones. Era sorprendente comprobar que las heridas aparecían en pleno proceso de cicatrización y la sangre estaba reseca, como si también hubiesen transcurrido algunos días desde que brotara de las heridas. Asimismo, había sangrado por los oídos, como delataban dos oscuros hilos que le bajaban por el cuello. Tenía los ojos tan enrojecidos que su mirada resultaba aterradora. Al igual que Von Sebottendorf se marchó sin decir palabra.

Cuando Himmler salió su aspecto también era el de una persona que ha soportado una dura brega, pero en absoluto comparable al que ofrecían los otros dos hombres.

Daba la sensación de que tras aquellos muros se había sostenido una enconada pelea en la que su papel había sido el del mediador que sufre alguna contingencia menor al tratar de poner paz. Tenía algún desgarró en su uniforme, en el que también se percibían pequeñas manchas de sangre, aunque no parecían suyas porque nada indicaba que tuviese ninguna herida. No obstante, la mayor diferencia entre los dos hombres de la Thule y el *Reichsführer* se encontraba en la expresión de su rostro. Frente al desvalimiento de aquellos, una plena satisfacción se reflejaba en su cara, algo que resultaba extraordinario en un hombre que había convertido su rostro en una máscara de la que estaban ausentes las emociones. Aparte de esa expresión, Himmler ofrecía el mismo aspecto de siempre: daba la sensación de estar mal afeitado, aunque iba impecablemente rasurado y sus cabellos aparecían peinados. La única diferencia apreciable era que sus ojillos de miope buscaban, entrecerrados, mejorar la visión porque había perdido las gafas en la refriega o lo que quiera que hubiese tenido lugar en aquella habitación.

Los SS observaron, extrañados y en silencio, a su jefe. Mantenían las pistolas desenfundadas. Como a la llegada, los pasos de Himmler resonaron en el silencio reinante. Eran los pasos de un hombre decidido que no vacilaba en el camino que le había marcado su destino.

Sus hombres le escucharon murmurar entre dientes, pero de forma inteligible, aunque no se dirigía a ninguno de ellos:

—Weisthor y Steiner tenían razón. ¡La clave está en Montserrat!

Salió a la calle escoltado por sus hombres. También allí reinaba ahora el silencio y la temperatura era fría, porque en el transcurso de aquellas horas había bajado de forma significativa. Las cervecerías, los teatros, los *cabarets* y los lugares de diversión nocturna hacía rato que habían cerrado sus puertas. En aquellos momentos Berlín parecía una ciudad tranquila, aunque no confiada. En el reloj de la Klauskirchen sonaron majestuosas y desafiantes, en medio del silencio de la noche, las campanadas que señalaban las cuatro de la madrugada.

El *Reichsführer* miró su reloj para comprobar la hora y decidió dar un paseo. El frío de la noche le resultaba agradable, y hasta cierto punto reconfortante. Después de las largas horas de encierro le apetecía estirar las piernas, aunque lo más importante era poner en orden las ideas que bullían en su cabeza. Sus hombres le siguieron a una distancia prudente, para respetar su silencio y garantizar su seguridad. Al cabo de algo más de media hora de tranquilo caminar por las desiertas calles de la capital del Reich, Himmler se volvió hacia sus hombres, que se acercaron con solícita rapidez:

—Nos vamos al Cuartel General.

—¿A Wewelsburg, señor?

—No. Aquí, en Berlín.

Heinrich Himmler se encerró en su despacho donde pasó largas horas escribiendo sin cesar; lo hacía de forma frenética como si en ello le fuese la vida. La llegada del nuevo día le sorprendió en aquella tarea, que se prolongó durante varias horas más.

Cuando hubo concluido, colocó los folios en una carpeta y la guardó en la caja fuerte que tenía en su despacho, disimulada tras un cuadro que reproducía una hermosa vista del ayuntamiento de Munich, su ciudad natal.

En su rostro se apreciaban ahora las huellas del cansancio acumulado por las largas horas de trabajo. Eran cerca de las once de la mañana cuando pidió un copioso desayuno, que comió con apetito rayano en la voracidad. Acto seguido se quitó el uniforme y se embutió en una negra bata de seda en la que estaban bordadas las iniciales de su nombre en el bolsillo superior. Luego dio instrucciones precisas a su asistente para que destruyese el uniforme. «Que todo quede reducido a cenizas», le indicó. Y le ordenó que nadie lo molestase por ningún concepto, necesitaba descansar. Después se dio una larga ducha y se afeitó en el cuarto de baño que tenía en el amplio dormitorio que, hacía ya tiempo, se había hecho instalar junto a su despacho.

El *Reichsführer* se metió en la cama pensando que el futuro de Alemania, el futuro del Reich y el futuro del mundo estaba en los papeles que acababa de guardar.

Durante más de un año un grupo de especialistas que no pertenecían al Ahnenerbe trabajó sin descanso en un proyecto que fue mantenido en el más estricto de los secretos. A los hombres que participaron en él se les hizo jurar que no hablarían, sin autorización expresa de Himmler, sobre las investigaciones que realizaban. No hubo una sola filtración. Nadie, fuera de aquel círculo, supo nada del trabajo de aquel equipo de hombres donde se dieron cita un astrólogo, un mago, un experto en mitología, otro en historia de la Edad Media y el más reputado especialista del Reich en estudios sobre el Grial. Todos ellos pertenecían al Geheimbund, el círculo interno de la poderosa Germanenorden Thule.

El resultado, tras quince meses de trabajo, fue entregado a Himmler en los últimos días de septiembre de 1940 en una cartera de piel negra. Cuando el *Reichsführer* se empapó de su contenido, decidió que resultaba imprescindible realizar una visita a Montserrat para efectuar las comprobaciones pertinentes.

SEGUNDA PARTE

Barcelona, domingo 4 de mayo de 2003

El teléfono sonó insistentemente hasta que Marta Amat, sumida en el sopor de un sueño interrumpido de forma intempestiva, descolgó el auricular y con voz gangosa contestó con un punto de malhumor:

—¿Diga?

—Marta, soy yo.

—¿Quién es yo? —preguntó todavía adormilada y con desgana.

—Soy yo, Ramon.

—¡Ramon, por el amor de Dios!, ¿sabes qué hora es? —La voz de Marta Amat llevaba implícito un tono de reproche.

Hubo un breve silencio en el auricular y luego una exclamación de extrañeza.

—¡Son las diez y media!

—¡Pero es domingo, Ramon! ¡Hoy es domingo!

—¡Despierta de una vez, Marta! ¡Lo que tengo que decirte es muy importante! ¡No te lo puedes siquiera imaginar! ¡Dúchate, tómate un café y espabila! ¡Te llamaré dentro de media hora! ¡Tenemos que vernos sin pérdida de tiempo! —No tuvo posibilidad de protestar ante aquella catarata de órdenes porque el clic que sonó en el auricular le indicó que Ramon Nogués había colgado.

Marta Amat, de treinta y cinco años, profesora titular de Historia Contemporánea en la Autónoma de Barcelona, divorciada y sin hijos, buscó a tientas la base del teléfono para colocar el auricular en su sitio. Sin ser guapa, era una mujer atractiva. Medía un metro setenta y cinco, lo que daba a su figura un cierto aire desgarrado que no estaba exento de elegancia. Sus piernas eran largas y, sin duda, lo más atractivo de su físico. Se había doctorado a los veintisiete años con una tesis, que fue premio extraordinario, relativa al espionaje internacional en la Barcelona de la posguerra; su título era: *Nazis, británicos y norteamericanos. El espionaje internacional en la Barcelona de la posguerra española (1939-1945)*. Tenía media melena rubia y sus ojos grises, ligeramente velados por las lentillas, denotaban una miopía severa cuando los entrecerraba para mejorar la visión. Si no llevaba las lentillas que, a veces, le molestaban más de lo debido, utilizaba unas gafas estrechas de montura negra, lo que hacía solamente en circunstancias muy concretas y, casi siempre, en privado.

Apartó la sábana y el ligero edredón de plumón de oca, y se levantó adormilada aún. Se quitó el diminuto camisón de seda —tapaba la curva de sus glúteos y dejaba al aire unos muslos espléndidos— retirando de sus hombros los delgados tirantes y dejándolo resbalar por su cuerpo. Cerró la mampara de la ducha del amplio cuarto de baño incorporado a su dormitorio, graduó el agua y se dio una prolongada ducha,

bajando poco a poco la temperatura hasta que el agua salió fría. Se frotó con energía todas las partes de su cuerpo, se lavó el cabello y después de diez minutos bajo el agua se sintió reconfortada, a pesar de haber dormido apenas cinco horas, ya que necesitaba, como mínimo otras tres para que el descanso le resultase reparador. No dejó de pensar en las palabras de Ramon: «¡Lo que tengo que decirte es muy importante! ¡No te lo puedes siquiera imaginar!».

¿Qué sería?

Apenas frotó su cuerpo con una toalla de grandes dimensiones, en la que se envolvió para secarse lentamente. Se preparó un café en la melita con mucha agua y poco café, como a ella le gustaba: un brebaje ligero que tomaba sin azúcar e ingería en grandes cantidades. Luego recorrió las cortinas del salón principal y abrió el ventanal que daba a una gran terraza, uno de los muchos atractivos de su espléndido ático de más de doscientos cincuenta metros cuadrados —solo un piso por planta— en la calle Mallorca, junto al paseo de Gracia, una joya inmobiliaria que le habían regalado sus padres para endulzarle los sinsabores de la separación y el divorcio. A la amplitud de la terraza se añadía, como un valor impagable, la intimidad; nadie tenía vistas sobre aquella terraza, un oasis en pleno centro de Barcelona. Marta no podría contar las veces que se había hecho el propósito de acondicionarla con plantas y el adecuado mobiliario, en lugar de las cuatro sillas, la mesa y el toldo que tenía. No era un problema económico, es que nunca encontraba el momento adecuado para hacerlo.

Se asomó a la baranda orientada a levante, hacia el Mediterráneo. Desde los seis pisos de altura miró a la calle, sin ver gran cosa porque no llevaba puestas las lentillas, pero percibió el silencio de los domingos. Elevó la vista y comprobó que la mañana era luminosa, primaveral, y la temperatura muy agradable, sin que la estropease la ligera brisa marina que soplaba desde el puerto.

¿Qué sería eso que ni siquiera se podía imaginar?

Escuchó el silbido de la cafetera anunciando que el café estaba listo. La cocina, casi un salón por sus dimensiones, estaba equipada con los últimos adelantos. Marta se sirvió una generosa taza de café sin dejar de darle vueltas a la llamada, porque Ramon no era una persona exagerada. Le conocía desde los tiempos del bachillerato en el instituto Balmes. La finalización de los estudios de secundaria y el haber escogido carreras muy diferentes —ella Historia y Ramon Económicas— no los alejó, como había ocurrido con tantos otros compañeros de aquellos años de finales de los ochenta.

Como consecuencia de sus respectivos divorcios, que coincidieron en el tiempo, hubo una casi instintiva aproximación, pero todavía no habían llegado a ese punto en que, para bien o para mal, se plantea formar una pareja estable. No sabía muy bien por qué no habían dado un paso más en su relación, porque se sentían a gusto cuando estaban juntos y se iban a la cama cuando les apetecía un contacto más íntimo, cosa que ocurría con relativa frecuencia. Todo apuntaba a que una relación estable era una cuestión de tiempo.

Después de conseguir su título de economista, Ramon había empezado a trabajar con un contrato de un año en un banco; con el dinero que ganó había realizado dos másters en alta dirección de empresas, uno de ellos en Londres. A su vuelta encontró trabajo en la Compañía Telefónica adonde llegó en el momento preciso con la formación adecuada. Se iniciaba la aplicación, de forma masiva, de las nuevas tecnologías a las comunicaciones y la Telefónica había de hacer frente a la liberalización del sector como consecuencia de las leyes antimonopolio impuestas por la Unión Europea. Había escalado posiciones rápidamente hasta convertirse en uno de los integrantes del *staff* directivo de la compañía en Cataluña. Ramon no era, sin embargo, un hombre competitivo. Su imagen distaba mucho de la de los modernos ejecutivos dispuestos a cualquier cosa con tal de alcanzar sus expectativas profesionales y de colmar sus ambiciones laborales. Simplemente había estado en el momento preciso en el lugar adecuado. Luego le había bastado su competencia profesional, su inteligencia y la imprescindible dosis de buena suerte.

Acababa de servirse la segunda taza de café cuando sonó el teléfono. Marta, ensimismada en sus elucubraciones, se sobresaltó a pesar de que era una llamada anunciada. Apretó el nudo de la toalla y con la taza de humeante café en una mano, contestó al teléfono.

—¿Sí?

—¿Te has duchado? ¿Estás despejada?

—¿A qué viene tanta pregunta sobre mi lucidez, Ramon? ¡Desembucha de una vez!

—¿Por teléfono? ¡Ni hablar!

—¿Cómo que ni hablar? —Marta había soltado un grito tan fuerte que el café se agitó en la taza, a punto de derramarse—. ¡Tú no me habrás sacado de la cama para esto!

—¿Estás visible? —En la voz del ejecutivo había un fondo de sorna.

—¡Ramon, te voy a matar! —Marta depositó la taza de café en una mesita auxiliar.

—Está bien, está bien. Te daré un anticipo, pero lo que tengo que enseñarte...

—¿Enseñarme? —lo interrumpió Marta.

—Sí, enseñarte...

—¿Qué es lo que tienes que enseñarme?

—Puedo tardar en llegar a tu casa —hubo un breve silencio— veinte minutos. No, un cuarto de hora, hoy es domingo —se corrigió el propio Ramon, mientras Marta, enfadada, pensaba que, por fin, se daba cuenta de que era festivo.

—¿Tan urgente es? —Buscó sonsacarle alguna pista con aquella pregunta. Hubo un breve silencio.

—Cuando lo veas, lo decidirás por ti misma.

—Pero bueno, ¿qué es eso tan importante que, si no recuerdo mal tus palabras, ni siquiera me lo puedo imaginar?

—Estarás visible en veinte minutos, ¿sí o no?

La actitud de Ramon la estaba sacando de quicio.

—¡Claro que estaré visible! ¡Pero dime de qué se trata!

Otro breve silencio y la voz de Ramon sonó diferente: tranquila y seria.

—¿Te interesa saber algo de la presencia de Himmler en Barcelona?

Marta Amat apretó instintivamente el teléfono.

—¿Quieres repetir lo que acabas de decir, por favor?

—Que si te interesa ver unos papeles acerca de la presencia en Barcelona del jerarca del nazismo.

—¿Estás de broma? —Marta sabía que no lo era. Lo conocía demasiado bien como para saber que el tono de su voz era la mejor garantía de verdad de lo que acababa de escuchar.

—Ya te he dicho que no es cosa de contártelo por teléfono. ¿Es cierto que Himmler estuvo aquí en el año 1940?

—Es cierto —respondió Marta—. Estuvo en Barcelona en octubre de 1940, no recuerdo muy bien para qué vino.

—Parece ser que se alojó en el Ritz —comentó Ramon.

—En efecto, allí se alojó y allí durmió la noche que pasó en Barcelona —confirmó Marta.

—Tengo entendido que, durante su estancia en el hotel, a Himmler le robaron una cartera donde, al parecer, guardaba importantes documentos. Aunque, al menos de forma oficial, no se le dio mucha importancia al asunto, posiblemente para que no tuviera mayor trascendencia un hecho que ponía en evidencia al sistema policial del momento. Supongo que una cosa así en aquella época debía de considerarse una catástrofe.

Marta estaba sorprendida.

—¿Cómo es que tú sabes todo eso?

—Porque tengo la cartera con los papeles que le robaron a Himmler. —Lo dijo como el que dice «Ahora vengo que voy a comprar tabaco».

A Marta Amat se le cayó el teléfono de las manos porque se las había llevado a la boca en un movimiento instintivo de contener la exclamación de incredulidad que se le escapaba. Cogió rápidamente el auricular y casi gritó:

—¡Ramon, Ramon!

Pero al otro lado de la línea ya no había nadie. Un sonido intermitente señalaba que había colgado. Cerró la comunicación del teléfono, se quitó la toalla de un tirón y en dos zancadas se plantó en el dormitorio. Se puso unas minúsculas bragas negras —le gustaba la ropa interior de ese color— y un sujetador también negro de encaje transparente y talla ochenta y cinco porque sus pechos eran pequeños aunque tenía unos pezones grandes y picudos. Se decidió por una camisa de lino blanco, de cuello amplio que se anudaba con un lazo y se embutió en unos pantalones vaqueros, que se ajustaban a las formas de su trasero y espectaculares piernas. Después se calzó unas

zapatillas tipo bailarina de tafilete azul marino y se cepilló su media melena, rubia y lacia, todavía húmeda por el agua de la ducha y se puso las lentillas.

En la cocina se sirvió una tercera taza de café y salió a la terraza, presa de una agitación que crecía cada segundo que pasaba. El sol dibujaba ya sobre el gres del pavimento una línea nítida, que dejaba todavía la mitad de la terraza a la sombra.

No podía creer que Ramon Nogués tuviese la famosa cartera que habían robado a Himmler en el hotel Ritz.

«¿Cómo es posible que aquella cartera esté en poder de Ramon sesenta y tres años después de su desaparición?», pensaba Marta Amat una y otra vez, sin dejar de comprobar en su reloj de pulsera lo lentamente que pasaban los minutos.

Por un instante se le pasó por la cabeza que todo aquello era una broma de mal gusto. La descartó rápidamente porque eso no encajaba con la personalidad del ejecutivo de Telefónica. Pero si por un casual fuese así, se juró a sí misma que lo mataría con el cuchillo más grande que tuviese en la cocina.

Para serenarse, buscó algunos libros en los que se recogían detalles acerca de la visita del *Reichsführer* y del recibimiento que las autoridades franquistas le tributaron. Comprobó que Miquel Mateu i Pla era el alcalde de la ciudad y también que se produjeron momentos de tensión en Montserrat, como consecuencia de la actitud arrogante del propio Himmler y del séquito que lo acompañaba. Leyó un párrafo en el que se aludía al hecho de que, efectivamente, se había cubierto con un ominoso silencio todo lo relacionado con el robo de la misteriosa cartera perteneciente al todopoderoso jefe de las SS por el descrédito que una cosa como aquella conllevaba para el régimen. Como forma de explicarlo se dejó caer en los lugares convenientes el rumor de que había sido obra del servicio secreto británico, que mantenía una eficaz y extensa red de espías en la Barcelona de aquellas fechas. Colocar detrás del robo a uno de los mejores servicios secretos del mundo paliaba el descrédito de la policía franquista. Pensó que debería releer la prensa de la época y refrescar los hechos acaecidos cuando Himmler visitó la ciudad hacía más de sesenta años.

Se había bebido una cuarta taza de café, cuando sonó el timbre del interfono. Como era domingo, Lucas, el portero del inmueble, tenía descanso.

Ramon Nogués era alto, sobrepasaba con mucho el metro ochenta de estatura y tenía complexión atlética. Aún quedaban en su aspecto restos de una práctica deportiva intensa de sus años de bachillerato y universidad. Practicó baloncesto y llegó a ser un excelente base por el que se interesaron, tanto el Juventut de Badalona como el Barça. Pero los objetivos de Nogués no pasaban por la práctica del deporte profesional; entre otras razones porque rechazaba la disciplina alimentaria y los sacrificios que aquello suponía en otros órdenes de su vida a los que no estaba dispuesto a renunciar. Había ganado algunos kilos desde aquella época en que practicó el baloncesto, pero su porte era llamativo. A diferencia de Marta, tenía una hija de su matrimonio. Muy joven se había casado con una inglesa de Chelsea a la que había conocido en su etapa de estudiante en Londres, de donde se trajo un máster, una esposa y una hija. El matrimonio nunca funcionó bien y después de cinco años, cuando la atracción del sexo hacía tiempo que se había convertido en rutina y las trifulcas eran más frecuentes de lo soportable, Ann —que era el nombre de su mujer— y Ramon pusieron fin de forma razonablemente civilizada a una relación tan deteriorada. Su esposa regresó a su Londres natal y se llevó consigo a Nuria, la hija de ambos, que para él fue lo peor de la separación. El paso del tiempo y la distancia no habían servido de bálsamo para aquella herida.

Todos los meses viajaba a Londres —su sueldo de ejecutivo de Telefónica y su holgada posición económica se lo permitían— para estar uno o dos fines de semana con su hija. Y todos los veranos, durante las vacaciones escolares de Nuria, la niña viajaba a España para pasar un mes con su padre entre Barcelona y la magnífica casa que sus abuelos paternos tenían en la Costa Brava. Ramon no abandonaba la ilusión de que cuando su hija fuese mayor se viniese a vivir definitivamente con él.

La coincidencia de los divorcios de Marta y de Ramon en el tiempo hizo que nuevamente se estrechase la relación entre ambos. Aunque los pronósticos de su círculo de amigos y conocidos sobre que acabarían casándose o cuando menos formando una pareja estable aún no se habían cumplido, muchos lo daban por hecho; solo era cuestión de tiempo.

Cuando el ascensor lo dejó en la sexta planta, Marta le aguardaba con la puerta del piso abierta. Ramon Nogués llevaba en una mano un casco de motorista y en la otra una deslustrada cartera de piel negra. Al ver a Marta, la agitó como quien levanta un trofeo que acaba de conquistar. Le guiñó un ojo y la besó en los labios.

—¡No te lo vas a creer! ¿Dónde podemos ver esto con comodidad? —preguntó Ramon.

—El mejor sitio es mi despacho.

Marta caminó delante a lo largo de un pasillo que recibía luz natural de un patio

interior hasta la puerta del fondo. El despacho era muy amplio, pero también una especie de selva donde libros y papeles abarrotaban literalmente todo el espacio. En los anaqueles de las estanterías se apretaban los volúmenes, muchos de ellos con el lomo ajado y cuarteado por el uso; en los espacios que quedaban entre balda y balda se encontraban, colocados en posición horizontal, libros, revistas y cuadernos de trabajo. En el suelo se levantaban rimeros formados por más libros, recortes de prensa, revistas, mazos de papel atados por cintas en unos casos y aros de goma en otros. Había también bolsas con libros y paquetes sin abrir. También en los asientos de las sillas se apilaban libros y papeles en un desorden absoluto, que se extendía por la mesa donde supuestamente trabajaba Marta; porque parecía imposible que en medio de tanto desorden fuese posible realizar allí algún tipo de tarea. Incluso en la mesa donde estaba el ordenador se veían papeles, cedés, deudevés y muchos adhesivos de color amarillo pegados, con poco orden, en los que había anotadas direcciones de correos electrónicos, números de teléfono y pequeñas frases a modo de recordatorios.

—¿Aquí podemos ver esto con comodidad? —Ramon alzó la cartera. Sus palabras estaban a medio camino entre la incredulidad y la ironía.

Marta, que no estaba para bromas, se limitó a indicarle que aguardase un instante. Levantó las persianas del amplio ventanal y corrió las cortinas, permitiendo que la claridad del día se adueñase de la habitación. Después trasladó al suelo con mucho cuidado los tres rimeros de libros y papeles que se apilaban sobre la mesa, luego recogió con diligencia los numerosos bolígrafos y rotuladores, así como los abundantes objetos menudos que había esparcidos por la superficie de la mesa y los metió a puñados en uno de los cajones. Por último, también retiró la lámpara de pantalla, poniéndola en el suelo. Concluida la tarea Marta hizo un gesto con las manos dando a entender que allí estaba el espacio prometido y en efecto, ante los ojos de Ramon, que había seguido en silencio y con mirada atenta el proceso, aparecía despejada una superficie de un metro sesenta por noventa. El desorden que ahora había en el despacho se había incrementado ligeramente, era casi imperceptible, pero la mesa se había convertido en un sitio idóneo para mostrar lo que él deseaba enseñarle.

La cartera era de piel de cerdo, teñida de negro. En el centro tenía una cerradura de latón en la que había puntos de óxido; en la tapa de piel que cerraba la cartera se apreciaba, grabado, un círculo en cuyo interior había una esvástica. El aspecto ajado de la cartera se debía, más que al desgaste, al polvo acumulado por el paso del tiempo y que se había incrustado en las rugosidades de la piel. También tenía algunos arañazos, mitigados por el paso de los años.

Ante la mirada de Marta, agarrotada por la tensión —tenía los labios apretados como si estuviese haciendo un gran esfuerzo y la respiración contenida—, Ramon presionó sobre el mecanismo de cierre, que respondió sin problemas. Abrió la cartera, sacó de su interior un fajo de papeles y lo colocó encima del tafilete verde que

tapizaba la mesa. Con un gesto invitó a Marta a que lo hojease.

Casi con respeto reverencial, la historiadora pasó la mano extendida sobre el primero de los folios, como si con una caricia suave buscase percibir por el tacto algo que hubiese en aquellos papeles. Luego fue pasándolos uno a uno con el cuidado exquisito de quien tiene en sus manos una obra de arte y teme que pueda estropearse.

Se trataba de medio centenar de folios de papel blanco de gran calidad, pero que el paso del tiempo había tornado amarillento. Todos tenían escrito en negro, en el ángulo superior derecho, con caracteres góticos, las palabras «Germanenorden Thule» y una línea más abajo la palabra «Geheimbund». Estaban pulcramente mecanografiados a doble espacio, pero también en la escritura se dejaba notar el efecto del paso de los años: la tinta, negra en origen, había tomado una tonalidad violácea y los caracteres habían perdido nitidez. Aquellos documentos estaban escritos en alemán y quien dominase el idioma podría leerlos limpiamente. De vez en cuando se encontraban anotaciones en los márgenes, escritas a mano con tinta negra de estilográfica y también aparecían algunas tachaduras y correcciones en las líneas mecanografiadas. La letra de las anotaciones y correcciones era picuda y denotaba con claridad el carácter enérgico de quien las había realizado.

Marta estaba impresionada. Más aún, estaba anonadada. Después de realizar varias comprobaciones para cerciorarse de la autenticidad y despejar algunas dudas, no acababa de dar crédito a lo que tenía delante de sus ojos. Lo que estaba viviendo era el sueño de cualquier investigador. ¡Cuánto no habría dado por disponer de una documentación como la que tenía delante cuando buscaba fuentes para su investigación doctoral! ¡Aquello podía ser oro puro!

Ramon estaba disfrutando el momento. Miraba a Marta de soslayo y permanecía atento a cualquier reacción que tuviese, a pesar de que el contenido de los papeles que tenía delante le estaba vedado por razones lingüísticas. Ninguno de los dos sabía qué podía haber escrito allí. ¡Pero se trataba de la cartera que a Himmler le habían robado en Barcelona cuando visitó la ciudad en plena Segunda Guerra Mundial!

Marta levantó la mirada y exclamó exultante, a la vez que se abrazaba a Ramon por el cuello:

—¡Esto es increíble! ¿Cómo es que tienes esta cartera en tu poder? ¿Cómo ha llegado a tus manos?

Con una serenidad que contrastaba con el entusiasmo de ella, respondió:

—Esa es una larga historia. Pero debes saber que esos folios no son todo el contenido de la cartera.

—¿¡Hay más!?

Por toda respuesta Ramon sacó otro fajo de papeles. Era mucho más voluminoso, aunque se trataba de cuartillas. Pero, a simple vista, el texto que contenían triplicaría como mínimo el de los folios.

Marta estaba abrumada.

El mazo de cuartillas estaba escrito a mano, carecían de membrete y la calidad del

papel era muy inferior a la de los folios; el papel se había vuelto amarillo y daba la sensación de estar tan seco que podía quebrarse con solo cogerlo; ya había ocurrido en los bordes, que aparecían como picados. Muy pronto Marta comprobó que había dos clases de cuartillas. Al final del mazo había una veintena que eran diferentes al resto. Habían sido escritas por otra persona y la calidad del papel era extraordinaria. La mano que las había escrito era la misma que había efectuado las correcciones en los folios; la misma tinta y la misma letra. Todas las cuartillas estaban escritas en alemán y el texto aparecía emborronado de tachaduras, signos y abreviaturas. Marta pasaba las cuartillas con un cuidado tan reverente como lo había hecho antes; la diferencia era que en aquel momento la mano de la historiadora temblaba de modo imperceptible.

¡Aquello era demasiado!

El silencio que había en el despacho tenía algo de solemne.

Miró, desconcertada, a los ojos de Ramon, quien verdaderamente no había exagerado en absoluto, cuando le dijo por teléfono que ni siquiera podía imaginarse lo que tenía que mostrarle. Repasó otra vez las cuartillas con delicadeza femenina y de forma casi mecánica, ya que no era capaz de entender el contenido de lo que allí había escrito. De repente se detuvo en una de ellas. Era como si hubiese hecho un descubrimiento, como si fuese capaz de entender algo de lo que allí había escrito. En una de las líneas aparecía destacado, escrito con letras mayúsculas el nombre de OTTO RAHN.

Marta Amat levantó la vista y dejó vagar la mirada, trataba de recordar aquel nombre que por alguna razón no encajaba, pero le resultaba vagamente familiar. En algún rincón de su memoria había un registro que no lograba abrir. Pasó dos cuartillas más y se detuvo nuevamente. Ahora la palabra que aparecía escrita con letras mayúsculas era GRAL.

En aquel momento se hizo la luz.

Recordó inmediatamente quién era Otto Rahn y los estudios que había realizado sobre el Grial y la búsqueda que realizó en tierras del Languedoc de la preciada reliquia en los años treinta del siglo xx. En aquellos papeles se hablaba de Otto Rahn, el investigador del mundo de los trovadores y de los cátaros, de las leyendas medievales. Recordó vagamente haber leído en algún lugar que Rahn había estado trabajando para los nazis, más concretamente para Himmler en la Ahnenerbe. Recordó que, tras la pantalla oficial de preparar la entrevista de Hitler y Franco, que en realidad correspondía a Von Ribbentrop en su condición de ministro de Asuntos Exteriores del Reich, la verdadera razón de su venida a España tenía que ver con la visita que realizó a la montaña de Montserrat y que su interés por la misma estaba relacionado con la búsqueda del Grial en dicha montaña o en su monasterio benedictino.

Su mente trabajaba ahora a gran velocidad.

No podía conocer el contenido de aquellos documentos, pero con los indicios que

le habían proporcionado aquellas dos palabras, tenía fundadas sospechas acerca de la información que contenían los papeles de la cartera de Himmler.

—¿Así que el contenido de la famosa cartera robada al *reichsführer* Heinrich Himmler estaba referido a documentos que tenían que ver con la búsqueda nazi del Grial? —Marta Amat había pensado en voz alta.

—¿Desde cuándo sabes alemán? —le preguntó Ramon con un poso de ironía en sus palabras.

—¡No seas plasta! ¡Ojalá supiese alemán! No sé cuál es el contenido de estos documentos, pero apostaría doble contra sencillo a que no ando descaminada.

—¿Por qué los has relacionado con la búsqueda del Grial?

Marta le explicó brevemente la razón de aquella deducción a partir de algunas palabras sueltas. Al terminar la explicación le repitió la pregunta que ya le había formulado:

—¿Puedes explicarme cómo ha llegado esta cartera a tus manos?

Ramon Nogués exhaló un profundo suspiro, luego miró a Marta y sin saber muy bien por qué reparó en el color negro de su sujetador que se vislumbraba a través del blanco tejido de su blusa.

—Me gusta tu sujetador.

—¡Déjate de chorradas!

—Es una historia muy larga —comentó con un fondo de nostalgia en su mirada.

—¿Tú tienes prisa? —preguntó Marta.

—Ninguna —respondió Ramon—. Hoy es domingo y no tenía previsto nada especial. He pensado que podríamos buscar a alguien que supiese el suficiente alemán como para que nos dijese qué es lo que contienen esos papeles.

—Estoy deseando saber el contenido de la documentación que a Himmler le robaron en el Ritz, pero en este momento mi curiosidad acerca de cómo esos papeles han llegado hasta tus manos es todavía mayor. Para una historiadora conocer la procedencia de las fuentes es, a veces, tan importante como la fuente misma y en este caso...

—¿En este caso...?

—En este caso conocer, si es posible, la historia de la desaparición de los papeles tiene un valor cuya importancia supongo que no se te escapará. —Y añadió con cierto desprecio—: Aunque seas de ciencias.

—¿Cómo que aunque sea de ciencias!

Marta puso su mano en el hombro de Ramon y le besó fugazmente en la punta de los labios, en un gesto conciliador.

—Sabía yo que te picarías. ¡Eres hombre, además de ser de ciencias!

Ramon le pellizcó el trasero y ella lo besó de nuevo.

—Me refiero a que para quienes habéis hecho de la racionalidad un código y del valor numérico de las estadísticas un dogma, las anécdotas y las viejas historias tienen un valor muy limitado, incluso las menospreciáis. Aunque algunos de

vosotros, en el fondo de vuestra conciencia, sabéis que ahí es donde radica la verdadera esencia de la vida. Tú eres uno de ellos. —Marta le besó otra vez, ahora con más reposo—. Si no, ¿por qué demonios ibas a llamarme lleno de nerviosismo un domingo por la mañana, te ibas a presentar aquí y hasta hubieses previsto la posibilidad de que buscásemos a alguien que supiese alemán? ¿Cómo ibas a darle valor a una vieja cartera que sabe Dios dónde habrá estado todos estos años?

Pasados algunos segundos, Ramon comenzó a explicar:

—Se trata de una vieja historia familiar: mi abuelo paterno era republicano y nacionalista y fue represaliado por Franco. Si tú tampoco tienes prisa, puedo contarte la historia de esa cartera hasta en sus más pequeños detalles.

—Es lo mejor que puedo hacer hoy. Además de estar contigo —añadió, dando un acento de picardía a sus palabras.

—Ese abuelo mío —prosiguió Ramon— era un excelente narrador y fueron incontables las noches de mi infancia y adolescencia que me dormí escuchando de su boca historias que causaban en mí tanta admiración como fascinación. Ya sabes que falleció hace unas semanas, en febrero pasado. Tenía noventa y cinco años. —Una sombra de tristeza veló los ojos de Ramon—. Fue un tipo extraordinario. ¡Si le hubieras visto en los primeros años de la democracia! ¡Cuánta energía y cuánta ilusión! Me impresionó verle llorar como un niño el día que Josep Tarradellas regresó a Cataluña y dijo aquello de «*Ciudadans de Catalunya, ja sóc aquí*». Yo, que tenía entonces diez años, estaba con él en la plaza de Sant Jaume. Había aguardado casi cuarenta años para vivir un momento como aquel. Hace dos días acudí al requerimiento de un notario que tiene la oficina muy cerca de aquí para asistir a la apertura de su testamento.

—¿Te ha llegado la cartera a través del testamento de tu abuelo?

—No seas impaciente. Como te decía, acudí a esa notaría que, según me dijo uno de mis parientes a la salida, ha ido a parar a manos de un notario vinculado a movimientos de extrema derecha. ¡Si mi abuelo lo hubiera sabido! —se quejó Ramon—. Había amasado una pequeña fortuna con el negocio de la hostelería y la restauración al que las circunstancias de la vida le habían obligado; porque la guerra y la represión truncaron su brillante porvenir como profesor de Química. La herencia no ha presentado más problemas que los habituales en este tipo de asuntos. Pero a todos les llamó la atención el hecho de que en el testamento mi abuelo hubiese señalado de forma específica un legado que había de serme entregado personalmente. Se trataba de una simple arquilla de madera.

—¿En la arquilla estaba la cartera robada a Himmler? —preguntó Marta.

—Efectivamente. En la notaría, colocada sobre una mesita auxiliar, estaba la arquilla que guardaba en su interior la cartera y una larga carta que me había escrito mi abuelo. La arquilla había estado depositada en un guardamuebles desde el año 1984. La papeleta de depósito había sido incorporada al testamento que mi abuelo otorgó años después, en 1992, para que la arquilla fuese retirada cuando se efectuase

la apertura de dicho testamento. ¡No te puedes imaginar la expectación que había entre mis parientes cuando la abrí!

—¿Lo hiciste allí? ¿En la misma notaría? —preguntó Marta un tanto extrañada.

—Sí. Lo hice allí mismo. ¿Por qué te extrañas tanto?

Marta se encogió de hombros.

—¡Bah, una tontería!

—No, no. Eso lo has dicho por algo —insistió Ramon.

—No sé, me da la impresión de que si tu abuelo quería que ese legado rodeado de cierto misterio llegase a tus manos, tal vez hubiese requerido un poco más de intimidación.

—Tal vez tengas razón y me precipité. Porque hubo mucho morbo malsano entre mis familiares. Incluso hubo quien soltó algún comentario poco afortunado.

—¿Nunca te habló tu abuelo de la cartera o del legado?

Ramon negó con la cabeza:

—Jamás mencionó nada.

Tras la explicación hubo un prolongado silencio; tanto él como Marta rumiaban sus propios pensamientos. Al cabo de un rato, ella preguntó:

—¿Puedo hacerte una pregunta indiscreta?

Ramon esbozó una sonrisa:

—Pregunta lo que quieras. Pero antes podías ofrecerme una cerveza.

Marta fue a la cocina y trajo, sobre una bandeja, un botellín y una copa de cristal. Ramon abrió la cerveza y se la sirvió.

—Me has dicho que en la arquilla, junto a la cartera, había una carta de tu abuelo.

—Así es, una larga e interesante carta.

—¿También leíste su contenido en la notaría?

—Sí, pero solo para mí. Supongo que más de uno debió de quedar chasqueado.

—Ahí va, entonces, la pregunta indiscreta —indicó Marta—. ¿Qué es lo que te decía tu abuelo en esa carta?

Ramon, después de dar un largo trago a su copa, sacó unos papeles doblados del bolsillo trasero de su pantalón y se los alargó a Marta. Eran unas fotocopias de cinco folios escritos a mano con una letra menuda y apretada.

—Yo... yo no quiero... —se disculpó Marta.

—No hay indiscreción en su lectura. Además, tenía pensado dártelos a leer porque hay algunos párrafos que no han dejado de preocuparme a lo largo de estas cuarenta y ocho horas. Tal vez cometí una indiscreción y me precipité al abrir la arquilla en la notaría.

Marta comenzó a leer con mal disimulada avidez las fotocopias que sostenía en sus manos.

Barcelona, 23 de julio de 1997

Mi querido nieto:

Si en algo te conozco, he de suponer que la perplejidad será el sentimiento que en este momento

embargue tu ánimo. Lo que puedan sentir aquellos de la familia que en este momento estén contigo habrán de ser sensaciones contradictorias que irán desde la sorpresa, hasta la envidia, pasando por la incredulidad. Te digo esto porque ninguno de ellos tiene el más mínimo conocimiento de que la cartera que acabas de recibir es la que Heinrich Himmler, uno de los mayores criminales del siglo, traía cuando visitó Barcelona el 23 de octubre del año 1940.

Por razones que fácilmente comprenderás, aunque tú te has criado en un régimen de libertades, no he compartido con nadie a lo largo de mi ya dilatada existencia, el secreto de su posesión desde que en la fecha arriba señalada me apoderé de ella. Porque has de saber que fui yo, tu abuelo, Rafael Nogués i Roura, quien con poco seso, pero mucha pasión aprovechó una circunstancia excepcional para infligir a los nazis y fascistas que se pavoneaban en los salones del hotel Ritz la infamia que para ellos, ufanos de su poder, significaba que alguien sustrajese la cartera del *Reichsführer* del régimen más poderoso que en aquel momento había sobre la faz de la tierra. Su altanería y exceso de confianza eran tales que descuidaron elementos esenciales en la seguridad del jerarca nazi que visitaba nuestra ciudad.

Digo que lo hice con poco seso, porque en un arrebato no calibré las consecuencias que podían derivarse de un acto como el que llevé a cabo yo solo, y sin ningún tipo de colaboración. Por mucha fantasía que pongas, nunca podrás imaginar el revuelo que se armó cuando se dieron cuenta de que la cartera había desaparecido.

Digo también que lo hice con pasión porque pensé que era una forma de vengar la ignominiosa muerte que se había dado en los fosos del Castillo de Montjuïc a un hombre bueno, a Lluís Companys, a quien los nazis habían capturado en Francia y entregado a los franquistas, que lo fusilaron tras un simulacro de juicio.

Una vez que me hube apoderado de la cartera no sentí miedo, sino pánico. Un terror opresivo me atenazó durante las horas siguientes a mi «heroicidad». No di marcha atrás porque mi propio miedo me lo impedía. Hice lo único sensato que podía hacer: ocultarla donde pensé que nadie podría encontrarla, porque algo en mi interior me decía que no debía desprenderme de ella, lo que, sin duda ninguna, hubiese sido la solución más sensata a la temeridad que había llevado a cabo. Porque has de saber, querido Ramon, que tu abuelo no era un valiente, sino un insensato.

La suerte fue mi aliada, porque el bochorno que para aquellos engreídos significaba el hecho del robo en sí, hizo que tratasen de silenciarlo por todos los medios a su alcance. Aquello era demasiado para su orgullo. Un orgullo, cargado de necedad, que los llevó a no considerar que un pobre e insignificante camarero —que es lo que era tu abuelo entonces— fuese quien, en solitario, hubiese llevado a efecto la operación. Para poner bálsamo a su herido orgullo montaron toda una conspiración en la que estaba involucrado nada más y nada menos que el servicio secreto británico, cuyos cualificados agentes habían preparado una operación con un apoyo logístico impresionante. ¡Imbéciles! Toda la operación fue obra de un pobre catedrático de Química de Enseñanza Media a quien habían privado de su cátedra como represalia por sus ideas republicanas y nacionalistas, a quien habían embargado sus bienes de familia por un inicuo procedimiento y que se veía obligado a servir copas y cócteles en las veladas del Ritz a la «buena sociedad» de aquella Barcelona rancia y triste que era nuestra ciudad en los años de la posguerra.

Me salvó su jactancia, su soberbia y su orgullo.

Mi miedo era tal que durante seis años no fui siquiera capaz de acudir al lugar donde oculté la cartera. Cuando transcurrido ese tiempo, la abrí —hasta entonces lo había ignorado todo acerca de su contenido porque mi acción había estado motivada no tanto por hacerme con algo cuanto por humillarlos— me encontré con dos fajos de papeles. Uno eran folios timbrados y mecanografiados; otro, cuartillas manuscritas de dos autorías diferentes. Como quiera que no tengo conocimientos de alemán no pude, entonces, acceder a su contenido.

El paso del tiempo fue, con insoportable lentitud, debilitando al régimen franquista y liberando los miedos de antaño. La muerte del general usurpador trajo nuevos vientos y con ellos la libertad de hablar, de opinar y de decidir. Solo entonces me sentí con fuerzas para encargar una traducción del contenido de los papeles de la carpeta de Himmler. Aun así, tomé todo tipo de precauciones: fotocopié los originales, ocultando el timbre que señalaba los folios como documentos ligados al *Reichsführer* del régimen nazi y los entregué a un intérprete de los que acompañaban a turistas alemanes que venían a pasar sus vacaciones a Cataluña y se alojaban en algunos de nuestros hoteles.

Al cabo de dos días llamé por teléfono al intérprete, con quien ajusté un precio generoso por su trabajo y por su silencio, para que me diese un avance del contenido de los papeles. Cuando supe lo que escondían entre sus líneas me embargó el mismo pánico que cuando me apoderé de la cartera. ¡Si lo que hay escrito en esos papeles es cierto, contienen algo terrible y poderoso a la vez! ¡Los poderes del mal que los nazis invocaron para dominar al mundo están en esa cartera! Le dije que me entregase las fotocopias y la

traducción. Sin demora, una vez en mi poder consideré que lo mejor era destruir fotocopias y traducción. Luego decidí poner a buen recaudo la cartera y su contenido.

El traductor apareció asesinado a los pocos días. En su cuerpo había numerosas señales de violencia. Su muerte me puso en alerta, más por suspicacia que por otra cosa. ¡Qué sabía yo de su vida y de sus problemas! Pero supe que lo habían hecho por causa del encargo que le había efectuado cuando a la semana siguiente, y con veinticuatro horas de diferencia, alguien entró en mi casa de Barcelona y en la torre de la Costa Brava, buscando, posiblemente, los papeles de la cartera de Himmler. Quienquiera que lo hiciese lo revolvió todo, sin llevarse nada de lo que había de ninguna de las dos viviendas, y eso que en ambas había objetos tentadores para cualquier ladrón. Aunque la policía mostró su extrañeza ante un hecho como aquel, consideré adecuado no decirle ni a ellos ni a nadie cuál era la causa —yo no albergaba duda ninguna— que había motivado aquellas fechorías. Una vez cometido el error de compartir mi gran secreto no estaba dispuesto a repetirlo. Estaba convencido de que, por alguna razón que ignoro, el traductor se había ido de la lengua.

Quienesquiera que fuesen los que asaltaron las viviendas no consiguieron su objetivo porque la cartera de Himmler no estaba en ninguna de las dos. Dos meses más tarde intentaron conseguirlas por un nuevo procedimiento, que tú recordarás. Dos individuos trataron de secuestrarme una noche cuando salía de uno de nuestros hoteles, pero se precipitaron y el servicio de seguridad del propio hotel frustró el intento. Huyeron en un vehículo con los de seguridad persiguiéndolos por las calles de Barcelona, mientras se daba aviso a la policía. Todo concluyó cuando el vehículo de los frustrados secuestradores sufrió un aparatoso accidente al estrellarse contra un camión de mudanzas. Los tres ocupantes del vehículo perecieron en el acto. Dos de ellos, los que intentaron el secuestro, eran delincuentes y estaban en los ficheros de la policía; el conductor del vehículo era un médico de un pueblo del Ampurdán vinculado a una secta a la que se atribuían extrañas prácticas. La policía llegó a un callejón sin salida y como el secuestro se había frustrado, el caso quedó cerrado.

Durante años me he sentido observado, vigilado, seguido. Pero, tal vez, como decidí protegerme con un servicio de guardaespaldas, no he vuelto a sufrir ningún percance, aunque en ningún momento descarté tal posibilidad.

Este legado que ahora llega a tus manos es algo extraordinario. No sé muy bien si lo que te lego es un tesoro de gran valor o un problema de terribles dimensiones; en todo caso, has de saber que lo hago por el amor que te profeso y porque pienso que eres la persona más adecuada de cuantas he conocido —y te puedo asegurar que he conocido muchas a lo largo de tantos años— para adoptar una decisión correcta. Una decisión que yo no he sabido tomar. En todo caso eres libre de hacer con ello lo que consideres más adecuado.

Con todo el cariño de tu abuelo, que bien sabes lo que te quiere.

Rafael Nogués i Roura

Cuando Marta concluyó la lectura de los folios estaba emocionada. No podía creer que tuviese en sus manos una documentación como aquella y conocer una historia como la que el abuelo de Ramon contaba, a grandes rasgos, en la carta que acababa de leer. Tenía el rostro contraído y el precioso tono dorado de su cutis había palidecido.

—¡Vaya regalo que te ha hecho tu abuelo!

Ramon se encogió de hombros como si aceptase resignadamente su suerte.

—Ya te dije que en la carta hay un par de cuestiones que no han dejado de preocuparme las últimas cuarenta y ocho horas.

—¿Un par de cuestiones, dices? Con que la mitad de lo que hay escrito ahí sea cierto tienes un grave problema. —Marta miró de soslayo los papeles que había dejado encima de la mesa—. Lo que tienes en tus manos es una auténtica bomba. ¡Un asesinato! ¡Allanamientos de viviendas! ¡Intentos de secuestro! ¡Accidentes mortales! ¡Sectas misteriosas! ¡Y para remate unos papeles que pueden ser el detonante de no sé cuántas calamidades bíblicas!

—¡Tal vez tengas algo de razón y tengamos un problema!

En los ojos de Marta se dibujó la incredulidad.

—¿Tengamos?

—¡Claro! —exclamó Ramon con toda naturalidad—. ¿O acaso tú no estás ya metida en el problema?

Se hizo un breve silencio que Marta rompió:

—Es decir, que a lo que has venido a mi casa no es a servirme en bandeja la posibilidad de realizar una investigación con la que cualquier historiador sueña a lo largo de su vida.

—También. Pero eso lleva implícito el problema —señaló Ramon, sin alterarse lo más mínimo. Esa actitud sacó a la historiadora de quicio.

—¡Eso sí que no! —Marta miró a su alrededor buscando algo para arrojárselo a la cabeza—. ¡Esos papeles son tuyos, no míos! ¡El problema es tuyo y solo tuyo!

—¿Así que no quieres saber qué es lo que contienen esos papeles —Ramon señaló con el dedo los dos fajos de documentos—, que eran los que Himmler llevaba en su cartera cuando visitó esta ciudad?

—¡No! ¡No quiero saberlo! ¡Bueno sí, pero no! —Marta estaba desconcertada, confundida.

—¿En qué quedamos? —En los labios de Ramon apuntaba una sonrisa burlona.

Marta Amat se abalanzó sobre él con los puños apretados. Ramon la sujetó por las muñecas y le dijo suavemente:

—¿Sabes que te pones muy hermosa cuando te enfadas de esta forma? —Luego la besó en la boca. Notó cómo la tensión de Marta se aflojaba con la suavidad del beso; después buscó su lengua y la encontró.

El lunes había amanecido plácido: temperatura suave, cielo despejado y una ligera brisa, pero en la cabeza de Marta Amat se había desatado una tormenta de sensaciones. Después de un largo forcejeo, que duró toda la tarde del domingo, tenía sobre la mesa de su despacho una documentación inédita cuyas vicisitudes eran historia en estado puro.

Cualquier investigador hubiese dado lo que tuviese con tal de poseerla. A ello se tenía que añadir algo no menos importante: había conocido, a través de una fuente de primera mano, las verdaderas circunstancias en que se produjo el robo de la cartera que portaba Heinrich Himmler en su visita a Barcelona, en los duros años de la posguerra española. En el lado oscuro estaban las peligrosas vicisitudes que el abuelo de Ramon había vivido como consecuencia de tener en su poder una documentación que, al parecer, había despertado los deseos de unas gentes de las que poco o nada se sabía, salvo que habían estado dispuestas a secuestrar, extorsionar e incluso matar por apoderarse de aquellos papeles. ¿Había concluido el peligro que encerraba la simple posesión de la cartera o simplemente se había producido un proceso de «hibernación» en los planes de quienes andaban detrás de aquellos papeles, cuyo contenido, en palabras del propio Rafael Nogués i Roura, eran a la par algo terrible y poderoso, algo que encerraba conocimientos ocultos que podrían sojuzgar al mundo?

Marta Amat, embutida en un albornoz blanco, después de una rápida ducha, trataba de serenar su ánimo. La noche no había supuesto reposo ni descanso, a pesar de que siempre que hacía el amor con Ramon quedaba tan relajada que dormía profundamente. Él se marchó al filo de la medianoche porque le esperaba un lunes complicado. No había dormido bien porque a la excitación del día se había unido la preocupación. Nunca pensó que el sueño de tener a su disposición una documentación inédita, le acarrearía un malestar como el que en aquel momento la embargaba.

Había llegado a un acuerdo con Ramon. Él se encargaría de la traducción de los documentos. Para ello, avanzada la tarde, habían ido a un cibercafé donde hacían fotocopias y habían sacado un juego completo, tanto de los folios como de las cuartillas. Les resultó gratificante que el joven que las hizo estuviese más pendiente de progresar en el juego de su play station que en fijarse en el contenido de aquellos papeles. A partir de las fotocopias trataría, con las garantías y seguridades que el caso requería, de conseguir una traducción.

Ella se encargaría de obtener información pormenorizada de la visita de Himmler en la prensa de la época, así como sobre los ataques sufridos por el abuelo de Ramon, a partir de los expedientes policiales que se debieron de abrir al efecto.

Habían comentado la estupidez que él había cometido al abrir delante de todos los

miembros de su familia la arquilla que constituía el legado de su abuelo. Un legado que, por mucho cariño que el gesto pusiese de manifiesto, era un regalo envenenado. Ramon se defendió, alegando que no podía sospechar el contenido de la arquilla y que no recordaba que hubiese dicho nada a nadie, después de leída la carta, sobre lo que había en la cartera, aunque todos los presentes pudieron ver que se trataba de un objeto vinculado a los nazis por la esvástica que tenía grabada. Mantuvieron una fuerte discusión en torno al lugar donde quedaría la cartera con los documentos originales. Marta entendía que lo lógico era que quedasen en poder de Ramon, mientras que él pensaba que, si había problemas, estarían más seguros en casa de Marta, lo que llevaba implícito que, si dichos problemas llegaban a producirse, también ella los tendría.

Al final, Ramon se había salido con la suya. Marta no sabía muy bien cómo había podido ocurrir, pero así había sido.

En el silencio de la noche había tomado numerosas decisiones de las que luego se arrepentía. Porque las decisiones, en horas nocturnas, suelen ser incorrectas: había decidido devolver a Ramon la cartera con los papeles y olvidarse de todo aquel asunto; un sexto sentido le advertía de que en todo aquello había mucho riesgo. No solo había riesgo, atisbaba un fondo de grave peligro. En aquellas horas había llegado al convencimiento de que quienesquiera que fuesen los que habían intentado hacerse con los papeles, simplemente habían desistido temporalmente de alcanzar su objetivo, aguardando a que llegase el momento oportuno. Si sus suposiciones eran correctas — reflexionó Marta—, quien estaba detrás del deseo de apoderarse de la cartera no debía de ser una persona física, sino una organización. Se trataba de una deducción elemental: solamente una organización cuya permanencia en el tiempo estuviese garantizada podía permitirse espacios de tiempo muertos tan largos como el que allí se percibía. Si los detalles que el abuelo de Ramon daba en la carta eran correctos, y no tenía motivo alguno para dudarlos, quienes habían tratado de apoderarse de la cartera y de los documentos que contenía llevaban años aguardando en la sombra.

A pesar del peligro que barruntaba, al final había decidido, al menos de forma provisional, hacer aquella mañana lo que había acordado con Ramon el día anterior. Acudiría a la Hemeroteca Municipal y recogería toda la información que hubiese en la prensa de la época, cuando se produjo la visita de Himmler a Barcelona. También trataría de obtener información a través del comisario Planelles, que había compartido pupitre con ambos en el Balmes, sobre los expedientes que se abrieron en su día en relación con los allanamientos de las viviendas y el intento de secuestro del abuelo. A la postre, después de las dudas que la habían atormentado, su mentalidad profesional había acabado por imponerse a sus impulsos. Al fin y al cabo aquello era una investigación en toda regla, una investigación en la que se combinaban, junto a los elementos históricos propiamente dichos, aspectos policíacos.

Marta trataba de relajarse en la terraza de su ático —se prometió a sí misma, una vez más, que antes del verano aquel espacio estaría convertido en un lugar mucho

más acogedor—, con la fresca brisa que soplaba desde el Mediterráneo a la par que se estimulaba con el tercero de los cafés de la mañana. Comprobó que acababan de dar las nueve. Como la hemeroteca no abría sus puertas hasta las diez, pensó que era buena hora para llamar a la comisaría. Tenía que ponerse en marcha. Terminó el café más deprisa de lo que debía y decidió vestirse. Le asaltó la duda: ¿ropa informal, adecuada para el trabajo en la hemeroteca? ¿O traje de chaqueta, adecuado para reunirse con Planelles, quien siguiendo pautas de la vieja escuela, se dejaba seducir por las indumentarias?

Antes de decidirse, llamó a la comisaría. No había contado con que Eugenio Planelles, con quien había flirteado a los quince años, no estuviese de servicio. Buscó en la agenda el número de la comisaría de Vía Layetana y hubo de aguardar hasta cinco tonos antes de obtener respuesta.

—¿El comisario Planelles, por favor?

—¿Quién le llama? —La voz era brusca, desagradable.

—Marta Amat.

—¿Me lo puede repetir?

—Marta Amat, A de Arán, M de Manresa, A de Arán y T de Tortosa —se regodeó con el deletreo.

No hubo respuesta y Marta aguardó casi dos minutos. Empezaba a pensar que estaba pagando su ironía cuando la misma voz escupió:

—Le paso.

Hubo otro silencio, ahora mucho más breve, hasta que escuchó la voz de Planelles.

—¡Marta! —La exclamación estaba a medio camino entre la sorpresa y el júbilo.

—¡Eugenio!, ¿cómo estás?

—¡Encantado de escucharte! ¿Qué le ocurre a mi princesita?

Era el Planelles que conocía: extravertido, directo. Siempre que hablaban la llamaba princesita, algo que a Marta le cargaba sobremanera. Pero la ocasión no era la mejor para reprochárselo.

—Eugenio, necesito que me hagas un favor.

—¿Algún problema?

—No, no. Nada grave, pero necesito cierta información.

—¿Cierta información? —Parecía que Planelles se había puesto en guardia.

—¿Podríamos vernos esta misma mañana?

—Cuando tú quieras, pero ¿tan urgente es?

—No, bueno sí... es que...

—¿Sí o no? —preguntó el policía.

—Sí. —Marta contestó ahora con rotundidad.

—¿Dentro de media hora en la cafetería del VIPS de Rambla de Cataluña?

—Dentro de media hora.

Marta miró otra vez el reloj, eran las nueve y cinco. Si quería ser puntual, no

podía perder un minuto. Después de la conversación se decidió por el traje de chaqueta, uno rojo y de corte Chanel; algo pasado, pero que respondía a los cánones de Planelles. Lo malo iba a ser el polvo de los legajos de la hemeroteca. Tendría que mandarlo al tinte, ¡qué remedio! Se vistió rápidamente, se dio unos toques de maquillaje y cepilló su media melena.

Cuando llegó a la cafetería del VIPS, unos minutos antes de la hora fijada, Eugenio Planelles aguardaba sentado en un apartado rincón leyendo un periódico deportivo, alejado del bullicio y el ruido que inundaban el local.

Aunque no había cumplido los cuarenta —tenía treinta y seis años—, el comisario Eugenio Planelles parecía mucho mayor. Su envergadura se había convertido en corpulencia porque se había abandonado. Tenía una generosa barriga, que era donde más se le notaban los kilos que le sobraban. La pérdida de pelo, que le había atormentado desde muy joven, la combatía ahora con un afeitado de cabeza muy a la moda.

Marta avanzó con paso cimbreado, salvando obstáculos con la elegancia que era natural en ella y que marcaba un notable contraste con el ambiente reinante en la cafetería. Una mujer como ella se habría merecido otro sitio para tomar aquel café. Pero el comisario, a quien seducían las apariencias, no daba para mucho más. El local estaba inundado por el olor de la bollería y del café, las máquinas no paraban de rugir y lanzar chorros de vapor.

Embebido en la lectura del diario, el comisario solo se percató de la llegada de Marta cuando ya estaba encima; se levantó atropelladamente y la saludó con un par de sonoros besos en las mejillas. Dobló el periódico y le retiró la silla para que tomase asiento, luego levantó el brazo, chasqueó los dedos para llamar la atención del camarero y dirigió a Marta lo que consideraba un cumplido:

—Tan elegante como siempre, princesa.

No hubo tiempo para más porque el camarero había acudido con inusual presteza. Marta pensó que en algo influiría el hecho de que Eugenio fuese el responsable de la comisaría de la zona.

—¿Qué vas a tomar? —le preguntó solícito.

—Café solo, americano; en taza grande, por favor.

—¿Algo para desayunar?

—No, no. Nada, gracias.

—Yo, un café con leche y un cruasán.

El camarero asintió con una sonrisa en los labios.

—Bueno, princesa, ¿de qué se trata? ¿Qué tipo de información tan urgente es esa que necesitas?

Marta, que había tomado la decisión de mentir descaradamente a Planelles para no desvelar el verdadero motivo de su interés, le contó una historia acerca de una investigación que habían iniciado en su departamento acerca de la violencia urbana en la Barcelona democrática. El proyecto contemplaba tanto los casos resueltos como

los archivados sin resolver.

—En realidad —apostilló Marta— nos interesan más los casos archivados, sin resolver.

—¿Por qué? —preguntó el comisario.

Ante la pregunta a bocajarro, Marta se dio cuenta de que en su afán por centrar su petición, había cometido un error. No había pensado cómo justificar aquella preferencia.

La llegada del camarero resultó oportuna. Le iba a dar un tiempo precioso para improvisar una respuesta.

—El americano para la señora —indicó el camarero mientras depositaba sobre la formica de la mesa el tazón— y el con leche y el cruasán para el señor comisario.

Marta fijó la mirada en el negro y humeante brebaje que tenía por delante, mientras el policía abría el estuche del azúcar y zambullía los terrones en su café con leche.

—¿Por qué esa preferencia, princesa? —insistió Planelles.

—Ha sido una decisión del departamento. Supongo que los casos no resueltos serán más complejos y tendrán mayores complicaciones, lo que les dará, posiblemente, mayor riqueza desde el punto de vista de la investigación.

—¿Mayor riqueza a la investigación? —preguntó distraídamente Planelles, mientras agitaba la cucharilla en el café con leche.

—Me refiero a la investigación del historiador, no a la policial —respondió Marta con seguridad.

—¡O que algún cabrón de tus compañeros se regodee con supuestos fallos de la policía!

Marta miró a los ojos a Planelles; la historiadora había recuperado el aplomo que por unos instantes había perdido.

—¡Mira, no se me había ocurrido! ¡Pero es posible que algún imbécil haya hecho la propuesta con esa finalidad! Ya sabes, Eugenio, ¡hay gente para todo!

—Ya, ya. ¡Ya me gustaría a mí ver a alguno de esos capullos enfrentándose a diario con toda la basura que tiene una ciudad como esta! ¡Se iba a enterar de lo que es bueno!

—¡De eso estoy completamente segura! —concedió Marta poniendo vehemencia a sus palabras.

Planelles dio un sorbo a su café con leche y se quemó.

—¡Coño, con la leche tan caliente!

—No seas impaciente, Eugenio. Sabes mejor que nadie que todo requiere su tiempo. Hasta el café con leche. —El policía no se percató de la fina ironía que destilaban las palabras de la historiadora.

El comisario movió la cabeza con desagrado. La lengua se le había quedado rasposa.

—¿Alguna violencia en particular?

Marta, que no había sopesado aquella posibilidad, vio el cielo abierto.

—Allanamientos de morada y secuestros —respondió sin titubear. Como si realmente su departamento hubiese puesto en marcha un proyecto con aquellas particularidades.

Planelles sorbió ahora con más cuidado, soltó la taza y atacó al cruasán.

—¡Por supuesto, casos cerrados! —comentó con la boca llena.

—Por supuesto, por supuesto —confirmó Marta que veía ya grandes posibilidades de que se materializase su petición.

El comisario asintió con ligeros movimientos de cabeza mientras masticaba un bocado. Para ayudarle en su decisión, aunque parecía tomada, Marta indicó:

—Podríamos, incluso, poner una fecha límite; digamos, por ejemplo hasta finales de 1997 con lo que la investigación se centraría en dos décadas, a partir de 1977, coincidiendo con las primeras elecciones democráticas.

—Esa me parece una buena idea —asintió Planelles.

—¿Puedo contar entonces con esa información? —preguntó Marta ansiosa por culminar su operación.

—Creo que no habrá ningún problema.

—¿Cuándo podré disponer de los datos?

—Despacio, princesa, despacio... Hemos quedado en que cada cosa tiene su tiempo, ¿o no?

—De acuerdo, de acuerdo. —Marta levantó las manos con las palmas extendidas—. Tú ganas. Lo que pasa es que apenas disponemos de un mes para poner en marcha el proyecto de investigación. Ya sabes, a partir de junio...

—Ya, ya. Las vacaciones de los docentes, ¿y luego os quejáis? ¡Tres meses de vacaciones pagadas, más la Navidad y la Semana Santa y puentes y otros saraos!

Marta sabía que aquella era una batalla perdida. No merecía la pena explicar nada y tampoco quería contradecir mucho a Planelles.

—En ese caso, dame tú una fecha.

—Lo primero será ver cuántos casos tenemos. No creo que allanamientos y secuestros haya muchos, más aún sin resolver —aquello último lo dijo con cierta retranca—. Supongo que, cerrados y habiendo transcurrido seis años estarán todos en los Archivos Generales, lo cual es una ventaja. Pero, por otra parte, de esas fechas, sobre todo de los casos más antiguos, no habrá muchos informatizados. Habrá que buscar manualmente.

—¿Yo podría...? —insinuó Marta.

—De eso ni hablar. Si te hago el favor, te lo hago completo. —Planelles había pinchado con el tenedor el último trozo de cruasán. Se ayudó a engullirlo con el último sorbo de café con leche.

—¿Cuándo te llamo? —preguntó Marta, después de dar un largo trago a su café, que ya estaba menos que templado.

Eugenio Planelles se pasó la mano, acariciándose el mentón, como si aquel gesto

le ayudase a calcular.

—Mañana a esta misma hora, ¿le parece bien a la princesita?

Aunque lo de princesita le molestaba hasta niveles que el policía no sospechaba, Marta la dedicó una espléndida sonrisa.

Planelles pidió la cuenta. Mientras esperaban, Marta, como si se tratase de un comentario sin importancia, de esos que hacen para matar un tiempo, mientras se aguarda, dejó caer:

—Por cierto, que ayer, cuando le comenté algo sobre este proyecto de investigación a Ramon Nogués, me dijo que a un abuelo suyo, creo que se llamaba Rafael, habían intentado secuestrarlo.

Más que el caso, al comisario pareció interesarle la relación de la historiadora con Ramon. Los dos hombres nunca habían tenido buenas relaciones.

—¿Sigues viéndote a menudo con Nogués?

—Sí, con cierta frecuencia. Algunos fines de semana. —Marta quitó importancia a su relación.

—¡Ese y tú terminaréis casándoos! —Lo dijo como si le molestase.

—¡No digas tonterías, Eugenio!

Eran las diez y media cuando se despidieron en la puerta del VIPS. Planelles se encaminó hacia su comisaría, mientras que Marta tomaba un taxi para llegar lo antes posible a la Hemeroteca Municipal. Se arrebujó en el asiento, indicó al taxista la dirección y sacó el teléfono móvil, buscó en el listín de la memoria y marcó el número de Ramon. Aguardó impaciente el tono, que por fin sonó. Lo hizo repetidamente, sin que nadie contestase ni saltase el buzón de voz. Hizo un segundo intento con idénticos resultados.

Le extrañó, porque si Ramon hubiese estado en una reunión habría saltado el buzón de voz y también porque sabría que era ella la que estaba llamando. Además, habían quedado en que ella le llamaría en el momento en que tuviese algún tipo de noticias.

El taxi la dejó en la esquina de la calle donde estaba la hemeroteca, en la antigua Casa del Arcediano, en un estrecho callejón en pleno Barrio Gótico en uno de los laterales de la calleja que en otra época formó parte del *call* o barrio judío de Barcelona.

Marta entró con la familiaridad de quien está habituado a transitar por el lugar. Saludó al conserje, quien manifestó su alegría de verla por allí, cruzó un hermoso patio en cuyo centro había un antiguo pozo con brocal de piedra, al pie de una esbelta palmera cuyas ramas sobresalían por encima del tejado del edificio. Al fondo había una escalera con baranda de piedra calada, labrada con formas que denotaban el abolengo gótico, adosada a una de las paredes. La escalera daba acceso a la planta principal del edificio, que era donde estaba el centro de datos de la Hemeroteca

Municipal.

Sin perder un instante se puso a buscar en los ficheros informatizados con el aplomo de quien está habituado y rápidamente encontró lo que deseaba consultar. Solicitó los microfilms a un joven bibliotecario, cuyo aspecto le recordó a Ricky Martin, aunque más serio en sus formas. Su tarjeta de profesora de la Universidad Autónoma le facilitó el camino. En pocos minutos estaba ante una de las pantallas donde se visionaban las cintas. Ante sus ojos empezaron a desfilar las páginas de *La Vanguardia* de los días anteriores al 23 de octubre de 1940, de dicho día y de las fechas siguientes.

El decano de la prensa barcelonesa trató con gran despliegue, tanto de texto como de información gráfica, la visita del jerarca nazi. Los exornos de la ciudad —el paseo de Gracia aparecía engalanado con banderas españolas y de la Alemania nazi— la llevaron a imaginar, una vez más, a la gris Barcelona de aquellos días llena de esvásticas.

En las fotografías podía verse a Himmler acompañado por las autoridades franquistas. En una de ellas se veía junto a él al general Orgaz, capitán general de Cataluña; también aparecía el alcalde de la ciudad, Miquel Mateu i Pla. La información daba cumplida cuenta de la llegada del *Reichsführer* al aeropuerto del Prat, y el traslado de la comitiva hasta Barcelona. La visita al Pueblo Español de Montjuïc, donde grupos de coros y danzas de la Sección Femenina interpretaron diferentes bailes regionales. Después se trasladó al hotel Ritz, donde Himmler — señalaba el articulista de *La Vanguardia*—, ante las aclamaciones de la muchedumbre que abarrotaba las inmediaciones del lujoso hotel, se vio obligado a salir al balcón para saludar a la multitud allí congregada. El diario daba cuenta de que a las tres y media una larga comitiva salía del Ritz y se encaminaba hacia la montaña de Montserrat y el monasterio benedictino allí enclavado. En la comitiva del jefe de la Gestapo iban el general de las SS Karl Wolf y el capitán Günther Alquen, junto a otra veintena de oficiales de las SS. También le acompañaban numerosos militares españoles, encabezados por el capitán general Orgaz y el alcalde de la ciudad. Himmler subió en el funicular hasta Montserrat.

Marta Amat sabía que en el monasterio se vivieron algunos momentos de fuerte tensión —lógicamente en *La Vanguardia* nada se decía al respecto— como consecuencia de la actitud insolente de Himmler, quien hizo algunos comentarios despectivos acerca de la Iglesia católica. De hecho, ni el abad de la comunidad, el padre Marcet, ni su segundo, el padre Escarré, acudieron a recibirle. La excusa oficial fue el desconocimiento del alemán que tenían los dos monjes benedictinos. Una excusa pueril, pero que servía para guardar las apariencias. En realidad, su negativa estaba relacionada con la campaña lanzada por Himmler para revitalizar ciertos cultos paganos en detrimento de la religión católica y las manifestaciones de rechazo público que hacía. Quien recibió al jerarca nazi y su séquito en nombre de la comunidad fue el padre Ripoll, escudándose en que este monje sí sabía alemán.

Aunque el fraile le comentó que en aquel lugar se había propugnado la herejía del catarismo, con el que los benedictinos tenían muchos puntos de contacto —un dato sumamente revelador para la búsqueda del Grial en la que los nazis estaban empeñados—, el general Wolf señaló que su interés por las cuestiones religiosas no era la causa que había llevado al *Reichsführer* hasta aquel lugar, sino el carácter mágico de la montaña de Montserrat.

Marta tuvo una fuerte sacudida, un escalofrío le recorrió la espalda de arriba abajo. Instintivamente, negó con un enérgico movimiento, como si de esa forma apartase los pensamientos que, como exhalaciones, pasaban por su mente. Su formación académica y su rigor intelectual le impedían asumir aquellos pensamientos, que eran propios de embaucadores o de gentes crédulas dispuestas a buscar razones ocultas o misteriosas para explicar cuestiones que para el pensamiento racional resultaban difusas. A pesar de todo, no pudo sustraerse a aquellos pensamientos que tiraban de ella como una prometedora tentación.

Pensó que los papeles de la cartera de Himmler se referían al Grial y posiblemente alguna leyenda relacionaba a Montserrat con el Grial. ¿Qué era lo que buscaba Himmler en Montserrat?

Continuó leyendo la prensa para comprobar que, concluida la excursión, la comitiva retornó a Barcelona y Himmler hizo una breve visita a la residencia del cónsul general de Alemania. Debió de ser muy rápida porque la crónica señalaba que a las ocho de la tarde estaban de nuevo en el Ritz. Aquella noche, Himmler asistió a una cena que se le ofreció en uno de los salones del Ayuntamiento. *La Vanguardia* se recreaba en describir el entusiasmo de la muchedumbre que se agolpaba en la plaza de Sant Jaume, que tributaban de esta forma un homenaje público al segundo hombre más importante de la poderosa Alemania. También allí le rindió honores la guardia urbana de Barcelona.

Después de la cena, Himmler visitó la checa que durante la Guerra Civil había funcionado en la calle Vallmajor. Los vencedores de la guerra mostraban en ella, como un elemento de propaganda del régimen franquista, los horrores a que eran sometidas las personas que pasaron por tan siniestro lugar. Dicha visita fue la última de las actividades de la intensa jornada que el jerarca nazi vivió en Barcelona porque al otro día se marchó a Berlín en un avión de la fuerza aérea alemana.

Nada se decía de lo que Himmler había buscado en Montserrat.

Marta apenas encontró un pequeño suelto de lo que más le interesaba. En la prensa casi no aparecía reseñado. No se dio ninguna publicidad al robo de la cartera de Himmler, posiblemente, como decía el abuelo de Ramon, por lo que significaba de desdoro para quienes habían actuado de anfitriones. La desaparición de la cartera, en ningún momento se hablaba de robo, se produjo en el Ritz. Ese dato —que venía a encajar con lo que ya sabía— fue el único que obtuvo del rastreo de *La Vanguardia*, en relación con la desaparición de la cartera. Se imaginó el férreo control de la policía del régimen sobre los medios de comunicación y el revuelo que hubo de producirse

ante un hecho como aquel. Los alemanes irritados, los franquistas dando explicaciones y pidiendo calma. Los nervios en las autoridades españolas...

Había leído entre las noticias que el mismo día que Himmler visitaba Barcelona había tenido lugar la entrevista de Hitler y de Franco en Hendaya. ¿Qué hacía el *Reichsführer* en fecha tan señalada en Barcelona? Marta repasó mentalmente la jornada y comprobó que aparte de la visita a Montserrat, que había de tener una significación muy concreta de la que, sin embargo, nada reflejaba la prensa, el jefe nazi no había hecho nada que explicase su presencia en la ciudad. ¿Himmler había venido para acudir a Montserrat! Pero la pregunta clave era: ¿para qué?

Desde luego a Himmler, declarado anticatólico, no tendría por qué atraerle un monasterio benedictino. ¿Qué era lo que buscaba entonces? ¿Qué podía haber en Montserrat que hubiese atraído su atención? Montserrat tenía un valor sagrado para los catalanes; era un lugar rodeado de misterio. Corrían muchas leyendas a acerca del carácter mágico de la montaña y también relacionadas con el propio monasterio y la comunidad que lo habitaba. En aquella visita había algo que no estaba en la prensa y que era su verdadero motivo. Himmler no había venido a Barcelona, ni a ver a los coros y danzas de la Sección Femenina, ni a que el Ayuntamiento de Barcelona le ofreciese una recepción, ni a conocer una checa de Barcelona. Era evidente que la clave de la visita estaba en Montserrat. Si los papeles hablaban del Grial y de Otto Rahn, allí debería de encontrarse su objetivo. Tendría que buscar en aquella dirección y sabía por dónde empezar.

Miró el reloj y comprobó que habían transcurrido cerca de dos horas. Como siempre que se introducía en los recovecos de una investigación, el tiempo se le escapaba de entre las manos sin apenas darse cuenta. Eran más de las doce y media. Tenía que ponerse en contacto con Ramon. Guardó los microfilms en sus correspondientes cajas y los devolvió. Recogió el bolso que había dejado depositado a la entrada y salió rápidamente a la calle. Sacó el teléfono, lo activó y comprobó que tenía dos llamadas de Ramon. Marcó el número; la voz de Ramon sonó estridente:

—¡Marta! ¿Dónde te has metido?

—¿Cómo que dónde me he metido?

—¡Sí! ¡Te he llamado dos veces!

—¡Y yo a ti! ¡Antes de que lo hicieras tú!

—Es que cuando me llamaste no podía hablar contigo —se excusó Ramon.

—¡Tampoco yo he podido cuando lo has hecho tú! ¿No sabes que en las bibliotecas no se puede usar el móvil?

—Está bien, está bien —concedió Ramon con voz angustiada y muy agitado—. ¡Te he llamado porque ha ocurrido algo terrible!

A Marta se le encogió el corazón.

—¿Qué ha pasado, Ramon?

—Es mejor que no te lo diga por teléfono. —Marta podía percibir la angustia en el tono de su voz—. ¿Puedes venir a mi casa?

—¡A tu casa! Pero ¿no estás en tu despacho? ¿Qué es lo que ha ocurrido?

—¡Algo horrible! ¡Ven por favor! ¡Ahora no puedo seguir hablando!

—¡Ramon, por el amor de Dios! ¿Qué ha ocurrido?

Las últimas palabras de Marta Amat no sirvieron ya para nada. Ramon Nogués había cortado la comunicación.

Marta tomó el primer taxi que encontró y pidió al taxista que fuese lo más rápido posible. El apartamento de Ramon estaba en la calle de Sant Antoni Maria Claret, en la zona alta del paseo de Sant Joan.

—¡Es una urgencia!

Tardó menos de un cuarto de hora en llegar, pero cuando el taxista trató de aproximarse a la casa, dos agentes de la guardia urbana le impidieron el acceso, obligándole a continuar. El taxista detuvo el coche unos metros más arriba. Marta, que se había percatado de que la calle estaba bajo control de la policía, atisbó que había cierta aglomeración de gente. Pagó y salió rápidamente del vehículo; cuando llegó a la esquina comprobó que una parte de la calle estaba acordonada por una cinta de la guardia urbana.

Tuvo un palpito y supo que lo que había sucedido, desde luego algo grave, estaba relacionado con la agitación de Ramon y sus últimas palabras por teléfono. Pudo ver en medio del revuelo que había varios coches con las sirenas luminosas encendidas; había dos coches de los *mossos d'esquadra*, otros tantos de la guardia urbana y una ambulancia.

Se acercó hasta donde se agolpaban los curiosos, mantenidos a cierta distancia de un bulto envuelto en papel de aluminio dorado que había tendido en medio de la calle, justo el pie del edificio donde estaba el apartamento de Ramon. Un vehículo tenía el techo aplastado; los cristales se habían hecho añicos y gran cantidad de gránulos de cristal estaban esparcidos por el asfalto. Tuvo un mal pensamiento que le encogió el estómago. Aquel cuerpo había caído desde uno de los pisos altos del inmueble. Con miedo preguntó a una mujer que había delante de ella, agarrada a un carrito de la compra:

—Perdone, ¿sabe qué ha ocurrido?

La mujer le respondió sin molestarse en volver la cara, posiblemente porque no deseaba perder detalle de lo que tenía delante de sus ojos:

—Una muchacha se ha arrojado desde el quinto piso.

Sin saber muy bien por qué, aquella respuesta le produjo una inexplicable sensación de alivio.

—¡No, no se ha caído! ¡La han arrojado al vacío desde aquel balcón! —corrigió un señor de cierta edad, bien trajeado, señalando en dirección al inmueble del apartamento de Ramon.

—¡Que la han tirado! —exclamó la señora del carrito de la compra.

Marta, que tenía las palmas de las manos húmedas por el sudor, notó cómo se le abrían todos los poros de su cuerpo. Una oleada de calor le había producido una desagradable sensación de bochorno, poniendo fin a la momentánea sensación de

alivio de hacía unos instantes.

—Sí, señora. Eso es lo que estaban comentando aquellos policías. —Señaló con un periódico enrollado hacia un grupo de agentes que a pocos metros realizaban comentarios en voz baja—. Al parecer, alguien vio a dos individuos en el balcón, empujando a la víctima.

—Parece ser —apuntó una voz femenina— que era la chica de la limpieza.

Marta estaba confundida. No sabía qué hacer. Había tal cantidad de agentes que era una quimera intentar cruzar el cordón policial para llegar hasta el apartamento de Ramon. Pensó que si lo llamaba, tal vez lograría que le facilitasen el acceso. Marcó su número en el teléfono móvil, pero en un par de segundos la voz neutra de una señorita le indicó que estaba apagado o fuera de cobertura. Cerró el móvil de un golpe y con gesto de contrariedad.

El concurso de los que se acercaban no paraba de renovarse. Eran numerosos los que, saciada su curiosidad y el punto de morbo que una cosa así producía, se marchaban, pero eran reemplazados por otros que se sentían atraídos por la aglomeración. También, conforme pasaban los minutos, se renovaban las noticias, los comentarios y los rumores. El neófito de hacía pocos minutos se convertía en experimentado conocedor de la situación ante los que se arrimaban por primera vez. Se produjo una pequeña agitación cuando del portal del inmueble salió una señora de buen ver, rodeada de hombres, algunos de ellos con carteras y portafolios en las manos.

—¡Es la juez! —casi gritó uno de los curiosos—. Yo la vi cuando llegó hace por lo menos veinte minutos. —Aquel sujeto era ya todo un veterano—. Habrá terminado ya las diligencias —sentenció con cierta presunción.

La agitación se intensificó cuando dos enfermeros, siguiendo instrucciones de la policía, introdujeron el cadáver envuelto en el aluminio dorado en una bolsa de plástico negro semirrígida. Antes de retirarlo un policía marcó con tiza la silueta del espacio que había ocupado. Otros dos individuos no paraban de tomar medidas. Los enfermeros colocaron el cadáver sobre una camilla de patas extensibles y lo introdujeron en la ambulancia.

A Marta se le pusieron los ojos como platos cuando vio en la puerta del edificio la corpulenta figura del comisario Planelles.

Allí estaba la solución a la apurada situación en que se encontraba. No le pareció correcto dar un grito para atraer su atención. Era poco delicado, sobre todo para ella. Decidió que lo mejor era llamar a uno de los agentes que se encontraban más próximos. A base de tesón, algún codazo y varias protestas, logró colocarse en la primera fila de espectadores, justo al borde mismo de la cinta policial que cerraba el paso. Trató de llamar la atención del corrillo de policías, justo en el momento en que la ambulancia donde habían introducido el cadáver se puso en marcha. Varios de los agentes apartaron las vallas del improvisado cerramiento para permitirle la salida. Marta, sin pensarlo mucho, decidió aprovechar el momento y con rápidas zancadas

logró llegar hasta mitad de la calle, seguida por uno de los policías, que no paraba de gritarle que se detuviese, hasta que logró alcanzarla, sujetándola por el brazo. El policía estaba de un humor de perros, pero ella había conseguido su propósito: vio que Planelles se le acercaba con un gesto de sorpresa dibujado en el rostro.

—¡Marta! ¿Qué haces tú aquí? —Instantáneamente se dio cuenta de lo estúpido de su pregunta—. ¡Agente, deje pasar a la señora! ¡Déjela!

—¿Qué ha ocurrido, Eugenio? Ramon me ha llamado por teléfono. ¿A quién se han llevado en esa ambulancia?

El comisario tomó suavemente por el brazo a la historiadora, la apartó de la calle y entraron en el portal. Planelles pudo percatarse rápidamente de lo alterada que estaba.

—¡Por el amor de Dios, Eugenio! ¿Qué es lo que ha sucedido? Ramon estaba muy nervioso, ha debido de apagar el teléfono móvil porque lo he llamado y no me contesta.

—Está arriba, en su piso.

—Pero ¿qué es lo que ha ocurrido? —insistió Marta.

—Todavía no lo sabemos muy bien. Pero todo apunta a que han tratado de robar en el piso de Ramon. Todo está revuelto, manga por hombro... y destrozado.

—Pero, pero... ¿ese... ese cadáver que acaban de llevarse en la ambulancia?

—Es el de la asistenta, la chica que se encargaba de las tareas domésticas. Creo que se llamaba Sofía.

—¿La han matado?

—Puedo asegurártelo, aunque todavía no tenemos certeza sobre la causa de su muerte. Pero todo apunta a que a esa desgraciada la han asesinado. Varios testigos dicen que vieron a dos individuos en la terraza y creen que la tiraron, aunque no están seguros de ello. En fin, la autopsia nos lo confirmará. En todo caso la muchacha está muerta, lo que no sabemos es si ya lo estaba cuando la arrojaron por la terraza.

—¿Y Ramon? ¡Por teléfono lo he notado angustiado!

—Está bajo los efectos del impacto que le ha producido la muerte de la asistenta. Parece muy afectado. —Y añadió con malicia—: Esa Sofía era una morena muy guapa.

—¡Eugenio! —protestó Marta.

—Es la verdad.

—¡No, eso es una maldad! —Marta se acordó de que necesitaba su colaboración y se mordió la lengua para no decirle todo lo que estaba pasando por su cabeza.

Planelles sacó un pañuelo del bolsillo de la americana y se lo pasó por su afeitada cabeza para secarse el sudor. Tenía flojo el nudo de la corbata y mostraba apariencia de cansancio.

—Supongo que no hay ningún problema para que suba a ver a Ramon —indicó Marta, que no deseaba perder un minuto más.

—Ninguno, princesa.

El comisario la acompañó hasta el ascensor y gentilmente pulsó el botón para que se abriese la puerta. Ella le dio las gracias y entró. Marcó repetidamente la tecla del quinto piso y aguardó lo que le pareció una eternidad a que se cerrase. El mecanismo de cierre había empezado a mover la doble puerta cuando Planelles introdujo la mano y la célula fotoeléctrica hizo que la puerta retrocediese. Marta apenas pudo disimular la contrariedad.

—¿Ocurre algo?

—Nada, princesa. Se me olvidaba decirte que esto retrasará algo el encargo que me has hecho. Al menos un par de días, mejor hablamos el jueves en lugar de mañana, ¿vale?

Marta asintió.

—Me hago cargo. Agradezco tu interés y sé que dispondré de la información lo antes que te sea posible.

—Si necesitas algo más... ya sabes. No tienes más que llamarme.

—Lo sé, Eugenio. Sé que puedo contar contigo.

El comisario retiró la mano y las puertas del ascensor iniciaron otra vez el movimiento de cierre. A Marta le pareció que lo hacían con una lentitud desesperante.

También se le antojó una eternidad el tiempo que Ramon tardó en abrir la puerta de su casa. La protesta del ejecutivo se quedó colgada de la garganta cuando vio a Marta.

—¡Pasa, pasa! ¡Ha sido horrible! ¡Horrible!

Se apretó contra el cuerpo de Marta en un abrazo que tenía mucho de búsqueda de protección. Ella notó que Ramon jadeaba y se agitaba con pequeñas sacudidas; estaba sollozando. Pensó que lo mejor era dejarlo que se desahogase hasta el final. Le acarició la espalda a la vez que le susurraba al oído palabras de ánimo. Al cabo de unos minutos, Ramon se distendió y disminuyó la presión que ejercía sobre el hombro de Marta con la cabeza. Ella se apartó con cuidado, le levantó la cara tomándola por la barbilla y lo besó suavemente en la boca.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó cerrando la puerta del piso.

Ramon estaba deshecho. Marta no recordaba haberle visto nunca con un aspecto como el que ofrecía en aquel momento. Ni siquiera en los momentos más duros de su separación.

Ramon Nogués era un luchador, un triunfador, capaz de enfrentarse con decisión a cualquier problema. Pero en aquel momento era la viva imagen del abatimiento y la desesperación.

Abrazados por la cintura avanzaron por el pasillo, Ramon se dejaba conducir como un niño a quien su madre lleva bien cogido para protegerle de algún peligro. Cuando Marta vio el estado en que se encontraba el luminoso y enorme salón no pudo contener una exclamación en la que se combinaban la sorpresa y el espanto.

—¡Cielo santo! ¿Qué ha pasado aquí?

El mobiliario del salón estaba completamente destrozado, todo revuelto y tirado.

Los libros esparcidos, sillas y sillones por el suelo con la tapicería rasgada, las patas rotas, todo lo que fue cristal estaba hecho añicos, como si lo hubiesen machacado con un martillo, a conciencia. Quienes lo habían hecho tal vez buscasen algo, pero sobre todo habían desatado una verdadera furia destructora. Los muebles estaban rotos por todas partes, inservibles; poco menos que convertidos en astillas. Los asaltantes se habían empleado con una saña que resultaba inconcebible.

Marta se acercaba a algunos objetos y los miraba con detalle, abrumada ante lo que tenía delante de sus ojos. Algunas piezas, como por milagro, habían escapado indemnes a la vorágine destructora de los que habían hecho aquello.

Ramon se sentó en un sofá destripado, se inclinó hacia delante y sujetó la cabeza entre sus manos, sumido en un profundo silencio. Marta comprobó que las demás habitaciones del piso habían sufrido una devastación similar a la del salón. Abrumada, regresó adonde Ramon permanecía inmóvil en la misma posición en que lo había dejado.

—¿Quién ha podido hacer una cosa así? —Marta lanzó la pregunta al aire, como si se la hiciese a sí misma. En realidad, en medio del estupor que la invadía, era una forma de preguntarse cómo era posible que ocurriese una cosa así. Sin esperárselo, obtuvo una inesperada respuesta.

—¡Los que buscaban la cartera!

Marta contuvo la respiración de forma instintiva.

—¿Los que buscaban la cartera? ¿Cómo lo sabes?

Ramon levantó la cabeza. Tenía los ojos enrojecidos y su rostro reflejaba un cansancio infinito. Ella se sentó a su lado, le cogió la mano y lo animó.

—Creo que debes desahogarte. Te hará bien contármelo todo.

—¡Esos salvajes la han torturado! ¡A esa pobre la han torturado, sin piedad!

Marta se quedó paralizada.

—¿A quién han torturado? ¿A Sofía?

—¡Sí, esos salvajes la han torturado para que les dijera dónde estaba la cartera! ¡Algo que era imposible porque la pobrecilla ni siquiera conocía su existencia!

—¿Los que han hecho esto buscaban la cartera de Himmler? —murmuró, como si temiese que alguien más pudiese escucharla, aunque en el piso ya no había nadie más. Los de la policía científica se habían marchado después de revisarlo todo minuciosamente; si bien habían dicho a Ramon que, tal vez, tuviesen necesidad de volver.

—¡Esa maldita cartera! —exclamó Ramon.

—¿Cómo sabes que los que han asesinado a tu asistenta y han hecho todo esto buscaban la cartera de Himmler?

—Porque me lo dijeron por teléfono.

—¿Que te lo dijeron por teléfono? —Marta iba de sorpresa en sorpresa—. ¿Qué fue lo que te dijeron por teléfono?

—Que querían la cartera que perteneció a Himmler —sollozó Ramon.

—¿Cuándo ha sido eso? ¿Cómo ha sido? ¡Explícamelo con todo detalle! —Marta no salía de su asombro.

Sin decir nada Ramon se levantó, fue a la cocina, regresó con una botella de agua mineral en la mano y bebió un largo trago de la misma botella. Se sentó de nuevo en el destrozado sofá, sin soltarla.

—Anoche, a eso de la una y media, sonó el teléfono. —La voz de Ramon sonaba afligida—. Me extrañó una llamada a esa hora, pensé que eras tú... Que querías comentarme algo acerca de los papeles.

—Te había llamado poco antes —le interrumpió Marta.

—En eso reparé después. Pensé que querías alguna otra cosa. Salí de mi error cuando escuché la voz que me hablaba; era de un hombre y tenía fuerte acento sudamericano. Era una voz susurrante, como el silbido de una serpiente:

»—¿Don Ramon Nogués?

»—Sí, soy yo.

»—Le llamo porque estamos interesados en adquirir una cartera que perteneció al *reichsführer* Himmler.

»—¿Quién es usted?

»—Eso no tiene importancia, don Ramon.

»—¿Cómo es que sabe usted que tengo la cartera?

»—Tampoco eso tiene importancia, don Ramon.

»—¡Cómo que no tiene importancia! ¿Quién es usted?

»—Ya se lo he dicho, don Ramon. Alguien que quiere comprarle a usted la cartera del *Reichsführer*.

»—¡Lo siento, no está en venta! —En aquel momento estuve a punto de colgar el teléfono, pero no sé por qué, no lo hice.

»—Todo en esta vida tiene un precio, don Ramon, ¿no está usted de acuerdo conmigo? —La voz era suave, pero tenía algo que daba escalofríos.

»—Lo siento. La cartera no está en venta.

»—Insisto, don Ramon. Puedo asegurarle que el dinero no es problema. Estamos dispuestos a pagar una cantidad sustanciosa... muy sustanciosa.

»—¡Ya se lo he dicho! ¡No está en venta!

»—Don Ramon, no sea usted terco, por favor. Pida usted una cantidad.

»—¡No!

»—En ese caso, tal vez nos veamos obligados a hacerle cambiar de parecer. —La voz de aquel individuo, hasta ese momento un puro susurro, se tornó dura.

»—¿Me está usted amenazando?

»—En efecto.

»—¡Cómo se atreve...!

»—Muy pronto tendrá noticias nuestras.

»Fue él quien me colgó, dejándome estupefacto. No vaciló un instante en afirmar que me estaba amenazando. No tengo ni idea de quién podía ser, me preocupó el que

me llamase por mi nombre y que supiese que era el propietario de la cartera que mi abuelo me había legado. ¡Aunque no dijo gran cosa tuve la sensación de que quien me hablaba parecía saberlo todo, Marta, todo! Pensé hablarte de ello hoy por la mañana, pero no ha habido tiempo.

—¿Todo esto lo sabe ya la policía?

Se hizo un breve silencio.

—Ni una palabra.

—¡No les has contado nada!

—Nada.

—¿Por qué has hecho una cosa así?

Ramon movió la cabeza dubitativo.

—La verdad es que no podría darte una razón concreta.

—Pues no creo que haya sido una buena idea. Además, me he encontrado con que es Eugenio Planelles quien ha estado por aquí.

—En efecto, el gilipollas de Planelles ha estado un rato husmeando por aquí y haciéndome preguntas. Creo que se ha regodeado al ver cómo han dejado todo esto.

—Eres injusto, Ramon.

—No. No lo soy. Planelles me tiene envidia. Me la tiene desde los tiempos del Balmes.

Marta sabía que no iba a convencerle de lo contrario. Ya habían hablado de aquello, por extenso, en otras ocasiones.

—¿A qué hora te fuiste esta mañana?

—Como todos los días laborables que no tengo que salir fuera de Barcelona, un poco antes de las ocho.

—¿No notaste algo raro?

—Nada.

—¿No viste algo que te llamase la atención en el portal o en la calle cuando saliste?

—Nada, no reparé en nada extraño. La verdad es que tampoco estaba pendiente.

—¿Cómo te has enterado de todo esto?

—Por la llamada de la policía. Creo que se organizó un buen escándalo cuando arrojaron a la pobre Sofía desde la terraza.

—¿A qué hora tenía por costumbre venir a hacer la limpieza?

—Solía llegar a eso de las nueve.

—Y cuando te llamó la policía, ¿qué hora era?

—Serían entre las diez y cuarto y las diez y media. —Por un instante la pesadumbre desapareció del semblante de Ramon—. ¡Oye, esto empieza a parecerse mucho a un interrogatorio! Si lo que quieres saber es cuándo han hecho todo esto, yo te lo digo: lo han hecho entre las nueve y las diez de la mañana. Cuando llegó Sofía tuvo la mala suerte de encontrarlos en plena actuación.

—¿Por qué sabes que ellos llegaron antes que Sofía?

—Eso es lo que afirma la policía. ¡Vete a saber quién llegó antes!

Marta no hizo ningún caso al destemplado comentario, sino que avanzó en sus preguntas para sacar sus propias conclusiones. Se sentía con todo el derecho a hacerlo porque había sido el propio Ramon quien la había presionado para meterse de lleno en aquel asunto.

—Me has dicho antes que esa gente torturó a Sofía.

—Eso ha dicho la policía.

—¿Se sabe qué le hicieron?

—¡No me digas que te da morbo! —Ramon estaba insoportable.

—¡No digas tonterías! —le espetó Marta.

—Le hicieron algunos cortes con un cuchillo eléctrico de sierra en el pecho y en los muslos. Parece que no la violaron. Esos canallas debían de pensar que podía decirles algo sobre la cartera. La verdad, como te he dicho, es que la pobre ni siquiera sabía que existía; cuando yo llegué el viernes de la notaría, ella ya se había marchado.

—¿Estás seguro de que la persona que te llamó anoche tenía acento sudamericano?

—Completamente seguro.

Marta guardó silencio durante un tiempo lo suficientemente largo como para que Ramon le preguntase:

—¿En qué estás pensando?

—En cómo sabía ese individuo que el propietario de la cartera eras tú. —Marta hizo una pausa y continuó—: ¿Recuerdas quiénes estaban en el despacho del notario cuando abriste la arquilla? —Marta recordó que Ramon le había comentado algo sobre las veleidades políticas del notario, al parecer asociado a movimientos de extrema derecha. No podía establecer una relación, pero para un individuo así la cartera de un jerarca del nazismo debía de constituir toda una tentación. Una especie de reliquia laica. Fue el propio Ramon quien recordó que, después de leer la carta, hizo un comentario sobre la pertenencia de la cartera a Himmler.

—¡Me habías dicho que no habías comentado nada a cerca de su contenido! —Sin querer, Marta había elevado el tono de voz.

—Así es; no comenté nada de su contenido, pero he recordado ahora que hice una alusión a su pertenencia a Himmler... Ni siquiera tenía conciencia de haberlo dicho. Es de esas cosas a las que no concedes la más mínima importancia... Ahora —paseó la mirada por el salón— es cuando ha cobrado valor.

Animado por ella, intentó recordar todas las personas que se encontraban en la notaría cuando el sonido del teléfono rompió el silencio del salón. Los dos se sobresaltaron e intercambiaron una mirada. Sin decir palabra, como si el teléfono pudiese escucharlos, Marta hizo un gesto a Ramon, indicándole que lo cogiera.

—¿Dígame?

—Le dije que tendría noticias nuestras.

Ramon tapó con la mano el micrófono y dijo en voz baja:

—¡Es él, Marta!, ¡el sudamericano!

—Don Ramon, ¿está usted ahí?

—¡Es usted un canalla! —gritó Ramon al teléfono.

—Lo de la criada, don Ramon, no estaba previsto.

—¡Asesino!

—Estoy convencido —la voz que sonaba en el teléfono parecía imperturbable, además de intimidatoria— de que ahora, don Ramon, será usted más razonable. Al fin y al cabo usted es un hombre de empresa y sabe de sobra cuando un comprador va en serio. Ha podido comprobar que nosotros somos gente seria.

—¡Canalla! —volvió a gritar Ramon.

—Tiene veinticuatro horas para pensarlo. Mañana a mediodía volveremos a llamarle, espero que para entonces tenga pensado el precio que va a pedirnos, le recuerdo que en el terreno del dinero no habrá problemas, somos gente generosa. Salvo que usted se vuelva loco, cosa poco probable, porque usted es persona cuerda.

—¡Puede ahorrarse el plazo, cabrón!

—No sea tan impulsivo, don Ramon, y tómese su tiempo para meditar.

—¡Esos papeles no serán nunca suyos! ¡Se lo juro!

—¿Por quién me lo jura? ¿Por ese bombón de rubia vestida de rojo que está con usted en este momento, o por su hija Nuria, la que vive con su ex mujer en Londres, en Berkeley Street?

—¡Hijo de puta!

Quien había llamado no se alteró con el insulto.

—No lo olvide, don Ramon, mañana a mediodía. Y no olvide que los tentáculos de Thule llegan muy lejos.

En el semblante de Ramon la angustia habían sustituido a la indignación.

—¿Oiga, cómo es que...? —no terminó la frase porque un tono intermitente le anunció que era inútil. Habían colgado.

Dejó caer el teléfono, sin molestarse en que quedase colocado en su sitio. Estaba aturdido. Marta, que había seguido la conversación, le preguntó:

—¿Qué te han dicho?

Ramon dio otro largo trago al agua de la botella que mantenía en su mano.

—Insisten en que les venda la cartera. Me dan un plazo de veinticuatro horas para que piense el precio. Ese canalla dice que pida, que no hay problema con el dinero.

—¿Qué es lo que te ha dicho al final?

Ramon, que tenía la cabeza gacha, la levantó para mirar a Marta a los ojos.

—Saben que mi hija se llama Nuria y también la dirección donde vive en Londres con su madre. —La voz de Ramon apenas era un murmullo, hacía grandes esfuerzos por no romper a llorar de nuevo.

Marta lo abrazó, le pasó una mano suavemente por el pelo y lo besó una y otra vez, con mucha ternura. Sabía lo que Nuria significaba para él.

—Lo peor que puedes hacer es amedrentarte. —Marta intentó animarlo.

Ramon dejó correr una significativa mirada por el devastado panorama que ofrecía su vivienda.

—Saben algo más.

—¿Qué más saben?

—Que tú estás aquí en este momento.

Ella miró instintivamente al gran ventanal del salón por el que entraba una intensa claridad —las cortinas, rasgadas, estaban tiradas en el suelo— y vio las fachadas de los pisos del otro lado de la calle. Pensó que podían estar viéndolos desde cualquiera de ellos y también que, entre el gentío, alguien la hubiese visto entrar.

—¿Saben cómo me llamo? —le preguntó alarmada.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque si lo saben, sabrán dónde vivo y harán una visita a mi casa.

A Ramon se le cortó la respiración. Parecía que le costaba trabajo recordar.

—¡Ramon, por el amor de Dios! —le instó Marta, cada vez más nerviosa.

—Se ha referido a ti como: «ese bombón de rubia vestida de rojo»; de quien me ha dado el nombre y el lugar de donde vive es de mi hija Nuria.

—Creo que lo primero que deberías hacer es llamar a tu ex mujer para ponerla sobre aviso y que pueda tomar las disposiciones que considere oportunas. Tal vez tengas razón; es probable que esta gente no amenace en balde. Ya han matado y estoy convencida de que volverán a hacerlo para lograr sus propósitos.

—Que no te quepa la menor duda —asintió Ramon—. La voz de ese individuo es la de un asesino.

—En mi opinión también deberíamos dar aviso a la policía. Nosotros no podemos enfrentarnos a esa gente; está claro que son profesionales del crimen y de la extorsión. —Por primera vez Marta había utilizado el plural, incluyéndose también ella a la hora de hablar de posibles acciones.

—¿Estás segura de que debemos informar de todo a la policía?

Marta se encogió de hombros.

—Tal vez no de todo. Ahora te resultaría muy complicado explicarles lo de la llamada de ayer. Pero puedes referirte a la que acabas de recibir.

—¿Y en relación con la cartera?

—No tienes por qué decirles que se trata de la cartera de Himmler. Eso, con toda seguridad, levantaría una polvareda informativa que nadie podría parar. ¡Me imagino los titulares de prensa!: «¡Aparece en una testamentaria la cartera robada a Himmler en 1940! ¡Contiene misteriosos documentos! ¡Una mafia intenta apoderarse de ella!».

—¡Todos esos titulares serían ciertos! —exclamó Ramon.

—Ya lo creo que son ciertos. ¡Imagínatelos en versión sensacionalista!

Ramon no pudo evitar que una sonrisa cargada de tristeza se dibujase en sus labios.

—Diles que quieren extorsionarte —indicó Marta—. Que te exigen la entrega de unos importantes documentos, pero que por razones muy personales prefieres

mantener el secreto de su contenido.

—Entre otras razones, porque ignoro el contenido de esos documentos y el valor que pueden tener —apostilló Ramon.

—¡Qué dirán esos papeles para que matasen a la persona a quien tu abuelo encomendó la traducción! ¡Para que después trataran de robárselos e incluso intentasen secuestrarlo! ¡Y que años más tarde vuelvan a aparecer y en pocas horas hayan vuelto a matar para hacerse con ellos!

—Pues te lo voy a decir. —La voz de Ramon sonó con rotundidad.

—¿Vas a decirme el secreto que encierran esos malditos papeles? —En los ojos de Marta se dibujaba el escepticismo.

Ante su atenta mirada, Ramon sacó del bolsillo de su americana unos papeles doblados, buscó entre las líneas y leyó:

—«... contienen algo terrible y poderoso a la vez! ¡Los poderes del mal que los nazis invocaron para dominar al mundo están en esa cartera!»

—No me fastidies, Ramon. ¡Eso ya lo sabemos! ¡Es lo que dice la carta de tu abuelo!

—¿Te parece poco?

En aquel instante Ramon se quedó en suspenso, como si se hubiese encendido una alerta en su cerebro.

—¿Te ocurre algo? —dijo Marta, que había advertido su gesto.

—El individuo del teléfono me ha dicho algo antes de colgar. Con sus amenazas a mi hija lo había dejado de lado, pero creo que es un dato de gran importancia.

—¿Qué te ha dicho?

—Detrás de todo esto no se encuentra la ambición de un individuo concreto. Marta, detrás de todo esto hay una organización. ¡Estos tíos son una secta, Marta, una secta! ¡Mi abuelo en su carta también habla de una secta!

—Yo estoy segura de que se trata de una organización, pero ¿por qué dices ahora una cosa así?

—Porque me ha dicho: «Y no olvide que los tentáculos de Thule son muy largos».

—¿Los tentáculos de Thule? ¿Estás seguro de que ha dicho Thule?

—Completamente.

—¡Los tentáculos de Thule! —exclamó Marta.

—¿Te dice algo ese nombre? —le preguntó Ramon.

Marta asintió con la cabeza. Tenía los labios apretados.

—Es el nombre de una isla imaginaria que estaba en el norte de Europa. No podría decírtelo con seguridad, pero creo que algunos la identifican con Islandia. También se denominó Thule a una sociedad secreta que se constituyó en Alemania a principios del siglo xx, cuyos integrantes se dedicaron al estudio de la raza aria, a buscar las raíces de la cultura alemana y también las de los mitos y leyendas del mundo germánico. —A Marta le había salido la vena profesoral—. Tuvieron una gran

importancia en la formación del Partido Nacional Socialista Alemán y en la génesis del pensamiento político de los nazis. Pertenecieron a ella Karl Haushofer, el padre de la geopolítica nazi, impulsor de la idea de que el pueblo alemán necesitaba un espacio vital que había de ocupar. Se afirma que fue la persona que inspiró a Hitler su libro *Mein Kampf*, el catecismo de los nazis, incluso se dice que redactó algunos de sus capítulos. Fue miembro de esta sociedad Rudolf Hess, el lugarteniente de Hitler, que en su juventud vivió en Egipto, donde, al parecer, fue iniciado en saberes ocultos. Era un sujeto tan peligroso que los aliados le condenaron a cadena perpetua y le mantuvieron preso en la cárcel de Spandau hasta su muerte; era el único recluso de ella; nunca accedieron a los llamamientos para liberarle, ni siquiera por razones humanitarias. También perteneció a la Thule Himmler, el viejo conocido de tu abuelo, el *Reichsführer*, el creador de las SS y jefe de la policía política de la Alemania nazi, la Gestapo. Imbuido del budismo tibetano, creía firmemente en la reencarnación, al igual que muchos otros miembros de la Thule. Se consideraba la reencarnación del emperador Enrique II, conocido como Enrique el Pajarero por su afición a la cetrería; un Hohenstaufen que encarnaba las virtudes germánicas que Himmler estableció como código de conducta para las SS, la temible Orden Negra en la que pretendió reencarnar los valores de las órdenes de caballería medievales, como los Templarios o la Orden Teutónica. El mismísimo Hitler fue miembro de esa sociedad.

Ramon estaba impresionado por los conocimientos de Marta. Le había contado todo aquello sobre la marcha.

—¡Un hatajo de locos!

Marta miró muy seria a su amigo y tras un breve silencio en el que escogió cuidadosamente sus palabras, le dijo:

—No olvides que esos locos estuvieron a punto de dominar el mundo e imponer sus terribles ideas.

—¡Lo que no es incompatible con que estuviesen pirados!

Ramon Nogués no habría estado tan convencido de lo que afirmaba con tanta rotundidad, si hubiese tenido conocimiento de lo que en aquel momento estaba ocurriendo en otro punto de la misma ciudad en que vivía.

—¿Estáis completamente seguros de que la cartera con los documentos del *Reichsführer* no estaba allí?

—Creo que no, señor. —El individuo que había respondido a la pregunta tenía un marcado acento sudamericano.

—¡No deseo creencias, quiero seguridades! —le gritó el que había hecho la pregunta, un caballero de unos setenta años, esbelto, con el cabello blanco y vestido impecablemente. Golpeó con el puño la pulida superficie de madera de la mesa en torno a la cual había reunidos varios hombres, un gesto de contrariedad que no acababa de encajar con el refinamiento que emanaba de su persona.

—Señor, la llegada de la criada impidió que concluyésemos la misión —se excusó el individuo que había respondido de forma insatisfactoria—. Pero creo, señor, que la cartera no estaba allí.

En torno a la mesa había sentados cinco hombres, dos a un lado: el caballero del cabello blanco y otro un poco más joven y corpulento, con aspecto desaliñado, que vestía un traje algo gastado. Su calvicie se completaba con un afeitado tan perfecto, que su cabeza relucía. Al otro lado había tres individuos, dos de ellos de unos treinta años, que parecían cortados por el mismo patrón: altos, rubios, tez blanca, aunque bronceada, ojos claros y el pelo cortado a cepillo; vestían trajes, pero muy informales. El tercero, algo mayor, estaba sentado en el centro y tenía el pelo negro con las primeras canas en las sienes; este era el que hablaba con acento sudamericano. A todos se los notaba tensos, como si la marcialidad formase parte de su personalidad, fuese algo innato en ellos.

—¿Resultó imprescindible eliminar a la criada? —preguntó el caballero de pelo blanco.

—Nos sorprendió, señor...

La respuesta quedó interrumpida por unos suaves golpes en una de las dos puertas del despacho donde tenía lugar la reunión.

—¿Sí? —En el monosílabo había contrariedad.

La puerta se entreabrió lo justo para que asomase el rostro ceñudo de una mujer entrada en años, de pelo corto y anticuadas gafas de gruesos cristales.

—Disculpe, *herr* Gross, pero ha llegado la información que estaba esperando.

El leve movimiento de cabeza de Gross hizo que su corpulenta secretaria supiera que tenía autorización para entrar. Le entregó un sobre de color crema.

—Gracias, Elsa, puede usted retirarse.

Pese a su corpulencia, la secretaria abandonó el despacho con una ligereza y un sigilo que parecían imposibles.

—Perdonen un momento, caballeros. —Gross abrió el sobre y leyó la media

docena de líneas pulcramente mecanografiadas, de un folio cuyo membrete estampado en relieve negro y con caracteres de imprenta góticos decía «Germanenorden Thule» y una línea más abajo «Geheimbund». Introdujo de nuevo el folio en el sobre y colocó sus manos encima, como si de aquella forma lo protegiese de posibles miradas indiscretas.

—Obermaier, ¿decía que les sorprendió...?

—La llegada de la criada, señor. No lo esperábamos. Cuando supimos quién era, decidimos sobre la marcha aprovechar su presencia. Tal vez, ella hubiese visto la cartera que buscábamos. La interrogamos convenientemente —puso un acento particular en aquella palabra—, pero en un instante de descuido se nos escapó y se arrojó por la ventana. No pudimos evitarlo. Esa circunstancia nos obligó a abandonar el piso rápidamente.

—Dos graves errores, Obermaier. Y en muy corto espacio de tiempo.

—Lo lamento, señor. —Enrojeció visiblemente y agachó la cabeza.

—Ustedes no deciden, Obermaier, sino que ejecutan las órdenes que reciben. ¿No les han enseñado eso?

Gross se incorporó y los tres individuos sentados al otro lado de la mesa saltaron de sus sillas como impulsados por un resorte y se pusieron rígidos y firmes.

—Es también muy conveniente —continuó Gross— que no olviden que en nuestra organización no se admiten descuidos. ¿Tampoco les han enseñado eso? Si hemos sobrevivido a lo largo de más de medio siglo es porque hemos mantenido una férrea disciplina y porque en ningún momento, en ningún momento —insistió—, hemos bajado la guardia, ni nos hemos descuidado.

—No volverá a ocurrir, señor —balbuceó Obermaier.

—Estoy seguro de que así será, completamente seguro. Porque por causa de su incompetencia, un asunto de tanta importancia como el que nos ocupa, que debía llevarse a cabo con la mayor de las discreciones, está en manos de la policía. Y por si ello no fuera suficiente nos encontramos con una muerte de por medio.

—Fue un suicidio, señor. —Obermaier comprendió demasiado tarde su error.

La mirada que le lanzó Hermann Gross estaba cargada de ira, tanta que no pudo sostenerla y agachó la cabeza.

—¡No me interrumpa cuando hablo! ¡Además de incompetente es usted un indisciplinado! ¿Tampoco le han enseñado que jamás se interrumpe a un superior cuando está hablando?

—Lo siento mucho, señor, no era esa mi intención. Le pido disculpas, señor.

—¿Acaso cree usted que la policía piensa en estos momentos en un suicidio? ¡No sea imbécil! ¡Un apartamento destrozado y una chica que cae desde la terraza de un quinto piso! La policía ha de establecer una correlación de hechos y la lógica dice que quienes han destrozado el piso son los mismos que han asesinado a la chica, que para completar el panorama presenta evidentes signos de haber sido interrogada. Supongo, además, que correrían tras ella hasta la terraza para atraparla. —Los otros dos jóvenes

agacharon también la cabeza en un claro gesto de asentimiento—. Y he de suponer que alguien ha podido verlos. ¡Para la policía no hay dudas!

Hermann Gross, que no había parado de pasear de un lado a otro de la habitación, se detuvo ante el amplio ventanal del despacho situado en la decimoséptima planta — toda ella propiedad de SIGFRIDO, SA empresa dedicada a promociones inmobiliarias, transportes y mobiliario urbano— de un edificio de oficinas de la Diagonal con espléndidas vistas sobre la ciudad. Miró hacia abajo y contempló el espeso tráfico que rodaba pausadamente. Se tomó un tiempo y después se volvió hacia los jóvenes que permanecían de pie, casi inmóviles, abrió el sobre, sacó el folio que había en él y les facilitó una información referida a una persona y les explicó brevemente que habrían de mantenerla bajo vigilancia. Se trataba de una profesora de Historia Contemporánea de la Universidad Autónoma, llamada Marta Amat. Les dio las señas completas, incluido el número de teléfono de su piso.

—Ese es el nombre de la señora de traje rojo que subió hasta el piso del señor Nogués. Tratándose de una profesora de Historia, cabe dentro de lo posible que tenga información sobre la cartera del *Reichsführer*. No deben perderla de vista; quizá nos lleve hasta nuestro objetivo. En cuanto tengan una oportunidad, entren en su apartamento y busquen cuidadosamente, pero que nadie note que han estado allí. Es decir, actúen ustedes de forma diametralmente opuesta a como lo que han hecho en casa del señor Nogués. ¿Lo han comprendido?

—Perfectamente, señor.

—Ahora tienen que actuar con la máxima diligencia. Habiendo amenazado al señor Nogués con su hija, la policía británica recibirá una denuncia. Esos perros ingleses acabarán atando cabos, pero les llevamos suficiente ventaja como para que podamos correr ese riesgo. Llegarán tarde, pero nosotros no debemos perder un minuto más. ¿Alguna duda?

—Ninguna, señor.

—En ese caso, esta reunión ha concluido. Si necesitan alguna cosa hablen con *fräulein* Elsa, que les proporcionará lo que pidan. No pierdan un instante; ahora, con la policía investigando, el tiempo corre en contra nuestra.

Gross se dirigió directamente a Obermaier, llamándole por su nombre de pila:

—Hugo, ya no puede cometer más errores. —Lo dijo con mucha suavidad, como si fuese la recomendación de un padre a un hijo, después de haberle reprendido.

—Pierda cuidado, señor. —Al joven le había gustado que lo llamase por su nombre.

—¡Pueden retirarse! —Más que una despedida aquellas palabras sonaron a orden.

Una vez solos, el individuo corpulento de cabeza afeitada y traje desaliñado que había asistido a la reunión como convidado de piedra, sacó del bolsillo interior de su chaqueta un puro. Recreándose en cada uno de los pasos, lo humedeció por uno de los extremos y con un cortapuros de plata lo seccionó y volvió a chuparlo con morosa delectación. Lo encendió con una larga cerilla girándolo lentamente. Concluido el

proceso, dio una larga calada y expulsó el humo apreciando la calidad del habano.

—¿Qué opinas, Hans? —le preguntó Gross.

Antes de responder, Hans se tomó su tiempo. Volvió a dar una calada al puro y solo habló después de expulsar otra bocanada de humo.

—Creo que te has excedido en la reprimenda. Los chicos han puesto voluntad y empeño. No habíamos contado con que apareciese esa... esa fregona —lo dijo despectivamente— y alterase de forma grave nuestros planes.

—¡Han de estar preparados para superar cualquier emergencia! ¡Nuestros objetivos no se cubrirán con voluntad, sino con eficacia! ¡Después de los fallos cometidos en esta ciudad hemos necesitado más de diez años para reorganizarnos y volver a estar en condiciones de actuar!

—Tienes toda la razón, Hermann —concedió el fumador—, pero, insisto, creo que te has excedido.

Hermann Gross se encogió de hombros.

—No sé si estos chicos, educados en Sudamérica, donde todo tiende a la relajación y la blandura, no se habrán contagiado del ambiente de allí. ¡Necesitamos gente dura, acostumbrada al combate y a resistir las penalidades! ¡Si no es así, no lograremos nunca convertir nuestros sueños en realidad!

—Como siempre, mi querido Hermann, estamos de acuerdo en lo esencial.

—Tendré un gesto con ellos cuando hayamos conseguido llevar a cabo nuestra misión de forma satisfactoria. Y ahora, vamos a lo que nos interesa porque a ese Ramon Nogués parece ser que el dinero no le tienta...

—Tiene recursos sobrados —indicó Hans sacando un papel del bolsillo, que leyó con calma—: El piso donde vive es de su propiedad. Posee también un apartamento en Sitges, en primera línea de playa. Es dueño del veinticinco por ciento de una empresa de pinturas plásticas que ha facturado, en los dos últimos años, no menos de cuatro millones de euros. Posee acciones por valor de... a ver... a ver... por valor de más de setecientos cincuenta mil euros. En sus cuentas corrientes hay alrededor de doscientos ochenta y cinco mil euros más. Su sueldo está en torno a los ciento diez mil euros anuales. Como además es hijo único, heredará de sus padres, que ya le han dado parte de la herencia, un buen pellizco; solo la casa que poseen en La Garriga vale una fortuna. Los padres también tienen una casa en la Costa Brava donde pasan los veranos.

—El informe es completo, Hans —apreció Gross.

—Podría ser más detallado, pero para nuestro plan es más que suficiente. Para Ramon Nogués el dinero no es una urgencia. Al menos en este momento.

—Parece evidente. Aunque todo el mundo tiene un precio.

—Sí, pero los dos intentos en ese terreno —Hans levantó las manos con las palmas extendidas hacia fuera— se han saldado con fracasos hasta el momento. Sin embargo, ya conocemos su punto débil.

Hermann Gross se sentó y cogió el sobre que su secretaria le había entregado.

Sacó una carterita de cartón de una agencia de viajes y extrajo de ella dos billetes de avión que le mostró a Hans, quien continuaba disfrutando de su habano.

—Aquí están los dos pasajes para Londres y el resguardo con el código de reserva de dos habitaciones en el Sheraton Hotel, muy cerca de nuestro objetivo. El vuelo sale del Prat a las cinco y cuarto de la tarde y tiene prevista su llegada a Heathrow a las siete horas. El regreso está abierto. —Gross comprobó los datos con meticulosidad germánica, aunque sabía de la eficiencia de Elsa. Una vez satisfecho, metió los billetes y la reserva de hotel en la carterita y se la alargó a Hans—. ¿Tus hombres están preparados?

—Están listos para partir —respondió este guardando en el bolsillo interior de su chaqueta la documentación y poniéndose de pie. Hermann también se levantó y aprovechó para darle algunas recomendaciones.

—No deben olvidar que, como medida de presión, hemos puesto al padre de la niña en alerta. También hemos de suponer que cuando ellos lleguen a Londres la madre ya sabrá que hay una amenaza sobre su hija.

—No hay problema. Saben de sobra lo que tienen que hacer. No olvides que se trata de gente experimentada. Pierde cuidado, la ex esposa de Nogués se sentirá amenazada.

Hermann Gross hizo un gesto de duda.

—¿Algún problema? —preguntó Voguel.

—No sé, no sé si estoy haciéndolo bien, al no comunicar nada a la encomienda de Londres y que sean ellos quienes se encarguen de esta misión.

Voguel dio una larga chupada a su puro, expulsó el humo y comentó:

—Tendrías que explicárselo todo pormenorizadamente, pero no veo ningún inconveniente en que lo dejes para más adelante.

—Sin duda, sin duda —asintió Gross.

—Ya conoces mi opinión: los problemas se multiplican de forma proporcional a la gente que está involucrada en un asunto. Pero tú eres el que tiene que decidir.

Gross miró el reloj. Habían dado las dos.

—No andamos sobrados de tiempo.

—No.

—Insiste a tus hombres en que lo último que querríamos, sería tener problemas con la policía británica.

—¿Luz verde, entonces?

—Luz verde.

La larga espera en un pasillo, sentados en un incómodo banco de madera, estaba acabando con la paciencia de Ramon Nogués, a quien Marta había convencido, tras una larga discusión, de que era imprescindible que acudiese a la policía, aunque se le atragantase el tener que dar explicaciones a Planelles.

Eran cerca de las siete de la tarde cuando llegaron a la comisaría, después de que ambos hubiesen realizado numerosas gestiones que no admitían demora.

Lo primero había sido visitar a los padres de Sofía, un matrimonio de jubilados que vivía en Poble Sec. El momento, aunque ya habían sido avisados por la policía, fue muy duro. Allí permanecieron los dos algo más de media hora. Ramon indicó a los padres que estaba a su disposición si en algo podía serles útil. Les pidió que le avisasen cuando supiesen la fecha del sepelio. No pudo hablar con su ex mujer, Anne Croft, hasta pasadas las cinco de la tarde, cuando ya estaban en casa.

Aunque la palabra frialdad era la que mejor definía las relaciones de Ann y Ramon, habían guardado las formas y asumido por ambas partes que Nuria era una obligación compartida. A lo largo de los tres años que llevaban divorciados —el divorcio fue una prolongación de la separación— siempre habían llegado a un punto de encuentro en todo lo relacionado con la niña. Por primera vez en mucho tiempo, cuando Ramon le dijo que mantuviese muy vigilada a Nuria la tensión afloró entre ellos.

Ann, que no sabía las razones por las que su ex marido realizaba una llamada tan extraña —Ramon no había sido muy explícito en un primer momento—, se alarmó mucho más de lo que el padre de la niña pensaba. Exigió una explicación detallada y al final Ramon acabó hablando más de lo que él mismo hubiese deseado. Tanto que no solo le contó lo que le había ocurrido a su vivienda, materialmente arrasada por unos individuos que trataban de extorsionarle, sino que le explicó la situación con más detalles de los que posiblemente la propia Ann esperaba.

Después de media hora de conversación, su ex mujer lo sabía todo. Pero cuando Ann le propuso llegar a un acuerdo con aquella gente, Ramon le dijo que se metiera en sus asuntos y a partir de ese momento una fuerte tensión se estableció vía telefónica. Ann acabó por colgar con un seco y abrupto «bye», que a Ramon le dejó un mal sabor de boca. No tanto por la despedida y las formas de su ex mujer, que le traían sin cuidado, cuanto porque no habían concretado cómo iba a extremar la vigilancia sobre Nuria.

Después de la difícil conversación, Marta y él recogieron alguna ropa, calzado y lo que consideraron más indispensable en un par de maletas para llevarlo a casa de Marta, donde Ramon se instalaría hasta que se solucionase lo de su piso. Ofreció una resistencia más aparente que real porque en el fondo estaba deseándolo. Marta se

empeñó y concedió que era una invitación «solo por unos días», los imprescindibles para que Ramon, con más tranquilidad de la que tenía en aquellos momentos, tomase la decisión adecuada. El supremo argumento de la profesora de historia fue recordarle que era él quien primero había dicho, y hasta cierto punto impuesto, que aquel asunto era cosa de los dos.

Todo aquello les había producido un cansancio que bordeaba el agotamiento, por lo que, después de la segunda llamada del individuo de acento sudamericano, abandonaron la casa, tomaron el primero de los taxis que encontraron, con la calle aún conmocionada, y se fueron sin perder un instante al apartamento de Marta. Allí recogieron la cartera y los documentos y tomaron la decisión de alquilar una caja fuerte en un banco para guardarla.

No habían parado un momento, ni siquiera para almorzar. Solo habían comido unos pinchos en la barra de una taberna, muy deprisa porque el tiempo apremiaba y no había un instante que perder. Ahora, la espera en el incómodo banco de la comisaría era la puntilla a su cansancio, producido en buena parte por la presión y la angustia que los atenazaba.

Ramon se había tranquilizado algo después de hablar con Londres y saber que su hija estaba bien y que la madre estaba advertida. No sabía muy bien lo que Ann podía hacer en aquellas circunstancias, pero al menos estaba sobre aviso. También le había sosegado algo haber puesto a buen recaudo la cartera con los documentos. Sin embargo, no lograba apartar de su mente el recuerdo de Sofía y la imagen de dolor de sus padres.

¡Vaya obsequio que le había hecho su abuelo!

Marta no había errado cuando lo calificó de regalo envenenado. El viejo sabía que además de unos documentos misteriosos le dejaba en herencia un problema. Lo que Ramon no había podido calibrar hasta aquel momento era si su abuelo conocía verdaderamente el tipo de problema que le había endosado, aunque era consciente de que en parte se lo había buscado él al cometer la imprudencia de abrir en la notaría, en presencia del notario y de todos sus familiares, la arquilla que guardaba la cartera y haber hecho el comentario de que había pertenecido a Himmler.

Con la sucesión de acontecimientos no había tenido tiempo para reflexionar con un mínimo de tranquilidad sobre el autor de la filtración. Dadas las simpatías políticas del notario, Ramon estaba convencido de que por allí había llegado la información a aquella gente de la Thule, si es que el propio notario no era uno de sus integrantes.

No albergaba dudas al respecto porque, entre otras razones, el largo tiempo transcurrido desde que intentaron secuestrar a su abuelo significaba, al menos en un primer y somero análisis, que quienes deseaban hacerse con aquellos papeles no habían tenido una oportunidad clara de conseguirlo o habían perdido la pista, aunque esto último no acababa de encajar porque tenían que saber que estaba en poder de su abuelo; a no ser que el viejo republicano hubiese logrado despistarlos de alguna

forma que él ignoraba.

Aprovecharon la larga espera especulando sobre cómo Thule había sabido que la cartera de Himmler estaba en su poder. Ambos coincidían en que el notario era el máximo candidato. Pero no dejaba de extrañarles que hubiese actuado de una forma tan descarada. Marta preguntó a Ramon por sus familiares: sus aficiones, sus tendencias políticas si las tenían, sus formas de vida y cosas por el estilo. Pero no fue gran cosa lo que pudo decirle porque sus relaciones con tíos y primos eran escasas y esporádicas: entierros, bodas y poco más.

Ramon miró el reloj; eran casi las ocho.

—¡Ya no aguanto más! ¡Vámonos! —Se puso de pie dando a entender que el tiempo de espera y su paciencia habían llegado al límite.

Marta permaneció sentada.

—Aguarda un momento, no seas impaciente. Eugenio nos recibirá de un momento a otro.

—¡Que no sea impaciente! —Enseñó ostensiblemente su reloj, señalándolo con el dedo índice de la otra mano—. ¡Estamos aquí desde hace más de una hora, después del día que llevamos! ¡Lo está haciendo a propósito! ¡Si tú te quieres quedar, te quedas; pero yo me marchó!

En aquel momento por encima del ruido que el fárrago de gente producía, se escuchó una voz:

—¡Ramon Nogués, el señor Ramon Nogués! —Quien llamaba era un individuo con los puños de la camisa remangados, el cuello desabrochado y el nudo de la corbata flojo.

—Sí, soy yo.

—¡Acompáñeme! ¡El comisario Planelles le recibirá enseguida! —El individuo se había acercado hasta ellos.

—¡Ya era hora! —protestó Ramon.

—¿Decía usted algo? —preguntó el policía con actitud chulesca.

—¡Sí, señor! ¡Decía que ya era hora!

Marta se levantó del banco y se agarró al brazo de Ramon.

—Llevamos un día muy duro, con mucha tensión —explicó ella tratando de suavizar la situación.

—Ese no es mi problema —le espetó el policía con una mueca que acentuó más el aspecto despectivo que le daba un espeso bigote con largas puntas hacia abajo—. Además, ¿usted quién es? —preguntó con desdén.

—Soy Marta Amat y acompaño al señor —dijo con orgullo, desafiando al policía.

—El comisario solo recibirá el señor Nogués, yo no sé nada de usted —afirmó rotundo—. ¡Sígame! —Dándose la vuelta comenzó a caminar por el pasillo, considerando concluida la conversación.

—¡Si ella no viene, yo no voy! —Ramon gritó alto para que lo oyese el mayor número de gente posible, luego pasó el brazo por el hombro de Marta y con voz

suave, le dijo—: Vámonos.

El policía se volvió en actitud desafiante.

—¿Cómo ha dicho usted?

—¡Que si ella no va, tampoco voy yo! ¡Ya se lo he dicho! —Ramon clavó la mirada en los ojos del policía, quien la sostuvo con firmeza.

—¡No me toque usted los cojones!

—¡Ni usted a mí!

Los ruidos y los gritos se habían apagado y la gente se había agolpado alrededor de ellos.

—¿Sabe que lo que acaba de decir es desacato a la autoridad?

—¿Sabe que lo suyo es menosprecio a un ciudadano libre en un país libre?

—¡Muy bien dicho! —se escuchó una voz.

Un murmullo coreó las palabras de aliento a Ramon en su enfrentamiento con el policía.

—¿Qué es lo que pasa ahí? —La voz sonó al fondo, fuerte y autoritaria. El individuo que lo dijo se abrió un pasillo entre la gente que se había agolpado en torno a Ramon y el policía. Apareció Eugenio Planelles, quien con la mejor de sus sonrisas se dirigió a Ramon y a Marta.

—¿Ocurre algo?

Al policía del bigote se le había avinagrado el semblante, pero decidió pasar a la acción:

—Comisario, este individuo se niega a comparecer, si no va acompañado de esa mujer. —Utilizó un tono tan despectivo que a nadie pasó inadvertido—. Hemos discutido y me ha faltado a la consideración debida a un agente de la autoridad.

—¡No es cierto! —gritó Ramon—. ¡Me ha dicho que no le toque los cojones y le he respondido que tampoco él me los toque a mí!

Entre la gente se elevó un murmullo de asentimiento confirmando sus palabras.

—¡Señor comisario, no puedo tolerar que se ponga en duda mi palabra! —gritó el policía con fuerza, sintiéndose seguro.

Se escucharon algunos silbidos y el comisario comprendió que no era conveniente continuar allí por más tiempo.

—Está bien, vamos a mi despacho —ordenó con autoridad.

—Marta también viene —señaló Ramon.

—Por supuesto, por supuesto —concedió Planelles—. Y usted, Gutiérrez, encárguese de que esto se despeje rápidamente.

El comisario, Marta y Ramon se perdieron por el pasillo, mientras que Gutiérrez, con gesto contrariado, palmeaba para que la gente volviese a lo suyo.

Planelles invitó a Marta y a Ramon a que tomasen asiento en el sofá de un tresillo que había en un rincón de su despacho. Él se sentó en uno de los sillones, marcando de

este modo su territorio y señalando que allí mandaba él, por muy ejecutivo de Telefónica que fuera Nogués. Encendió un cigarrillo con calculada parsimonia y expulsó el humo de sus pulmones con lentitud.

—Lamento haberos hecho esperar tanto tiempo. —Con sus palabras estaba diciéndole a Ramon que lo había tenido aguardando en un banco del pasillo el tiempo que le había dado la gana—. Pero no sabéis lo que son las urgencias en esta profesión; de veras que lo lamento. Pero, en fin —hizo un ampuloso gesto con las manos—, como todo tiene su recompensa, aquí estamos los tres. ¡Como tú querías, Ramon!

«Será cabrón el tío —pensó Ramon con la sangre hirviéndole—. ¡Seguro que le dijo al pringado que nos mandó que se negase a que Marta me acompañase, para luego aparecer como salvador! Ha tenido que ser así, porque ¿a cuento de qué ha venido que apareciese al minuto en el pasillo?»

—Te veo contrariado, Ramon. Supongo que es el cansancio, la tensión y... y... —Dudó en decirlo, pero al final lo soltó—. Y lo que te han hecho en el piso.

Ramon sabía que Planelles estaba disfrutando por dentro. Pensó en morderse la lengua y aguantar. Pero al final decidió que no iba a dejarlo que le ganase en toda la línea.

—Eso es lo de menos, Eugenio. El seguro se hará cargo de todo. Ya he presentado el parte de reclamaciones... Y como Marta me ha ofrecido su apartamento... —Sus últimas palabras fueron una estocada.

—No te entusiasmes, que es solo por unos días... ¡y de lástima! —se defendió Marta, consciente de que Ramon estaba metiendo la pata, porque, le gustase o no, la situación en que se encontraban proporcionaba una clara ventaja al comisario en aquel duelo iniciado en el instituto y que, a la vista estaba, no había concluido.

—Vayamos al grano —cortó Planelles—. ¿Ha ocurrido algo después de que nos viéramos esta mañana? ¿Debo saber algo que no conozco? —Hizo las preguntas mirando a Marta.

—Es Ramon quien tiene algo que contarte.

—Bueno, chico, tengo tu declaración de esta mañana. ¿Se te olvidó —recalcó esta última palabra— algo importante?

Ramon sintió ganas de marcharse. Le costó mucho trabajo contestar a la desafiante pregunta de Planelles.

—Poco después de que te marches recibí una llamada.

—¿Por teléfono?

—Sí.

—¿Adónde?

—A mi casa.

—¿Recuerdas la hora? —A Planelles le había salido en pocos segundos el policía que llevaba dentro. Había abandonado las segundas intenciones y hasta la actitud jactanciosa.

—Sería sobre la una, poco más o menos.

—¿Era hombre o mujer?

—Hombre y con acento sudamericano.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—¿Qué te dijo?

—Sabía que Marta estaba en aquel momento en el piso, que tengo una hija que se llama Nuria y que vive en Londres. Sabía incluso la dirección.

Planelles no pestañeaba. Ahora era el sabueso que olfateaba información muy importante para el caso.

—¿Qué quería el sudaca?

—Extorsionarme.

—¿Y han destrozado tu vivienda sin previo aviso? —Una sombra de duda apareció en los ojos del comisario.

—Supongo que lo han hecho como forma de decirme que van en serio.

Planelles hizo un gesto de duda con la cabeza.

—¿Quieren dinero?

—No. Quieren unos documentos.

—¡Unos documentos! —El comisario se puso de pie y apretó las manos entrelazando los dedos, que crujieron, como si se hubiese roto alguno de ellos.

—Sí, unos documentos —repitió Ramon.

—¿Algo relacionado con Telefónica? —La pregunta era cautelosa.

—No. Son documentos de mi propiedad.

Planelles clavó su mirada en los ojos de Ramon, intentando ver más allá de sus palabras.

—¿Qué importancia tienen esos documentos?

—La verdad es que no lo sé —dijo Ramon, encogiéndose de hombros—, pero por lo que he podido comprobar, para ellos se trata de algo muy valioso.

—¿Por qué dices ellos?

—Porque el tipo del teléfono llamó en nombre de una asociación, sociedad o secta.

—¿Te dijo el nombre?

—Thule.

—¿Thule?

—Sí, Thule.

Planelles se sentó de nuevo, sacó una libretita y apuntó varias cosas.

—¿Te suena de algo ese nombre? —Marta intervino por primera vez en la conversación.

—Así, de pronto, no me dice nada. Pero nos enteraremos de quiénes son o quiénes se esconden detrás de ese nombre. —Hizo una breve pausa y remachó—: ¡Si es que existen como tal Thule!

—Es el nombre de una isla misteriosa que aparece en la mitología escandinava o germánica —apuntó Marta.

—¿Desde cuándo tienes esos documentos en tu poder? —Planelles pareció no haber oído el comentario de Marta.

—Desde hace cuatro días —respondió Ramon con tranquilidad.

—¡Desde hace cuatro días! —Planelles, que se había sentado, se puso otra vez de pie—. ¿Cómo han llegado a tus manos?

—Formaban parte de la herencia de mi abuelo, cuyo testamento se abrió el viernes pasado.

—¡Vaya regalito que te ha hecho tu abuelo! —No había intención de ofender en aquellas palabras. Ahora estaba hablando el policía.

—Eso mismo dice Marta —apostilló Ramon con sorna.

—¿Qué contienen esos documentos para que se haya organizado todo esto?

—Ya te he dicho que no lo sé.

—¿Me tomas el pelo?

—En absoluto. Te digo que no lo sé.

—¿No has tenido tiempo de echarles una ojeada? —Ahora sí había cierta malicia en su pregunta.

—No es eso. Es que están escritos en alemán.

El comisario se sentó otra vez y expulsó con fuerza el aire de sus pulmones.

—A ver si lo entiendo. Tu abuelo te deja en herencia unos papeles...

—Cierto.

—Los recibes el pasado viernes...

—Cierto también.

—Esos papeles están escritos en alemán...

—En efecto.

—Ignoras su contenido...

—Así es.

—Alguien, con acento sudamericano, que afirma pertenecer a una sociedad llamada Thule, te dice por teléfono que ha destrozado tu vivienda porque quiere que le entregues esos papeles y, además, te amenaza con hacer algo a tu hija...

—Efectivamente.

Planelles se quedó unos segundos pensativo.

—¿Son papeles antiguos?

—Depende de lo que se entienda por antiguos.

—Hombre, manuscritos antiguos, de la época de Felipe II o una cosa así.

Marta esbozó un sonrisa apenas perceptible al escuchar lo de Felipe II; estaba convencida de que Planelles lo dijo porque fue el primer rey que se le vino a la cabeza sin saber si era un rey del siglo XV, XVI o XVII.

—¡No, hombre, qué va! ¡Son papeles de la época de mi abuelo! Algunos están escritos a máquina. Calcula que tengan sesenta o setenta años.

—En ese caso, su interés tiene que estar en lo que contienen —dedujo el comisario.

—Que no te quepa la menor duda. Pero ya te digo, no tengo ni idea. Tendré que encargar a alguien que haga una traducción. Lo mismo se han confundido y todo es un error.

Planelles midió con la mirada a Ramon.

—No sé por qué Thule me suena a alemán, y los papeles están en alemán.

—Ya te he dicho que Thule aparece en la mitología germánica —comentó Marta.

—¿Quién sabe que esos papeles te han sido legados por tu abuelo? Antes de contestarme piénsalo durante unos minutos, no se debe olvidar a nadie. Ha de ser alguien muy próximo a ti; por lo que me has contado, sabe datos familiares muy concretos.

Ramon miró a Marta y ella le animó con la mirada.

—¿Hay algún problema? —preguntó Planelles.

—Cometí un error en la notaría.

—¿Un error?

—Mi abuelo había conservado durante años esos papeles bien guardados. Nadie en la familia sabía de su existencia. Yo mismo me llevé una gran sorpresa. Como ignoraba lo que era el legado, que me fue entregado en una arquilla de madera, lo abrí en presencia de todos los familiares que habían acudido a la apertura del testamento. Tampoco le di entonces la menor importancia. Luego los acontecimientos han revelado que fue un grave error.

—¿Recuerdas a todos los familiares que estaban presentes?

—Perfectamente.

—Nómbralos por su nombre y apellidos, despacio por favor.

—Mi padre, Ramon Nogués i Codina. Mis tíos Oriol y Rafael y mis tías Gertrudis, Sílvia y Maria. También estaba el hijo mayor de mi tío Lluís, ya fallecido, también llamado Lluís y apellidado Nogués i Espinós. Estaba mi primo Pere, hijo de mi tío Oriol...

—¿Cuáles son los apellidos de Pere?

—Nogués i Darder y mi prima Elisenda, la hija mayor de tía Sílvia. Elisenda Pallarés i Nogués.

—¿Alguien más?

—No, nadie más.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—Pues te equivocas. Porque necesariamente también tenía que estar el notario.

—Pero ese no es de mi familia —se regodeó Ramon.

—¡Pero estaba allí! —insistió Planelles para no dar su brazo a torcer. A Marta le recordó viejos tiempos, como si los años del instituto no hubiesen quedado atrás.

—¡Bueno, es cierto, estaba allí! ¡Pero no era de mi familia y tú me has

preguntado por mis familiares!

—¿Cuál es su nombre? El del notario, claro.

—Tiene la notaría en Urgell y su apellido es Rocafull, pero no recuerdo el nombre. Y también estuvo presente uno de los auxiliares que trabajan en la notaría. No sé si todo el tiempo, pero recuerdo que anduvo por allí. Lo digo para que no se quede nadie atrás.

Planelles había tomado nota de todo. Cerró el cuadernito y se quedó un momento pensativo, golpeando con la punta del bolígrafo en la tapa.

—Te han jugado una mala pasada, Ramon. ¿Tienes problemas con alguno de ellos?

—No, no he tenido ningún problema en especial. Las relaciones con mi familia son distantes, pero correctas. Ya sabes... Nos reunimos en bodas, bautizos, entierros y cosas por el estilo.

—¿Algún problema de tu padre con alguno de tus tíos?

—No, que yo sepa.

—¿Alguna decepción porque tu abuelo te dejase a ti esos papeles?

—No podría contestarte. Como te he dicho, ignoraba su existencia y todos se mostraron sorprendidos al conocer ese legado. Si alguno lo sabía, disimuló muy bien.

—No quiero que vayas a pensar —se excusó el policía— que trato de inmiscuirme en asuntos de familia. Pero en casi todas las familias hay roces, diferencias, malos entendidos, pequeñas infamias. Si recuerdas algo no dejes de comunicármelo. Puede ser de mucha más utilidad de la que puedas imaginarte. Aunque aquí, por lo que me has contado, los disparos los tenemos ya bastante acotados.

—Debes saber que el notario es un facha.

—¿Por qué me lo dices? —preguntó Planelles un tanto mosca.

—Ya sabes... estas sociedades secretas suelen ser de extrema derecha o tal vez yo estoy equivocado.

Planelles hizo un gesto dubitativo con la cabeza.

—Eso puede ser interesante. ¿Cómo es que lo sabes?

—Me lo dijo uno de mis familiares a la salida de la notaría.

—¿Recuerdas cuál de ellos?

—Creo que fue mi primo Lluís.

Planelles abrió de nuevo la libreta y consultó.

—¿Lluís Nogués i Espinós?

—Sí.

El comisario anotó algo, miró el reloj y puso expresión de asombro, lo que llevó a Marta y a Ramon a hacer lo mismo. Estaban a punto de dar las diez de la noche.

—Creo que ya está bien por hoy.

Guardó la libreta de las anotaciones en el bolsillo de su chaqueta y se levantó. También lo hicieron Marta y Ramon.

—Espero que descanséis. El día ha sido duro para todos, pero especialmente para vosotros.

Ya de pie el comisario estrechó la mano de Ramon y besó a Marta en la mejilla. Planelles se interesó por la hija de Ramon, quien le contó que ya había puesto a su ex mujer sobre aviso.

—Si necesitas algo de Scotland Yard, no tienes más que decírmelo.

Ramon le agradeció el ofrecimiento. Estaban ya en la puerta del despacho cuando Planelles formuló una pregunta. Lo hizo como si la hubiese olvidado, por pura rutina.

—En este momento, ¿dónde están los papeles? Supongo que con todo lo ocurrido estarán en lugar seguro.

—Los hemos depositado en una caja de seguridad de la oficina central de La Caixa.

Planelles los acompañó hasta la salida de la comisaría.

Una brisa suave y fresca soplaba desde el puerto y subía por la Vía Layetana trayendo olor a mar. Después de tres horas de encierro y un mal día, el fresco de la noche resultaba vivificador. Sin decir nada, echaron a andar calle arriba en dirección al piso de Marta, que quedaba un poco lejos; pero a ninguno de los dos le pasó por la cabeza parar un taxi. Caminaron un centenar de pasos en silencio cuando Ramon pasó el brazo por el hombro de Marta.

—Creo que hemos hecho bien en venir —comentó él.

—También lo creo yo —confirmó ella.

—Es como si me hubiese quitado un peso de encima. Aunque lo que tenemos por delante...

—Ya verás como todo sale bien —lo animó Marta.

Caminaron otro rato en silencio al cabo del cual Ramon comentó:

—¿Te hago una pregunta?

—Si quieres...

—¿No te ha extrañado la actitud de Planelles?

—¿A qué te refieres concretamente?

—Bueno, al principio —Ramon se había detenido lo que obligó a Marta, cogida por el hombro, a pararse también— estaba impertinente, desafiante, desagradable. Yo tenía el convencimiento de que nos había tenido esperando en ese pasillo por fastidiarnos.

—¿Y? —Marta le invitó a continuar.

—Pues que, conforme ha avanzado la conversación ha disminuido su impertinencia y al final hasta se ha mostrado agradable.

—En el fondo no es mala gente.

—¡En el fondo es un hijo de puta! ¡Por eso, precisamente, me ha extrañado su cambio de actitud!

Echaron de nuevo a andar. La brisa les daba en la espalda.

En el ambiente reinaba una calma extraña. ¿La calma que precedía a la tormenta?

En Londres el día era gris y lluvioso, lo que se unía a la bajas temperaturas que desde hacía dos meses afectaban a las islas Británicas. Los londinenses, que llevaban dos semanas sin ver el sol, se quedarían sin primavera si el tiempo no cambiaba. Y los pronósticos meteorológicos no anunciaban modificaciones en fechas próximas. Ann Croft, después de abrigar convenientemente a Nuria, remeti6 los rubios cabellos de la niña en un gorro de lana de vivos colores, rematado con una borla, con que le había cubierto la cabeza. La pequeña —acababa de cumplir nueve años— se había percatado de que su madre tenía un comportamiento extraño. Le llamó la atención la forma en que la había abrazado cuando llegó del colegio; la estrujó entre sus brazos y no paró de darle besos durante varios minutos, sin dejar de susurrarle una y otra vez que la quería mucho. Luego la vio mirar varias veces por la ventana, recorriendo cuidadosamente los visillos y procurando que no la viesen desde el exterior.

—¿Esperamos visita, mamá? —le había preguntado, intrigada, Nuria.

—No, hija, compruebo si continúa lloviendo.

A la pequeña no le convenció la respuesta, sobre todo por la forma en que su madre recorría los visillos y miraba hacia la calle, pero no insistió más. También porque mientras Nuria estuvo coloreando unos dibujos y completando unas frases alusivas, que eran la tarea escolar para el día siguiente, su madre entró varias veces en su dormitorio, donde la pequeña realizaba sus trabajos escolares. Lo que acabó por desconcertarla fue el sobresalto de Ann cuando sonó el timbre de la casa. En su rostro se dibujó algo muy parecido a la expresión de miedo que Nuria veía aparecer en las caras de los que en las películas estaban asustados. Quien llamaba no era otra que Petula, la vecina y mejor amiga de su madre, quien le dijo por el interfono que estaba preparada.

—¿Adónde vamos, mamá? —preguntó Nuria, inquieta, cuando su madre, con una brusquedad que no era propia en sus modos, acabó de equiparla para salir a la calle. También ella se había abrigado con un grueso anorak, colocado bufanda, guantes de lana y un sombrero, también de lana.

—Tenemos que hacer algo y no podemos dejarlo para mañana.

—¿Qué tenemos que hacer, mamá? —insistió la pequeña.

Nuria no obtuvo respuesta, su madre cogía el bolso, acelerada, tiró de ella y cerró la puerta, echando todas las vueltas de llave a las dos cerraduras. Aparcado en la acera, en medio del aguacero que en aquel momento descargaba, estaba el coche de Petula. El agua golpeaba con fuerza en el adoquinado, dando lugar a caprichosas figuras que se deshacían tan fugazmente como aparecían. La luz de las farolas proporcionaba una suave iluminación que parecía bajar de la frondosidad de los árboles que se alternaban a lo largo del acerado con los puntos de luz.

La vecina, al verlas bajar los escalones que compartían las dos viviendas —se trataba de casas unifamiliares de dos plantas de elegante estilo inglés, como correspondía a un barrio residencial como Mayfair—, puso el motor en marcha. Ann miró a ambos lados de la calle y no vio a nadie. A toda prisa, sin soltar a Nuria de la mano, se subieron en el asiento trasero del coche de Petula.

A aquella hora el denso tráfico que convertía a Londres en un inmenso atasco entre las cinco y las seis y media, había disminuido de forma considerable y se circulaba con fluidez. Recorrieron Berkeley hasta llegar al cruce con Brutton Place, de allí a Grosvenor y continuaron hasta New Bond Street. Petula aparcó sin problemas en la zona señalizada al efecto en el amplio patio, casi desierto a aquellas horas, que se abría delante de la comisaría de Scotland Yard. Lo hizo cerca de la entrada para evitar la lluvia.

Ann indicó al agente de vigilancia en la puerta que deseaba presentar una denuncia. El policía le indicó un mostrador situado a la izquierda del amplio vestíbulo que se abría tras la entrada y en el que dos hombres y dos mujeres vestidos de uniforme atendían llamadas y peticiones. Había dos personas delante del mostrador y dos más sentadas en uno de los bancos adosados a la pared.

—¿Contra quién quiere poner la denuncia? —preguntó mecánicamente la agente que atendió a Ann.

—No lo sé.

La mujer se quitó las gafas y levantó la vista hacia Ann.

—¿Puede repetírmelo, por favor?

—Que no sé exactamente contra quién he de presentar la denuncia...

—Si no se explica mejor, me temo que no podré ayudarla —la interrumpió la policía, conteniendo el malhumor.

—En realidad, lo que necesito es protección —indicó Ann que se retorció las manos de puro nerviosismo.

—¿Me ha dicho que su nombre es Ann Croft?

—Así es. Ese es mi nombre.

—¿Puede mostrarme su pasaporte?

—Creo que no lo llevo encima. —Ann estaba apurada.

—¿El carnet de conducir? —preguntó amoscada la policía.

—Supongo que lo llevo en el bolso...

Ann rebuscó, presa de un nerviosismo cada vez mayor. Nunca antes había entrado en una comisaría de policía fuera de algún trámite puramente administrativo. Entre las pertenencias, muy numerosas, que se amontonaban en el bolso, no conseguía encontrar lo que buscaba.

—No se altere, señora Croft —comentó la policía—, no hay prisa. Salvo la que usted tenga, claro está.

Las palabras de la policía la pusieron más nerviosa aún, por lo que acabó por vaciar el contenido de su bolso —una especie de tómbola ambulante— encima del

mostrador.

—No le importa, ¿verdad?

—No, siempre y cuando después lo recoja usted todo —respondió con sarcasmo la agente.

Ann, después de una búsqueda que no resultó fácil, en parte por causa de los numerosos objetos que se habían desparramado por el mostrador y en parte por los nervios que la atenazaban, acabó por encontrar el carnet de conducir y también el pasaporte.

—¡Aquí está! —exclamó con alivio.

La policía comprobó los datos del pasaporte y tecleó algo en su ordenador, leyó la información que apareció en la pantalla y volvió a teclear de nuevo. Hechas las comprobaciones, preguntó con un tono que no había manifestado hasta entonces:

—¿Quiere, señora Croft, explicarme exactamente qué es lo que usted desea?

Ann se pasó la mano por la cara, donde se reflejaba parte de su angustia, en un intento de serenarse.

—¿Quiere un poco de agua? —le preguntó con agrado la policía.

—Sí, por favor, si es tan amable.

La mujer se levantó y fue hasta un bidón de cristal transparente, ensamblado en la pared, tiró del extremo de una larga y aséptica columna de vasos de plástico y sacó uno. Lo colocó en la pequeña plataforma que había bajo el grifo del bidón y lo llenó presionando un botón.

Ann dio varios sorbos ante la atenta mirada de la policía, y de Petula y su hija que aguardaban a distancia, sentadas en uno de los bancos del vestíbulo, sin perder detalle.

—¿Por qué hemos venido a la policía, tía Petula? —preguntó Nuria.

—Porque mamá tiene que resolver un asuntillo, cariño. No te preocupes.

—¿Qué le pasa a mamá? —insistió la niña, poco conforme con la respuesta recibida.

—Nada, cariño, nada. No debes preocuparte. —Petula le acarició la mejilla en un gesto mecánico, sin quitar los ojos del mostrador.

—Es que está muy nerviosa.

La tristeza era perceptible en las palabras y en la cara de la niña. Petula le quitó el gorro y le acarició la cabeza, metiendo los dedos entre sus rubios cabellos y agitándoselos cariñosamente.

Petula O'Connor era una norirlandesa de unos cuarenta años, bien llevados. No tenía hijos y era viuda. Su marido, un arqueólogo dedicado al estudio del primer período intermedio de la historia de Egipto, había muerto en un accidente de tráfico en El Cairo. Trabajaba como enfermera en un hospital del barrio de Saint James. Desde el mismo momento de la llegada de Ann a la casa de Berkeley Street —herencia de su padres—, tras su divorcio de Ramon Nogués, hacía tres años, habían congeniado. La enfermera se había convertido en muy pocos meses en la amiga de

Ann y para la pequeña Nuria había pasado a ser la tía Petula.

—¿Una llamada de su ex marido, señora Croft? —preguntó la agente que por primera vez mostraba interés, además de amabilidad.

—En efecto, lo han amenazado, diciéndole que saben dónde vive su hija.

—¿Cuándo ha sido eso, señora Croft?

—Creo que hoy mismo, pero yo no lo he sabido hasta hace un par de horas.

—¿Ha notado algo extraño? ¿Alguien que la siguiese o que vigilase la casa?

—No, no he notado nada.

—¿Su dirección actual es la que figura en el pasaporte?

—No, no —se apresuró a responder Ann—. Mi actual domicilio está en el diecisiete de Berkeley Street.

La agente tomó nota de la dirección y le preguntó el nombre de la niña.

—Nuria, se llama Nuria Nogués.

La policía puso cara de no entender.

—¿Puede repetírmelo, por favor?

Ann deletreó el nombre y el apellido.

—¿Le ha dicho algo a la pequeña?

—No, ni una palabra. —Ann se volvió hacia donde estaban Petula y su hija, y forzó una sonrisa—. Aunque sabe que ocurre algo anormal.

La agente asintió con leves movimientos de cabeza mientras escribía en el ordenador, lo que le llevó cierto tiempo.

—Si es tan amable de aguardar —le indicó con un gesto de la mano el banco donde estaban Petula y la niña—. Espero que la puedan atender en pocos minutos.

Los minutos sobrepasaron con mucho el cuarto de hora. Entonces apareció por el fondo del amplio vestíbulo un individuo con inconfundible perfil británico: alto, espigado, impecablemente vestido, aunque con cierto aire juvenil; debería de estar en torno a los cincuenta años. Vestía chaqueta de *tweed* en tonos marrones, coderas de piel y botones forrados de cuero. Lo más llamativo del enjuto y sonrosado rostro, en el que aparecían diseminadas algunas pecas, eran unos largos bigotes pelirrojos ligeramente ondulados y con las puntas hacia arriba que amarilleaban por efecto de la nicotina.

Un discreto gesto de la agente que había atendido a Ann le indicó adónde debía dirigirse.

—¿La señora Croft? —preguntó mirando alternativamente a las dos mujeres.

—Soy yo —respondió Ann, poniéndose de pie.

—Mi nombre es Blackman, Jeremy Blackman. Soy inspector de Scotland Yard —se presentó extendiendo una larga y huesuda mano.

—Encantada, inspector —respondió Ann, a la vez que estrechaba la mano que le había ofrecido el policía.

—¿Tiene la bondad de acompañarme, señora Croft?

—Con sumo gusto, inspector. Ella es Petula O'Connor, una amiga, y la niña, mi

hija Nuria.

—Es un placer. —Blackman estrechó la mano que Petula le ofreció y acarició la mejilla de la niña, que se había levantado educadamente—. Espero que no tengan que aguardar mucho rato.

Con aquellas palabras el policía dejó claro que solamente lo acompañaría Ann. El inspector hizo un gesto galante con la mano, como si cediese el paso a Ann.

—¿Adónde va mamá con ese señor? —preguntó Nuria.

Petula no escuchó la pregunta de la niña porque, antes de que Ann y el inspector Blackman, que ya se marchaban por el semivacío vestíbulo, se alejasen más, le dijo a su amiga:

—¡No se te olvide decirle que la cartera perteneció a Himmler!

Al escuchar aquellas palabras, Jeremy Blackman se volvió, extrañado, hacia Petula.

—¿Qué es lo que ha dicho su amiga?

—Ahora se lo contaré con detalle, inspector.

Ann Croft estuvo más de una hora reunida con el inspector Blackman. A Petula le costó mucho trabajo entretener a Nuria, porque al poco rato de marcharse su madre, cada minuto que pasaba aumentaba la excitación y el nerviosismo de la niña, que en dos ocasiones había roto a llorar. Fue como una liberación ver aparecer a su amiga, acompañada del policía, por uno de los pasillos que se abrían al redondo vestíbulo. Nuria salió corriendo al encuentro de su madre, que se agachó para recibirla. La niña le rodeó el cuello con sus brazos y no paró de besarla, con los ojos arrasados por las lágrimas de un llanto que ya no pudo contener.

Petula se acercó y pudo escuchar las palabras de recomendación que le hacía Blackman.

—Estaremos alerta. Y ya sabe... a la más mínima sospecha no deje de llamar al número que le he facilitado.

—Muchas gracias por todo, inspector —se despidió Ann, alargando la mano para que el policía la estrechase.

Ann, Petula y Nuria caminaban hacia la puerta cuando los detuvo la voz de Blackman.

—¡Recuerde, señora Croft, peque por exceso, nunca por defecto!

—Descuide, inspector, por la cuenta que me trae, no lo olvidaré.

—¿Qué te ha querido decir con eso? —preguntó Petula, intrigada.

—Que no tema molestarle a la mínima sospecha.

En la calle continuaba la lluvia, aunque ahora caía con menos intensidad que cuando llegaron. Subieron al coche y abandonaron el patio de la comisaría, en cuyo mojado asfalto se reflejaba con intensidad la luz de las farolas. Ann miró el reloj y comprobó la hora.

—¡Qué barbaridad, son cerca de las diez!

—Es que has estado más de una hora con el inspector Blackman —comentó

Petula a la par que giraba el volante de su coche, incorporándose al escaso tráfico que circulaba por New Bond Street. El primero de los semáforos se puso en rojo y se detuvieron.

—Nuria, escúchame con mucha atención, porque lo que voy a decirte es muy importante. —Ann, que había pasado su brazo por el hombro de su hija, la apretó contra ella. La niña levantó la mirada hasta encontrarse con los ojos de su madre.

—A partir de ahora y hasta que yo te lo diga, no irás ni volverás del colegio en el autobús escolar. La tía Petula o yo te llevaremos y te traeremos. Aguardarás en el colegio hasta que vayamos a recogerte y si alguna persona que no conoces se te acerca, no le hagas caso y aléjate de ella rápidamente. Pon mucho cuidado y observa con atención si alguna persona mayor se te acerca o te sigue. Me lo tienes que contar todo, sin que se te quede nada. ¿Has comprendido, cariño?

—Sí, mamá. —Nuria apoyó la afirmación con un movimiento de cabeza—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—¡Claro que sí, cielo! —Ann besó a su hija en la frente.

—¿Por qué hemos venido a ver a la policía?

Ann meditó durante unos segundos la respuesta. No era fácil.

—Porque tenía que contarles una cosa muy importante. Por eso tía Petula y yo vamos a llevarte al cole y tú estarás muy pendiente de todo lo que ocurra para poder decírselo luego a mamá.

—¿Podré jugar con mis amigos y mis amigas?

—Por supuesto que sí, cariño. Por supuesto que sí. —A Ann se le había formado un nudo en la garganta.

Petula había bajado por New Bond Street hasta la confluencia con Piccadilly, giró a la izquierda y subió por Saint James hasta Berkeley Street, la calle donde estaban sus casas.

Cuando se apearon del coche había dejado de llover. Petula ayudó a la madre a acostar a Nuria y luego, una vez solas, Ann ofreció una copa a su amiga y preparó, sin esperar la respuesta, dos *gin tonics* bien cargados. Se sentó en el sofá y trató de relajarse.

—¿Le ha dado mucha importancia?

—El inspector dice que las denuncias por amenazas son muy numerosas. Docenas todos los días.

—¡Pero esta no es una amenaza cualquiera! —clamó Petula casi ofendida.

—En eso coincide el inspector Blackman. Me ha dicho que tiene toda la pinta de ser una cosa seria.

—¿De qué habéis hablado tanto rato?

—Me ha preguntado por Ramon, ¿dónde vive? ¿A qué se dedica? ¿Qué tipo de relaciones mantenemos? Todo eso. Ha tratado de que reconstruya la conversación con Ramon palabra por palabra. ¡Me ha hecho repetírsela no sé cuántas veces!

—¿Van a montar algún dispositivo de vigilancia? —La imaginación de Petula

debía de estar ya funcionando.

—No.

—¿Estás segura?

—Claro, me lo ha dicho él mismo.

—¿Que no van a poner vigilancia con una amenaza tan grave? —Petula estaba a medio camino entre la indignación y la decepción.

—No pueden montar un servicio de vigilancia por cada denuncia de amenazas que reciben. —La voz de Ann indicaba que era lógico que actuaran de aquella forma.

—¡Pero se trata de una sociedad secreta que busca una cartera que perteneció a Himmler! ¡Nada más y nada menos!

—A pesar de eso, Petula.

—No lo comprendo, no lo comprendo. —La enfermera dio un largo trago al contenido de su vaso y preguntó a continuación—: ¿Qué te ha dicho cuando le has contado lo de la cartera? Porque una cosa así no la denuncian todos los días.

—Ha tomado nota, y también del nombre que me dijo Ramon de la secta o lo que sea esa gentuza. Pero no le ha dado mayor importancia.

Ann Croft no habría hecho una afirmación como aquella si hubiese visto actuar al inspector de Scotland Yard, después de que abandonase la comisaría de New Bond Street. Jeremy Blackman había decidido, más por curiosidad que por otra razón, buscar en internet. A través de Google, tecleó la palabra «*Thule*». No todos los días las denuncias de amenaza estaban relacionadas con sectas, ni con carteras pertenecientes a un jefe nazi. En pocos segundos el buscador le había rastreado más de cuarenta y nueve mil entradas. Decidió restringir la búsqueda y tecleó «*Sociedad nazi Thule*» y las entradas se redujeron a trescientas ochenta y seis. Durante más de una hora buscó información; la mayor parte de las entradas eran basura, pero de algunas obtuvo datos de interés. Supo, entre otras cosas, que Thule fue una sociedad secreta que surgió en Alemania, que desde ella se impulsó el partido nazi y que algunos de sus más significativos dirigentes habían pertenecido a dicha sociedad, entre ellos el propio Adolf Hitler, Rudolf Hess y Heinrich Himmler. También supo que sus miembros se dedicaban a prácticas ocultistas y que uno de sus objetivos había sido la búsqueda del Grial. Pero aparte de aquellos conocimientos, lo que más había interesado al inspector Jeremy Blackman fue la noticia de que dicha sociedad había vuelto a reconstruirse y que operaba en Europa y en diversos países de Sudamérica. Aquel dato lo sobresaltó. La señora Croft le había dicho que el tipo que amenazaba a su marido tenía un marcado acento sudamericano. Decidió no perder un instante y acudió al despacho del comisario Oates, a quien explicó con detenimiento la denuncia presentada.

—Creo que debía saberlo, señor —concluyó el inspector.

—¿Y dice que a la señora... la señora...

—Croft, Ann Croft, señor.

—... la han llamado desde Barcelona?

—Sí, señor. Allí es donde vive su ex marido.

El comisario Oates, cuya edad rondaría los sesenta años, se pasó varias veces la mano por el mentón y guardó un prolongado silencio.

—Posiblemente todo esto no sea más que la obra de una pandilla de lunáticos.

—Es posible, señor. Pero pienso que no se debe descartar ninguna posibilidad. Y como... —El inspector no concluyó la frase.

—¿Y...? —le animó el comisario.

—Y como sé que a usted le apasiona todo lo relacionado con la Segunda Guerra Mundial, pensé que, tal vez...

—No sé nada de una cartera de Himmler en Barcelona. —Otra vez el comisario se pasó la mano por el mentón—. Pero vamos a salir de dudas.

Oates descolgó el teléfono, un viejo modelo que British Telecom había retirado de la circulación hacía mucho tiempo y marcó un número. Apenas tuvo que aguardar un instante.

—¡Brenda, por favor, póngame con Lindon!

—¿El del MI5?

—Sí, el del MI5.

—¿A esta hora, señor?

El comisario miró su reloj de pulsera. Eran cerca de las once.

—¡Sí, a esta hora! ¡Me apuesto el salario del mes a que Lindon está todavía en su despacho!

—Como usted diga, señor.

Oates colgó el teléfono con cuidado reverencial como si se tratase de una joya, y aguardó tamborileando con los dedos sobre la pulida madera de su mesa. Fuera, el agua había dejado de golpear en los cristales por lo que el sonido de los dedos era lo único que rompía el silencio del despacho. No había transcurrido un minuto cuando el timbre del teléfono sonó con estridencia. El comisario lo cogió con suavidad.

—¡Dígame, Brenda!

—Le paso a Lindon, señor.

—¡Edward, viejo bribón! ¿Cómo estás? —La voz que sonaba al otro lado del hilo telefónico era extravertida—. ¿Qué tripa se te ha roto para que llames a estas horas al viejo Charlie?

—¡Charlie, necesito una información! —le gritó Oates al auricular.

—¡Ya decía yo que tu llamada no era para preguntarme por la salud!

—¿Existe en la actualidad una Sociedad Thule vinculada a algún movimiento neonazi, Charlie?

La pregunta del comisario tuvo como efecto un prolongado silencio al otro lado de la línea telefónica. La explosiva voz de Lindon había enmudecido como por ensalmo.

—¿Charlie? Charlie, ¿estás ahí?

Después de unos segundos, la voz de Lindon volvió a sonar, confirmando que estaba allí. Pero ahora sonó muy diferente.

—¿Puedes repetirme lo que has dicho?

El comisario Oates apartó el teléfono de su oreja y lo miró como si buscara algo en él. Después se lo acercó de nuevo a la mejilla y repitió la pregunta:

—Que si en la actualidad existe alguna sociedad llamada Thule vinculada a algún movimiento neonazi.

La respuesta fue otra pregunta:

—¿Por qué me preguntas eso, Edward?

—Porque hace un rato una tal Ann... Ann...

—Croft, señor —le ayudó el inspector Blackman.

—¿Quién está contigo? —preguntó Lindon.

—Jeremy Blackman, uno de mis hombres. La denuncia la han formulado ante él.

—Está bien, está bien. ¿Me decías que una tal Ann...?

—Ann Croft ha presentado una denuncia por amenazas contra la Sociedad Thule.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—¡Que si estoy seguro! —gritó el comisario, levantando la mirada hacia Blackman, quien asintió con un movimiento de cabeza—. ¡Claro que estoy seguro!

—¿Qué más ha dicho la señora Croft en su denuncia? —preguntó Lindon con ansiedad.

—Primero dime si existe esa sociedad —insistió Oates.

—¡Existe! ¡Y son muy peligrosos! ¡Por todos los demonios, Edward! ¿Qué es lo que ha denunciado exactamente la señora Croft?

—A su ex marido, que vive en Barcelona, lo han amenazado con hacer daño a su hija que está aquí en Londres, al cuidado de la madre, si no les entrega una cartera que, al parecer, perteneció a Himmler.

—¿Una cartera que perteneció a Himmler? Aguarda un momento, Edward. —El momento fueron cerca de tres minutos.

—¿Dices qué ha aparecido la cartera que le robaron a Himmler en Barcelona el mismo día que Hitler y Franco se entrevistaron en Hendaya?

—No tengo ni idea, Charlie. ¿A Himmler le robaron una cartera en Barcelona?

—¿No lo sabías?

—¡No, ni siquiera sabía que ese tipo estuvo alguna vez en Barcelona! —gritó el comisario, un tanto exasperado.

—¡Menos mal que estás interesado por la Segunda Guerra Mundial!

—Solo soy un aficionado, no un especialista —se defendió Oates.

—¿Quién tiene esa cartera? —gritó Lindon.

—Supongo que el ex marido de la señora Croft. —Oates estaba perplejo.

—¿Supones, Edward?

—Eso es lo que ha dicho la señora Croft en su denuncia.

—¿Dónde está la señora Croft?

Oates tapó el micrófono con la mano y preguntó a Blackman:

—¿La señora Croft?

—Se marchó después de tramitar la denuncia. —Miró el reloj—. Hará cosa de una hora, quizá más.

—¿Charlie?

—Sí.

—Se marchó después de tramitar la denuncia. Hará cosa de una hora o poco más.

—Oates —por primera vez no lo llamó por su nombre de pila—, pon su casa bajo vigilancia. ¡Inmediatamente!

—Pero ¿qué ocurre, Charlie?

—¡Haz lo que te digo! ¡No pierdas un instante!

—Pero Charlie...

—¡Bueno, mejor no te muevas! ¡Voy para allá!

Ramon tomó posesión del dormitorio que Marta le había asignado, deshizo el equipaje, ordenó su ropa en el armario y colocó los útiles de aseo en el cuarto de baño incorporado a la habitación. La cama era amplia y estaba impecable, con dos almohadas individuales. Comprobó que había otra más en el altillo del armario donde había dobladas dos mantas; tenía un teléfono en una de las mesitas de noche y una mesa para trabajar. En el armario del cuarto de baño encontró toallas de diferentes tamaños, un albornoz y un par de zapatillas; también un secador para el pelo y un dispensador de gel de baño. Todo muy limpio y reluciente, aséptico, pero muy impersonal. A Ramon le recordó la habitación de un hotel. Era un cuarto de invitados demasiado frío, pero resultaba perfecto para sus necesidades. Por su cabeza pasaron varios pensamientos, como leves aleteos, pero que eran fruto de sus sentimientos:

¿Utilizaría mucho aquel dormitorio? ¿Tendría Marta invitados con frecuencia?

Sintió una punzada parecida a los celos.

Antes de meterse en la ducha, marcó el número de su despacho y dejó un mensaje en el contestador de su secretaria: al día siguiente no acudiría al trabajo, debería cancelar todas las reuniones que hubiese previstas y posponer, sin fecha por el momento, la actividad que tuviesen programada. También le comunicó la muerte de Sofía y le indicó que si los padres de la chica llamaban para informarle del funeral, le avisase inmediatamente. Luego llamó a sus padres; les contó lo ocurrido, desdramatizando en lo posible y sin decirles nada de las amenazas sobre Nuria.

Cuando salió de su habitación, duchado y afeitado, vestido con un pijama y envuelto en una bata de tonos azulados, parecía un hombre diferente al de hacía menos de una hora. Marta, que también se había duchado, vestía también bata y pijama, en su caso de seda roja, a juego, le aguardaba en la cocina. Sobre la mesa había una fuente rebosante de ensalada. Los platos, de diseño en cristal de Murano lo mismo que la fuente, y los cubiertos estaban dispuestos sobre manteles individuales. También había descorchada una botella de tinto del Penedés, de la que ella se había servido una pequeña cantidad en una copa grande.

Lo recibió con una sonrisa:

—¿Todo a gusto del caballero?

—Perfecto, diría el caballero.

—¿Te apetece una copa?

—Me apetece más un beso de la dama.

Marta sonrió, coqueta.

—¿Solo uno?

—Uno, para empezar.

Se acercó hasta ella, la tomó por la cintura y la besó en la boca. Fue un beso

cálido, largo, prolongado.

La ducha los había reconfortado. Se los veía relajados y en Ramon se apreciaba, incluso, cierta satisfacción. Si no fuese por la amenaza que pesaba sobre su hija, hasta podría decirse que se sentía contento. Estaba a gusto con Marta y más a gusto todavía por estar viviendo en su casa. Con anterioridad no se había planteado una posibilidad como aquella, que era un paso más en la relación que mantenían. Era la única consecuencia positiva del legado de su abuelo, que hasta el momento solo le había dado problemas y quebraderos de cabeza. Pero tenía un valor que en aquellos momentos, en la intimidad de la cocina del piso de Marta, saboreaba de forma placentera.

Marta le sirvió una generosa cantidad de vino.

—¿Pretendes seducirme?

—A ver si te gusta.

Ramon lo olfateó primero y dio un pequeño sorbo después, lo paladeó despacio y chasqueó la lengua.

—¡Excelente!

—Reserva del noventa y cuatro.

—Muy bueno, ¿de tu familia?

Marta asintió.

—¿Te apetece la ensalada?

—Mucho, el aspecto es extraordinario.

—Improvisada y vulgar —replicó ella, aparentando cierto desdén hacia su propia obra.

—¡No seas modesta! ¿Cómo has tenido tiempo para picarlo todo en trozos tan pequeños? —preguntó él, cogiendo con la punta de los dedos uno de los espárragos que la adornaban.

—¡Cómo se nota que eres un tío!

—¿Qué he dicho ahora? —se defendió Ramon que se detuvo, sosteniendo el espárrago en el aire, sin llegar a metérselo en la boca.

—Crees que he estado dándole al cuchillo sobre una tabla, ¿verdad?

—¡Ya!, una picadora eléctrica.

—¡Premio para el caballero! —apuntó Marta con ironía.

—¡Seguro que la ha diseñado un tío!

—¡Y por eso no responde a las verdaderas necesidades que hay en la cocina! ¡Cuando sean las tías quienes diseñen, lo harán mucho mejor! ¡Ya lo verás!

—Conocimiento de causa, se llama eso.

La batalla dialéctica terminó con otro beso, aún más largo que el anterior.

La improvisada cena transcurrió entre comentarios intrascendentes y banalidades, necesarias para dejar atrás, aunque fuese momentáneamente, las tensiones de una jornada como la que acababan de vivir. Recogieron todo lo que se había puesto en medio, salieron a la terraza, uno de los tesoros del piso, para terminar de relajarse,

tomando una copa.

—¿Sabes que tengo un amigo medievalista que podría ayudarnos?

—¿Un medievalista? —preguntó Ramon.

—Sí, se trata de alguien un poco excéntrico, pero no conozco a muchas personas que tengan más conocimientos que él sobre la Edad Media. A veces tengo la sensación de que ha leído todo lo que se ha publicado sobre la Corona de Aragón en el período, concretamente sobre la baja Edad Media.

—¿La baja Edad Media?

—Sí, los siglos XIII, XIV y XV.

—¿A ti te interesa esa época? —le preguntó Ramon.

—A quienes nos dedicamos al estudio de la historia nos interesa todo el pasado, en mayor o menor medida, aunque acabamos especializándonos en una época o nos centramos en el estudio de unos asuntos determinados.

—¿Has dicho que es un poco excéntrico? —Ramon agitó el *whisky* de su vaso, donde tintinearón los cubitos de hielo, y le dio un sorbo.

—Tenía un futuro espléndido en la universidad, después de una brillante tesis sobre los dominios aragoneses al otro lado de los Pirineos, Pedro el Grande y aspectos relacionados con la herejía de los albigenses. Pero sin que se sepa bien por qué decidió abandonar esa línea de trabajo y adoptó una nueva. Se dedicó a estudiar la Orden Teutónica, una especie de templarios alemanes que llevaron a cabo la colonización de vastos territorios en las fronteras orientales de Alemania, haciendo realidad la *drang nach osten*.

Ramon la interrumpió.

—¿Qué es eso que acabas de decir?

—Es como se denomina a la marcha de los germanos hacia el Este, hacia las tierras de los eslavos. Como te decía —continuó Marta— aprendió alemán, que llegó a dominar como un nativo. El cambio solo fue un primer paso para dedicarse, poco tiempo después, al estudio de eso que se llaman enigmas históricos.

—¿Enigmas históricos?

—Sí, cuestiones para las que no se encuentra una explicación convincente desde una perspectiva académica. Ante esas situaciones algunos estudiosos y otros que no lo son, buscan explicaciones a partir de planteamientos que podemos calificar como poco ortodoxos. Asuntos de ese tipo se pueden encontrar en todas las épocas, pero la Edad Media está llena de ellos.

—¿Como por ejemplo?

Marta dio un sorbo a su *whisky*, muy rebajado con agua.

—Por ejemplo, los templarios. Sobre ellos se cuentan cosas fantásticas; no solo sobre la orden, disuelta por el papado tras acusarla de herejía, sino sobre su tesoro, que nunca se encontró y que ha animado todo tipo de fábulas. También han corrido ríos de tinta acerca de la supervivencia de la orden en la clandestinidad.

—Algo he leído sobre eso aunque, la verdad, nunca me ha interesado mucho.

—¡Ya! Lo tuyo es la estadística, los números y los beneficios empresariales —le espetó ella, tratando de picarlo.

Ramon no se dio por aludido, pese a lo directo del comentario.

—¿Qué otros asuntos se han situado en el terreno de los enigmas históricos que han centrado la atención de tu amigo?

—Los caballeros de la Tabla Redonda, el rey Arturo, Camelot. También los propios albigenses, a quienes se les ha asociado a rituales misteriosos y a poderes ocultos.

—¿También al Grial? —preguntó Ramon con un tono que no dejaba claro si lo hacía por interés o como forma de manifestar su rechazo a tales cuestiones.

Marta contestó como si la pregunta encerrase deseos de saber.

—Las leyendas tejidas en torno a su existencia han sido numerosas y han fascinado a generaciones. Su búsqueda era el objetivo principal de los caballeros del rey Arturo, los de la Tabla Redonda. También su existencia está relacionada con los cátaros e incluso con los propios templarios.

—¿Quiénes eran los cátaros?

—Es el nombre con que también se conoce a los albigenses. Hoy se considera que esa denominación es más correcta. Algunos creen que poseyeron el Grial, que ese era su gran secreto y que antes de rendirse a los cruzados que el Papa lanzó contra ellos para exterminarlos, lograron ocultarlo para que no cayese en manos impuras.

—¿Todo eso tiene que ver con Montségur?

Marta esbozó una sonrisilla maliciosa.

—¡Anda, y yo creía que lo tuyo eran solo los números!

—¡Déjate de coñas, que estoy muy interesado en todo esto! Hace años recorrí el Languedoc con Ann. A ella le fascinaba todo lo relacionado con los templarios y sus misterios y también con los albigenses o con los cátaros, como dices que ahora se los denomina. Fuimos a las ruinas de Montségur en un día de calor horrible. Creo que a los que resistieron allí los quemaron un poco más abajo después de entregarse a los sitiadores.

—Así es. Los cruzados encendieron una gran hoguera, donde quemaron vivas a doscientas personas. Al lugar se le conoce con el nombre de *Camp des cremats*, ya te puedes imaginar por qué.

—En aquel viaje también estuve en un pueblecito perdido, donde se afirma que un cura encontró el tesoro de los templarios —añadió Ramon—. No recuerdo ahora mismo su nombre.

—Ese pueblecito se llama Rennes-le-Chateau. Sobre el supuesto descubridor de un tesoro, el párroco del pueblo, cuyo nombre tampoco recuerdo yo en este momento, y su descubrimiento han corrido ríos de tinta —asintió Marta.

—Exacto, ese es el nombre del pueblo. —Ramon suspiró como si los recuerdos de aquel viaje trajesen a su memoria otro tiempo.

Después de un largo silencio, preguntó:

—¿Qué es el Grial, Marta?

Antes de contestar, la historiadora dio otro trago a su *whisky*.

—¡Vaya una pregunta! Se podría estar hablando de ello toda la noche.

—Hazme, entonces, un resumen para ignorantes. —Había puesto cierta retranca en sus palabras; Marta pensó que lo mejor era no darse por aludida.

—La versión más extendida considera que fue el cáliz que supuestamente utilizó Jesucristo en la Última Cena, aunque se le ha relacionado con muchas otras cosas; incluso con ciertas actitudes ante la vida. Pero de eso podrá hablarte mucho mejor mi amigo el medievalista.

—¿Por qué lo buscaba Himmler?

—No te lo puedo decir con exactitud, pero creo que está relacionado con el objetivo de los nazis de hacerse con objetos cuya posesión podía proporcionarles, según sus creencias, muy influidas por círculos ocultistas, poderes extraordinarios.

—¿Esos objetos serían una especie de reliquias? —preguntó Ramon.

Marta vaciló un momento.

—Sí, podría dársele el nombre de reliquias. Pero creo que, tal vez, cuadraría mejor el de talismanes. Las reliquias tienen un sentido religioso, vinculado al catolicismo que, desde luego, nada tenía que ver con el nazismo. Hitler y los suyos, y particularmente Himmler, trataron de paganizar la sociedad. Por ejemplo, Hitler estuvo obsesionado con la lanza de Longinos, un objeto que desde siempre se ha asociado a poderes extraordinarios.

—¿La lanza de Longinos?

—La que utilizó el centurión romano que perforó el costado de Jesucristo cuando estaba en la cruz. Después de no sé cuántas peripecias, fue a parar a los Habsburgo, que la conservaban en el tesoro guardado en el Hofbourg. Parece ser que Napoleón, que estaba muy influido por estos temas, trató de apoderarse de ella, pero los emperadores lograron ocultarla antes de que cayese en sus manos.

—¿Napoleón creía en esas cosas?

—A pies juntillas. Se dice que su expedición a Egipto no obedeció exclusivamente a motivos estratégicos. Oficialmente, su presencia junto a las pirámides suponía una amenaza al dominio británico, pues le permitía atacar las rutas hacia la India. Pero de todos es sabido que Napoleón se hizo acompañar por un grupo de egiptólogos que abrieron las puertas del conocimiento del antiguo Egipto. Entre ellos iba Champollion, el descubridor de la famosa piedra de Rosetta.

—La que está en el Museo Británico y permitió el desciframiento de la escritura jeroglífica —apostilló Ramon.

—Muy bien. Apúntate un tanto.

—¡Ya ves! ¡No todo son beneficios empresariales!

—Se dice que Napoleón fue iniciado en los llamados misterios de Isis y que pasó una noche en el interior de la pirámide de Keops con el objetivo de cumplir un ritual establecido para ciertos elegidos.

Se hizo un silencio; la brisa marina llegaba con agradable suavidad hasta la terraza. Ramon se retrepó en el sillón. Se encontraba muy a gusto, tan relajado que una cierta lasitud recorría su cuerpo.

—¿Tú crees en esas cosas? —preguntó al cabo de un rato.

Antes de responder a una pregunta tan directa, Marta dio un largo trago a su *whisky* y paladeándolo con delectación, comentó:

—Digamos que soy una escéptica creyente.

—¿Una escéptica creyente? —En los labios de Ramon se dibujó un asomo de ironía—. Eso es una contradicción en sus propios términos.

—Solo en parte. Quiero decir que mi formación y mi especialidad me llevan a rechazar soluciones mágicas, conocimientos irracionales o la existencia de poderes ocultos. Pero soy de las que piensan que, a veces, los historiadores nos negamos a ver más allá de lo que nos dicen las fuentes y los documentos. La luz de la razón es la que alumbra nuestros pasos. Pero se nos olvida que lo que de forma simplificada y posiblemente errónea llamamos irracionalidad ha estado presente a lo largo de toda la historia. Creo que el siglo XVIII, el llamado Siglo de las Luces, que trajo avances sustanciales a la humanidad, cegó fuentes y formas de conocimiento tachadas, sin más, de burdas supersticiones en las que latía un conocimiento acumulado durante siglos. ¡Me parece que eso fue un error!

—¿En qué quedamos?

—En que hay mucho de verdad en todo ese mundo que nos resulta extraño por inexplicable y que no podemos despacharlo con la despectiva etiqueta de supersticiones.

—¿Crees entonces que el Grial es una reliquia o un talismán, llámalo como quieras, que encierra un poder oculto?

—¿Me estás examinando?

—No. Pero quiero saber lo que piensas.

—¿Por qué?

Ramon tardó en responder.

—Para saber si merece la pena continuar con todo esto.

Marta quedó perpleja por un momento.

—No acabo de comprender muy bien lo que quieres decir con eso.

—Es muy sencillo. Lo único que sé acerca del contenido de los papeles que mi abuelo me ha legado es que, al parecer, tienen que ver algo con el Grial y su búsqueda por los nazis. Yo no sé si todo eso son paparruchas, y mucho menos si merece la pena que, por su culpa, mi hija pueda estar en peligro. Si a ti no te interesa, a mí tampoco.

—¿Qué quieres decir, Ramon?

—Que si a ti lo único que te interesa es documentar un hecho que ocurrió en esta ciudad hace algo más de sesenta años, no sé si merece la pena que me resista a las presiones de esos individuos.

—Un momento, Ramon. —Marta se puso de pie. Estaba tan sorprendida que no salía de su asombro—. ¿Quieres repetirme eso que acabas de decir?

Ramon también se puso de pie. Había pasado de la lasitud de hacía pocos minutos a ponerse tan tenso que Marta pudo comprobar, por la forma en que se movían los huesos de su mandíbula, que estaba apretando los dientes. Se bebió el *whisky* que quedaba en su vaso de un tirón.

—¡Que no sé si merece la pena enfrentarse a esa gente! ¡Tú misma has visto lo que son capaces de hacer!

Marta se había puesto muy seria.

—¿Quiere eso decir que estarías dispuesto a entregarle a esa gente la cartera con los documentos? ¿Que vas a entregarles el legado que tu abuelo ha depositado en tus manos porque tenía la creencia, al parecer equivocada, de que eras la persona más adecuada para decidir sobre su destino?

Ramon agachó la cabeza y musitó en voz muy baja, como si se avergonzase de lo que estaba diciendo:

—No quiero que vayan a hacerle daño a Nuria, ni tampoco a ti. Si os ocurriese algo no me lo perdonaría jamás.

Marta se acercó y le echó los brazos al cuello. Se quedó mirándole fijamente a los ojos y le besó con ternura en los labios.

—El posible daño a Nuria sería la única razón por la que no me opondría a que cedieses al chantaje de esos canallas —le susurró al oído—. Pero creo que merece la pena resistir y no rendirnos a las primeras de cambio.

A Ramon le confortó que hubiese dicho «no rendirnos» y la besó en la punta de los labios.

—Aguarda un momento.

Marta entró en el piso y regresó al cabo de un minuto. Traía en una mano una pequeña agenda de piel roja y en la otra un teléfono inalámbrico.

—¿Qué vas a hacer?

—Una llamada telefónica.

—¡A estas horas! —Ramon miró su reloj—. ¡Marta son cerca de las dos de la madrugada!

Ella no le hizo caso. Buscó un número en la agenda y lo marcó.

—¡No puedo creerlo!

—Es ave nocturna. Ya te he dicho que es un poco excéntrico. ¿Te apuestas una cena a que...? —No terminó la frase.

—¿Qué tal, Enric? Soy Marta Amat, ¿molesto?

—Tú nunca molestas. —Ramon escuchó las palabras de Enric porque Marta había activado el altavoz del teléfono.

—¿Puedes dedicarme unos minutos?

—Los que quieras. Ahora mismo mato la noche, simplemente. Estoy persiguiendo dragones y, la verdad sea dicha, no se me está dando mal la cacería.

—Necesito que me traduzcas unos documentos.

—¿Que te traduzca unos documentos?

—Sí. Están en alemán.

—¿Es mucho?

—Unos cincuenta folios y aproximadamente un centenar y medio de cuartillas.

—Eso es mucha tela, Marta, y estoy de trabajo hasta...

No lo dejó terminar.

—Son unos documentos sobre el Grial.

Se hizo un silencio, que Marta saboreó. Enric estaba tocado.

—¿Quieres repetírmelo?

—Que los documentos que quiero que me traduzcas hablan del Grial.

—¿Desde cuándo Marta Amat se dedica a perder el tiempo con esas historietas?

Ramon asistía a la conversación, desconcertado; sin darse cuenta, había contenido la respiración.

—Aguarda un momento, Enric. —Marta tapó con la mano el micrófono.

—¿Puedo decirle lo de la cartera?

Ramon se encogió de hombros, no salía de su asombro.

—¿Puedo o no puedo?

—¿Podemos confiar en él? —murmuró Ramon.

—Supongo que sí.

—¡Supones!

—Bueno, sí, creo que podemos confiar en él.

La voz de Enric sonó por el teléfono:

—Marta, ¿estás ahí?

Quitó la mano del micrófono y le respondió:

—Perdona, Enric, es solo un momento. ¡No seas impaciente! —Volvió a tapar el micrófono.

—¿Sí o no?

Vio que Ramon dudaba y trató de ayudarle.

—Es posiblemente la persona que más sabe de misterios medievales en toda Barcelona y, además, puede traducir los documentos. No hay nadie más capacitado que él para explicarnos el contenido de esos papeles y, tal vez, aclararnos las razones que llevaron a tu abuelo a escribir algunas de las frases de la carta que has recibido con la cartera.

—¿Tú se los confiarías? —Aún quedaban restos de duda en Ramon.

—¡Sin duda ninguna!

—En ese caso, adelante. —Fue una resignada concesión porque la verdad era que no sabía qué hacer.

—Enric, ¿estás ahí?

—Estoy aquí y cada vez más nervioso, hada de la noche.

—¿Estás sentado?

—Más bien apoltronado, pero ¿por qué lo preguntas?

—Para que no te caigas al suelo.

—Me decías que los documentos esos tratan sobre el Grial...

—¿Sabes algo acerca de un viaje que hizo Himmler a Barcelona en el año 1940?

—Claro, pero en realidad no vino a Barcelona, vino a Montserrat. Venía en busca del Grial. —Hubo un breve silencio y otra vez sonó la voz de Enric—: ¿Te interesa la visita de Himmler a Montserrat?

—¿Sabes que a Himmler, que se hospedó en el Ritz, le robaron una cartera que contenía importante documentación?

—Trataron de ocultarlo por el descrédito que significaba para los franquistas que a ellos les ocurriese una cosa así. Creo que culparon al servicio secreto británico. Por aquellas fechas, tú lo sabes mejor que nadie, Barcelona era un hervidero de espías. Y el Ritz era uno de los puntos calientes. Se cuenta que un músico francés llamado Hilda, que dirigía la orquesta que amenizaba las veladas en el hotel, era un renombrado espía.

—Los documentos que quiero que traduzcas son los que contenía la cartera de Himmler.

A pesar de que las palabras de Marta habían sonado tan solemnes que no daban margen para la duda, Enric preguntó:

—¿Estás de broma?

—En absoluto. Te hablo completamente en serio.

El silencio que se produjo en el teléfono fue largo.

—¿Enric?

—¿No me estarás tomando el pelo? —El medievalista estaba a la defensiva.

—¿Crees que iba a llamarte a estas horas para eso? Te insisto en que hablo completamente en serio. Tengo los papeles que Himmler llevaba en la cartera.

—¿Y los papeles que llevaba en la cartera que le robaron hablan de Grial? —preguntó el medievalista.

—Así es.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó amoscado.

—¿Grial se dice Gral en alemán?

—Sí.

—¿Otto Rahn tuvo algo que ver con la búsqueda que los nazis efectuaron de esa reliquia, talismán o lo que quiera que sea?

Enric Martí no contestó. No podía creer lo que Marta Amat le estaba diciendo por teléfono.

—¿Cómo es que tienes esos papeles? —preguntó al fin.

—Es una historia muy larga para contártela por teléfono. ¿Te encargas o no de la traducción? —le conminó Marta.

—¿Cuándo empezamos? —fue su respuesta inmediata.

—Cuando tú quieras.

—Digamos que... ¡ahora mismo!

—¿Ahora, Enric? —La sorpresa se había trasladado a Marta.

—¿Por qué no? ¿Hay algún problema?

—¡Hombre, son las dos de la madrugada! —protestó ella.

—¿Qué tiene de malo esta hora?

—¡Enric, es plena noche!

—¿Te recuerdo que acabas de llamarme? Esta hora es tan buena como cualquier otra y si me apuras mejor, porque ni hay ruido, ni suena el teléfono... casi nunca —añadió con cierta sorna.

—Si tú lo dices... —concedió Marta.

—¿Dónde estás?

—En mi casa.

—¿Sigues viviendo en la calle Mallorca?

—Sí, en el doscientos sesenta y tres, en la planta sexta.

—Entonces, voy para allá. No tardaré mucho.

No dio opción a réplica porque colgó.

Marta cerró el teléfono y preguntó a Ramon con la mirada.

—¡Ese tío está como una cabra!

—Ya te dije que era un poco excéntrico. Entre otras cosas le encantan los juegos de rol.

—¿Se dedica a juegos de rol? —Ramon dijo aquello como si fuese una especie de pecado imperdonable.

—Sí, y creo que es muy bueno; el año pasado ganó el campeonato de Cataluña. Es el autor de algunos textos base para crear juegos que han tenido un éxito extraordinario.

Ramon meneó la cabeza en un gesto de incredulidad.

—¡Vamos a entregar los documentos a un jugador de rol! —clamó como si de aquella forma rechazase incluso el pensarlo.

—¿Hay algo malo en ello? Ya te he dicho que es un excelente medievalista y la Edad Media es el tiempo de mayores relaciones con el Grial.

—¡Es que no acabo de hacerme a la idea! —suspiró un Ramon resignado.

—¡No seas antigualla, que no te pega!

—No me tomes el pelo.

Marta le cogió la mano y se la apretó.

—Creo que es lo mejor que podíamos hacer...

—¿Podíamos...?

—Tú me has metido en esto. ¿Lo recuerdas?

—Está bien, está bien.

—Cuando sepas el contenido de los papeles podrás tomar la decisión más adecuada porque lo harás con conocimiento de causa. Hace un rato estabas sumido en la duda, sin saber que hacer. Entiendo y comparto los temores que albergas en

relación con Nuria. Por mí, ya te lo he dicho, no debes preocuparte, soy mayorcita. Tal vez lo mejor sea que mañana a primera hora pidamos ayuda —a Ramon no se le escapó que también ahora había utilizado el plural— a Planelles; él mismo se nos ha ofrecido para tratar con Scotland Yard. Por lo que respecta al medievalista, estoy segura de que hemos acertado. Aunque un poco raro, Enric es un tipo legal, como dicen los jóvenes. Si estás cansado, puedes acostarte y yo lo acompañaré. La noche va a ser larga.

—¡Que me acueste! ¡No me perdería esto por nada del mundo! Desde hace cuatro días las palabras de mi abuelo no han dejado de golpearme en la cabeza, como si fuesen un martillo pilón. Las tengo grabadas en mi memoria: «... contienen algo terrible y poderoso a la vez! ¡Los poderes del mal que los nazis invocaron para dominar al mundo están en esa cartera!».

El vuelo 302 de la British Airways procedente de Barcelona aterrizó en el aeropuerto de Heathrow con veinte minutos de retraso. Sobre el aeropuerto londinense descargaba una tromba de agua, lo que hizo que la maniobra de aproximación del avión hasta los túneles de desembarco se hiciese con más lentitud de la habitual. Las cortinas de agua caían a oleadas y dificultaban la visibilidad. Los pasajeros, ansiosos por poner el pie en tierra, se habían agolpado, pese a las instrucciones del sobrecargo, en el pasillo central del avión.

La gente estaba impaciente, apretujada en el pasillo, cuando por la megafonía interna del avión se anunció la necesidad de aguardar dentro del aparato por motivos de seguridad.

Un murmullo de protesta se extendió por la cabina de pasajeros y los nervios surgieron en algunos de ellos cuando, sin que se supiera de dónde, afloró el rumor de que los servicios de seguridad habían detectado una bomba. Las azafatas hicieron uso de toda su habilidad y tacto, además de desplegar toda la simpatía de que eran capaces, para que los pasajeros retornasen a sus asientos. Se produjeron algunos momentos de tensión, pero las azafatas lograron que las protestas no fuesen más allá de alguna queja.

Hubieron de permanecer en el interior de la nave cerca de una hora, durante la cual las azafatas repartieron bocadillos y refrescos, y ofrecieron té y café al pasaje. Por fin, la voz del comandante anunció que tenían autorización para abandonar el avión. Otra vez se produjeron los momentos de agobio y las apreturas en el pasillo, al retomar los pasajeros sus equipajes de mano. Dos de ellos, vestidos con trajes oscuros, algo arrugados después de las horas transcurridas en el avión, trataban de pasar lo más inadvertidos posible. Aunque la hora de encierro, que se sumaba a los veinte minutos de retraso, los había perjudicado gravemente, no habían manifestado la menor protesta. Su mayor deseo era no llamar la atención. Caminaban por el túnel de conexión al aeropuerto cuando el mayor de los dos comentó:

—Vaya momento para llegar a Londres.

—Parece que los británicos tienen problemas. ¡Que se jodan! —fue la respuesta del más joven, sin ocultar su satisfacción.

—¡Cierra el pico, Eudaldo! ¡Por lo pronto los que nos hemos jodido somos nosotros! —le recriminó—. ¡Llevamos casi hora y media de retraso!

Portaban consigo todo su equipaje, lo que les suponía un cierto ahorro de tiempo, pero con eso ya habían contado de antemano. Sus expectativas de tomar un taxi que los condujese rápidamente hasta el centro de Londres, al Sheraton Hotel donde iban a alojarse, se vieron defraudadas.

Había largas filas de viajeros porque la policía estaba efectuando un control

minucioso de los pasaportes y en la revisión de equipajes se habían extremado las medidas de seguridad, habitualmente muy rigurosas. Los servicios de megafonía del aeropuerto no paraban de repetir las mismas instrucciones:

—¡Señoras y caballeros, por su propia seguridad mantengan bajo observación en todo momento sus pertenencias y equipajes! ¡Gracias!

—¡Señoras y caballeros, por su propia seguridad, no se hagan cargo de ningún equipaje o pertenencia que no sea de su propiedad o pertenezca a persona conocida! ¡Gracias!

—¡Señoras y caballeros, por la seguridad de todos, si observan algo anormal, comuníqueno inmediatamente a los servicios de seguridad! ¡Gracias por su colaboración!

Por todas partes podían verse parejas de policías, armados y uniformados como si fuesen a la guerra. Algunos de ellos sujetaban perros amaestrados.

—¡Joder! ¿Qué habrá pasado? —comentó el joven que respondía al nombre de Eudaldo.

—¡Seguro que son los de al-Qaida! —protestó el mayor.

—¡Puercos moros! —escupió Eudaldo que por sus expresiones parecía tener malas relaciones con medio mundo, desde luego con musulmanes y británicos, dando por hecho que la conmoción que se vivía en el aeropuerto era culpa de los radicales islamistas.

Miraron con cierto disimulo hacia todas partes, tratando de encontrar la causa de aquel despliegue, pero no encontraron señales de que hubiese ocurrido ningún atentado. Debía de tratarse de una amenaza, aunque la inmensidad de las instalaciones no permitían asegurar nada. Podía haberse producido una explosión en algún lugar del aeropuerto sin que hubiese indicio de ello en el lugar donde se encontraban.

Se cruzaron con una de las aguerridas parejas y el mayor de los dos preguntó:

—¿Ha ocurrido algo, agente?

La respuesta que obtuvo fue una sola palabra, que aumentó su malestar:

—¡Circle!

Ofendido por la respuesta, masculló algo ininteligible y encaminó sus pasos hacia una de las largas filas que se alineaban delante de las cabinas de control. Cuando se hubieron alejado unos pasos, Eudaldo comentó en voz muy baja:

—¡Los británicos son unos cabrones, jefe!

Ahora no hubo recriminación.

Más de dos horas tardaron en superar la aduana y el control de equipajes. Uno de los relojes del aeropuerto marcaba las ocho y media de la noche cuando concluyeron los trámites.

—¡Solo son las ocho y media! —exclamó Eudaldo.

—Sí, porque a la hora de Barcelona tienes que restarle una.

En los alrededores del aeropuerto podían verse patrullas de policía en continuo

movimiento, pendientes de cualquier detalle. También pudieron comprobar que había vigilancia a lo largo de la autopista que conduce de Heathrow a Londres. El tráfico era muy fluido, pese a que no dejaba de llover. En cuarenta minutos el taxi los dejó en la puerta del Sheraton de Piccadilly, frente a Green Park.

Sin perder un instante se registraron. También el proceso fue lento porque el encargado de recepción fotocopió los pasaportes y les hizo rellenar y firmar tres impresos diferentes. Tomaron las habitaciones, deshicieron sus equipajes, se abrigaron convenientemente y abandonaron el hotel, provistos de un mapa, en el que estaba señalada Berkeley Street con un puntito y anotado el número 17.

Había poco tráfico y los peatones eran escasos. Los dos hombres avanzaron en dirección a Picadilly Circus y fueron dejando atrás una serie de calles que venían a morir a la acera por la que caminaban. Cruzaron una diminuta plazuela y llegaron a Berkeley Street. El húmedo adoquinado del pavimento brillaba con tonos amarillentos a la luz un tanto mortecina de las farolas.

Comprobaron que las viviendas señaladas con los números pares quedaban a su izquierda, la acera en la que aparecían aparcados algunos vehículos. Sin decir palabra, avanzaron hasta el número 17 y vieron que había luz en una de las habitaciones de la planta baja porque, a pesar de que las persianas estaban echadas, salía un pequeño resplandor por los intersticios. Recorrieron la calle hasta el final y calcularon que su longitud sería de unos cuatrocientos metros; asimismo comprobaron que las construcciones no eran uniformes. Observaron que quedaban interrumpidas tanto a derecha como a izquierda por el cruce de otras vías. En apariencia, era un barrio tranquilo, de calles más bien pequeñas que no seguían un patrón geométrico. En un tramo había algunos comercios y oficinas en las plantas bajas.

Los dos hombres llegaron hasta el final de la calle, tomando mentalmente nota de todo. Una cabina de teléfonos, los árboles que adornaban y limitaban el paso por las aceras o las salidas que ofrecía la zona como posibles vías de escape en caso de necesidad. Volvieron sobre sus pasos, repasando todo lo que habían visto a la ida. La luz del número 17 continuaba encendida. Llegaban a la confluencia con Piccadilly cuando un coche, procedente de esta, giró a más velocidad de la aconsejable. El vehículo, un Rover 45 negro, avanzó unos cien metros y se detuvo en medio de la calle, justo a la altura del número 17.

Eudaldo y su jefe intercambiaron una mirada e instintivamente se pegaron a la pared, protegidos por la penumbra gracias a las sombras que los árboles proyectaban sobre la iluminación.

Comprobaron que solo la puerta del conductor permaneció cerrada; de las otras salieron tres hombres, miraron a derecha e izquierda y, sin detenerse, subieron por la escalinata que conducía a la puerta de la casa en que vivía Ann Croft y su hija Nuria.

—¡Qué raro! —musitó Carlos, que era el nombre del mayor de los dos individuos y a quien Eudaldo había llamado jefe—. ¡Aguarda aquí y no te muevas!

Avanzó pegado a la pared, protegiéndose con las sombras de los árboles, sin hacer ruido. Se acercó todo lo que pudo para ver y oír, sin ser visto ni oído.

El conductor del Rover aparcó el vehículo y se bajó, aunque permaneció junto a la puerta. Miró hacia la calle desierta y encendió un cigarrillo. Los otros tres aguardaban en el pequeño rellano que había ante la puerta, cubierto por un pequeño porche. Carlos se percató de que estaban impacientes. Uno de ellos volvió a pulsar el timbre, lo que significaba que su anterior llamada no había tenido respuesta. Al cabo de unos segundos se sintió el crujir de una persiana que se alzaba y un pálido haz de luz se proyectó hacia el exterior.

—¿Quién llama? —Era una voz de mujer. Una voz preocupada.

—¿Señora Croft? —preguntó a modo de respuesta uno de los hombres del rellano.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—Señora Croft, soy Blackman, el inspector Blackman. La he atendido hace un par de horas en la comisaría de New Bond.

—¿Ha ocurrido algo, inspector? —le interrumpió Ann con angustia.

El policía, que había bajado los peldaños hasta la acera para que la señora Croft pudiese verle, trató de poner tranquilidad en sus palabras.

—Nada por lo que deba preocuparse, señora Croft, pero necesitaríamos hacerle algunas preguntas.

—¿A estas horas?

—¡A estas horas, señora Croft! De veras que lamentamos molestarla, pero es importante.

—¿Le ha ocurrido algo al padre de mi hija?

—No, no señora. ¿Sería tan amable de abrirnos, por favor?

—¿Quiénes son esos hombres que le acompañan?

Ann había visto a los otros dos policías, que también habían descendido hasta la acera.

—Son el comisario Oates y el agente Lindon.

—Aguarde un momento, señor Blackman. —Ann bajó la persiana.

—¿De veras crees que es necesario? —preguntó Oates al agente del MI5.

—¿Necesario, dices? ¡Edward, esto es poco menos que una emergencia!

—¡Exagerado! —comentó burlón el comisario.

En aquel momento se abrió la puerta de la casa. Detrás de Ann, como si ejerciese de guardiana, estaba Petula.

—Gracias, señora Croft. Estos son el comisario Oates y el agente Lindon. —Blackman señaló hacia los policías. Oates, que llevaba la cabeza cubierta con un sombrero de aire tirolés, lo levantó levemente.

—Señora.

—Pasen, pasen ustedes. —Ann estaba visiblemente nerviosa.

Después de las presentaciones —Blackman no aludió a que Lindon era agente del

servicio secreto—, los cinco pasaron a un pequeño saloncito que había a la derecha del portal. Estaba amueblado con gusto, elegancia y sobriedad. La dueña de la casa los invitó a tomar asiento.

—Ha de disculparnos, señora Croft, por presentarnos a esta hora y hemos de agradecerle su amabilidad por abrirnos las puertas de su casa —indicó Lindon—. Quiero, además, transmitirle tranquilidad porque nada ha ocurrido que deba preocupar a usted más allá de esas amenazas que ha recibido su ex marido y que hacen referencia a la hija que ustedes tienen en común. Pero hay algo que nos preocupa a nosotros y que va más allá de la seguridad de usted y de su hija, a quienes protegeremos debidamente.

—¿De qué se trata? —preguntó Ann retorciéndose los dedos de las manos de puro nerviosismo.

—Verá, señora Croft, parece ser, pero necesito que usted nos lo confirme, que las amenazas vertidas contra su marido las ha hecho un individuo que dice hablar en nombre de una sociedad llamada Thule, ¿es cierto?

Ann le miró sorprendida:

—¿Por qué me pregunta eso?

—Porque es muy importante.

Ann asintió con un movimiento de cabeza.

—Así es. Ese es el nombre que me dijo el padre de Nuria.

—¿Cuál es la causa por la que ha recibido las amenazas?

—Ya se lo he dicho al señor Blackman en la denuncia que he presentado en comisaría.

—¿Le importaría repetírmelo?

—Según mi ex marido...

—¿Le importaría decirme su nombre? —la interrumpió Lindon.

—Ramon Nogués.

—¿Puede deletrearlo, por favor?

Ann deletreó el nombre, que Lindon anotó en un papel.

—Según mi ex marido, le exigen una cartera que, al parecer, perteneció a Himmler.

Lindon intercambió una mirada con Oates.

—Señora Croft, ¿qué sabe usted acerca de esa cartera?

—Poca cosa.

—Cuéntenoslo, por favor. ¿Desde cuándo está en poder de su ex marido?

—Según me dijo, la recibió en herencia de su abuelo.

—¿Hace mucho tiempo de eso?

—Eso no puedo decírselo. Solo sé que su abuelo murió hace unos meses. Era una persona muy mayor.

—¿Sabe usted por qué estaba esa cartera en poder del abuelo de su ex marido?

—Lo ignoro.

—¿Oyó usted hablar alguna vez de esa cartera?

—No, nunca.

—¿Está segura?

—Completamente.

—¿Cuál era el nombre del abuelo de su ex marido?

—Se llamaba Rafael.

—¿A qué se dedicaba?

—No entiendo.

—¿Cuál era su profesión?

—¡Ah, ya comprendo! Cuando yo le conocí, hace ya algunos años, era muy mayor. Pero fue un hombre de negocios. Tenía hoteles, se dedicaba al turismo y cosas así. En su juventud fue profesor de Química, pero los franquistas le castigaron por ser republicano y le privaron de su carrera. No pudo ejercer. Creo que durante años lo pasó muy mal.

—¿Tendría la bondad, señora Croft, de darnos la dirección de su ex marido en Barcelona?

Ann dudó.

—No sé si debo...

—Nos ha prestado usted una gran ayuda, señora Croft. Si me facilita los datos que le pido, solo nos ahorrará trabajo. Como comprenderá...

—Ustedes pueden conseguirla por otra vía, ¿no es eso?

—Así es, señora Croft. Si a usted no le supone una molestia, nos sería de mucha utilidad, porque el tiempo apremia.

—Vive en el número seis de la calle Sant Antoni Maria Claret, quinta planta, letra B.

Lindon, que se hizo repetir los datos, los anotó en el mismo papel donde había hecho los apuntes anteriores.

—Le advierto que han destrozado todo el mobiliario de su vivienda, según me ha dicho mi ex marido —amplió Ann.

—¿Los de la Thule?

Ann asintió.

—¿Podría darme un número de teléfono?

—También lo pueden conseguir por otra vía, ¿verdad? —preguntó Ann, un tanto más relajada.

El agente del MI5 asintió con un movimiento de cabeza y una disculpa en los ojos.

Ann desgranó los números del despacho de Ramon:

—0034933554990. Es el número de su secretaria, se llama Alicia.

—¿En qué trabaja su ex marido?

—Es ejecutivo de la Compañía Telefónica de España.

Lindon anotó algunas cosas más en el papel y, cuando concluyó, lo guardó en el

bolsillo de su chaqueta. Se puso de pie —Oates y Blackman también lo hicieron— y alargó su mano a Ann.

—Quiero darle las gracias, señora Croft, por su colaboración y su amabilidad. Todos nosotros le estamos muy agradecidos. Siga las instrucciones que le ha dado el inspector Blackman como forma de autoprotección para usted y para Nuria. Nosotros estaremos vigilantes.

—¿Significa eso que nos van a dar protección? —preguntó Ann un tanto sorprendida.

—Así es, señora Croft. Digamos que es la forma en que Scotland Yard le agradece la colaboración que acaba de prestarnos.

Ann, que se había puesto de pie, estrechó la mano al agente.

—Significa, señor Lindon, que la amenaza es mucho más grave de lo que habían pensado en un principio. —La mano de Ann estaba helada, como si la vida hubiese desaparecido de ella.

—Es cierto que los integrantes de la Thule son gente peligrosa. Pero no tenga miedo, como le he dicho estaremos vigilantes. Cuando nos marchemos, cierre bien la puerta y no abra a nadie. Mañana cuando salga para llevar a su hija al colegio se encontrará con un policía en la puerta. No estaría de más que la señora —Lindon señaló a Petula— pasase la noche con usted. Si observase algo extraño, no dude en llamar a la comisaría de New Bond, allí estarán advertidos.

Habían salido al pequeño vestíbulo cuando Ann se dirigió a Lindon:

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto que sí.

—¿Quiénes son esa gente de la Thule?

Había cogido por sorpresa al agente del servicio secreto, quien meditó antes de responder:

—Una gente que por ningún concepto puede apoderarse de esa cartera que posee su ex marido y que perteneció a uno de los mayores criminales del siglo xx.

Los tres policías miraron en todas direcciones al salir a la calle. Berkeley Street estaba desierta. El conductor del Rover aguardaba en el interior del vehículo. No se percataron de que dos pares de ojos escrutaban desde la oscuridad y no perdían detalle.

—¡Richard, despierta, dormilón! —dijo Blackman golpeando con los nudillos la ventanilla del Rover. No obtuvo respuesta. Volvió a golpear con más fuerza, pero sin éxito. Abrió la puerta y sus palabras se quedaron agarradas a la garganta al ver cómo el cuerpo del conductor se desplomaba desmadejado hacia el suelo.

Estaba muerto. Le habían roto el cuello.

Veinte minutos después de colgar el teléfono, sonaba el interfono de la casa de Marta Amat.

—¿Enric?

—Sí, soy yo.

Marta pulsó la tecla para abrir y aguardó en la puerta del piso a que el ascensor subiese al medievalista. Había aprovechado aquellos minutos para vestirse con un pantalón vaquero ajustado y una camisa negra muy amplia. También Ramon se había vestido con ropa informal.

Enric Martí rondaría los treinta y cinco años, quizá alguno más. Tenía el pelo largo, lacio y negro, aunque ya apuntaba zonas de tonos plateados, allí donde la alopecia no había hecho estragos. Un discreto pendiente adornaba su lóbulo izquierdo. Con mucha diferencia lo más llamativo de su rostro eran unos grandes y negros ojos que taladraban cuando miraban. Tenía bigote y perilla muy atusada. Vestía pantalón negro y camiseta del mismo color, ajustada a las redondeces de su cuerpo, en el que sobraba bastante grasa. La camiseta llevaba una inscripción en letras blancas: «¡Salvad a las ballenas!».

—Te has dado prisa —le dijo Marta al verle aparecer.

—¡Con lo que me has dicho por teléfono! —Enric parecía exultante.

La abrazó con efusión y ella lo invitó a pasar. En el salón aguardaba Ramon con un vaso de *whisky* en la mano. A Enric no pareció sentarle demasiado bien encontrarse allí con otra persona y la expresión de su rostro no lo disimuló.

Marta, como correspondía, hizo las presentaciones.

—Ramon Nogués, Enric Martí.

Los dos se estrecharon la mano con frialdad.

—Enric —comentó ella dirigiéndose a Ramon— es el medievalista de quien te he hablado. Sus conocimientos sobre la época del Grial y sobre el Grial mismo son... son... —Marta buscaba la palabra adecuada pero no la encontraba.

—Algo sé de esas cosas —le ayudó Enric.

—Ramon es el dueño de la cartera y los documentos que contiene y que pertenecieron a Himmler —concluyó la anfitriona.

—¡Eso explica tu presencia! —El medievalista acababa de conocer de esta manera la razón por la que aquel individuo estaba en casa de Marta.

—Enric, ¿quieres tomar algo? —ofreció ella.

—Lo que quiero es ver la documentación y saber —miró a Ramon— cómo ha llegado a tu poder. Supongo que no tienes inconveniente en que te hable de tú. —Más que una pregunta era una confirmación a lo que planteaba.

—En absoluto. Siempre y cuando haya reciprocidad.

—Pues tienes que saber que lo que me ha dicho Marta por teléfono es un bombazo. ¡No veas cómo me ha puesto! ¡Es algo que me interesa, chico! ¡Me interesa mucho!

Ramon lo miraba con una duda apuntando en el fondo de sus ojos acerca de los extraordinarios conocimientos que Marta había atribuido a aquel individuo.

Se acomodaron en unos sillones y Ramon contó a Enric, a grandes rasgos, la historia de la cartera, tal y como aparecía relatada en la carta de su abuelo. Nada dijo de los intentos de robo, ni de secuestro padecidos por su antepasado. Tampoco hizo ninguna referencia a las amenazas recibidas y la destrucción del mobiliario de su vivienda. Enric siguió la explicación en completo silencio y con los cinco sentidos puestos en Ramon. Cuando este concluyó, no pudo evitar una exclamación:

—¡Joder con tu abuelo! ¡Se la jugó a los nazis y a los fascistas de una tacada! ¡Sí, señor, con un par de huevos! ¡Porque había que tener muchos cojones para hacer una cosa así en aquellos años!

—Aunque nunca me dijo nada, creo que hizo aquello por fastidiarlos, por aguarles la fiesta —concedió Ramon en un tono mesurado que marcaba el contrapunto a la expresividad de Enric.

—¡Es como si lo estuviera viendo! ¡Todos locos buscando la cartera! —Soltó una carcajada—. ¡Y, claro, apuntando a lo alto! ¡El servicio secreto británico! ¡El MI5! ¡Espías norteamericanos! ¡El *sursum corda*! ¡Y se la había jugado un camarero! —Volvió a reírse—. ¡Lo que te digo, Ramon, tu abuelo tuvo que ser un tío cojonudo! ¡Tenía que tenerlos así! —Midió con los dedos entreabiertos una porción de espacio no pequeña.

Ramon no salía de su asombro. No acababa de creer, aunque Marta le había dicho que era algo excéntrico, que un tipo como aquel fuese una eminencia en estudios de la Edad Media. Marta, que conocía a Enric desde hacía mucho tiempo, estaba disfrutando con la perplejidad de Ramon.

—No era mal tipo mi abuelo —concedió.

—¡Me hubiese gustado conocerlo! ¡Pensándolo mejor, Marta, me tomo uno como el de Ramon! —Señaló el vaso de *whisky*.

Parecía que a Enric Martí se le habían esfumado las suspicacias que la presencia de Ramon le produjo.

—¿Solo o con hielo?

—Solo, solo. Viniendo de ti será bueno, malta escocesa. Y las cosas buenas no se adulteran, querida.

—¡Qué petardo eres! —le soltó Marta, quien fue a la cocina y se trajo la botella al salón. Enric aprovechó para preguntarle a Ramon:

—Oye, ¿tú y Marta...?

Ramon no entendió en un primer momento.

—¡Que si estáis enrollados!

—¡Ah! ¡No, somos buenos amigos, desde la época del instituto!

El medievalista se encogió de hombros y con la picardía llenando sus grandes ojos negros le dijo:

—¡Tú te lo pierdes! ¡Porque buena está un rato!

Marta entró en el salón; irradiaba una extraña belleza. Traía una botella casi llena y un vaso. Sirvió una cantidad no muy grande y se lo alargó a Enric:

—Aquí está tu *whisky*.

—Muchas gracias, Marta, cariño. Y ahora vamos a lo nuestro. ¿Dónde están esos papeles?

—Antes de que inicies la traducción, ¿tendrías inconveniente en explicar a Ramon, aunque sea de forma muy breve, el concepto del Grial, su importancia y su búsqueda a lo largo de la historia por todo tipo de gentes? Cuéntale con más detalle lo de los nazis.

Enric miró a Marta, con una sonrisa burlona en los labios.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —preguntó Marta, amoscada.

—Nada, nada, cosas mías.

—¿No me lo quieres decir?

—Bueno, si te empeñas...

—Me empeño.

—¡Jamás pensé que tú fueses a pedirme una cosa así!

Marta se encogió de hombros.

—Para que veas las vueltas que da la vida, Enric.

—Muchas, y algunas son de campana —sentenció, irónico, el medievalista. Dio un trago al *whisky* y comenzó su explicación—: Antes de hablaros de todo eso, es imprescindible que abráis vuestra mente, que seáis conscientes de que los seres humanos apenas utilizamos, en nuestro actual nivel de conocimientos, un diez por ciento de nuestro intelecto. Eso significa, entre otras cosas, que existen realidades que nuestra capacidad de raciocinio no puede explicar, pero que la falta de explicación no debe conducirnos a rechazar. ¿Estamos de acuerdo?

Los dos asintieron sin abrir la boca.

—Además, esa actitud de rechazo supone un acto de soberbia inaudita. Lo más fácil es rechazar todo lo que no somos capaces de explicarnos a la luz de la razón. Si un hecho o un acontecimiento no es racionalmente explicable, lo condenamos y lo llevamos al campo de la superstición o de la superchería. Eso ha significado que conocimientos y saberes antiguos, legados por generaciones, han sido sistemáticamente condenados, a veces con una crueldad extrema. Si a eso añadimos que la ortodoxia, es decir la explicación oficial del mundo y las fuerzas que lo rigen y gobiernan, ha tratado de extirpar cualquier otra explicación que no cuadrara a sus planteamientos, utilizando para ello la imposición, acallar al disidente, el terror, la tortura y hasta la muerte, resulta relativamente fácil explicar por qué muchos conocimientos se han perdido y otros se han mantenido ocultos bajo las más diversas coberturas.

—¿A qué viene esto, Enric? —preguntó Ramon.

—Simplemente a que algunas de las cosas que voy a deciros tal vez parezcan a vuestras mentes racionales, cuentos de niños, supersticiones pueblerinas o simplemente la consecuencia de imaginaciones desbordadas. Lo que no explicamos a la luz de nuestra limitada capacidad de raciocinio lo llamamos imaginación; en el mejor de los casos hablamos de supersticiones y hasta de locura.

»Se ha escrito mucho sobre el Grial —prosiguió Enric— hasta el punto de que en la actualidad existen numerosas versiones sobre su realidad, su significado y sobre el supuesto poder que encierra. La versión más difundida es que se trata de la copa o cáliz que Jesucristo, por cierto un disidente en su época, utilizó en la Última Cena. Su valor estriba en que es el objeto que sirvió, en esa noche, para establecer la nueva alianza de Dios con los hombres; la vieja es la que Dios estableció con Moisés en el monte Sinaí cuando le entregó las Tablas de la Ley. Esa versión afirma que es la misma copa con la que uno de sus discípulos, José de Arimatea, recogió la sangre que brotó del costado de Cristo al ser alanceado por un centurión romano, al que se conoce con el nombre de Longinos. No es necesario que os explique el poder de esa reliquia, como la llaman unos, o talismán la denominan otros.

Enric, que había mantenido el vaso vacío en sus manos, se sirvió otro *whisky*.

—En la actualidad —continuó— varios centenares de copas, que van desde sencillos recipientes de barro hasta verdaderas joyas, se disputan el derecho de ser la auténtica. Como comprenderéis, una realidad como esa descalifica todo lo que pueda afirmarse con relación al Grial. La propia Iglesia católica, que se considera la depositaria exclusiva de las enseñanzas de Jesús, silenciando a lo largo de los siglos y también en el presente cualquier voz disonante para sus dogmas, ha establecido, como no podía ser de otra manera, cuál de dichas copas o cálices es la verdadera reliquia.

—¿Cuál es? —preguntó, interesado, Ramon.

—Un cáliz, de alabastro y engastado con joyas, que se conserva en la catedral de Valencia.

—¿Cómo ha ido a parar allí?

—Es una larga historia.

—¿Te importa contarla? —insistió Ramon.

—En el siglo III, un papa llamado Sixto II le entregó el cáliz a uno de sus diáconos de nombre Lorenzo, que era natural de Loreto, un pueblo de la actual provincia de Huesca, quien hizo donación de la reliquia a la iglesia de su pueblo. Allí recibió la veneración de los fieles hasta que se produjo la llegada de los musulmanes y el obispo de la diócesis, un tal Audaberto, la puso a salvo en unas fragosidades donde vivían retirados del mundo unos eremitas. Se trataba del lugar donde se levantaría más tarde el monasterio de San Juan de la Peña. Hay un documento de 1134 que señala la existencia de la reliquia, venerada por los monjes de dicho cenobio. El cáliz pasó a poder de Martín el Humano en 1399, quien lo depositó en la

Aljafería de Zaragoza, pero unos años más tarde, en 1437, durante el reinado de Alfonso el Magnánimo fue donado a la catedral de Valencia, donde actualmente se le venera.

—En ese caso, ¿por qué no fue Himmler a Valencia? —preguntó Marta.

—Como os he dicho, la historia del Grial es mucho más complicada. El Grial de Valencia es el que la Iglesia de Roma da como bueno, simplemente.

—¿Qué quieres decir con eso? —apremió un Ramon cada vez más interesado.

—Hay mucha gente que piensa que el Grial no es el cáliz de la Última Cena, sino que, abundando en la idea de recipiente, sostiene que en realidad el Grial fue el vientre de María Magdalena.

—¿Cómo dices? —Lo que salió de la garganta de Ramon fue tanto una pregunta como un grito de sorpresa.

—Que frente a los que sostienen la idea del cáliz otros defienden que fue el vientre de la Magdalena. Los que así piensan, sostienen que también se trata de un receptáculo y afirman que ella y Jesús fueron pareja y engendraron descendencia.

—¡Venga ya, Enric! —exclamó Ramon en un tono que ponía de manifiesto un rechazo implícito a una afirmación así.

—Permíteme que te diga, querido Ramon, que lo más normal del mundo es que entre un hombre y una mujer, por demás jóvenes, haya atracción, haya sexo, ¿o no? —Miró con una malicia burlona en sus ojos alternativamente a Marta y Ramon.

—Pero es que... —protestó Ramon.

—Pero es que, ¿qué? ¿No era Jesús un hombre y la Magdalena una mujer?

Ramon se encogió de hombros, como si se resignase a admitir una evidencia como aquella. Marta, expectante, asistía en silencio.

—Hazme el favor de no olvidar lo que he dicho al principio y abre tu mente a cualquier posibilidad.

—Tienes razón. Discúlpame, pero me resulta todo esto tan extraño... —se excusó Ramon.

—Quienes defienden esta posibilidad —continuó Enric después de dar un trago a su *whisky*— hablan de la llamada Estirpe Sagrada, o lo que es lo mismo, la descendencia mortal de Jesucristo. Algunos incluso la ligan a la dinastía franca de los merovingios. Pero me vais a permitir que no me extienda en esa dirección, que nos llevaría mucho tiempo. Solo os diré que hay quien considera que el último de los monarcas de esa dinastía, el rey Dagoberto, descendiente de Jesús y de la Magdalena, dejó un heredero antes de ser asesinado y que, por lo tanto, la estirpe se ha mantenido en el tiempo.

—¿Habría llegado hasta nuestros días?

—Hay quien así lo afirma. Aunque a mí me parece que hay mucho de fantasía en toda esa historia.

—¿Puedes ponerme un poco de *whisky*? —pidió Ramon.

Marta le alargó la botella y el propio Ramon se sirvió a su gusto.

—A lo largo de la Edad Media —Enric, reticente al principio, se había embalado—, el culto a la Magdalena fue uno de los más extendidos en el occidente europeo. Muchas iglesias estaban bajo su advocación. Era una manera de reconocerle el importante papel que había desempeñado. Incluso se dice que recibió un culto similar al de la Virgen María. Quienes la veneraban como esposa de Cristo, planteamiento rechazado frontalmente por Roma, la representaron a través de unas imágenes a la que se daba el mismo rango de culto que a la madre de Jesús, solo que en el caso de la Magdalena se la representó como una Virgen de color negro.

—¿La Virgen de Montserrat es una representación de la Magdalena? —preguntó Marta, frunciendo el ceño.

—Esa es una de las muchas Vírgenes negras que existen todavía en templos de la cristiandad.

—¡Nos encontramos de nuevo con Montserrat! —comentó Ramon.

—No adelantemos acontecimientos, por favor. —Enric estaba disfrutando—. Otra de las versiones acerca del Grial es la que relaciona su posesión con los cátaros.

—¿Los albigenses?

—¡Exacto! En efecto, a los cátaros también se los llamaba albigenses, por el nombre de Albi, una de las ciudades donde se implantaron sus creencias. Esa versión... —Enric pareció dudar un momento—. Bueno, en realidad, hay varias versiones relacionadas con los cátaros. Aunque no hay coincidencia, son muchos los que sostienen que la posesión del Grial fue su gran secreto. Aún hay mayores divergencias sobre la forma en que llegó a su poder. Según unos, sería obra del obispo Audaberto.

—¿Audaberto? —preguntó Ramon.

—Sí; ese es el nombre del obispo que se llevó el Grial de Huesca, el pueblo de san Lorenzo, para ponerlo a salvo de la invasión musulmana.

—Pero el tal Audaberto lo escondió en San Juan de la Peña.

—Esa es una versión.

—¿También aquí hay diferentes versiones? —En la pregunta de Ramon había un asomo de duda, ante lo complejo que se presentaba un asunto del que apenas le habían levantado la punta del velo que lo tapaba.

—Sí. Esa versión, como os he explicado, es la que nos conduce hasta Valencia.

Ramon negó con un movimiento de cabeza, dando a entender que todo aquello era interesante, pero poco creíble. A Enric no se le escapó el significado del gesto.

—Voy a ponerte un ejemplo. Según me ha dicho Marta, trabajas en la dirección de la Telefónica.

Ramon asintió.

—Pues hazte a la idea de que esto es como cuando vosotros utilizáis las variables económicas que más os convienen a la hora de presentar la cuenta de resultados. Según se utilicen unas u otras, aparece un balance u otro. ¿Me he explicado?

Otra vez un brillo malicioso alumbró los ojos de Enric.

Ramon encajó el golpe con una sonrisa de circunstancias en los labios. Ya tenía, al menos la primera prueba, de por qué Marta le había dicho que aquel individuo tenía una cabeza bien amueblada.

—Decía que, según algunas versiones, el obispo Audaberto llevó la reliquia al otro lado de los Pirineos, a lo que entonces se llamaba la Septimania, territorio perteneciente a los visigodos. Como Marta sabe —prosiguió Enric— los visigodos asentaron su primer reino en la Galia y establecieron su capital en Tolosa, pero los francos, que les disputaban el territorio, los vencieron en la batalla de Vouillé, en el año 507, y los obligaron a retirarse hacia el sur de los Pirineos. No obstante, los visigodos lograron conservar las tierras galas próximas a la costa mediterránea, una región que más tarde se conocería con el nombre de Languedoc. Fue en el Languedoc donde vivieron siglos después los herejes cátaros y fueron ellos quienes encontraron el Grial que había ocultado Audaberto mucho tiempo atrás. La religión predicada por estas gentes, que se consideraban cristianas, se basaba en la pobreza evangélica; consideraban que Roma, el papado y todo lo que ello representaba no eran sino el símbolo de la corrupción y el mal. En poco tiempo creció el número de adeptos, por lo que se convirtieron en una grave amenaza para los Papas. Desde Roma se predicó una cruzada contra ellos, a la que respondieron los francos de las tierras del norte. A la cabeza de la invasión se puso Simon de Montfort, quien al frente de sus hombres asoló el Languedoc, destruyendo sus ciudades y acabando con una cultura, la de los trovadores, que había elevado el amor a la categoría de virtud caballeresca. El último de los focos de resistencia de los cátaros fue la fortaleza de Montségur. Una vieja historia, que todavía pervive en forma de leyenda entre las gentes de la comarca, afirma que la víspera de la rendición, cuatro cátaros, que escaparon al cerco de los cruzados aprovechando las sombras de la noche, se llevaron el tesoro y lo pusieron a salvo. Aunque no hay unanimidad acerca de la materialidad de dicho tesoro, la versión más aceptada es que se trataba del Grial.

—¿Y adónde fue a parar?

—Los cuatro hombres que lograron escapar debieron de esconderlo en una de las numerosas grutas que hay en aquella región y que no debía de estar muy lejos de Montségur porque al día siguiente de su huida, hicieron señales a los defensores del castillo, según habían acordado previamente, indicándoles que el tesoro que les había sido confiado estaba a salvo. Solo entonces los defensores entregaron la fortaleza a sus enemigos.

—Tengo que reconocer —señaló Ramon— que todo esto es apasionante. Pero ¡vaya lío!

—Has dicho que había otra versión. ¿Cuál es? —preguntó Marta.

—La otra versión coincide con la que acabo de explicar en que el tesoro de los cátaros era el Grial. Pero difiere en lo referente a la procedencia, que en esta versión se relaciona con los templarios.

—¡Cuéntanosla! —Ramon lo dijo casi como una exigencia.

Enric se sirvió de nuevo un poco de *whisky*, lo saboreó con expresión placentera y dio satisfacción al deseo que acababan de plantearle:

—Como sabéis, los primeros templarios, en número de nueve y bajo la dirección de Hugo de Payens, llegaron a Jerusalén, que había sido conquistada por los cruzados, mandados por Godofredo de Bouillon, quien, según algunos, era descendiente de la Estirpe Sagrada a la que me he referido antes. La fecha de la llegada de los templarios a los Santos Lugares se produjo según unos en 1119 y según otros en 1120, lo cual no tiene mayor relevancia para lo que nos ocupa. El rey Balduino, que había sucedido a Godofredo, quien nunca quiso ostentar el título de rey y se denominó Defensor del Santo Sepulcro, les concedió para que se instalasen el solar donde en su tiempo estuvo el famoso templo de Salomón. No deja de llamar la atención que se les entregase un espacio tan amplio como aquel, siendo solamente nueve caballeros. Allí permanecieron nueve años, sin que, al parecer, dedicasen un solo esfuerzo a la tarea para la cual la orden había sido fundada: proteger a los peregrinos indefensos que fuesen a Tierra Santa de los ataques de los musulmanes o de los asaltos de los malhechores. Se dedicaron a excavar y remover el solar del templo de Salomón. Acerca de lo que buscaban —Enric se adelantó a la pregunta de Ramon— se han hecho todo tipo de especulaciones, lo mismo que acerca de lo que encontraron. Porque todo el mundo da por sentado que encontraron algo.

Ahora el medievalista no tuvo tiempo de proseguir.

—¿Qué buscaban y qué encontraron?

—¡Ya me gustaría a mí tener la respuesta! —exclamó Enric encogiéndose de hombros—. Pero se ha señalado, entre otras muchas cosas, que pudo ser el Arca de la Alianza o el Grial.

—¿Y qué tiene que ver eso con los cátaros? —preguntó Marta.

—Antes de responder a esa pregunta, permitidme que haga una precisión que me parece de sumo interés. En ambos casos, tanto en el del Arca de la Alianza como en el del Grial, reparad que se trata de dos objetos materiales con los que se sellaba la alianza de Dios con el género humano. El Arca de la Alianza contenía las Tablas de la Ley como símbolo de ese pacto, la copa del Grial contuvo el agua y el vino que sirvió para la nueva alianza entre Dios y los hombres.

Enric dio un sorbo y paladeó con fruición, una vez más, el sabor a malta de la bebida.

—¡Qué bien vive la burguesía! —exclamó, chasqueando la lengua y dirigiéndose a Marta.

—¡La relación entre templarios y cátaros, y déjate de chorradas! —le apremió la historiadora.

—Parece ser que esa estancia de los templarios en Oriente durante nueve años marcó la historia posterior de la orden. Cuando más tarde regresaron a los Santos Lugares defendieron una posición alejada de las posturas radicales entonces en boga y apostaron por una mayor convivencia entre las gentes, propiciando un acercamiento

de las diferentes confesiones. No veían con malos ojos a los cátaros y, de hecho, cuando Roma lanzó la cruzada contra ellos, se negaron a participar. Se afirma, según la versión a la que me estoy refiriendo, que fueron ellos quienes entregaron el Grial a los cátaros por considerar que eran quienes merecían conservarlo. Por otra parte, está documentado su interés por el Languedoc. Allí establecieron numerosas encomiendas y se afirma que su tesoro, el que buscaba Felipe IV de Francia cuando convenció al papa Clemente V para que los encarcelase bajo la acusación de herejía, igual que se hizo con los cátaros, y les abriese proceso, fue escondido en algún lugar de esa comarca.

—¿Y tú qué piensas de todo eso? —le preguntó Ramon.

—Me parece que hay muchos puntos flacos en esa versión, desde luego muchos más que en otras. Pero eso solo es mi opinión.

—Entonces, ¿los templarios no encontraron el Grial?

—Lo ignoro, pero, desde luego, no es muy creíble que el cáliz que utilizó Cristo en la Última Cena estuviese en las ruinas del templo de Salomón. El templo es anterior a la época de Jesucristo y quienes lo gobernaban, los sacerdotes que propiciaron la muerte de Jesús, no serían muy proclives a guardar nada que estuviese relacionado con aquel proscrito al que se le dio una muerte ignominiosa.

—Cuando hablaste del Grial de Valencia señalaste que su origen está en un regalo que le hizo el papa Sixto II al diácono Lorenzo. —Ahora preguntaba Marta.

—Así es.

—¿Cómo llegó a manos del Papa ese cáliz?

—Lo ignoro. Yo os he explicado la versión acerca de ese Grial, lo mismo que os he dicho que esa titularidad se la disputan varios centenares de copas. La singularidad del valenciano radica en que tiene las bendiciones de Roma.

—¿Y cuál es tu opinión sobre todo esto? —Marta estrechaba el cerco.

Enric miró el vaso vacío.

—Bueno, muy bueno.

—¿Y la respuesta a mi pregunta?

El medievalista llenó sus pulmones de aire y los vació resoplando por la boca.

—Creo que el Grial existe, pero que no es nada de lo que os he contado.

La mirada que Ramon le dirigió fue aviesa.

—¿Quieres decir con eso que todo este rato nos has estado tomando el pelo a Marta y a mí?

—¡Ni mucho menos! —se defendió Enric—. Lo que quiero decir es que la verdadera historia del Grial tiene raíces mucho más profundas.

—¿Relacionadas con el vientre de la Magdalena? —ironizó Ramon.

—¡En absoluto!

—¿Entonces?

—Entonces me vais a permitir que, antes de responder a esa pregunta, veamos los papeles de la cartera de Himmler. Creo que me he ganado ese derecho, además de los

lingotazos del excelente *whisky* que tiene Marta.

—Pero ¿nos vas a dejar así? —comentó Marta.

—¿Y vosotros a mí con los papeles de esa cartera?

Poco después de la medianoche, el teléfono de casa de Hermann Gross sonó estridente en medio del silencio y le sacó de la placentera ensoñación de la lectura en que estaba sumido. Era una costumbre de la adolescencia que le había inculcado su madre en los duros años de la posguerra alemana, al igual que le había inculcado el amor a una Alemania aria y dominadora del mundo, que el paso del tiempo no había hecho sino acrecentar.

Se levantó del sillón de la terraza, que dominaba el amplio y cuidado jardín de su casa en el elegante barrio de Collserola, donde le gustaba instalarse las suaves noches de la primavera. Hacía rato que su esposa, Frida, se había retirado a descansar. Mientras se dirigía al salón pensó que forzosamente una llamada a aquellas horas habría de ser por algo de suma importancia o que se tratase del mismísimo gran maestro para quien ni el tiempo, ni las circunstancias eran significativos; para él únicamente la sagrada causa del resurgimiento del Reich era verdaderamente importante.

El sofisticado teléfono, dotado de los más modernos adelantos que la tecnología había puesto al servicio de las comunicaciones, le indicó que quien llamaba era Hans Voguel. Pulsó un botón sin levantar el auricular y preguntó:

—¿Ocurre algo, Hans?

—He tenido noticias de Londres.

—¿Tan pronto? —preguntó un sorprendido Gross.

—Es que hay novedades muy importantes.

—¿Tan importantes como para llamarme a estas horas?

—Ha debido de ocurrir algo muy grave, Hermann.

Gross se puso en tensión. Su semblante palideció al escuchar la noticia que le llegaba por el teléfono.

—Desconozco todavía la causa, pero debes saber que el MI5 está detrás de la pista de la cartera.

—¡Eso no es posible! —gritó sin poder contenerse y olvidando por un momento que su esposa descansaba, aunque el dormitorio de Frida se encontraba lo suficientemente lejos como para que no se escuchase nada.

—No debes alterarte, Hermann. Nada conseguirás con eso.

Gross trató de serenarse.

—¿Cómo has sabido que los británicos están al tanto de lo ocurrido?

En aquel momento un ruido anunció al dueño de la casa que alguien entraba en el salón. Era un individuo de edad similar a la suya, impecablemente vestido.

—Disculpe el señor, pero es que me había parecido escuchar...

Gross le hizo un gesto con la mano indicándole que no era nada y que no lo

necesitaba. El mayordomo, sin decir palabra, se retiró de forma tan silenciosa como había aparecido.

—Me lo ha dicho Carlos.

—¿Y quién diablos es Carlos? —preguntó un alterado Hermann.

—El responsable de la misión de Londres.

—¿Qué es lo que te ha dicho ese Carlos?

—Que los del espionaje de Su Graciosa Majestad están enterados.

—¡Eso ya me lo has dicho, Hans!

Voguel volvió a recomendar a Gross que se tranquilizase.

—Los dos hombres que he enviado a Londres, donde por cierto las medidas de seguridad son extremas y los han retenido más de dos horas en el aeropuerto, decidieron, nada más registrarse en el hotel, acercarse hasta el domicilio donde viven la ex mujer de Nogués y la hija de ambos. Querían, simplemente, hacer un reconocimiento del terreno. En ello estaban cuando, en plena noche, un coche entró en la calle y se detuvo delante del domicilio en cuestión; del vehículo bajaron tres individuos, mientras que un cuarto lo aparcó un poco más adelante. Carlos sospechó que se trataba de policías. Escuchó una breve conversación entre la ex esposa de Nogués y aquellos individuos antes de que ella les permitiese entrar en su domicilio, y supo que uno de ellos era el que había atendido la denuncia presentada por la madre de la niña al ser advertida por el padre de la pequeña de que había recibido amenazas.

—Eso no tiene nada de anormal, ya contábamos con esa posibilidad. Lo lógico era que la ex mujer de Nogués acudiese en busca de protección cuando este le avisase de la amenaza que había recibido.

—Pero eso no explicaría que un coche de la policía se presentase en medio de la noche en el domicilio de una de las muchas personas que habrán presentado denuncias por amenazas a lo largo de la jornada en las comisarías de Scotland Yard.

—Admitamos que no es normal. ¡Pero de ahí a afirmar que los del MI5 están en la pista de este asunto hay un abismo, Hans!

—¡Déjame concluir! Como te he dicho, los tres policías solicitaron a la señora Croft que les permitiese entrar en su domicilio porque se trataba de un asunto de suma importancia. Carlos se había acercado todo lo que la prudencia le aconsejaba y gracias al silencio de la noche pudo escuchar que uno de los policías le explicaba que su presencia allí era una emergencia. Como comprenderás, Hermann, una amenaza sobre una menor no es una emergencia, salvo para sus familiares.

—Ni tampoco es suficiente para establecer que el MI5 está al tanto de nuestra misión.

Voguel pasó por alto el comentario de Gross y continuó:

—La señora Croft franqueó su casa a los policías. Carlos que, desde el primer momento, se percató de la importancia que tenía aquella visita, decidió obtener toda la información posible. Sorprendió al policía que había quedado en el coche, al que arrebató la pistola y le conminó a decir quiénes eran los individuos que habían

entrado. El tipo se negó y se le fue la mano.

—¿Le disparó?

—No, le partió el cuello. Es mucho menos escandaloso. Registró la cartera del policía muerto y no encontró nada especial, miró en el interior del coche en busca de alguna pista y la encontró mucho más fácilmente de lo que podía imaginarse. En la conversación que había escuchado oyó decir que uno de los policías se llamaba Lindon. En la guantera había un grueso bloc de notas lleno de anotaciones, que se llevó.

—¿Qué ha encontrado ese Carlos en el bloc?

—Lo suficiente como para saber que ese Lindon es del MI5.

Hubo un prolongado silencio.

—¿Quieres decirme, Hermann, qué hacía un agente del servicio secreto británico a las once de la noche en la casa de una señora que había presentado una denuncia por amenazas contra su hija?

Gross no contestó.

—Yo te lo voy a decir, Hermann. Los británicos saben lo de la cartera y están alarmados, tanto como para que hayan decidido no perder un instante.

Hermann Gross estaba abatido; después de un silencio en el que rumió la noticia de Vogel, concedió:

—Creo que estás en lo cierto.

—¿Cómo que crees? ¡Es seguro, Hermann, seguro!

—Supongo que se lo dijo la ex mujer de Nogués. —Más que hablar, Gross mascullaba.

—No te quepa la menor duda. Pero ahora lo importante es que hemos de trabajar sabiendo que ellos están al tanto. A estas horas saben quién es Ramon Nogués, dónde vive y estarán moviendo a su gente. Nuestra actuación no puede ser más que una y tú la conoces lo mismo que yo, Hermann.

—Por si eso no fuera suficiente, tus profesionales —lo dijo con intención— han liquidado a uno de los suyos.

—Gracias a ellos —Vogel defendió a sus hombres— tenemos una información preciosa. ¿Te imaginas a los ingleses enterados del asunto y moviéndose a sus anchas sin que nosotros tuviésemos noticia alguna de ello? ¿Te lo imaginas?

—En eso tienes toda la razón —reconoció Gross—. No podemos perder un instante. Contábamos con que los ingleses se enterasen, pero no tan pronto.

—En efecto, no podemos perder un instante —corroboró Hans Vogel.

—¿Dónde estás? —preguntó Gross.

—En mi casa.

—Llama a Obermaier y a los otros dos. Dentro de una hora nos vemos todos en SIGFRIDO.

—Muy bien. Creo que deberías informar de la situación. En las alturas deben saber cómo están las cosas.

—Lo haré inmediatamente.

—¿Aviso a Nemiaskin?

Gross meditó unos segundos la respuesta. Solamente acudiría en busca de los servicios de aquel matón ante una situación excepcional. Además, le resultaba repulsivo no solo por sus modales, que eran los de un patán, sino también por ser ruso. Aunque su madre nunca se lo dijo, sabía que los rusos, cuando entraron en Berlín, la habían violado y sometido a toda clase de vejaciones. Nunca lo olvidaría. Sin embargo, pensó que tal y como estaban las cosas, la situación podía calificarse de excepcional.

—Dile que esté preparado, pero no le digas nada acerca de la operación en que estamos inmersos.

—Como dispongas.

—Otra cosa, avisa a los hombres de Londres y diles que abandonen la misión. ¡Déjase muy claro! —Gross empleó un tono autoritario—. Con lo que ya saben los ingleses y el asesinato de ese policía, la casa de la ex mujer de Nogués va a estar sometida a tanta vigilancia como el palacio de Buckingham. Ya hemos dejado una tarjeta de visita. Que tus hombres se tomen un día libre en Londres y luego regresen a Barcelona. Que ese Carlos se desprenda de la pistola y del cuaderno, si es que no lo ha hecho ya, y que no hagan tonterías. ¡Que se olviden de todo! ¡Déjase muy claro, Hans! Un día libre, paseo por la ciudad, visita a la Tate Gallery o al British y si no les interesa nada de eso, que se vayan de compras a Harrods o de putas al Soho.

—No te preocupes por eso, son profesionales.

Había amanecido cuando Enric Martí, después de cinco horas de intenso trabajo, había concluido la lectura de los papeles de la cartera de Himmler: cincuenta y un folios mecanografiados a doble espacio y ciento treinta y dos cuartillas manuscritas por una sola cara. No había parado de trabajar un instante; solo había dejado su tarea el tiempo imprescindible para ir al baño en dos ocasiones —estaba convencido de que había sido como consecuencia de la tensión que le producía la lectura de aquellos papeles— y para pedirle a Marta, poco después de comenzar a trabajar, que le hiciese una cafetera de café bien cargado, para combatir el cansancio.

La decepción inicial del medievalista al encontrarse con fotocopias en lugar de los documentos originales, desapareció al poco de comenzar la lectura. Apenas había leído los primeros folios cuando Marta y Ramon habían empezado a hacerle preguntas:

—¿Qué pone en esos papeles? ¿Es interesante? Dinos algo, por favor. ¿Qué te parece...?

Enric, que estaba embebido en la lectura, acabó con la situación. Pidió a Marta y Ramon que lo dejaran tranquilo, que no podía trabajar así. Se limitó a decirles que, en efecto, las cuartillas, que era por donde había comenzado, hablaban del Grial y que su

contenido era de gran interés. Nada más. Pese a las protestas de ambos, Enric acabó por imponer sus condiciones. Al cabo de media hora, tanto Marta como Ramon, dormitaban, tumbados en los sofás del salón. El día había sido agotador y las consecuencias se dejaban sentir.

A Marta la despertó el ruido de Enric al tirar de la cisterna del váter, adonde había ido, por tercera vez, cuando concluyó la lectura. Al verlo salir del cuarto de baño, comprobó que sus ojos estaban enrojecidos, revelando el esfuerzo que había realizado.

—¡Santo Dios! ¿Qué hora es?

Enric, que había mirado el reloj mientras orinaba, le dijo que acababan de dar las ocho.

—¡He dormido más de cuatro horas! ¿Y Ramon? ¿Dónde está?

Enric señaló hacia el otro sofá con un movimiento de cabeza.

Marta se incorporó y comprobó que estaba profundamente dormido. Se levantó, metió sus dedos entre la melena como si de aquella forma se arreglase los cabellos, sin apartar la mirada de Enric, que tenía el aspecto de un boxeador que se mantiene en pie, pero está sonado.

—¿Has terminado?

—Hace unos minutos.

—¿Qué tal?

—Si la mitad de lo que hay escrito en esos papeles es cierto, ahí tenemos una bomba.

Marta, sin saber qué decir ante aquella respuesta, vio cómo su colega salía a la terraza. Resultaba evidente que necesitaba del aire fresco de la mañana. Tocó a Ramon con la punta de los dedos en el hombro, pero únicamente logró que se removiese. Le golpeó suavemente con la palma de la mano en la mejilla a la vez que susurraba:

—Ramon, despierta. Enric ha terminado.

Tuvo que repetirlo otra vez para conseguir su propósito.

Ramon se sobresaltó.

—¿Dónde estoy? ¿Dónde...?

Vio muy cerca el rostro de Marta, inclinada sobre él.

—Creo que me he dormido.

Se incorporó, tomando conciencia de la situación. Miró la hora en su reloj.

—Joder, son más de las ocho.

—También yo me dormí.

—¿Y Enric? ¿Dónde está Enric? —Ramon se había sentado en el sofá; tenía el pelo revuelto y le apuntaba la barba.

—Está en la terraza.

—¿Ha terminado?

—Hace unos minutos.

—¿Y qué opina?

—Pregúntaselo tú mismo.

—¡Marta, por favor!

—Dice que, si la mitad de lo que hay en los papeles es cierto, eso es una bomba.

—¡Una bomba!

—Esa es la palabra que ha utilizado.

—Pero ¿qué es lo que hay en esos malditos papeles?

En ese momento Enric entraba de nuevo en el salón.

—¡Enric! —Ramon se había puesto de pie—. ¿Qué es lo que hay escrito en esos papeles?

—Creo que es mejor que os sentéis.

A pesar de la premura con que habían sido llamados —la medianoche de la víspera anterior— los cuatro hombres convocados por *sir* Henry Hallis, a quien Lindon había informado de lo que acababan de saber inmediatamente después de visitar a la señora Croft, estaban unos minutos antes de las nueve de la mañana en la puerta de la sala de reuniones contigua al despacho de *sir* Henry, que desde hacía unos meses dirigía el MI5. Salvo Lindon, que había sido el impulsor de la reunión, los otros tres hombres ignoraban la causa de una convocatoria tan urgente.

Los allí congregados eran el encargado del área de exterior, Alan Duke, un responsable del servicio de inteligencia naval llamado Ian Fleming y el agente George Granville, adscrito al servicio de seguridad interna y experto en sociedades nazis de la posguerra, al igual que Lindon. Mientras aguardaban, hacían cábalas acerca del motivo de una reunión convocada con tanta premura. A las nueve en punto Christine Deacon, la secretaria de *sir* Henry, abrió la puerta de la sala de reuniones para que los cuatro hombres entrasen. Sentado en la cabecera de una espléndida mesa ovalada los aguardaba un Hallis impecablemente vestido y envuelto en la vaporosa humareda que emanaba de su cachimba, tan inseparable que formaba parte de su personalidad. A cada uno de los lados de la mesa había dos sillas. Con cordialidad, pero sin levantarse de su sillón, saludó con un:

—Buenos días, caballeros. Tomen asiento, por favor.

Sobre la mesa y encima de una labradas carpetas de tafilete rojo estaban colocados unos expedientes de cartulina. *Sir* Henry tenía delante un expediente cuyo papel amarilleaba por causa del tiempo. En su cubierta tenía escrito con tinta de estilográfica y elegante caligrafía el nombre de Aleister Crowley; debajo en letra más pequeña podía leerse: «Asunto Hess».

En una mesa auxiliar había una panzuda tetera humeante y un servicio completo de té. Christine fue sirviendo a cada uno de los presentes, antes de que la reunión comenzase. Concluida su tarea, la eficiente secretaria se retiró y *sir* Henry inició la sesión de trabajo.

—Caballeros, la razón por la que han sido convocados con tanta urgencia es la necesidad perentoria de hacer frente a una situación que podemos calificar de... —Hallis se detuvo un momento como si buscara la palabra adecuada—... podemos calificar de grave. Por lo tanto voy a ahorrarles preámbulos innecesarios e iremos directamente al grano: ha llegado a nuestro conocimiento la aparición en Barcelona de una cartera con importante documentación, perteneciente a Heinrich Himmler.

El jefe del MI5 sabía que, a pesar de que ninguno de los presentes había movido un solo músculo, lo que acababa de decir había causado una profunda impresión en cada uno de ellos.

—Siendo este un asunto del mayor interés, la verdadera gravedad del caso estriba en que miembros de una organización nazi tratan de apoderarse de dicha cartera. Ignoramos su contenido, pero todo apunta a que la documentación que contiene es de extraordinaria importancia. El señor Lindon, del MI5, podrá explicar los pormenores del asunto que, a grandes rasgos, acabo de plantearles. Él les mostrará con más detalle toda su importancia. He pedido al servicio de archivo que desempolve los expedientes —con la mano que sostenía la cachimba Hallis golpeó suavemente sobre el expediente que tenía delante— que pudiesen tener relación con la lucha que sostuvimos con los nazis por el control de lo que podríamos calificar como ciertos poderes extraños y de carácter oculto.

Las últimas palabras del jefe del MI5 hicieron que las miradas de Duke, Fleming y Granville convergieran sobre Lindon. Había un fondo de reproche en todas ellas, aunque todos parecían impertérritos. Los tres habían especulado minutos antes, mientras aguardaban el comienzo de la reunión, sobre el motivo de la urgencia; aquel bribón, que se había mantenido en silencio, estaba enterado de todo, hasta sus últimos detalles.

—Lindon, puede usted comenzar cuando quiera.

El agente del MI5 carraspeó para aclararse la garganta; se disponía a hablar cuando la voz de su jefe lo interrumpió:

—Ni que decir tiene, caballeros, que todo lo que aquí se hable es altamente confidencial. Lo saben de sobra, pero no está de más un recordatorio. ¡Ah! Una cosa más, los supongo enterados del asesinato, anoche, de uno de nuestros agentes en plena calle. Su muerte está relacionada con el asunto que nos ocupa. Significa que quienes buscan la cartera de Himmler no se andan con bromas.

Dio una chupada a su cachimba y por su boca salió una nube de humo. Lindon interpretó el gesto como una autorización para empezar a hablar.

—Todos ustedes han oído hablar de la Sociedad Thule —comenzó—. Granville podría darnos todo un curso acerca de las relaciones entre dicha sociedad de ocultistas y el partido nazi. Desde ella se impulsaron iniciativas para conjurar poderes ocultos que ejerciesen su influencia en beneficio de los proyectos del nazismo. Como saben, uno de sus miembros más relevantes fue Himmler quien, obsesionado con el esoterismo, alentó numerosas investigaciones. Una de ellas estuvo encaminada a encontrar el Grial, considerado por los nazis un poderoso talismán que permitía el contacto con lo que se conoce con la denominación de Seres Superiores. He de aclarar que para Himmler y sus acólitos el Grial no era el cáliz utilizado por Jesucristo en la Última Cena, que es la versión más extendida acerca de la materialidad de dicho objeto. Para ellos el Grial es la llamada Piedra Esmeralda, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos y que, al parecer, formó parte del tesoro de Salomón. Su visita a España, en plena Guerra Mundial, estuvo motivada por ese objetivo, verdadera obsesión del fundador de las SS. Oficialmente su viaje quedó cubierto con el encuentro que habían de mantener en las mismas fechas de su viaje a

Barcelona Hitler y el dictador español Franco, en la población francesa de Hendaya. Pero el verdadero motivo que impulsó a Himmler a realizar dicho viaje fue acudir al monasterio de Montserrat, donde, de acuerdo con una de las investigaciones que había alentado, se encontraba la clave para encontrar el Grial, según el criterio que los nazis tenían de él.

—Tenía entendido —le interrumpió Fleming— que los nazis buscaron el Grial en el sur de Francia.

—Es cierto, pero también existe lo que podemos denominar la pista española en relación con el Grial y Himmler no la descartó. Es más, sabemos que a partir de un momento determinado los nazis apostaron por ella.

Una densa humareda, procedente de la cachimba de Hallis, se extendía por la sala de reuniones como una nube de contaminación. Aunque en la Armada eran muy estrictos respecto de la prohibición de fumar, llevada con rigor, salvo en lugares muy reducidos y señalados al efecto, Fleming decidió colaborar a la humareda en vista de la disposición adoptada por quien presidía la reunión. Nunca había visto a nadie producir humo de la forma que lo hacía *sir* Henry. Encendió un cigarrillo y preguntó, interrumpiendo otra vez a Lindon:

—*Sir* Henry ha hablado de una cartera...

El jefe del MI5 le cortó, tajante. No le había gustado que encendiese el cigarrillo, sin pedir autorización. Que él fumase era diferente, aquel era su despacho.

—No sea impaciente, Fleming. Espere usted un momento. Continúe, Lindon, por favor.

—En ese viaje a Barcelona, Himmler llevaba consigo una cartera en la que guardaba presumiblemente documentación relacionada con el objeto de su visita. Alguien robó la cartera. Las autoridades de la España franquista especularon con que habíamos sido nosotros, más que nada por darse cierto tono. —Lindon esbozó una sonrisa de suficiencia—. Aunque no trascendió por razones obvias, el enfado de Himmler fue monumental; tenemos constancia de ello. Pese a las iniciales promesas de los españoles de que la cartera aparecería, la búsqueda resultó infructuosa. No se encontró. Tenemos razones fundadas para sospechar que la cartera que robaron a Himmler es la que ha aparecido en Barcelona hace unos días. —Lindon se detuvo un momento para contemplar el efecto de sus últimas palabras. Duke lo aprovechó para preguntar:

—¿Y bien?

—Una denominada Sociedad Thule, de ideología nazi —prosiguió Lindon—, trata de apoderarse de ella. Antes de que me lo pregunten, indicaré que ignoramos si esta Thule es la misma a la que anteriormente me he referido y que ha mantenido ocultas sus actividades a lo largo de todos estos años, o es una nueva sociedad con fuertes conexiones con la original. Todo apunta a que estamos en presencia de los herederos de la antigua Thule.

—Con el permiso de *sir* Henry, ¿puedo formular una pregunta? —indicó Fleming,

que había tomado nota de la actitud del máximo responsable del servicio secreto, solicitando con la mirada la autorización correspondiente, que le fue concedida con un leve movimiento de cabeza—. ¿Qué interés puede tener para nosotros el contenido de esa cartera, robada hace más de sesenta años?

Antes de responder, Lindon también miró a su jefe, quien hizo un movimiento afirmativo.

—No conocemos exactamente cuál es su contenido, pero sí sabemos el peligro potencial que encierra.

—¿Peligro potencial? —Duke entrecerró sus ojillos de miope.

—Todos ustedes han oído hablar de Aleister Crowley. —Lindon lo daba por sabido—. Se trata, sin duda alguna del brujo más poderoso del siglo xx.

—Y de una mente perversa —añadió *sir* Henry.

Las miradas de Duke, Fleming y Granville coincidieron sobre el expediente que reposaba cerrado delante de Hallis.

—Nos fue de gran ayuda durante la guerra —indicó Lindon.

—Lo cual no invalida mi afirmación —remachó el jefe del MI5; el agente consideró adecuado asentir.

—Crowley participó activamente en el caso Hess y toda la maraña de relaciones que se produjeron en torno a dicho asunto, donde elementos esotéricos y ocultismo tuvieron un papel importante. En opinión del mago, los nazis no debían hacerse con el Grial por las consecuencias que podían derivar de su posesión y que hubiesen sido catastróficas para nosotros. En el caso de que lo hubiesen conseguido y hubiesen sido capaces de extraer todo el potencial que al parecer encierra dicho talismán, la guerra habría tomado un rumbo muy diferente al que tuvo. He de señalar que para Aleister Crowley el Grial es, como para los nazis, la Piedra Esmeralda a la que me he referido antes.

Sir Henry abrió el expediente que tenía delante y leyó con voz solemne unos párrafos. Cuando hubo concluido paseó su mirada por los presentes. El silencio reflejaba mucha tensión.

—Caballeros, su presencia aquí significa que es necesario prestar apoyo desde sus respectivos departamentos a un plan que ya está en marcha con el objetivo de impedir a todo trance que la cartera que robaron a Himmler hace no sé cuántos años caiga en poder de quienes puedan hacer un mal uso de su contenido. Todo apunta, como ha dicho Lindon, a que los nuevos nazis, herederos de los viejos, tratan por todos los medios de conseguirla. Sé que alguno de ustedes pensará que todo esto no son más que supersticiones, patrañas y cuentos de viejas. Pero yo les aseguro que el peligro real existe y va mucho más allá de lo que siquiera pueden ustedes imaginar.

El silencio era tan intenso que se oía la respiración de los presentes.

—Todo habrá de hacerse en el más estricto de los secretos y con la mayor de las discreciones —continuó Hallis—, entre otras razones porque habrá que actuar en territorio extranjero. Ahora he de ausentarme porque he solicitado audiencia al primer

ministro para ponerle al tanto de la situación. Lindon podrá explicarles los detalles de cómo hemos llegado al conocimiento de todo esto. Ya conocen la importancia del asunto que los ha convocado en torno a esta mesa. Con la discreción que se impone, dispondrán de los medios que consideren necesarios para llevar a cabo la misión que en este momento les encomiendo formalmente. ¿Alguna pregunta antes de marcharme?

No hubo preguntas. El jefe del MI5 se levantó de su asiento y todos se pusieron de pie.

—Pueden continuar reunidos aquí; para cualquier cosa que necesiten no duden en acudir a Christine, mi secretaria; está tras aquella puerta. —*Sir Henry* señaló una maciza puerta de roble escocés—. Volveremos a vernos —miró el reloj de su muñeca— a las doce, aquí mismo. Espero que para entonces puedan darme información completa del tipo de ayuda que podemos prestar a los hombres que hemos enviado a Barcelona.

Hubo algunas expresiones de sorpresa.

—Así es, caballeros. —*Hallis* miró su reloj—. En estos momentos deben de estar tomando el vuelo a Barcelona.

El máximo responsable del MI5 cogió su abrigo, su bombín y su bastón. Al marcharse le espetó al representante de la inteligencia naval:

—¡Y usted, *Fleming*, no fume esas porquerías, contamina el ambiente!

Hermann Gross y Hans Voguel trataban de relajarse paseando por los jardines de Eduardo Marquina, cercanos a la plaza de Francesc Macià y muy próximos al edificio donde tenía sus instalaciones SIGFRIDO, SA. La noche había sido tensa y larga porque sobre la marcha habían tenido que improvisar un plan de acción. Si el servicio secreto británico tenía conocimiento de que la cartera de Himmler había salido a la superficie y que ellos estaban tras la pista, significaba que muy pronto sus agentes estarían en Barcelona. La intempestiva llamada de Hans estaba más que justificada porque, si hubiese dejado pasar la noche sin avisarle, habrían perdido unas horas preciosas. Los británicos se habían adelantado veinticuatro horas como mínimo. En Thule contaban con que acabarían sabiéndolo, pero mucho después, cuando ya fuese demasiado tarde para ellos.

El malhumor de Gross había dado paso a un verdadero ataque de cólera, ante la crispación que le produjo el saber que todo se debía a que Obermaier, como forma de dar más fuerza a las amenazas que profirió contra Nogués, dejó escapar que la Sociedad Thule tenía largos tentáculos.

«Pensé que de esa forma la amenaza era más creíble, *herr Gross*», se había justificado cuando su jefe dejó caer una pregunta acerca de que los hombres enviados a Londres se habían encontrado con que la policía británica había efectuado un despliegue inusitado.

El sudamericano pensó que podía apuntarse un tanto a los ojos de Gross que lavase la mala imagen que habían ofrecido por su actuación en el piso de la calle de Sant Antoni Maria Claret. Para Hermann Gross lo peor de todo fue que Obermaier, en un primer momento, incluso se sintió ufano de haber hecho mención a la sociedad.

Pese a lo urgente del caso, Gross no se había atrevido a llamar al responsable de la encomienda francoespañola de la Orden Negra, cuya sede estaba en París y que era la autoridad de la que orgánicamente dependía Barcelona, antes de una hora que consideró prudente, es decir, las ocho y media hora de Barcelona, que tenía el mismo huso horario que París. Cuando su llamada llegó a un lujoso apartamento de la place Vendôme, se encontró con la voz de una mujer que, después de que Gross se hubiese acreditado suficientemente, le comunicó que llamase pasados diez minutos.

Gross, que temió una reprimenda cuando efectuó la segunda llamada, se encontró con que el responsable de la encomienda se mostró ligeramente contrariado, pero no por lo temprano de la hora, sino porque no se le hubiese informado antes.

—Señor, no me pareció oportuno —se defendió Hermann.

—Querido Gross, no olvide nunca que ya en una ocasión pagamos muy caro el temor a molestar. Los yanquis y sus satélites —lo dijo con desprecio— nos ganaron la partida en Normandía porque nadie se atrevió a interrumpir el descanso del *Führer*.

Hemos de aprender de las lecciones que nos proporciona la historia, que es madre y maestra.

Tampoco el hecho de que el servicio secreto británico estuviese tras la pista de la cartera de Himmler pareció importarle demasiado, porque consideraba que les llevaban suficiente ventaja y porque el plan ideado por Gross le parecía excelente. Los ingleses no tendrían tiempo de actuar, si no se cometía ningún error. El superior inmediato de Gross aprobó todas las disposiciones tomadas para hacer frente a la nueva situación y le pidió que lo mantuviese puntualmente informado de todo. Cuando colgó el auricular, Hermann Gross había rejuvenecido espiritualmente y el agotamiento de una noche tan dura y tensa como la que había vivido era poco más que un lejano recuerdo en su mente y en su cuerpo.

Estaba de un humor excelente porque René Guibon, que era el nombre de su jefe inmediato, lo había tranquilizado respecto a la operatividad de los ingleses. Eran eficaces, pero tardarían no menos de veinticuatro horas en montar una estructura mínimamente eficaz en Barcelona. Ese era el tiempo de que disponía para alcanzar su objetivo. A Gross lo tranquilizó aquella información. Desde que había puesto en marcha el nuevo plan tras el aviso de Hans con las noticias de Londres, su mayor preocupación había sido calcular el tiempo que los agentes británicos necesitarían para ponerse tras su pista. También él había calculado que necesitarían un tiempo, pero nunca pensó que fuesen veinticuatro horas.

Tal y como había dispuesto su nueva estrategia, hasta podía sobrarle tiempo. Ciertamente, al certificar la incompetencia de Obermaier, se había visto obligado a llamar a Nemiaskin, pero si todo salía conforme al plan que había trazado en las tensas horas que sucedieron a la llamada de Hans, consideraba que no más allá de las tres o las cuatro de la tarde la cartera estaría en su poder.

Hermann Gross se recreó pensando que los errores de Obermaier le servirían en la próxima reunión del círculo secreto de la orden para afianzar sus opiniones. Estaba claro que Sudamérica era solamente un refugio, un lugar temporal desde donde aguardar a que el nuevo Reich resurgiese de sus cenizas, nunca apagadas. Aquella tierra de mestizaje no era, ya lo había dicho en numerosas ocasiones, el lugar adecuado para los señores del mundo.

Obermaier era una prueba palpable de que no estaba equivocado.

Cuando desde las altas instancias de la orden le comunicaron que serían miembros de la Logia Cóndor, rama sudamericana de la Orden Negra —como algunos denominaban a la Sociedad Thule en recuerdo de las SS—, quienes actuarían en una operación de la envergadura que tenían entre manos, había opuesto toda la resistencia que le había sido posible. Pero la disciplina, la obediencia y la cadena de mando se habían impuesto al final. Lo único que había conseguido era autorización para, en determinadas circunstancias, utilizar «servicios especiales», que era como se denominaba a la contratación de individuos que no pertenecían a la sociedad, cuya fidelidad estaba ligada al dinero que se les pagaba por su trabajo. Una tarifa diferente

para cada uno de ellos. Como era el caso de Nemiaskin, quien sabía que el señor Gross solo acudía a él en caso de dificultad extrema.

Como consideraba que después de analizar con Voguel la situación creada con la entrada en escena de los británicos antes de lo previsto, se daban las circunstancias requeridas, había tenido que echar mano de una basura como Nemiaskin. A él le hubiese gustado que la operación se llevase a cabo de otra forma. Aunque había de reconocer que, para ser ruso, no hacía mal los trabajos que se le encomendaban.

La templada mañana de Barcelona, propiamente primaveral y la calma que proporcionaba la casi absoluta soledad de los jardines de Eduardo Marquina, donde algunos operarios del Ayuntamiento limpiaban las zonas de tránsito y un equipo de jardineros trabajaba en los parterres de flores, terminaron de serenar el hasta hacía poco agitado espíritu de Hermann Gross. No dejaba de llamarle la atención, sin embargo, que desde París se hubiese considerado un tiempo mínimo de veinticuatro horas para que el servicio secreto británico pudiese actuar con un mínimo de eficacia, una vez que estuviese sobre la pista de la cartera. Los ingleses eran gente eficaz y la distancia entre Barcelona y Londres en vuelo regular podía salvarse en un par de horas. Apartó de su cabeza la duda, como si estuviese cometiendo un pecado.

Los dos hombres caminaban en silencio por una especie de calle flanqueada por unos grandes plátanos que empezaban a proyectar una agradable sombra bajo un sol que se elevaba con rapidez.

—Creo, Hans, que todo está en orden y si Nemiaskin responde como se espera de él, en pocas horas tendremos la cartera del *Reichsführer* en nuestro poder.

Voguel parecía menos relajado que Gross y, desde luego, se mostraba menos optimista.

—No sé, Hermann, no sé.

—¿Qué es lo que no sabes? La eficacia de Nemiaskin está sobradamente contrastada. Es una mala bestia, hijo de bolcheviques —a Gross le gustaba utilizar aquella vieja expresión para referirse a los comunistas—, pero hasta ahora nunca nos ha fallado.

—No pensaba en eso. La eficacia de ese hijo de perra está avalada por su propia maldad. Quienes me preocupan son los británicos.

Gross no lo dejó concluir. En voz muy baja, como si estuviese confesando un grave pecado, murmuró:

—También yo estoy preocupado con eso, aunque Guibon me haya tranquilizado un tanto; afirma que como mínimo necesitan veinticuatro horas para poner en marcha un operativo que les permita actuar en Barcelona. Son muchas horas y los del MI5 nos tienen en su punto de mira, desde hace mucho tiempo. En una operación como esta, en la que son conscientes de lo que hay en juego, utilizarán a sus mejores hombres y no perderán un segundo. A pesar de todo, creo que tenemos una notable ventaja sobre ellos. —Gross hizo aquel último comentario para convencerse a sí mismo de que la ventaja de la que el gran maestro parecía estar tan seguro existía

realmente.

—Sí —asintió Voguel—, pero esa ventaja disminuye conforme pasan las horas.

—¿Por qué lo dices?

—Muy sencillo. A lo largo de esta noche los ingleses también han estado trabajando, centrando el objetivo. No olvides que la cartera de Himmler es para ellos tan importante como para nosotros.

—¡No lo creo!

—No te equivoques, Hermann. Saben de la importancia de los documentos, aunque no sepan exactamente lo que contienen. Al igual que nosotros, ellos movilizaron durante la guerra a sus mejores ocultistas, astrólogos y brujos. No olvides que en sus filas estaba Aleister Crowley. Estoy seguro de que han desempolvado viejos expedientes para refrescar historias antiguas. La ex mujer de Nogués les habrá facilitado toda la información que su ex marido le haya suministrado. No creo que Ann Croft se conformase con que le dijeran que su hija podía ser raptada o sufrir un percance. Habrá querido saber más. Por lo que sabemos, la relación de esa pareja es distante pero no mala; se comunican y consideran a la hija de ambos como a la niña de sus ojos. Toda esa información la tienen ya los agentes británicos: números de teléfono, direcciones, qué sé yo... Si ese imbécil de Obermaier no hubiese aludido a Thule...

La breve calma de que Gross había gozado era humo. Voguel miró la hora en su reloj de pulsera y pensó que en aquel momento estaba despegando del aeropuerto de Heathrow un avión que aterrizaría en el Prat en poco más de dos horas y media.

—Apostaría cualquier cosa que en ese vuelo vienen agentes del servicio secreto de su Graciosa Majestad.

Gross se paró y Voguel se vio obligado a detenerse también.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el máximo responsable de la Sociedad Thule en Barcelona.

—Porque es la hora en que despegan el vuelo de la British que cada mañana cubre la ruta Londres-Barcelona, si no hay problemas.

Enric Martí pidió a Marta que le permitiese darse una ducha y mientras tanto hiciese un poco de café. Después les explicaría lo referente a los papeles de la cartera de Himmler. La ducha fue tan rápida que aun le quedó tiempo, antes de que Marta sirviese el café, para ordenar las notas que a vuela pluma había tomado mientras estuvo trabajando. El aroma del café y la ducha lo estimularon como para sacarlo, al menos momentáneamente, del sopor en que se encontraba.

—Como ya sabéis —comenzó Enric—, la documentación consta de dos partes. Una son las cuartillas manuscritas, cuyo autor fue Otto Rahn, aunque hay numerosas correcciones y añadidos que corresponden a otra persona cuyo nombre ignoro y que modifican sustancialmente el contenido original del texto del medievalista alemán. La

letra de las correcciones es la misma que podemos encontrar en algunas cuartillas que hay al final. El otro conjunto lo constituyen los folios cuyo membrete indica que pertenecen al círculo interno de la Sociedad Thule. En ellos están recogidas, además de la información de Otto Rahn, matizada por las modificaciones que ha sufrido su propio texto, otras aportaciones relacionadas con la esencia, el valor y la posible ubicación del Grial. —Enric dio un sorbo a su café y envolvió la taza con sus manos, como si quisiese proteger su contenido—. Según se afirma en esos papeles, los alemanes habían encontrado unos antiguos pergaminos en una de las cuevas de la región del Sabarthés.

—¿El Sabarthés? —preguntó Ramon.

—Una comarca montañosa del Languedoc, en la que abundan las cuevas y donde está enclavado Montségur, el último foco de resistencia de los cátaros. Los pergaminos contenían una extraña historia que se remonta a tiempos bíblicos. Se trata de otra de las versiones referidas a... a... —a Enric Martí le temblaba la voz— a la historia del Grial.

—¿Una historia de los tiempos bíblicos? —La pregunta la había formulado Marta.

—Sí, de los tiempos bíblicos. Según esos pergaminos, el origen del Grial se pierde en la noche de los tiempos, remontándose a épocas anteriores al patriarca Abraham.

—¿De tiempos anteriores a Abraham?

Enric guardó silencio durante unos segundos; pensaba lo que iba a decir a continuación:

—Anoche me preguntasteis, después de que os expliqué las diferentes teorías que se han elaborado en torno al Grial, cuál era la que yo consideraba verdadera. ¿Lo recordáis?

Marta y Ramon asintieron.

—¿Recordáis lo que os dije?

—Que en tu opinión no era el cáliz que utilizó Jesucristo en la Última Cena —respondió Ramon.

—¡Ni tampoco el vientre de la Magdalena! —indicó Marta.

—Así es.

—¿Entonces? —insistió la historiadora.

—La historia que cuentan esos papeles tomada de los pergaminos encontrados por los nazis en el Sabarthés ofrece una versión del Grial que coincide con lo que en mi opinión responde a la verdadera historia de ese poderoso talismán.

—¿Qué es? —La ansiedad estaba implícita en las palabras de Marta.

—El Grial es la Piedra Esmeralda.

—¿La qué...? —preguntó Ramon, sorprendido.

—La Piedra Esmeralda.

—¿Y qué coño es eso?

—El más poderoso talismán de todos los tiempos.

Las palabras de Enric eran una extraña mezcla de incredulidad y temor. Dio un largo trago a su café, soltó la taza y apretando una mano contra otra, haciendo chasquear los huesos de sus nudillos, comenzó una larga narración:

—Antiguas tradiciones de Oriente Próximo a las que durante mucho tiempo no se les otorgó más valor que el de un cuento o una fábula, hablaban de que en los tiempos de la creación del mundo hubo una lucha entre unos seres fabulosos, conocidos como ángeles. La lucha fue la consecuencia de la rebelión contra su Creador de un grupo de dichos ángeles encabezados por Lucifer, también conocido como Satanael. Dios lanzó contra ellos a las legiones de ángeles que se le habían mantenido fieles, dirigidos por Miguel, y lograron vencer a los rebeldes. Lucifer fue arrojado a las profundidades del abismo y en su caída perdió una esmeralda que adornaba la diadema que coronaba su cabeza, cuyo poder se reputaba como extraordinario.

—Esa lucha entre ángeles buenos y ángeles malos está recogida en la Biblia — indicó Marta.

—En efecto, aunque la Biblia nada dice de la Piedra Esmeralda. El paradero de ese talismán fue las montañas del Hindu Kush, en la cordillera del Tíbet, según unos; o las estribaciones del monte Ararat, según otros. Hay un tercer grupo que sostiene que la misteriosa piedra fue llevada del primero al segundo de los lugares indicados; en este último lugar, Ararat, se sitúa el origen de la familia del patriarca Abraham quien, según la Biblia, es descendiente de Sem, uno de los hijos de Noé, personaje del episodio del diluvio, al que aluden tanto la Biblia como otros testimonios de la llamada cultura mesopotámica, —Enric miró los papeles con sus notas—. La genealogía de Abraham llega a través de Arfajad, Salah, Eber, Peleg, Reu, Erug, Nahor y Terag, según el linaje recogido en el Génesis. La cronología de dicho linaje señalaba que Abraham nació doscientos cincuenta y nueve años después del gran diluvio. A lo largo de aquel tiempo solo la familia de Abraham siguió fiel a la tradición de adorar a un solo dios, mientras que otros descendientes de Noé, extendidos por toda la región que riegan los ríos Éufrates y Tigris, habían diversificado sus creencias y dado lugar a un amplio panteón de divinidades. Abraham construyó un templo para rendir culto al único dios y cuando llegó el momento de su consagración, el sacerdote Salem encargó al más famoso de los metalúrgicos de la región, que estaba al servicio del rey de Babilonia, la realización de una copa para verter en ella la sangre de los sacrificios. Se hizo con plata extraída de los montes Zagros, en Persia. La forma que le dio el orfebre fue la de un cuenco con una base para mantenerlo de pie; lo adornó con una placa de oro y tres piedras preciosas, una de las cuales era la Piedra Esmeralda que Abraham había entregado al orfebre. La base para sujetarse eran tres patas: a una le dio la forma de la garra de un águila, otra la pata de un león y la tercera un racimo de uvas. Poco después Abraham abandonaba la tierra de Ur donde habitaba y marchó a la tierra de Haran siguiendo las instrucciones que Dios le dio. Allí recibió la visita de un extraño personaje, quien

grabó la placa de la copa, que Abraham había llevado consigo en su viaje. —Enric miró sus apuntes—. El texto de esta placa decía así: «Esta es la copa de Abraham. El preferido de Dios. El que habla con Dios y que será cabeza de muchas naciones».

—¿Esto tiene algo que ver con el pasaje de la Biblia en el que Abraham recibe la visita de un ángel? —preguntó Marta, cada vez más interesada en las palabras de Enric, mientras que a Ramon la fantástica historia no parecía interesarle demasiado.

—No solo tiene que ver, sino que en mi opinión es un elemento clave en toda esta historia y, desde luego, el ángel bíblico es el extraño personaje que en los pergaminos encontrados por los nazis aparece como autor del texto que os he leído.

—¿Por qué dices que es un elemento clave?

—Porque significa el contacto entre la divinidad y un mortal. Si no quieres admitir lo de la divinidad, piensa que es el contacto de seres superiores con los humanos. Hay quien a esos seres superiores los denomina como los «Superiores Desconocidos». Según esto, estamos en presencia de una primitiva alianza de la divinidad con los hombres, en la misma línea de las Tablas de la Ley entregadas a Moisés y del cáliz de la consagración de la Última Cena. Existe un hilo conductor, que es el contacto de mortales con otros seres cuya existencia se desenvuelve en un plano superior.

—No te entiendo.

—En ese contacto con seres superiores está la clave de todo, Marta. ¡Déjame continuar, por favor! A la muerte de Abraham la copa pasó a sus descendientes, primero a Isaac, después a Jacob y de este a Leví, a cuya descendencia le fueron encomendadas las funciones sacerdotales y el cuidado del templo en el pueblo de Israel; por eso a la casta sacerdotal hebrea se la conoce con el nombre de levitas. Ellos conservaron la copa que contenía la Piedra Esmeralda como uno de los tesoros del templo. Una de las piezas más importantes de su tesoro junto al Arca de la Alianza, donde se guardaban las Tablas de la Ley y cuya entrega a Moisés significaba, como os he dicho, otro contacto entre un mortal y la divinidad. Un contacto de un ser humano con los seres superiores. Formó parte del tesoro de Salomón y en el templo se conservó durante siglos, sufriendo traslados como el de la cautividad de Babilonia, pero siempre custodiada por los levitas. Estos, sin embargo, no pudieron evitar que en el terrible saqueo sufrido por Jerusalén a manos de las tropas romanas de Tito en el año 70 de nuestra era, la Copa Esmeralda, que era el nombre con que se la denominaba desde hacía siglos, fuese trasladada a Roma junto al resto del tesoro del Templo. En Roma quedó como botín de guerra hasta que tres siglos y medio después la capital del imperio sufrió el saqueo a que la sometieron los visigodos de Alarico, que se apoderaron de lo que a partir de entonces se conoció con el nombre de tesoro de Salomón. Después de saquear Roma los visigodos se trasladaron a la Galia y establecieron su capital en Tolosa, donde quedaron depositadas sus riquezas. Allí permanecieron cerca de un siglo hasta que los francos los expulsaron de aquellas tierras y se replegaron al sur de los Pirineos. Su nueva

capital fue Toledo, adonde trasladaron su tesoro. Allí fue a parar, entre otros objetos, la copa que contenía la Piedra Esmeralda.

»Al producirse la invasión musulmana —continuó Enric—, tras el desastre del Guadalete y la consiguiente desbandada visigoda, las noticias que llegaron a Toledo eran tan alarmantes que el tesoro se dispersó y se perdió la noticia de su paradero. En esos pergaminos que los nazis encontraron en el Sabarthés se indica adónde fue a parar.

—¿Adónde? —preguntó Ramon, que había vuelto a interesarse por las palabras de Enric.

—Lo que dicen los papeles que he traducido es que en los pergaminos encontrados por los nazis se afirmaba que un grupo de gardingos, miembros de la guardia personal de los monarcas visigodos —consideró oportuno aclarar el medievalista—, llevaron parte del tesoro de Toledo, en concreto la Copa Esmeralda, a Cesar Augusta, la actual Zaragoza, cuyo gobernador, el conde Sigerico, la puso en manos del obispo de Huesca, su hermano, de nombre Audaberto. Sin embargo, el avance musulmán llegó hasta el Ebro, y Sigerico advirtió a su hermano de que Huesca tampoco era ya un lugar seguro. Como os dije anoche, el obispo tomó la decisión de ocultar la copa en el monte Pano, donde lo dejó bajo la custodia de un tal Arcesindo; en aquel lugar se levantaría más tarde el monasterio de San Juan de la Peña. Pero antes había desmontado de la copa la Piedra Esmeralda; supongo que el obispo sabía que era dicha piedra la que otorgaba poder al cáliz —aclaró Enric— y la llevó hasta una de las cuevas que se abren en las fragosidades de Montserrat. Por último, decidió llevarse consigo al otro lado de los Pirineos los pergaminos en que se narra la historia que os he contado y que tiene fuertes resonancias bíblicas. Es posible que el obispo Audaberto dejase escrito algo referido a las decisiones que tomó después de abandonar la actual Huesca, que entonces recibía el nombre de Osca. Esos pergaminos son los que los nazis encontraron en las cuevas del Sabarthés y que, una vez interpretados, condujeron a Himmler hasta Montserrat.

Enric pidió a Marta otra taza de café.

—Todo eso que nos has contado está muy bien. Resulta incluso entretenido —comentó un decepcionado Ramon, que daba por concluida la exposición de Enric—. Pero no alcanzo a comprender la razón de que el contenido de esos papeles sea una bomba.

—Lo que os he contado es una parte del contenido de esos papeles, no todo.

—¿No has terminado?

—¡Ni mucho menos! Lo que os he contado, si queréis, no sería más que la historia del Grial. Un escéptico, incluso, podría afirmar que no es más que una de las muchas versiones que circulan. Pero ahí hay mucho más. Esa historia, para quien sepa comprender, señala cuál es el verdadero valor de ese talismán. Me refiero a la Piedra Esmeralda, naturalmente.

—¿Cuál es? —Aunque Marta lo había entrevisto, quería la confirmación del

experto.

—Permite el contacto de un mortal con la divinidad, con los seres superiores. Y ahora viene lo más impresionante. Los nazis buscaban el Grial porque deseaban ardientemente entrar en contacto con lo que ellos llamaban «Superiores Desconocidos». Habían descubierto que el Grial era la llave que les permitía el contacto con inteligencias superiores. Con quienes gobiernan en realidad el mundo desde el principio de los tiempos a través de contactos con mortales que ellos eligen. Algunos de esos contactos, revestidos de formas concretas, como la entrega de las Tablas de la Ley a Moisés en el monte Sinaí, son del dominio público, aunque no se alcance a conocer la verdadera dimensión de dicho encuentro, que queda explicado con la entrega de una legislación básica para regir la convivencia de un pueblo, al que se conoce como el pueblo elegido.

—¡Yo no puedo creer una cosa así! ¡Eso es un cuento chino! —exclamó Ramon. En aquel momento sonó su teléfono móvil.

—¿Quién coño llamará a estas horas? —preguntó dando rienda suelta a su contenido malhumor.

Abrió el pequeño aparato y le sorprendió el número que aparecía en la pantalla.

—¡Es de Inglaterra, pero no es el número de Ann!

Un mal pensamiento pasó por su mente y en su rostro se reflejó la preocupación.

—¡Dígame! —gritó alarmado.

—¿*Mister* Ramon Nogués?

—Sí, sí. Yo soy Ramon Nogués. ¿Qué ha ocurrido? —Ramon daba por descontado que algo malo había pasado.

—Soy el inspector Blackman.

—¿Qué le ha ocurrido a Nuria? —No preguntaba, clamaba.

—Su hija está perfectamente, *mister* Nogués. Lamento que mi llamada le haya preocupado de esa manera.

La cara de Ramon pasó de la preocupación a la sorpresa.

—¿Por qué tiene entonces el número de mi teléfono móvil y cuál es el motivo de su llamada?

—Tengo ese número porque me lo ha facilitado la señora Croft...

«¿Quién se ha creído que es Ann para facilitarle mi número a la policía británica? Vamos a tener unas palabras», pensó corroído por la ira.

—... y le llamo porque ella ha presentado una denuncia relacionada con la amenaza que usted ha recibido contra su hija. Necesitamos el mayor número de datos posibles para protegerla adecuadamente.

—¿Qué es lo que quiere saber, inspector Blackman?

Marta seguía atentamente la conversación, que se había encaminado por un derrotero que no alcanzaba a comprender. Enric, por su parte, no entendía nada de lo que pasaba.

—Todo lo que pueda decirnos, *mister* Nogués. ¿Quiénes le amenazan? ¿Qué sabe

usted de ellos?

—Todo lo que le puedo decir, ya se lo dije a mi ex mujer.

—¿Le importaría repetírmelo, si no le es molestia, *mister* Nogués?

Ramon confirmó que las amenazas provenían de una sociedad llamada Thule y que trataban de extorsionarle porque deseaban una cartera con documentos que perteneció a Himmler y que le había legado su abuelo en el testamento que se había abierto en Barcelona hacía unos días. También le dijo que habían intentado comprarle la cartera.

—¿Puede repetir eso, *mister* Nogués?

—El qué.

—Lo de la compra, por favor.

—Antes de amenazarme y destrozar mi vivienda, me ofrecieron la posibilidad de un acuerdo económico. Después de los destrozos y de las amenazas insisten en ofrecerme dicho acuerdo.

—¿Cuánto le han ofrecido, *mister* Nogués?

—No les di opción a hacer ninguna oferta.

—¿Por qué no quiere usted vender la cartera?

—Eso no es de su incumbencia, inspector Blackman.

—Disculpe, *mister* Nogués, no pretendía ofenderle. Solo...

Solo entonces Ramon se dio cuenta de que estaba dando información a un individuo que desconocía, simplemente porque la llamada le había llegado de Londres y afirmaba conocer las amenazas que había recibido en relación con su hija.

—Ya, proteger a mi hija lo mejor posible. ¡Y un cuerno!

—Lamento que se lo tome así, *mister* Nogués. Solo pretendemos ayudar a su hija. Que tenga un buen día.

Fue una despedida sin opciones porque desde Londres habían cortado la comunicación. Ramon se quedó mirando el teléfono, y le asaltó la duda. Miró la hora —ya habían dado las nueve—, comprobó el número que había llamado, lo anotó y marcó el número de su despacho.

—Alicia, buenos días.

—¿Cómo se encuentra, señor Nogués? No sabe lo que lamentamos todos...

—Muchas gracias, Alicia, pero no puedo perder un instante. Anote usted un número —Ramon deletreó los dígitos— y compruebe a quién pertenece ese teléfono en Londres. Es muy importante y además muy urgente. Cuando tenga los datos me llama inmediatamente.

Cerró el móvil y murmuró:

—Para algo ha de servirnos trabajar en Telefónica.

—¿Qué es todo eso de Londres, inspector Blackman, destrozo de tu vivienda, ofertas de compras o amenazas a tu hija? —Enric estaba atónito. Aquello era demasiado, después de la impresión que le había producido la lectura de los documentos—. ¿Qué está pasando aquí? Creo que tengo derecho a saberlo.

Marta y Ramon intercambiaron una mirada.

—¿Qué es lo que ocurre aquí? ¿En qué lío estáis metidos? —insistió Enric.

Marta, aunque se sentía partícipe de todo aquel embrollo entre otras razones porque el propio Ramon la había involucrado desde el primer momento, entendía que era él quien debería dar explicaciones porque, desde luego, no podían seguir ocultándole a Enric la situación en que se encontraban. Por otro lado, se sentía comprometida con Enric, porque era ella quien lo había llamado. Se hizo un silencio incómodo que, aunque breve, a todos les pareció demasiado largo. Fue el medievalista quien dio una vuelta de tuerca a la situación.

—Está bien, si no queréis hablar, tampoco lo haré yo. Y como lo que tenía que hacer aquí ya está hecho, lo mejor es que me largue con viento fresco.

Hizo ademán de levantarse, pero Ramon lo detuvo, poniéndole una mano en el hombro, en un gesto que tenía algo de cariñoso.

—Aguarda un momento. Efectivamente, creo que te debemos una explicación.

Enric se sentó y Ramon en pocas palabras lo puso al corriente de todo. Las llamadas de teléfono de un individuo con acento sudamericano que deseaba comprarle la cartera y que, ante su negativa, habían destrozado su casa, asesinado a su asistenta y después amenazado con hacerle algo a su hija. Eso explicaba la llamada del inspector Blackman.

—¿Sabes algo más de esa gente? —preguntó Enric, interesado, pero todavía molesto por no haberle contado todo aquello, sino después de que la llamada de Londres los hubiese obligado a hacerlo.

—El que amenaza por teléfono dice hablar en nombre de una Sociedad Thule.

—Ya te he oído nombrarla, pero no me había enterado de que los que te amenazan hablan en su nombre —comentó Enric—. ¡Eso es muy grave!

—Eso es al menos lo que afirma el tipo que me amenaza y, desde luego, no se andan con bromas.

El medievalista, creador de juegos de rol, resopló con fuerza:

—¡La hostia!

Se puso de pie y le pidió a Marta un tercer café.

En aquel momento sonó el teléfono móvil de Ramon. Lo abrió y vio el número reflejado en la pantalla:

—Es mi secretaria.

Pulsó una tecla.

—¡Dígame, Alicia! ¿Qué ha averiguado?

—El número que me ha dado corresponde a una comisaría de Scotland Yard. Está situada en New Bond Street. ¿Quiere que averigüe algo más?

—No, no. Muchas gracias, Alicia. —Cerró el teléfono y comentó—: Quien llamaba de Londres era la policía. La llamada procedía de la comisaría de New Bond Street; está muy cerca del domicilio de mi hija.

Inmediatamente, Enric preguntó:

—¿Sabéis lo que fue la Sociedad Thule?

—Una sociedad formada por intelectuales y otras gentes surgida en Alemania a principios del siglo xx y que fue decisiva en la configuración y el impulso que permitió el crecimiento del Partido Nacional Socialista —comentó Marta con tono profesoral.

—¡Déjate de pamplinas! —la interrumpió Enric—. ¡La Thule Gesellschaft fue el círculo esotérico más poderoso del mundo! Reunió a varios de los más importante magos negros de la época y, a través de sus relaciones con los círculos internos de otras sociedades secretas, buscaron el contacto con los «Superiores Desconocidos». ¡Gente muy peligrosa! —Enric se detuvo un momento, reflexionando—. ¡Santo Dios! ¡Esa gente es lo que dice ser y yo sé por qué quieren esos papeles!

—¿Agente Murray?

—¿Quién llama?

—Soy el comisario Oates. Tengo que darle los datos que necesita.

—¡Le escucho, comisario!

—¿Algún problema, Murray? Se oye mucho ruido de fondo.

—¡Señor, estoy ya en el aeropuerto!

—Escuche atentamente. Hemos localizado a Nogués. Se le ha hecho una llamada que hemos alargado lo suficiente para que nos diese tiempo a localizar su posición exacta. A las nueve menos diez de la mañana estaba en un inmueble de una calle denominada Mallorca. —En aquel momento Oates percibió un fuerte ruido a través del auricular, tan fuerte que le obligó a retirarlo de su oído.

—¿¡Cómo ha dicho que se llama la calle!?! —Murray estaba gritando.

—¡Mallorca, como la isla de las vacaciones! ¡El número es el doscientos sesenta y tres; por los datos que tenemos debía de ser la quinta o la sexta planta! ¿Se ha enterado?

—¿Puede repetírmelo, comisario?

—¡Calle Mallorca doscientos sesenta y tres, quinta o sexta planta!

—¡Se lo repito, comisario! ¡Mallorca, doscientos sesenta y tres, quinta o sexta planta!

—¡Correcto!

—¡Buen trabajo, comisario!

—¡Suerte, Murray!

—¡Gracias, señor! ¡Pero creo que se le olvida algo!

—¡Claro, claro! ¡Qué cabeza la mía! ¡Anote, Murray!

—¡Cuando quiera, señor!

El comisario le desgranó los nueve dígitos de un número de teléfono que el agente escribió en el mismo papel donde había anotado la dirección. Luego hicieron la comprobación de rigor por el procedimiento de repetir por parte de Murray los

números anotados. Todo estaba correcto.

Lucas, el portero del inmueble, saludó a la señora Amat, sin dejar de mirar de reojo al individuo embutido en una camiseta negra que la acompañaba. No le cuadraba el aspecto del medievalista, quien, absorto en sus pensamientos, no se fijó en el portero. Marta y Enric se despidieron en la puerta con un «Hasta ahora». Mientras él marchaba en busca de su motocicleta, ella caminó por la amplia acera de la calle Mallorca, en dirección a una parada de taxis, pues se sentía demasiado cansada como para desplazarse en su propio coche. Había decidido ir a su facultad, en el campus de Pedralbes, para recopilar toda la bibliografía que pudiese serles de utilidad y de paso cambiar de fecha la clase que tenía que impartir aquella tarde en un curso de posgrado. Enric, por su parte, se aprovisionaría de la bibliografía esotérica que guardaba en su domicilio y tal vez acudiría a la librería Artúrica para completar lo que necesitase. Estaba seguro de que allí lo encontraría.

Ninguno de los dos se percató de que varios hombres acechaban, pendientes de sus movimientos. Bastó una breve indicación de cabeza de un individuo que aparentaba leer el periódico para que otro siguiese los pasos de Enric. Marta, absorta en sus pensamientos, no se percató de que un coche, que estaba estacionado junto al bordillo de la acera de enfrente con un conductor al volante, arrancó y haciendo una rápida maniobra se desplazó al otro lado de la calle. Tampoco se dio cuenta de que dos individuos apretaban el paso hasta ponerse a su altura. Apenas había caminado desde la puerta de su casa medio centenar de pasos, cuando sintió que alguien le presionaba en los riñones con un objeto sólido. No tuvo tiempo de reaccionar. Los dos tipos la flanqueaban por los costados de forma que se encontró atrapada. Instintivamente trató de mirar hacia atrás, hacia donde se marchaba Enric, pero uno de los individuos debió de adivinarle la intención porque le susurró con dureza:

—¡Ni se le ocurra! Siga caminando y no haga ningún movimiento extraño. —La voz tenía un marcado acento extranjero, pero desde luego no era sudamericano—. Haga lo que yo le diga y le prometo que no le ocurrirá nada.

Marta pensó en gritar, pidiendo auxilio. Había alguna gente por la calle. El individuo que la encañonaba adivinó otra vez su pensamiento.

—No haga lo que está pensando y siga caminando.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué es lo que quieren de mí?

—No haga preguntas y siga caminando.

Apenas habían recorrido veinte pasos cuando de improviso se abrió la puerta trasera del vehículo —negro brillante y con cristales tintados— que les había sobrepasado y estaba detenido junto a la acera con los intermitentes encendidos. Todo fue muy rápido. Sin apenas enterarse, Marta se vio en el interior del coche. Estaba claro que quienes acababan de secuestrarla eran profesionales. Quedó literalmente

atrapada en el asiento trasero con los individuos que la habían sorprendido sentados uno a cada lado. En la parte delantera otro tipo acompañaba al conductor. El que le había dado las instrucciones, dio órdenes escuetas y precisas.

—Vámonos. Conduce con normalidad, sin estridencias.

Marta estaba asustada. «¿Quiénes serían aquellos tipos que actuaban como si llevarse a una persona en plena calle fuese la cosa más normal del mundo?» La dureza del acento del único que había abierto la boca, le hizo pensar que se trataba de alemanes o algo parecido.

Angustiada, insistió una vez más:

—¿Qué es lo que quieren de mí?

El individuo que le había dado las instrucciones la miró a los ojos. Tenía una mirada como la de los asesinos de las películas. Marta se arrepintió de haber preguntado.

—¡Que se calle de una puta vez! ¡Ya tendrá ocasión de hablar!

El coche se incorporó al tráfico que circulaba por el paseo de Gracia y subió hasta la Diagonal. Allí giró a la derecha buscando la ronda que le conduciría en dirección a la zona industrial de Badalona, Mataró y Granollers. Al llegar a la altura de la plaza de les Glòries el individuo que iba junto al conductor sacó de la guantera una capucha negra que pasó para atrás. Antes de que Marta se percatase de nada habían embutido su cabeza en la capucha, a la vez que la sujetaban por las muñecas. Forcejeó, pero sus esfuerzos resultaron inútiles. Clavó el tacón de uno de sus zapatos en el pie del que le había colocado la capucha y la respuesta que recibió fue una bofetada que la dejó semiinconsciente. Notó en sus labios un líquido caliente, salado y viscoso: su propia sangre, que manaba de la comisura del labio. Realizó parte del recorrido aturdida, en una nebulosa mental. No podría decir cuánto estuvo en el automóvil porque había perdido la noción del tiempo. Aquellos cuatro individuos no cruzaron una palabra a lo largo de todo el trayecto. Estaba claro que no querían dejar un solo rastro.

Conforme pasaban los minutos crecían los temores de Marta, aunque estaba segura de que su secuestro tenía que ver con la cartera. El silencio la ponía nerviosa; sintió cómo le invadía el pánico cuando reparó en que si aquellos individuos no hablaban era para no dejar pistas y eso significaba que tenían pensado matarla porque había visto sus rostros. Luego pensaba que no, que no la matarían porque entonces para qué iban a mostrarse tan cautelosos. Si fuesen a asesinarla no les preocuparía tanto. Pensaba que todo lo que pasaba por su cabeza era una forma de darse ánimos a sí misma. Entre las angustias que la embargaban y el atontamiento por los efectos del golpe transcurrió el tiempo que duró el recorrido.

Cuando el coche se detuvo, Marta escuchó el zumbido de una puerta metálica, supuso que abriéndose, porque cuando cesó el vehículo se puso en movimiento de nuevo y se desplazó una veintena de metros hasta detenerse definitivamente. Otra vez el zumbido le indicó que la puerta se movía de nuevo; dedujo que ahora lo hacía para cerrarse.

Acababan de secuestrarla a plena luz del día en el mismísimo corazón de Barcelona.

Le ayudaron a bajar del coche y le quitaron la capucha, pero uno de aquellos matones, pues de eso tenían pinta, la mantenía cogida por una de sus muñecas. Apretaba con tanta fuerza, que le hacía daño. Pensó que el recorrido no había sido muy largo, una hora aproximadamente, pero le llamó la atención la molestia que le causó en los ojos la luz de unos tubos fluorescentes colgados del techo, que era toda la iluminación que tenía una nave de unos ochocientos metros cuadrados. En su interior no había nada salvo unas sillas plegables, pegadas a la pared y el coche en el que habían llegado. Al fondo se abría una puerta sobre la que podían leerse las letras W. C. Al lado, apilados como si fuesen bocoyes de vino, había varios bidones de gasolina pintados de color naranja.

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó Marta sin que su pregunta obtuviese respuesta.

Después de unos minutos, durante los que tres de los individuos, que se habían alejado algunos metros —el cuarto era el que la tenía sujeta—, cuchichearon en voz baja, el que le había hablado en la acera de su calle le ordenó:

—Coja su móvil y dígame a su amigo que está secuestrada y que queremos la cartera que ha depositado en una caja fuerte de la sede central de La Caixa.

—¿Cómo sabe usted eso?

Los labios de Yuri Kornienko —mano derecha del mafioso Boris Nemiaskin— se curvaron en una sonrisa irónica. Su rostro inspiraba cualquier cosa menos confianza.

—Si hubiese sido un cebo, la linda palomita no se habría percatado del veneno que llevaba. ¡Suéltala! —ordenó al que la sujetaba por la muñeca.

Se irritó consigo misma al darse cuenta de que había picado inocentemente. Su pregunta confirmaba al secuestrador que la cartera estaba depositada en una caja de seguridad de La Caixa.

—Llame ahora a su amigo —miró el reloj de su muñeca, un Rolex de oro macizo y formas exageradas— y dígame que tiene dos horas para estar en la puerta principal de la Caja con la cartera, que allí recibirá nuevas instrucciones. Dígame que lo haga si quiere que a usted no le ocurra nada.

«Si a Ramon le habían dicho que querían la cartera porque les pertenecía, estaba claro que aquellos sujetos eran de la Sociedad Thule —pensó Marta—. ¡Eran alemanes de la Sociedad Thule! Probablemente no eran los mismos que habían amenazado a Ramon por teléfono, y eso explicaba lo del acento.»

—Yuri, ¿qué hacemos nosotros? —preguntó el que había conducido el vehículo, que era el mismo que la había sujetado por la muñeca.

—¡Eres un imbécil! ¡Había dejado claro que nada de nombres!

—Lo siento. —El conductor estaba azorado.

—¡Cierra el pico y aguarda! Y usted —no gritó, pero su voz era amenazante— llame a su amigo. Procure convencerlo si quiere conservar la vida y algo más.

Sus últimas palabras arrancaron una sonrisa en los otros individuos.

Un escalofrío recorrió la espalda de Marta. La voz del tal Yuri sonaba fría, la amenazaba de muerte como si le hubiese dicho que la invitaba a tomar café. Marta, que no acababa de salir de su atolondramiento, estaba paralizada. La desagradable voz del ruso, porque si se llamaba Yuri tenía que ser ruso, ucraniano o de aquella zona, la aterraba. Tal vez pertenecían a alguna de las mafias que operaban en Cataluña, sobre todo en la Costa Brava. ¡Se contaban cosas horribles de aquella gente! Además no estaba acostumbrada a un trato como aquel. En su mundo las maneras eran muy diferentes; aunque hubiese mucha maldad, nunca se perdían las formas. La gente era educada.

—¡Le he dicho que llame!

Marta reaccionó y se puso a buscar su teléfono móvil en el bolso. Tardó más de lo normal, atenazada por los nervios. Buscó en la memoria el número y pulsó la tecla de llamada. Al tercer tono surgió la voz de Ramon:

—Marta. ¿Has llegado ya a la facultad?

—Escúchame con atención. —La voz le temblaba y Ramon se percató de que algo grave había ocurrido.

—¿Has tenido algún percance?

—¡Me han secuestrado!

—¿Qué...?

—¡Que me han secuestrado! —Marta tenía unas ganas infinitas de llorar. Pero se contuvo para no dar un espectáculo delante de aquella gentuza.

—¿Dónde estás?

Marta miró alrededor. Los cuatro hombres tenían la mirada clavada en ella. Bajó los ojos.

—No tengo ni idea, en una nave.

—¿En una nave? ¿Te han llevado a un barco?

—¡Es una nave industrial!

Hubo un breve silencio. Marta, además de asustada, estaba avergonzada. Aquellos tipos, que no perdían detalle de su conversación, la estaban desnudando con la mirada.

—Quieren la cartera, Ramon.

—Ya lo supongo. —La voz de Ramon sonó en sus oídos muy distante.

—Saben que está depositada en una caja fuerte de La Caixa.

—¿Cómo saben eso?

—No lo sé, pero lo saben.

—¡Santo Dios!

Yuri se acercó a Marta y aproximó la boca a su rostro. Instintivamente ella se encogió.

—Dígale a su amigo que si no nos da la cartera con los documentos, la violaremos primero y la mataremos después. ¡Dígaselo! —El aliento del ruso

apestaba a alcohol y tabaco.

—Ramon, dicen, dicen... —a Marta le costaba trabajo decirlo—... que me violarán y me matarán si no les das lo que quieren.

—¡Ya he escuchado a ese cabrón, hijo de perra!

Kornienko escuchó perfectamente las palabras de Ramon.

—Dígale a su amigo que tiene dos horas para entregarnos la cartera; exactamente dos horas menos cinco minutos. Tiene de plazo hasta la una en punto. Y dígame también que yo no le he insultado a él.

A Marta le pareció terrible que, pese al insulto, ni se hubiera inmutado. Aquel tipo era de una frialdad que estremecía.

Kornienko dio un mordisco al extremo del puro que tenía en la mano y escupió el trozo que había cortado. Lo chupó mirando a Marta a los ojos y con un gesto teatral lo encendió con un Dupont de oro, cuadrado, macizo y muy labrado, del que salió una llama de cerca de diez centímetros. En pocos segundos el habano quedó encendido; después expulsó el humo echándoselo a Marta en el rostro.

—¡Canalla!

Marta se estremeció, después de escuchar sus propias palabras.

—¡Dígale a su amigo que tiene dos horas! —le ordenó.

—Nos dan dos horas de plazo, hasta la una.

—¡Ya lo he oído, joder!

Otra vez se produjo un silencio en el teléfono, un silencio cargado de tensión.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Marta con la voz angustiada. Pasaron unos segundos hasta que escuchó la voz de Ramon.

—¿Qué es lo que tengo que hacer exactamente?

Marta tenía los ojos fijos en el suelo. Sabía que aquel apestoso ruso —en su cabeza la machacaban unas imágenes horrorosas; se imaginaba a aquellos canallas haciéndole toda clase de sevicias— había escuchado las palabras de Ramon. Estaba encima de ella, como una corpulenta amenaza de un metro noventa por lo menos. Quería humillarla y que fuese ella la que lo dijese.

—¿Su amigo no responde? —preguntó con ironía.

Marta no tuvo otra alternativa.

—Pregunta qué es lo que tiene que hacer.

—¡Bravo! —Kornienko sostuvo el puro entre los dientes y aplaudió—. Se nota que su amigo la quiere mucho. Es usted muy bonita y no desea que le hagamos daño. Dígame que esté a la hora convenida en la puerta de La Caixa con la cartera en la mano y que tenga el teléfono móvil a punto. En ese momento usted misma le dará las instrucciones precisas, ¿o tal vez es más correcto decir pertinentes? —ironizó—, para hacernos entrega de la cartera.

—¡Váyase a la mierda! —le gritó Marta. Después de decirlo se sorprendió a sí misma. No sabía cómo, pero había sido capaz de insultar a aquel mafioso.

—No tengo pensado ir a ese lugar, que tal vez usted conozca cuando me lo

recomienda tan vivamente.

Lo dijo sin inmutarse. Aquello era lo que resultaba tan peligroso del individuo que le estaba echando el humo de su cigarro en la cara. Los insultos no lo alteraban o por lo menos no lo alteraban fácilmente. Parecía estar hecho del hielo de las estepas de su tierra. Solo le había visto irritarse cuando uno de sus secuaces pronunció su nombre.

—Dígale también a su amigo que no haga trampas y, por supuesto, que no se le vaya a ocurrir la idea de avisar a la policía. Cometería un grave error y usted sería la primera en pagar las consecuencias. Alguno de mis hombres está deseando que sea eso precisamente lo que ocurra. —Se pasó la lengua por los labios en un gesto cargado de obscenidad.

En aquellos momentos tres pasajeros habían tomado tierra en el aeropuerto del Prat, procedentes de Londres en el vuelo de British Airways. No llevaban equipaje salvo un maletín con un compartimiento secreto forrado con una gruesa placa de aluminio.

La dirección que dieron al taxista era el número 214 de la calle Mallorca. Uno de ellos al menos hablaba un perfecto castellano, aunque con marcado acento inglés.

Enric Martí, que, sin percatarse de nada, había sorprendido al individuo que lo seguía cuando se montó en su motocicleta —impidiendo que lo controlase—, había regresado al domicilio de Marta con una bolsa cargada de libros, minutos después de que Ramon hubiese recibido la llamada de Marta anunciándole las exigencias de sus secuestradores. Cuando lo supo, Enric se quedó estupefacto.

El ejecutivo de Telefónica maldecía una y otra vez el legado de su abuelo.

¿Cómo era posible que sabiendo, porque el viejo conocía el contenido de aquellos papeles, el secreto que escondían, le hubiese endosado un muerto como aquel?

Dos de las frases de la carta en la que le comunicaba su decisión («... contienen algo terrible y poderoso a la vez! ¡Los poderes del mal que los nazis invocaron para dominar al mundo están en esa cartera!»), tenían más sentido después de lo que Enric les había explicado a Marta y a él. Habían acordado que antes de tomar ninguna decisión se documentarían lo más posible. Ramon, que conocía la profesionalidad de Marta, estaba sorprendido por la capacidad de Enric, cuya valía —según palabras que el propio Ramon le había dicho antes de que acudiese a su casa a por la bibliografía — estaba desperdiciada en pamplinas como los juegos de rol y otros entretenimientos.

—¿Qué piensas hacer?

Ramon se encogió de hombros.

—¿Qué crees tú? —El propio Ramon se dio la respuesta—: Entregarles la cartera, ¿qué otra cosa podría hacer?

El medievalista apretó los labios.

—La situación es jodida, porque esos cabrones son capaces de asesinar a Marta.

—¡Que no te quepa la menor duda!

Hubo un breve silencio.

—¿Te has parado a pensar lo que una gentuza así puede hacer con una información como esa en su poder? —comentó Enric, más como una reflexión que como una pregunta.

—Aunque no me hago muy bien a la idea del alcance de su contenido, solo pensarlo resulta horrible.

—¿Has descartado acudir a la policía?

—Me temo que esa sería la peor solución. No creo que sean capaces de rescatar a Marta en las dos horas de plazo que nos han dado porque no tenemos ni idea de dónde la tienen; solo sé que es una nave industrial. ¡Ya te lo puedes imaginar! Creo que avisar a la policía lo único que haría en estas circunstancias sería embrollarlo todo. —Nogués estaba pensando en Planelles.

—Supongo que sí —asintió Enric.

Otra vez se hizo un silencio que ahora duró varios minutos, sumido cada uno en sus propios pensamientos.

—¿Qué tienes que hacer cuando hayas sacado la cartera de la caja de seguridad?

—Esperar instrucciones.

—¡Joder! Tenemos poco margen de maniobra.

Ramon agradeció en su fuero interno el que el medievalista hablase en plural.

—¿Crees que debo acompañarte a La Caixa para que no vayas solo? —le preguntó Enric.

—No sé si será una buena idea. Lo mismo te tienen localizado quienes han raptado a Marta, seguramente te vieron con ella cuando salisteis juntos. En todo caso, es seguro que tendrán la casa bajo vigilancia y te habrán visto entrar. Me temo que con eso, solo empeoraríamos más las cosas.

—Comprobar que me siguen, estando sobre aviso, no creo que sea muy complicado. ¿Cuánto tiempo nos queda?

—Hora y media.

—¡Ahora vuelvo! —Enric no dio opción a nada.

—¿Se puede saber qué vas a hacer? —preguntó un sorprendido Ramon cuando el medievalista salía ya del salón. No obtuvo respuesta.

—¡Ten mucho cuidado! —le gritó Ramon sin saber si lo había escuchado.

Al bajarse del taxi, a uno de los ocupantes se le cayó una fotografía a la que no había dejado de echar ojeadas durante todo el trayecto. En ella se podía ver con toda nitidez el rostro de Ramon Nogués. La habían escaneado de un original que les había proporcionado Ann Croft en la que aparecía con su hija cogida de la mano. Los servicios técnicos de la policía habían hecho un excelente trabajo. La recogió y se la guardó en el bolsillo de la cazadora.

Estaban delante de la fachada del edificio rotulado con el número 214 de la calle Mallorca. El tráfico desde el aeropuerto había sido fluido y el taxista había empleado veinte minutos en llevarlos hasta allí.

Comprobaron hacia dónde iba la numeración. Cruzaron la calle y entraron en una cafetería que había en la acera de los números impares, llamada El Vermutito. En el local había varios clientes, todos ellos acodados en la larga barra del establecimiento. Mientras uno de los agentes británicos se acercaba a la barra, los otros dos entraron en el servicio de caballeros. Uno de ellos bloqueó la puerta con su propio cuerpo para evitar que alguien entrase, mientras el otro abrió el maletín accionando los cierres de seguridad.

En su interior había un complicado mecanismo de transmisiones, que puso en funcionamiento. Sacó de un bolsillo de su pantalón un papel donde había anotado el número del teléfono móvil de Ramon y lo introdujo en la memoria de un pequeño receptor, luego se lo guardó y cogió del maletín una pequeña bola no mayor que la

cabeza de un alfiler de novia, echó sobre ella una gota de un líquido viscoso y rápidamente se la llevó a su oreja derecha, colocándola en uno de los repliegues internos, donde quedó adherida. Se quitó el cinturón y abrió una finísima cremallera que lo recorría en toda su longitud y colocó varios mecanismos, uno de los cuales lo sujetó con unas pequeñas abrazaderas a la hebilla de forma que se confundía con ella. Finalmente se quitó la chaqueta y por dentro de la camisa deslizó un delgado hilo cuyo grosor no era mayor que el de un fino sedal de pesca, se lo sacó por el cuello — el hilo quedaba camuflado sobre la piel— e introdujo en su oído izquierdo la pequeña bola que había en el extremo. Volvió a colocarse la chaqueta y movió la espalda, acomodándose el hilo del transmisor.

—¿Has terminado? —le preguntó el que aseguraba la puerta del aseo con su cuerpo.

—Solo un momento.

El agente que se había colocado los microtransmisores accionó un pequeño mecanismo disimulado en el interior de la maleta y apareció un nuevo compartimiento forrado de aluminio donde había, negras y pavonadas, tres pistolas con sus cargadores, tres silenciadores y otros tres cargadores más. Cogió una de las pistolas, un silenciador y un cargador, y se los entregó a su compañero; cogió otra dotación para él y salió del servicio dejando allí el maletín. Se acercó hasta la barra y el que había esperado entró entonces en el aseo. Al cabo de un minuto salió con el que había aguardado allí, con el maletín. Nadie se había percatado de lo que había ocurrido. Un par de tragos les bastaron para consumir los refrescos, pagaron y abandonaron el local. Habían empleado exactamente cinco minutos y medio.

Eran pasadas las once y media cuando los tres británicos caminaban, dos por una acera y el tercero por la otra, hacia el número 263 de la calle Mallorca, atentos a todo lo que había a su alrededor y a cualquier movimiento extraño. La calle estaba concurrida, lo que era una ventaja para pasar inadvertidos, pero también una dificultad si era necesario entrar en acción.

Muy pronto el que iba solo se percató de la presencia de un individuo que, sentado en un banco y con un periódico en las manos, no dejaba de lanzar miradas a la puerta del inmueble que buscaban. Hizo un gesto casi imperceptible a sus compañeros. Se detuvo ante el escaparate de una tienda de electrodomésticos y observó atentamente al del periódico, a través de la reluciente luna del establecimiento. Era un joven de entre veinticinco y treinta años, pelo rubio y tez muy blanca, aunque bronceada.

Los otros dos agentes habían continuado su paseo, dejado atrás el número 263 y llegado hasta el final de la manzana, donde se detuvieron ante el paso de peatones. Aguardaron a que el semáforo les permitiese cruzar para hacer el recorrido inverso por la otra acera. Estaban en medio de la calzada cuando se abrió la puerta del número 263. Un individuo se detuvo en el umbral; vestía una camiseta negra en la que podía leerse «¡Salvad a las ballenas!». Miró hacia ambos lados y después echó a

andar lentamente hacia la parte de la calle por donde ya subían los dos agentes británicos. El que simulaba interés por los electrodomésticos vio que el joven que aparentaba leer el periódico se levantaba del banco, doblaba el diario, colocándose debajo del brazo, y hacía un gesto en dirección al ventanal de una cafetería que había al otro lado de la calle. Instantes después dos individuos aparecieron en la puerta del establecimiento. Uno de ellos estaba cortado por el mismo patrón: alto, rubio, ojos azules y piel muy blanca. El otro era algo mayor, unos cuarenta años, también de elevada estatura, pero su pelo era negro y empezaba a platear por las sienes. Tenía la tez mucho más curtida.

Enric caminó despacio hasta el lugar donde se encontraba aparcada su motocicleta, se había percatado de que su salida había provocado el movimiento del joven rubio que se sentaba en el banco y por su cabeza pasaron unas imágenes.

Él había visto a aquel individuo con anterioridad, aunque no podía precisar dónde. Buscaba la información en los registros de su memoria, pero no encontraba el dato. Llegó hasta donde estaba la motocicleta, giró la llave de contacto y levantó el asiento; hizo como que buscaba algo en aquel espacio que hacía las veces de guantera y observó que el individuo se encontraba a pocos metros; lo miró con descaro y el otro desvió la vista, tratando de disimular. El medievalista cogió la documentación de la motocicleta, cerró el compartimiento. Ya tenía la certeza de que lo estaban vigilando. Desanduvo el camino hasta la puerta de la casa, pulsó el interfono y comprobó que el sujeto había vuelto sobre sus pasos. No había duda, le estaban vigilando. Muy cerca de la puerta, a su espalda, tres ingleses comentaban la mejor de las direcciones para llegar hasta una casa de Gaudí que había en las proximidades.

—¿Quién es? —La voz que salía del portero automático, sonaba tan distorsionada que apenas se entendía.

—Abre, Ramon. Soy Enric.

Un segundo después sonó el chasquido del cierre. Entró rápidamente y se aseguró de que la puerta quedaba cerrada. Mientras aguardaba el ascensor, recordó dónde había visto la cara del joven rubio. Lo había visto por la mañana cuando, junto a Marta, salió para dirigirse a su casa en busca de los libros; ya entonces aquel individuo estaba merodeando por allí.

—Están en la calle y nos vigilan de cerca. Estoy seguro de que saben que tengo algo que ver con todo esto, probablemente porque me vieron salir con Marta —soltó Enric nada más abrirle Ramon la puerta.

—¿Estás seguro?

—Completamente. El individuo que acecha, ignoro si tiene algún compañero, está abajo por lo menos desde que Marta y yo salimos esta mañana.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque he recordado su cara.

—Eso significa que tiene que ver con el rapto de Marta —comentó Ramon.

—Sin duda ninguna.

—En ese caso, lo mejor que puedes hacer es permanecer aquí. Yo me marchó ya porque andamos mal de tiempo. Anota el número de mi móvil y hazme una llamada para que quede registrada. Si ves que te llamo, quiere decir que hay problemas. Avisa a la policía, trata de hablar con un comisario que se llama Eugenio Planelles; pertenece a la comisaría de Vía Layetana y está al tanto de las amenazas, aunque no tiene todos los datos de este lío. No sabe que lo que buscan estos tíos es la cartera de Himmler. Si te llamo al teléfono fijo de Marta será algo menos urgente, ¿de acuerdo?

Enric asintió.

Ramon le dio el número de su teléfono móvil y el medievalista hizo la llamada.

—Lamento no poder acompañarte, pero si lo hago estos tíos sospecharán.

—No te preocupes.

Enric miró fijamente a los ojos de Ramon.

—¿Sabes una cosa?

Ramon se encogió de hombros.

—No, si tú no me la dices.

—Que eres legal, Nogués.

—¿Qué quieres decir?

—Que cuando anoche te vi pensé que eras un maldito yuppie, preocupado por trepar y por ganar dinero.

—¿Y qué te ha hecho cambiar de opinión? —Ramon aparentaba hablar mecánicamente; estaba desbloqueando en su teléfono la opción que ocultaba la identidad de sus llamadas. Si no lo hacía y se veía en la tesitura de llamar a Enric, este no podría identificarla.

—Te han ofrecido pasta por esos papeles y te has negado. Ahora vas a entregárselos, no sé si acertadamente o no, para salvar la vida de Marta.

Ramon levantó la vista de su teléfono y le sostuvo la mirada:

—¿Tú no lo harías, si estuvieses en mi lugar?

Enric se encogió de hombros.

—Menos mal que no soy yo quien tiene que decidir.

—¿Por qué lo dices?

—Porque no sé lo que haría si estuviese en tu pellejo y porque tampoco estoy seguro de que lo que estamos haciendo sea lo mejor. —Hizo un gesto con la cabeza señalando hacia el despacho—. Lo que hay ahí es una bomba que en manos de esos canallas... Por eso te he dicho antes que no sé si lo más acertado es entregárselos.

—Tampoco yo sé muy bien por qué lo estoy haciendo. Ayer me amenazaron con mi hija y me resistí. Y, sin embargo, ahora... ahora... —Ramon vacilaba, buscando la palabra adecuada—... ahora he claudicado.

—Eso es cierto solo en parte.

—¿Solo en parte?

—Te olvidas de que entre ambos casos existe una diferencia muy importante.

—¿Cuál?

—Por lo que me has contado, la amenaza sobre tu hija era algo difuso, a Marta la han secuestrado, eso es algo muy concreto. Además... —Enric no concretó ese añadido, Ramon frunció el ceño.

—Además, ¿qué?

—Que Marta y tú... En fin, ya me entiendes... Aunque tú lo hayas negado...

—Te equivocas. —Ramon añadió a sus palabras una negación de cabeza, aunque lo hizo con poca convicción.

—Quien se equivoca eres tú si piensas que soy yo el que está equivocado.

Ramon esbozó una ligera sonrisa.

—Creo que no es el momento más adecuado para una discusión como esa.

Miró la hora y se guardó el móvil. Después comprobó que llevaba el resguardo y la clave de la caja de seguridad. Pensó en lo estúpido que había sido teniendo ambos papeles en el mismo sitio. Ya no importaba demasiado, pero había sido una insensatez.

—Si no me marcho ya, no llegaré a tiempo.

—Una última pregunta.

—Rápido.

—¿Qué garantías tenemos de que una vez tengan la cartera en su poder soltarán a Marta?

—Cuando saque la cartera de la caja de seguridad, tengo que aguardar nuevas instrucciones. Pero puedes dar por descontado que no se la entregaré hasta que Marta esté a salvo.

Los dos hombres que se habían conocido apenas hacía unas horas se abrazaron como si fuesen viejos amigos. Se había establecido una corriente de simpatía entre ellos, posiblemente porque les había tocado afrontar, desde el mismo lado, una situación erizada de dificultades.

—Procura que todo salga bien. Por Marta y también por ti. —Se le había formado un nudo en la garganta. En el fondo, Enric Martí era un sentimental.

Ramon había salido al amplio rellano del apartamento y se disponía a pulsar el botón para llamar al ascensor. El medievalista le miraba desde la puerta como si estuviese despidiéndose de él para siempre. Sonó el chasquido del ascensor al pararse.

En la calle los británicos no perdían de vista a los tres individuos que ya tenían localizados. Los dos de la cafetería habían vuelto al interior del establecimiento, donde permanecían atentos a cualquier movimiento que se produjese, mientras que el del periódico paseaba por la acera con poco disimulo, pero sin perder de vista la puerta de la casa.

Hacía un par de minutos que uno de los agentes, el que controlaba las transmisiones, había comunicado a sus compañeros con la satisfacción dibujada en la

cara:

—Tenemos suerte. Ya está bajo control. Por alguna razón ha desactivado el mecanismo de bloqueo de su teléfono, lo que nos va a permitir entrar en él sin dificultad, además de tenerle localizado en todo momento.

Un empleado de La Caixa, escoltado por un guardia de seguridad, acompañó a Ramon Nogués hasta la dependencia, situada en la segunda planta del subsuelo donde estaban las cajas privadas de seguridad. Mientras que el guardia mantenía una actitud distante, el empleado se mostró obsequioso. Abrió la pesada puerta de gruesos barrotes que daba acceso a la cámara blindada, un espacio agobiante, no solo por el aislamiento sino por la escasa altura de su techo. En uno de los testeros estaban empotradas las cajas que se alquilaban a los particulares. El guardia esperó al otro lado de la reja.

En la pared del fondo había una pequeña dependencia que permitía a los usuarios aislarse en su interior para realizar las operaciones que deseasen, lejos de miradas indiscretas.

—Su caja, señor Nogués, es la 070301, ¿estoy en lo cierto? —El empleado sabía de sobra que era aquella, pero la pregunta formaba parte del rito.

—Así es, en efecto.

—¿Tiene la amabilidad de introducir su llave en la cerradura superior?

Ramon metió en la ranura la llave que le habían entregado en un sobre cerrado donde había estampado su firma en el borde de la solapa, de forma que garantizase la inviolabilidad de dicho sobre. La llave era de seguridad, con numerosas muescas y los rebordes caprichosamente recortados. El empleado hizo lo mismo con la que llevaba, las giro y tiró de la caja, valiéndose de las propias llaves. La trasladó, no sin esfuerzo, hasta la cabina del fondo.

—Ya sabe, señor Nogués, que para abrirla deberá teclear el código secreto. Aguardo fuera; si necesita algo no tiene más que llamarme.

Una vez solo, Ramon estiró los dedos y los movió. Le habían indicado que cada vez que pulsase una tecla se encendería una luz verde si la cifra introducida era correcta y que en caso de que se encendiese una luz roja significaba que la cifra introducida no era válida. Se podía errar dos veces, al tercer error el mecanismo se bloqueaba automáticamente. En tal caso, abrir la caja requería un procedimiento muy complejo. Al recordarlo y pensar que pudiese ocurrirle, sintió cómo una oleada de calor le subía por el cuerpo. Si se equivocaba, podía olvidarse de estar a la hora señalada en el sitio indicado.

Sacó de su cartera el papel con la clave y muy despacio fue introduciendo las diez cifras y letras.

Cada vez que introdujo un elemento parpadeó una luz verde. Un segundo después escuchó cómo ronroneaba el mecanismo de apertura, que concluyó con un chasquido metálico. Tiró de una pequeña pestaña y abrió la caja. Sacó la cartera y la colocó sobre la mesa. Al cerrarla volvió a escuchar el ruido del mecanismo. Salió de la

cabina y avisó al empleado que charlaba con el guardia, uno a cada lado de la reja, quien la colocó en su sitio. Abandonaron la cámara y el empleado cerró la reja de seguridad. Un ascensor los subió a la planta principal.

—Muy agradecido por todo. Hasta otro día —se despidió Ramon.

—Olvida algo, señor Nogués.

—¿Olvido algo? —Ramon pensó que tal vez era habitual dar una propina.

Le resultó muy extraño, pero metió la mano en su bolsillo dudando entre un billete de diez o de veinte euros.

—Tendrá que acompañarme para firmar en la solapa de un sobre nuevo que le garantice que sus llaves no han sido utilizadas por nadie. Es por su propia seguridad.

Menos mal que el empleado había sido explícito. Miró el reloj y comprobó que faltaba un cuarto de hora para la una. No le sobraba mucho tiempo.

—Claro, claro. No perdamos un instante, tengo mucha prisa.

—Acompañeme, señor Nogués, si es tan amable.

Antes de que Ramon hubiese salido a la calle, Hermann Gross tenía conocimiento de que la cartera había sido retirada de la caja de seguridad y que el señor Nogués se dirigía a la calle con ella en la mano. Verdaderamente los tentáculos de la Thule estaban muy extendidos.

Fueron las dos horas más largas de la vida de Marta, al menos las dos horas más largas de las que tenía memoria. Encerrada en una inhóspita nave, intimidada por cuatro mafiosos, que no pararon de fumar, de beber cerveza que sacaban de una nevera portátil del maletero del coche y de hablar sin que comprendiese nada de lo que decían. A veces, podía imaginárselo cuando en medio de risotadas le dirigían miradas tan obscenas que se sentía desnuda e impotente ante aquella basura humana. En un par de ocasiones le ofrecieron cerveza, que ella rechazó con dignidad.

El peor momento fue cuando uno de los individuos se le acercó, la miró con la lujuria asomando a sus ojos y sin decir palabra, le agarró un pecho, apretándoselo con tanta fuerza, que le produjo un intenso dolor. Marta no lo pensó dos veces y le golpeó en la cara con el puño y toda la fuerza que le daba la ira que la embargaba. No supo si le había hecho daño a aquella mala bestia, pero su reacción fue la de un animal. Por un momento, al ver la expresión de su rostro, pensó que iba a matarla, pero un grito de Kornienko lo frenó y se tuvo que conformar con pellizcarle con fuerza un pezón; le dolió tanto que hubo de hacer un verdadero esfuerzo para no gritar ni romper a llorar.

No se enteró de lo que el tal Yuri le dijo, pero supo que había tenido el efecto de una orden porque el energúmeno se alejó de ella mascullando lo que con toda seguridad eran amenazas e improperios. Después, durante un buen rato, hablaron en voz baja. Supuso que no podía ser nada bueno, aunque por la expresión de sus rostros parecía ser algo que los divertía. Se sentía tan mal que se tranquilizó algo cuando

aquellos animales trajeados volvieron a fumar, a beber y a proferir risotadas.

A partir de un momento determinado pudo percibir que una tensión creciente empezaba a hacerles mella. Pensó, aunque no pasaba de ser una suposición, que era la consecuencia de acercarse la hora fijada, aunque no tenía una percepción muy clara del tiempo transcurrido, ya que le habían quitado el reloj y el móvil. Le sirvió de orientación comprobar que no paraban de mirar sus relojes y el significativo hecho de que dejaran de beber. Solo fumaban.

Le produjo un sobresalto escuchar una música estridente. Era el teléfono móvil de Kornienko, quien contestó, ante la mirada expectante de sus hombres, con continuos movimientos de asentimiento con la cabeza. Cerró el teléfono y dijo algo. Luego se acercó hasta el rincón donde Marta se había refugiado.

—¡Llame a su amigo! —le ordenó a la vez que le entregaba su móvil.

Marta, que presa del temor había bajado la mirada cuando lo vio acercarse, levantó los ojos.

—¿Qué le digo?

—¡No pregunte y llámelo!

Cogió el teléfono y pulsó la llamada.

—¿Marta?

Le alegró escuchar la voz de Ramon.

—Hola, Ramon.

—¿Cómo estás? —Había mucha ansiedad en las dos palabras.

—Estoy bien, gracias. Aguarda un momento. —Tapó con la mano el micrófono y miró a Kornienko. El ruso, con una aspereza muy superior a la que había tenido con ella hasta entonces, le ordenó:

—¡Que le diga dónde está exactamente!

—¿Dónde estás, Ramon?

—En la puerta principal de La Caixa, tal y como tú me habías indicado.

Marta se lo dijo al ruso.

—Dígale que mire al frente. Verá un Mercedes negro aparcado junto a la acera. —Kornienko la trataba como si estuviese dando órdenes a uno de sus hombres.

—Mira al frente, verás un Mercedes negro que está aparcado junto a la acera.

—Lo veo.

—Ha visto el Mercedes —indicó Marta a Kornienko.

—Dígale que se acerque hasta el coche y le entregue la cartera al conductor.

A Marta se le contrajo el rostro.

—¿¡Que le entregue la cartera al conductor!? ¿Y qué pasa conmigo?

El ruso cogió a Marta por la muñeca y la apretó con fuerza.

—¡Suélteme! ¡Me está haciendo daño! —gritó.

El ruso aflojó la presión de su mano.

—No pregunte y haga lo que le ordeno.

Marta comprendió que si Ramon hacía lo que el ruso le estaba diciendo, estaba

perdida. Habrían entregado, sin ninguna garantía, la única moneda de cambio que tenían para ponerla a salvo. Sintió un escalofrío.

—Me dicen que te acerques y le entregues la cartera al conductor. ¡Pero yo no lo haría, Ramon! ¡No lo hagas! —gritó con fuerza.

Kornienko le arrancó el teléfono de la mano y le propinó un bofetón tan fuerte que la lanzó al suelo y rodó varios metros hasta chocar con la pared. El dolor de la boca, donde el labio inferior volvió a sangrarle, era muy intenso; notaba cómo le salía la sangre. Estaba aturdida, pero pudo escuchar las risotadas que su caída había provocado en aquellos individuos. También oyó al ruso gritar por el teléfono:

—¡Si no le entrega la cartera al conductor, torturaremos sin piedad a esta zorra! ¡Se arrepentirá mil veces de haber nacido!

A Ramon se le encogió el estómago cuando oyó al ruso y empezó a temblar, pero le quedaron arrestos para replicar:

—¡Pero tú no tendrás la cartera que tanto deseas!

—¡Tu amiguita va a pasarlo muy mal! ¡Primero la violaremos! ¡Luego nos divertiremos un rato! ¡Y finalmente se arrepentirá de haber nacido!

—¡Exijo garantías de que si entrego la cartera, ella quedará libre!

—¡Usted no está en condiciones de exigir nada! ¡No me haga perder la paciencia y entregue la cartera al conductor! ¡La vida de esa zorra está acabada! ¡Usted solo puede ahorrarle el sufrimiento! ¿Me ha entendido?

Marta, horrorizada, había empezado a gemir.

—¡No! ¡Si no me ofrece garantías de que a Marta no le ocurrirá nada, no tendrá la cartera!

Ramon, indignado y absorto en la conversación, no se había percatado de lo que ocurría a su alrededor. Un individuo se le había acercado por detrás. Sintió cómo le presionaban en un punto de la espalda y una voz le susurraba muy bajo, junto al oído:

—Deje de hablar, corte la comunicación, no haga ningún movimiento extraño y avance hacia el Mercedes como le han indicado.

—¿Quién es usted?

—El que le está apuntando con una pistola en los riñones. Si aprecia en algo su vida y la de su amiga, hará lo que le digo. ¡Camine!

Ramon cerró el teléfono. Sentía que una oleada de calor inundaba su cuerpo, junto a un cúmulo de sensaciones contradictorias, entre ellas la de impotencia. Se sentía estúpido. Había pensado que la posesión de la cartera era una especie de seguro. Demasiado tarde comprobaba que no había tomado ningún tipo de precaución y le habían cazado como a un conejo. Demasiado tarde también comprendía que no podía enfrentarse solo a gente que raptaba y mataba. Ahora la vida de Marta ya no valía nada y probablemente la suya tampoco. Pensó en el canalla que le había dicho por teléfono que estaban dispuestos a violar y torturar a Marta. Había empezado a caminar y pudo comprobar que las piernas le temblaban tanto que le costaba trabajo dar un paso.

—Un poco más deprisa —le apremió el individuo que le estaba encañonando, presionándole en los riñones con el arma.

Había poca gente por la zona, pero Ramon comprobó que algunos viandantes circulaban por la amplia explanada que se abría delante de la fachada principal de La Caixa.

Por un momento pasó por su cabeza la idea de ponerse a gritar y pedir auxilio. Pero comprendió que con un individuo apuntándole en la espalda y el Mercedes a pocos metros esa era una estupidez tan grande como no haber tomado ningún tipo de precauciones. Desechó la idea y avanzó en dirección al Mercedes; al acercarse comprobó que el coche tenía el motor en marcha. No le quedaba más remedio que entrar en el vehículo. Solo tenía una posibilidad muy remota de salir del atolladero en que se había metido: intentar llamar al teléfono móvil de Enric y que este avisase a Planelles. Aunque las posibilidades de que le encontrasen en una ciudad del tamaño de Barcelona eran más que remotas.

El delgado hilo que podía sostener un hálito de esperanza en Ramon se habría roto si el ejecutivo de Telefónica hubiese sabido lo que en aquel momento estaba ocurriendo en el apartamento de Marta.

—¿Quién es? —Enric respondía desde el otro lado de la puerta al timbrazo que le había sacado de la lectura en que estaba enfrascado. Había decidido, pese a la tensión en que se encontraba, que lo mejor era tratar de alejar de su cabeza los pensamientos que le agobiaban. Buscaba afanosamente información acerca de los «Superiores Desconocidos».

—¡El correo! —fue la respuesta que recibió.

Abrió la mirilla y vio a un individuo con traje gris, camisa blanca y corbata negra —indumentaria propia de los porteros de las casas acomodadas— con la cabeza agachada mirando un fajo de cartas que tenía en la mano. Mientras quitaba el cierre de seguridad, el medievalista pensaba en las ventajas de una casa con portero. Le subían a uno el correo hasta su vivienda, mientras que el común de los mortales lo tenía que recoger del buzón. Al abrir la puerta se vio sorprendido y no tuvo tiempo para reaccionar. El individuo encorbatado, introdujo el pie para evitar que le cerrase la puerta porque en aquel momento apareció, encañonándole, otro individuo mucho más joven, que había permanecido pegado a la pared, fuera del alcance de la visión que proporcionaba la mirilla.

—¡Adentro y no abras la boca si en algo aprecias tu vida! —le espetó el que se había hecho pasar por portero, apuntándole también con una pistola. Tenía un inconfundible acento sudamericano.

Aquellos tipos habían aprovechado un despiste del portero para llegar hasta el piso de Marta.

Enric que, instintivamente, había levantado las manos retrocedió sin abrir la boca; recordaba que Ramon le había dicho que quien le había amenazado por teléfono tenía un marcado acento sudamericano. Probablemente se trataba de la misma persona, lo que significaba que aquellos dos tipos eran miembros de Thule. El medievalista retrocedió hasta el salón; el que lo apuntaba lo amenazaba también con la mirada. Había mucha frialdad en sus ojos azules, en contraste con el negro intenso de su pelo, que empezaba a blanquear por las sienes.

—¿Dónde está la cartera con los documentos?

Enric puso cara de no comprender.

—¿Documentos? ¿Qué documentos? —preguntó extrañado, como si no supiese de qué le estaban hablando.

—No te hagas el tonto. Te advierto que la paciencia no es precisamente una de mis virtudes.

—No sé de qué me está hablando.

—Entonces, tal vez esto te refresque la memoria. —Obermaier le dio un golpe terrible en el puente de la nariz con la culata de la pistola. Enric rodó por el suelo,

sangrando de forma abundante por el corte que le había producido el impacto. Se llevó la mano a su rota nariz y comprobó cómo la sangre le manchaba los dedos. Pese al dolor tuvo arrestos para lanzar un insulto a su agresor:

—¡Cabrón!

El nazi le propinó un patadón terrible con sus botas militares. El medievalista se encogió de dolor y quedó hecho un ovillo.

—¡Busca algo que pare la hemorragia de este cerdo! —gritó Obermaier al joven que le acompañaba—. Y espero que ahora sepas responder adecuadamente a mis preguntas.

El otro nazi, que había ido a la cocina, regreso al salón con un rollo de papel de celulosa y se lo arrojó a Enric.

—¡Vamos, límpiate, que lo estás poniendo todo hecho un asco! —Obermaier paseó la mirada por el salón y comentó—: ¡Y esta es una casa con mucha categoría!

Enric alcanzó el rollo de papel, tiró con ganas y cortó un trozo grande que se llevó a la nariz; la sangre se extendió, escandalosa, por el papel absorbente, pero detuvo algo el flujo. Se limpió como pudo la cara y las manos, y se incorporó con dificultad, pegado uno de los brazos al bajo vientre, que era donde aquella bestia le había propinado la patada. El nazi le miraba con cierto morbo.

—Espero que ahora seas razonable. —Obermaier se sentó en uno de los sofás y dejó la pistola a un lado, al alcance de su mano—. Veamos, ni tú en las dos ocasiones que has salido, ni esa zorra con la que Nogués y tú habéis pasado la noche, ni tampoco el propio Nogués cuando se ha marchado hace un rato, llevabais la cartera. ¿Me sigues, gusano?

Enric no se dio por aludido.

—¡Te he hecho una pregunta, gusano! ¡Y quiero que me respondas! —Empuñó la pistola y se puso otra vez de pie frente al amigo de Marta, quien intuyendo otro golpe asintió con la cabeza.

—No te he escuchado, gusano. ¿Quieres contestarme? ¡Alto y claro! —gritó.

—Sí.

—Se dice sí, señor.

—Sí, señor —repitió Enric.

—Bien, parece que ya nos vamos entendiendo, gusano. —El nazi, pese a lo tenso que se encontraba, disfrutaba con la humillación que infligía a quien en aquellos momentos era su víctima—. Pues si ni tú, ni la puta esa, ni Nogués habéis sacado la cartera de esta casa, la cartera tiene que estar guardada en algún sitio. ¿Me sigues, gusano?

El medievalista asintió de nuevo.

—En ese caso voy a preguntártelo otra vez: ¿dónde está la cartera con los documentos?

Enric, que continuaba sangrando por la herida de la nariz, de donde no retiraba el papel empapado de sangre con que apretaba, sabía que aquel asesino lo estaba

acorralando; si le respondía con otra negativa, volvería a golpearle de nuevo. Y no deseaba repetir la experiencia.

—La cartera que usted busca no está aquí.

Una malévola sonrisa apareció en el rostro de Obermaier.

—Ah, pero si ahora resulta que el gusano sabe a que cartera nos estamos refiriendo.

La puntera del pie salió disparada hacia los genitales de Enric que, desprevenido, no pudo evitar el golpe. Soltó un grito que resumía el dolor que le produjo la patada y se encogió todavía más. Una nueva patada, ahora en la mandíbula, abrió otro foco de dolor a su maltratado cuerpo. Se retorció, pese a estar contraído, en posición fetal. Tenía un dolor tan agudo en la boca que supo que aquel animal le había partido el maxilar. Desde el suelo, desmadejado y doliéndole todo el cuerpo, escuchó la voz de su agresor.

—Te aseguro, gusano, que si continúas por ese camino te vas a arrepentir. Sé cómo hacer hablar incluso a las piedras. Te voy a dar una tercera oportunidad y espero, por tu propio bien, que sepas aprovecharla: ¿dónde está la cartera con los documentos?

Enric ya había comprobado que aquel hijo de puta no amenazaba en balde. Si quería evitarse un nuevo castigo, habría de decirle algo que le pareciese convincente y como con decirle la verdad no iba a causar ningún perjuicio, decidió hacerlo:

—La cartera que usted busca fue depositada en una caja de seguridad en la sede central de La Caixa. Precisamente Ramon ha ido a buscarla.

Las palabras de Enric surtieron en Obermaier más efecto del que ni siquiera él mismo pensaba.

—¿En una caja de seguridad en La Caixa? —La pregunta del nazi no iba dirigida a nadie, en realidad expresaba en palabras lo que pasaba por su cabeza. Sacó del bolsillo su teléfono móvil y marcó un número. Mientras aguardaba la respuesta, le espetó a Enric:

—¡Si me has mentido, ve despidiéndote, porque es lo último que has hecho en tu puta vida! ¡Gusano!

Obermaier aguardó con el teléfono pegado a la oreja hasta que se agotó el número de tonos, un sonido le anunció que su llamada no tenía respuesta. No había saltado el buzón de voz, ni una voz grabada le había anunciado que se encontraba apagado o fuera de cobertura en aquel momento. Simplemente no respondían a su llamada.

—¡Qué raro —comentó mientras cerraba su pequeño aparato de última generación—, Dietrich no coge el teléfono! —Obermaier paseó la vista por el salón y reparó en el revoltijo de libros, varios de ellos abiertos, que había sobre la mesa. Se acercó y miró algunos de los títulos: *Hitler y la tradición cántara*; *Las SS, instrumento del terror de Hitler*; *Hitler, el elegido del Dragón*; *El enigma nazi* o *La cruzada contra el Grial*.

—Veo que mezclas basura con obras más selectas. ¿A qué te dedicas?

Enric no respondió.

—Te he hecho una pregunta de forma correcta, gusano. ¿Eres sordo o simplemente se trata de mala educación?

—Soy especialista en historia medieval.

—Conque especialista en historia medieval... —Obermaier se daba golpecitos con la pistola en la palma de la mano—. ¿Y en qué estabas trabajando cuando hemos llegado?

Con la pregunta que acababa de hacer, a Obermaier le pareció que había hecho un importante descubrimiento.

—¡Un momento!

Clavó su fría mirada en Enric quien, hecho un ovillo en el suelo, se había percatado de que algo había puesto en alerta a aquel individuo. Pensó que no podía ser nada bueno y temió lo peor.

—Es posible que hayas dicho la verdad cuando me has indicado que la cartera del *reichsführer* Himmler había sido depositada en una caja de seguridad. Pero estoy seguro, gusano, de que no me has dicho toda la verdad.

—¡Vamos, suba al coche! —Ramon, obediente, abrió una de las puertas traseras del Mercedes y se llevó una gran sorpresa. En el asiento de atrás un individuo encañonaba al que estaba sentado en el asiento del conductor, que se mantenía inmóvil y desconcertado.

—¿Qué es lo que ocurre aquí?

Otro individuo se introdujo en el coche por la puerta delantera, justo en aquel momento sonó el teléfono de Ramon. El tipo que lo encañonaba ordenó al conductor:

—¡Si en algo aprecia su vida no se le ocurra abrir la boca! —Y dirigiéndose al que se había sentado delante, le dijo—: Alan, no le quites el ojo de encima. Y usted —se dirigió a Ramon—, ¡conteste a la llamada!

—¡Que conteste! ¿Y qué le digo?

—Primero escuche. Si es el ruso con el que ha hablado antes dígame que lo ha pensado mejor y que va hacia el Mercedes.

—¿Cómo es que usted sabe...?

—¡Conteste, que se van a agotar los tonos!

Ramon abrió el teléfono, se lo llevó a la oreja y, lleno de estupor, preguntó:

—¿Dígame?

—Señor Nogués —la voz arrastraba las consonantes finales—, escuche con mucha atención.

Por el teléfono sonó un grito desgarrador. Ramon notó cómo se le encogían el pene y los testículos. Sin duda aquello era acojonarse. Quien había gritado era Marta.

—No voy a decirle —la voz de Kornienko se escuchó de nuevo— lo que acaba de pasarle a su amiga, pero le aseguro que es muy doloroso. Es solo el principio, y

estamos dispuestos a divertirnos mucho... mucho rato. ¡Si no entrega la cartera al conductor del Mercedes volverá a escuchar a su amiguita gemir de placer!

—¡Es usted un canalla! ¡Hijo de puta!

—De lo primero no le quepa la menor duda, de lo segundo no tengo constancia. Ahora haga lo que le he dicho. Dentro de cinco minutos llamaré al conductor del Mercedes, si me dice que no tiene la cartera en su poder, volveré a deleitar sus oídos.

Kornienko cortó la comunicación.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿En qué lío estamos metidos?

—Disponemos de cinco minutos —comentó el individuo que había llevado a Ramon encañonado hasta el coche—. ¿Tiene usted, Nogués, alguna copia de los documentos?

—¿Cómo sabe mi nombre? —Ramon no salía del estupor.

—Sé muchas más cosas sobre usted de las que pueda imaginarse. Pero no hay tiempo para explicaciones. Solamente disponemos de unos minutos, así es que responda a mi pregunta.

—Sí, hay otra copia. —Ramon no supo muy bien por qué lo había dicho. Pero ya no tenía remedio.

—Muy bien, le propongo un trato.

—¿Un trato? —Ramon iba de sorpresa en sorpresa.

—Un trato, sí. Usted nos entrega la copia de estos documentos y nosotros le ayudamos a salvar a su amiga.

—¿Y la cartera? —preguntó Ramon, apretando el asa.

—Esa cartera, aunque usted la tenga en la mano, ya es nuestra. ¡Vamos, decídase! ¡No disponemos de mucho tiempo!

—¿Quiénes son ustedes?

—Eso es lo de menos. Le debe bastar con saber que somos quienes vamos a ayudarle a salir del atolladero. Piense que iba a entregar esa cartera. ¿Qué más le da a quién se la entregue?

—¿Qué garantías tengo de que me ayudarán a salvar a Marta?

—Nosotros la rescatamos primero y usted nos da las copias después. Primero el rescate, porque me parece que su amiguita lo está pasando mal.

Ramon, a quien solo el recuerdo del grito de Marta le contrajo el estómago, no lo pensó más.

—Trato hecho.

—Muy bien. Mi nombre es John, John Smith.

—¡Y yo me llamo Pepe Pérez! —exclamó Ramon con la ironía que las circunstancias le permitían.

Un esbozo de sonrisa se apuntó en los labios del británico.

—Creo que es lo mejor, señor Nogués; si alguna vez usted habla de esto, algo que no creo que sea muy recomendable hasta que haya pasado algún tiempo, podrá contar que conoció a un tal Smith y a otros dos individuos que iban con él.

El inglés salió un momento del coche, a pesar de lo cual Ramon pudo escuchar que, sin saber muy bien qué clase de tecnología estaba utilizando, mantenía una breve conversación en la que informaba a alguien de que había una copia de la que también iban a apoderarse a cambio de ayudar a *mister* Nogués. No dejó de llamarle la atención la seguridad con que hacía tales afirmaciones.

Después, subió de nuevo al coche y acercó el cañón de su pistola a la nuca del conductor hasta que este notó su presión.

—Entrégame el arma y dime cómo te llamas.

—Eriks —contestó el conductor a la vez que sacaba de una pistolera que llevaba en el costado una pistola automática y se la entregaba.

—¿De dónde eres? —Murray colocó la pistola en el compartimiento de la puerta junto a la que estaba.

—De Letonia.

—Muy bien, Eriks. No tenemos interés ninguno en hacerte daño. Pero te juro por lo más sagrado que tu vida se acaba aquí si no haces lo que te diga.

El conductor a duras penas contenía el temblor que le sacudía el cuerpo.

—Cuando ahora te llamen, di que ya tienes la cartera en tu poder. Si noto algo extraño, será lo último que hagas en su vida. ¿Me has entendido?

Antes de que el conductor respondiese sonó el teléfono del coche. Don Murray aumentó la presión que ejercía con la punta del cañón de su pistola. Trataba de impresionar al letón. La tensión se palpaba en el interior del coche. El inglés sabía que la amenaza que le había lanzado era muy fuerte, pero también sabía que el fanatismo de los eslavos no era menor.

—¿Diga?

—¿Tienes la cartera en tu poder?

Hubo unos instantes de silencio. Murray presionó en la nuca de Eriks.

—Sí, jefe. Ese tipo acaba de entregármela.

—¡Magnífico! ¡Asegúrate de que nadie te sigue y ven aquí!

El conductor cortó la comunicación.

—¿Adónde tienes que llevar la cartera, Eriks? —preguntó Murray que seguía apuntándole a la nuca.

—A una nave situada en un polígono industrial de las afueras de Badalona.

—¿Badalona? ¿He oído bien? —preguntó el agente a Ramon.

—Es una de las ciudades de la periferia de Barcelona.

—Comprendo. ¿Está muy lejos?

—Depende de lo que considere lejos.

—¿Qué distancia?

—No llega a veinte kilómetros. —Ramon trataba de hacer un cálculo aproximado —. Depende del lugar en concreto. Badalona tiene unos doscientos cincuenta mil habitantes.

—¿Cuánto tiempo necesitaremos para llegar?

—También eso dependerá del tráfico.

—Bien.

—¿Dónde está exactamente el sitio adonde vamos, Eriks?

—No podría decírselo. Sé cómo llegar, pero no sabría explicarle cómo. La nave se encuentra cerca de un camino que lleva a un monasterio en la montaña.

—¿Un monasterio en la montaña? —preguntó Ramon.

—Sí, un monasterio; se llama de San Jerónimo... tiene otro nombre más, pero no lo recuerdo.

—¿San Jerónimo de la Murtra?

—Eso es, así es como le dicen —confirmó Eriks.

Murray guiñó un ojo a Ramon.

—¿Sabe usted dónde está eso, Nogués?

—El monasterio sí. La nave, por supuesto que no.

—Pues vamos a llevarles la cartera que tanto desean. Eriks, nada de tonterías, el señor Nogués sabe adónde vamos.

Ramon había comprendido la indicación del británico.

—Otra cosa, Eriks. ¿A quién tienes que entregarle la cartera?

—A mi jefe Yuri Kornienko. El lugarteniente de Boris Nemiaskin.

Al británico le sorprendieron aquellos nombres.

—¿Rusos?

—Sí señor.

Murray no pudo evitar un gesto de duda. Después de unos segundos de reflexión ordenó al conductor.

—Está bien. Vamos a hacerle una visita a tu jefe.

—¡Mi querido Hermann, ya puede dar por suya la cartera! —Por teléfono la voz de Boris Nemiaskin sonaba exultante.

—Supongo que no estará bromeando, Nemiaskin. —Gross miró su reloj y comprobó que era la una y veinte minutos. Pensó que tal vez se hubiese ahorrado no pocos malos ratos si desde el primer momento hubiese encargado el caso a aquella mala bestia de Boris.

—Le hablo completamente en serio. Yo en persona acudiré a hacerle la entrega. —El ruso debía de sentirse feliz.

«Yo en persona.» Gross se sintió molesto. ¿Quién se creía que era aquel mafioso para decirle, como si le hiciese un alto honor, que sería él quien le hiciese la entrega? A la mente del alemán acudieron las historias de horror protagonizadas por los soldados soviéticos que su madre le había contado.

—¿Cuándo va a traerla?

—En el momento en que la tenga en mis manos.

Gross frunció el ceño.

—¿Qué es eso de cuando la tenga en sus manos, Nemiaskin?

—Bueno, en este momento se la llevan a mi lugarteniente, creo que ya lo conoce, se llama Yuri Kornienko. —Su voz se había apagado ligeramente.

—¿Quién se la va a entregar a él? —La inquietud había sustituido al malestar en el ánimo de Hermann Gross.

—Uno de mis hombres, a quien se la ha entregado el propio Nogués.

—¿Puede contarme cómo ha sido eso? Con brevedad, por favor. —Gross temía a los excesos verbales que había tenido que aguantar al mafioso en otras ocasiones.

Esta vez el ruso fue muy breve:

—Hemos raptado a la mujer que le acompañaba y le hemos persuadido de que lo mejor que podía hacer era entregarnos la cartera.

—¿Le han hecho algo a la mujer?

—No lo sé. Pero supongo que todavía poca cosa.

—¿Qué quiere decir «todavía poca cosa»?

—Bueno, *herr* Gross, ya sabe cómo son estas cosas. El señor Nogués se ha resistido y Kornienko me ha dicho que hemos tenido que persuadirle.

—Comprendo.

—¿Está viva?

—Todavía sí.

—¿La van a matar?

—Bueno, primero supongo que mis hombres querrán divertirse un poco y... luego...

Gross revivió de nuevo las historias de horror y violación. Trató de apartarlas de su mente.

—¿A qué hora quedamos para que me haga entrega de la cartera?

Hubo un breve silencio.

—¿Le viene bien a las cinco?

—Me viene bien. Le aguardo aquí, en SIGFRIDO.

—Tenga el dinero preparado en euros, libras esterlinas o dólares, la mitad en billetes pequeños, y todos usados.

—Pierda cuidado. Usted traiga la maleta a la hora acordada. Nosotros siempre cumplimos.

Gross estaba desasosegado, debería sentirse eufórico y, sin embargo, no lo estaba. Tenía el ánimo aprisionado por una extraña y vaga sensación. No acababa de explicárselo muy bien, pero así era. Lo achacó a la tensión vivida en aquellos tres larguísimos días y, desde luego, influía mucho el hecho de haber tenido que echar mano de Nemiaskin. Usar los servicios de un mafioso como aquel llevaba implícito un fracaso para la organización a la que había consagrado su vida. Pensó en llamar a René Guibon, el jefe de la encomienda de París, pero decidió que lo haría cuando la cartera estuviese en su poder. Pulsó la tecla que le comunicaba con Elsa y le dio instrucciones muy precisas para que le sirviesen allí mismo, en su propio despacho, una comida ligera, una ensalada de vegetales y agua mineral.

Habían salido de Barcelona por una vía rápida y circunvalaron las populosas barriadas de Santa Coloma de Gramenet. Avanzaban con rapidez porque, a aquella hora, el tráfico era fluido. En poco más de treinta minutos habían llegado al polígono industrial badalonés. El conductor se equivocó en una ocasión —había confundido una calle— y los agentes británicos se pusieron alerta, temiendo una añagaza del letón, aunque parecía que se trataba de una confusión genuina.

—No te acerques a la nave —dijo Murray al conductor, que no se dio por aludido.

El británico, que durante el recorrido había estado pensando en la forma de enfrentarse a los secuestradores, empuñó la pistola que descansaba sobre su regazo y colocó el cañón en la nuca de Eriks. Pudo percibir cómo el delincuente se ponía tenso.

—¿Me has oído, Eriks?

—Perfectamente, pero si no me acerco a la nave, ¿qué hago?

—Avísame, cuando estemos a una distancia de trescientos metros.

En el coche se produjo una fuerte sacudida que agitó a los pasajeros, salvo al conductor, fuertemente asido al volante.

—¿Qué coño pasa? —gritó Murray.

El coche se había detenido en medio de la calle como consecuencia de un frenazo que lo dejó clavado.

—¡Maldita sea! —gritó el agente que iba al lado del conductor colocando una mano en el parabrisas y apuntando con la otra, en una reacción casi instintiva, al letón. Los pasajeros del asiento posterior se habían abalanzado hacia adelante, golpeándose con los respaldos delanteros. Murray había levantado la pistola hacia el techo del vehículo para evitarle un golpe al conductor o lo que era más grave alcanzarle, si la pistola se le disparaba.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Estás loco o qué...?

—Estamos a doscientos metros —comentó Eriks con una sonrisa en los labios, dejando ver una dentadura en la que abundaban las piezas de oro.

—¡Hijo de puta! —le gritó el agente que le encañonaba desde el asiento de al lado.

—¿Cuál es la nave? —preguntó Murray, tratando de mostrarse impasible.

—Es la cuarta... no la quinta. La que tiene la puerta metálica con una V grande pintada de azul y el fondo blanco.

Era la última calle del polígono. Solo había una hilera de naves a uno de los lados y al otro un talud plagado de jaramagos cuyas flores amarilleaban, coronado por las balizas y los quitamiedos de la autopista que discurría por encima de sus cabezas en dirección a Gerona y la frontera con Francia y que ellos habían abandonado hacía unos minutos. El paso de vehículos era incesante, lo que daba una cierta monotonía al ruido que llegaba desde arriba. La calle estaba desierta y el negro reluciente del asfalto indicaba que era un lugar con escaso movimiento. No se veían personas ni vehículos. Todas las naves estaban cerradas y en sus fachadas nada anunciaba el tipo de actividad que podía desarrollarse en ellas, si es que allí había alguno. Se trataba de un polígono de reciente construcción, apenas había empresas instaladas en él; eso explicaba la falta de movimiento.

—Da marcha atrás, gira en la esquina y lleva el coche hasta la calle por donde hemos subido.

Eriks obedeció sin decir palabra. Aparcó y apagó el motor.

—¿Cuántos hay dentro? —le preguntó Murray.

—No lo sé.

—¡Cómo que no lo sabes! ¡No te creo!

—No lo sé —repitió como si le hubiesen dado cuerda.

—¿Seguro? —insistió el inglés, buscando la mirada del letón a través del espejo retrovisor y poniéndole una mano en el hombro; percibió al instante la tensión que le atenazaba.

—Seguro. El encargo que yo tengo es traer la cartera y entregársela a Kornienko. —La voz de Eriks sonaba hueca y temblorosa. Algo que pasaba por su cabeza le estaba alterando. El agente inglés supo que iba a ocurrir alguna cosa. Miró por las ventanas del coche en todas direcciones, esperando un ataque inminente, pero no vio nada. La calle en la que se habían parado también estaba desierta.

—Si nos estás llevando a una trampa, eres hombre muerto. Te meteré una bala en

la cabeza, aunque eso sea lo último que haga en esta vida.

Hubo un momento de silencio y entonces la reacción de Eriks los cogió de sorpresa:

—Soy hombre muerto de todas formas, inglés. ¡Pero que se jodan Nemiaskin y Kornienko! ¡Maldito sea ese ruso hijo de mala perra!

—Antes me dijiste que Kornienko es el jefe. ¿Quién es ese Nemiaskin?

—¡Un hijo de mala madre igual que Kornienko! —se desahogó Eriks.

—Además de eso.

—Boris Nemiaskin es el tipo para el que trabajamos todos, un ruso de San Petersburgo que se instaló en Cataluña hace algunos años. Controla la distribución de cocaína en la Costa Brava y tiene una red de burdeles.

—¿Desde cuándo trabajas para él?

—Desde hace dos años.

—Por lo que veo tus relaciones con él no son muy buenas que digamos.

—¿Buenas dices? ¿Buenas relaciones con ese canalla? —Eriks tenía los brazos extendidos y agarraba con fuerza el volante.

—Si te llevas tan mal, ¿por qué trabajas para él? —le preguntó Ramon a quien la palabra canalla, dicha por aquel individuo, le había resultado de lo más llamativo. Miró al espejo retrovisor del interior del coche y vio el rostro de Eriks. Si la cara era el espejo del alma, la suya tenía que producir pánico.

—Porque tengo una cuenta pendiente con él.

—No te entiendo —le incitó Murray, un tanto intrigado a la vez que comprobaba cómo se le hinchaba una vena del cuello.

—Mi hermano pequeño murió hace unos meses por su culpa. ¡Me las tiene que pagar! Ivars se desangró en mis brazos, con un balazo en la barriga en medio de fuertes dolores. Murió como un perro porque Kornienko, que seguía a rajatabla las instrucciones de Nemiaskin, no quiso poner en riesgo un maldito alijo de droga. ¡A esos dos solo les interesa el dinero, la droga y las tías!

Don Murray, que había seguido con atención todas y cada una de las reacciones del mafioso, daba cierto crédito a lo que escuchaba, pero no estaba convencido del todo. Su instinto le decía que aquel tipo le estaba contando algo que le resultaba doloroso, pero su cerebro le decía que no podía fiarse de gente como aquella. Era probable que estuviese diciéndoles la verdad y que quisiese vengarse de su jefe. Un dato avalaba dicha posibilidad: le había llamado la atención la poca resistencia que había ofrecido y las facilidades que les había dado hasta llevarlos a aquel perdido lugar. Pero, por otro lado, conocía sobradamente los juramentos que ligaban de por vida a los integrantes de las mafias rusas, entre otras razones porque se tenían más miedo entre ellos que a cualquier otra cosa y, por lo tanto, no descartaba que la historia que les había contado fuese una farsa del letón para sorprenderlos. Si era así, Eriks era un magnífico actor.

—¿No sabes entonces qué hay dentro de esa nave? —insistió Murray.

—Te juro por el alma de mi hermano que no lo sé, inglés. Si lo supiera te lo diría. Quien está ahí dentro es la mano derecha de Nemiaskin, Yuri Kornienko, que es con quien he hablado por teléfono. Probablemente le acompañen dos o tres hombres más, pero no puedo asegurártelo.

—¿Sabes si Marta está ahí? —preguntó Ramon con ansiedad.

—¿Quién es Marta?

A Ramon se le cayó el alma a los pies. Aunque luego pensó que si ese Kornienko estaba allí, Marta necesariamente tenía que estar con él. Lo único que revelaba una pregunta tan estúpida es que estaba hecho un manojo de nervios. Ni en los sueños de su adolescencia se le había pasado por la imaginación que iba a vivir una situación como aquella.

—¿Cómo es la nave por dentro? —preguntó Murray.

—Como todas las naves. —Eriks se encogió de hombros.

—Pregunto si hay tabiques interiores, escaleras, varias plantas y cosas de esas.

—¡Ya comprendo! No hay nada de eso; es todo un solo cuerpo. Al fondo hay un pequeño aseo.

—¿La puerta de entrada es automática?

—Sí; se abre y cierra por control con un mando a distancia.

—¿Puedes hacerlo tú?

—No, yo no tengo el mando.

—¿Entonces?

—Cuando esté delante de la puerta tengo que llamar a Kornienko por teléfono.

—¿Y?

—Me abren la puerta desde el interior.

Murray miró a los otros dos agentes, que asintieron con la mirada.

—Muy bien. Arranca el coche y vamos hacia la nave. Si haces algo extraño, tú serás el primero en caer.

A la vez que se produjo el suave ruido del motor al arrancar, en el interior del coche sonaron unos pequeños chasquidos. Los otros dos ingleses acababan de quitar el seguro a sus pistolas.

—¿Puedo coger esa pistola? —preguntó Ramon, señalando el arma de Eriks.

—¿Sabe usar un arma?

—No he disparado una pistola en mi vida.

—En ese caso mejor será que no lo haga, este no es el momento más adecuado para empezar. Encárguese de la cartera y procure, si hay disparos, que no le alcancen. Una vez que estemos dentro bajaremos las ventanillas; como son tintadas, tenemos una gran ventaja: nosotros podemos verlos a ellos, pero ellos a nosotros no; no nos esperan, esa ventaja y la sorpresa son nuestras mejores armas. Tenemos que sacarles todo el partido posible.

Eriks puso en marcha el coche, giró con suavidad la esquina de la calle y avanzó lentamente. El ruido de la autopista les llegaba muy amortiguado, lo demás era

quietud y silencio. La calle estaba tan desierta como hacía unos minutos. El silencio era opresivo.

Enric estaba atado a una silla de la cocina con un cordón de seda que el joven acompañante de Obermaier había cogido de una de las cortinas que adornaban el salón. El aspecto que ofrecía el medievalista era lamentable: aparte del corte que presentaba en la nariz, taponado por un grumo de sangre, tenía hinchado uno de los ojos. En su rostro se apreciaban restos de los escupitajos que había recibido en plena cara y la marca de varios hematomas; su expresión de angustia era muestra palpable de la terrible experiencia por la que estaba pasando.

Hubo momentos en que Enric creyó que había llegado al límite de lo soportable como consecuencia del dolor que le causaban los golpes recibidos a lo largo de las dos horas que llevaba atado a aquella silla, convertida en su particular potro de tortura. Tenía atadas las piernas a las patas delanteras y también las manos, juntas y a la espalda, por detrás del respaldo.

—¡Estás a punto de acabar con mi paciencia! ¡Te lo voy a preguntar solamente una vez más! ¿Dónde están las copias de los documentos que contenía la cartera del *Reichsführer*?

Las palabras de Obermaier permitían deducir que daba por sentado que las fotocopias existían y se limitaba a preguntar por el lugar donde se encontraban.

Enric no acababa de explicarse muy bien por qué estaba soportando tanto golpe en una tortura que duraba ya dos interminables horas. Era cierto que aquellos papeles, en manos de una gentuza como los que estaban apaleándole, representaban un peligro muy serio. Pero él nunca había tenido ni voluntad de héroe ni se sentía salvador de ninguna causa. Era posible que el cariz que habían tomado los acontecimientos le hiciesen sentirse solidario con Marta y que en el fondo de su mente algo le dijese que su vida dependía de la resistencia que ofreciese. Cuando aquellos salvajes supiesen dónde estaba lo que buscaban, su vida no valdría ni el precio del papel en que estaban hechas las fotocopias.

—Si estabas trabajando con el libro de Otto Rahn y otras obras sobre los cátaros, el Grial, la Orden Negra y el interés que nuestra sociedad mostró por ese talismán, quiere decir que estabas trabajando con los documentos de la cartera. No me cabe ninguna duda de eso. Si la cartera está en una caja de seguridad de un banco, como nos has dicho, necesariamente tenéis que haber hecho una o varias copias para el trabajo en que estabas metido cuando te hemos sorprendido.

Mientras Obermaier hacía este razonamiento, que había repetido al menos una docena de veces, paseaba de un lado para otro de la cocina dándose golpecitos en la palma de la mano con un rodillo de amasar. El trozo de madera maciza se había convertido en el instrumento con que atormentaba una y otra vez al pobre Enric, que estaba en lo que creía una vez más que era el límite de su resistencia. Había, sin

embargo, algo en su interior que le alentaba a resistir.

Enric sabía que aquel individuo, en el fondo de cuyos ojos anidaba la perversión, al final de cada una de las veces en que había hecho su razonamiento, cosa que ocurría invariablemente cuando se encontraba a sus espaldas y no lo podía ver, le había propinado una lluvia de golpes en la cabeza, la cara, el cuello o la espalda. Había descargado los golpes con saña para causarle el mayor dolor posible. En aquellos momentos Enric estaba con los músculos en tensión, esperando de un instante a otro recibir una nueva andanada de golpes.

El primero le llegó con contundencia mayor que en las ocasiones anteriores en la misma base del cráneo. Sintió un dolor agudo y cómo se rompía algo en su interior; sin poder evitarlo, la cabeza se le cayó para adelante. Intentó levantarla pero le resultaba imposible mantenerla erguida.

—Creo que me lo he cargado.

Obermaier pronunció aquellas palabras con una frialdad absoluta. Los sonidos llegaron hasta los oídos de Enric muy apagados, como si fuese el eco de algo muy lejano. Antes de perder la conciencia aún pudo escuchar cómo, desde otra pieza del apartamento, el jovenzuelo llamaba alborozado a su jefe.

—¡Herr Obermaier, venga rápido, por favor! ¡Me parece que he encontrado lo que estamos buscando!

Antes de que se hiciese la oscuridad y perdiese la conciencia, Enric notó cómo se le hacía un nudo en la garganta. Sentía unas irrefrenables ganas de llorar, pero no era por el doloroso castigo que su cuerpo maltratado había recibido. Su último pensamiento estaba cargado de pesimismo: la inutilidad de todo el sufrimiento que había soportado, sin saber muy bien por qué lo había hecho. Todas las vejaciones y los insultos recibidos, los terribles golpes soportados, al final no habían servido para nada.

—Kornienko, soy Eriks y estoy en la puerta.

La respuesta tardó unos segundos en llegar.

—¿Estás seguro de que nadie te ha seguido?

—Completamente. He dado varias vueltas de comprobación, después de salir de la autopista; por aquí, por las calles del polígono.

Los ocupantes del coche hubieron de aguardar casi un minuto hasta que el zumbido de un mecanismo y el chirriar de las lamas metálicas desplazándose por unas guías poco limpias anunció que la puerta de la nave se abría. Se elevaba lentamente, como si fuese el telón de un teatro que quisiese sorprender a los espectadores con una escena inesperada. Poco a poco fue apareciendo ante sus ojos el interior de la nave: en el centro había estacionado otro Mercedes idéntico al que ellos ocupaban y junto a él dos hombres charlando; en su campo de visión ya no aparecía nadie más. En el momento en que el coche entraba en la nave algo alertó al

conductor.

—Aquí pasa algo... —Eriks solo tuvo tiempo de quitar la llave de contacto, pero no pudo acabar lo que fuese a decir porque una granizada de disparos cayó sobre ellos justo en el momento en que franqueaba la puerta de la nave. Los dos individuos que habían visto junto al coche habían comenzado a disparar sus pistolas automáticas, después de refugiarse detrás del vehículo, pero también les disparaban desde los lados de la nave.

—¡Fuera! ¡Fuera! —gritó Murray a sus hombres con la cara empapada por la sangre del conductor cuya cabeza había sido atravesada de parte a parte por uno de los disparos. No le había servido el blindaje del coche porque llevaba la ventanilla bajada.

Tres de las puertas del Mercedes se abrieron de forma impetuosa y los británicos salieron del coche tirándose al suelo y rodando hechos ovillos, como si fuesen pelotas. Uno de ellos sangraba de forma abundante en un hombro. Murray, que se había percatado de que les disparaban también desde los lados, vació el cargador de su pistola tirando a ciegas sobre uno de los rincones de la nave, donde el tercero de los hombres que acompañaban a Kornienko disparaba como un poseso con una metralleta de cañón corto sobre el vehículo. Varios de los disparos de Murray le alcanzaron de lleno, porque se dobló por la cintura con la metralleta tableteando en sus manos, pero ahora disparando al suelo.

Uno de sus compañeros, con la agilidad de los integrantes de los cuerpos especiales, había llegado hasta el coche tras el que se habían parapetado los individuos que habían visto al llegar, mientras que el otro agente tirado en el suelo intercambiaba disparos con ellos.

Desde el lado contrario al que estaba el individuo que Murray había eliminado llegaba una lluvia de disparos sobre el agente que estaba tendido en el suelo cubriendo el avance de su compañero. Murray se percató de que si no actuaba con rapidez estaría muerto en pocos segundos, porque era cuestión de tiempo que le acertasen. Se apoderó de la metralleta del mafioso muerto y se volvió hacia el rincón dispuesto a vaciar la munición que quedase en ella, pero se detuvo en el último momento.

El individuo que disparaba desde el rincón se había protegido con una mujer que le servía de escudo. Esa circunstancia era la que había hecho que su compañero no estuviese ya muerto, porque el mafioso estaba más pendiente de retenerla, sujetándola con uno de sus brazos por el cuello, que de disparar con precisión. El británico supo que la rehén era Marta Amat y quien se protegía tras ella, Yuri Kornienko.

De un salto se parapetó detrás del coche y elevando el cañón de la metralleta disparó muy arriba en dirección a donde estaba la pareja, con el propósito de llamar la atención del mafioso, quien al comprobar que abrían fuego sobre él, probablemente se centraría en el nuevo blanco. Murray buscaría una oportunidad para salvar a la mujer, pero si tenía que elegir entre ella y su compañero no albergaba ninguna duda.

Sacrificaría a la joven.

En aquel momento una extraña luz de tonos anaranjados inundó la nave y una fracción de segundo más tarde se escuchó una deflagración que produjo un ruido sordo. Murray notó cómo el Mercedes tras el que se había escudado sufría una violenta sacudida. A veinte metros se había formado una enorme bola de fuego de la que se elevaba una densa columna de humo negro que al chocar con el techo de la nave se extendía como una nube. Casi simultáneamente sonaron unos horribles alaridos: una silueta envuelta en llamas corría sin rumbo hasta caer al suelo en medio de convulsiones. Los gritos se apagaron poco a poco. Todos se quedaron momentáneamente paralizados. Marta intentó aprovechar la situación para zafarse, pero Kornienko fue más rápido, logró sujetarla por la cintura y le puso la pistola en la sien.

—¡Zorra, si lo intentas de nuevo no vivirás para contarlo!

Marta tenía la blusa desgarrada y el sujetador, roto, colgaba a un lado dejando sus pechos al descubierto. También podía apreciarse en uno de sus brazos una quemadura del tamaño de una moneda de un euro.

Pasaban los segundos y no se reanudaba el tiroteo.

Murray miró hacia el coche que ardía y vio que el agente que trataba de sorprender a los mafiosos se movía lentamente con la pistola en una mano; el otro brazo lo tenía flexionado y pegado al cuerpo, sin duda estaba herido. El que había aguantado la granizada de disparos que sobre él lanzó Kornienko, permanecía tendido en el suelo, inmóvil.

El inglés herido continuaba desplazándose lentamente en torno a la bola de fuego en que se había convertido el coche.

—¡Aléjate de ahí, Alan, eso puede estallar en cualquier momento! ¡Te matará!

Hizo caso omiso a su jefe y se acercó hasta donde se encontraba el segundo de los hombres con los que se había tiroteado. Estaba tendido en el suelo, renegrido y con un disparo en el centro de la frente. Cuando comprobó que el individuo estaba muerto, se alejó del coche lo más rápido que pudo. Murray pudo comprobar que, además de estar herido en un brazo, arrastraba una de las piernas. Se acercó hasta la pared, con mucha dificultad, apoyó la espalda en ella para después dejarse caer suavemente hasta sentarse en el suelo; apenas tuvo fuerza para murmurar:

—Esos dos están liquidados.

Murray, que pudo escuchar las palabras de su compañero herido, gritó entonces al que estaba tendido en el suelo:

—¡Robert! —Pero no hubo contestación.

Volvió a llamarle, sin quitar los ojos de encima a Kornienko, que seguía apuntando a la sien de Marta.

Tampoco su segunda llamada tuvo respuesta. Solo entonces se encaró al ruso.

—¡Suelta a la chica!

—¿Quién te has creído que eres tú para darme órdenes? ¡Alexis! ¡Vladimir!

¡Andrei! —gritó a sus hombres, pero ninguno de ellos contestó.

En la nave, donde la negra y tóxica nube se extendía rápidamente, se había hecho un silencio macabro. Solo se escuchaba el crepitar de las llamas consumiendo el vehículo convertido en chatarra y que milagrosamente no había explotado todavía.

—¡Suéltala, Kornienko!

—Conque sabes mi nombre ¿eh?

—¡Suéltala!

—¡El traidor de Eriks le ha dado bien a la lengua!

—¡Suéltala y no hagas estupideces! —insistió el británico.

—¡Ni hablar, inglés, o lo que es igual: hijo de la gran puta! ¡Esta zorra es mi mejor garantía entre tú, que no sé qué coño haces aquí, y yo!

—¡Estás perdido, Kornienko, no empeores aún más las cosas!

—¡Aléjate del coche! —le gritó el ruso apretando con el brazo el cuello de Marta, de cuya garganta brotó un gemido de dolor.

Murray dudó un momento y ese fue su error; su único error. El mafioso aprovechó aquel instante de distracción para dispararle. Tuvo suerte y la bala solo le rozó en el hombro derecho, pero el británico se tambaleó a causa del impacto y la metralleta se escapó de sus manos. Un segundo tiro del ruso le pasó rozando la mejilla, sin causarle daño. Murray esperaba la detonación del disparo que le rematase, pero lo que escuchó fue la voz de Kornienko.

—¡Aléjate del coche de una maldita vez! ¡No te lo voy a repetir otra vez! —Kornienko levantó la pistola y apuntó.

Con dificultad, Murray empezó a retroceder a la vez que el ruso, sujetando a Marta a modo de escudo, se acercaba al Mercedes sin quitarle la vista de encima. Al agente británico le extrañaba que no lo rematase. Por lo poco que sabía, el ruso no daba ningún valor a una vida, ni siquiera a la de sus propios hombres; mucho menos a la de un enemigo. Teniendo todas las ventajas, no acababa de explicarse por qué no le disparaba. Estaba pensando en lanzarse sobre la metralleta y abrir fuego con ella, aunque alcanzara a la mujer con cuyo cuerpo se protegía. No es que aquello fuese determinante en su decisión porque si tenía que matarla, no dudaría en hacerlo. Pero en aquellas condiciones, si abría fuego, tenía todas las de perder porque el ruso, protegido como estaba, tendría ventaja sobre él.

La única oportunidad era aprovechar el momento en que Kornienko se montase en el coche del que ya se encontraba a un par de metros. Habría un instante en que dejaría de concentrarse en él. ¡Ese sería el momento!

Sin embargo, sus expectativas se desvanecieron cuando el ruso, de espaldas a la puerta del conductor y con el cuerpo de Marta protegiéndole, le gritó:

—¡Aleja la metralleta lejos de ti! ¡Dale un puntapié!

Murray dudó.

—¡Te digo que alejes la metralleta! —Apretó el cañón de la pistola contra la sien de Marta.

Murray no obedeció y, sin embargo, el ruso no abrió fuego. En aquel instante comprendió la verdadera situación.

Murray se agachó y cogió la metralleta, dispuesto a disparar. Sabía que era una apuesta arriesgada y si se equivocaba la mujer podría sufrir las consecuencias, pero era la única forma de salir de dudas. Hizo ademán de prepararse para abrir fuego sobre los dos.

—¡Si disparas la mataré! —gritó el ruso, nervioso.

—Su vida no vale nada para lo que significa que te lleves la cartera. —Las palabras del inglés sonaron frías.

Marta, que no comprendía la situación ni se explicaba la presencia de los ingleses en aquel lugar, maldijo a aquel individuo que valoraba en poco menos que nada su vida. El inglés pensó entonces que si aquel asesino no había disparado solo podía tener una explicación.

—¡Es una bravata, Kornienko, no puedes matarla! ¡Te has quedado sin munición!

Apenas había terminado de decirlo cuando sonó el estampido de una detonación. Por el sonido, Murray supo que no era el arma de ninguno de sus compañeros. A aquel maldito cabrón aún le quedaba munición. Había apostado y había perdido.

Obermaier miraba el rótulo de la carpeta donde estaban las fotocopias. Era una simple carpeta de cartón de las que tienen el cierre de goma elástica, de un color azul desvaído por el tiempo. En el rótulo rezaba un título extraño: *Elecciones y caciquismo en la Cataluña de la Restauración*.

—Muy astuto, muy astuto —comentó mientras pasaba las primeras fotocopias que correspondían al texto manuscrito de Otto Rahn. Pasó rápidamente las cuartillas hasta llegar a los folios que tenían escrito en el membrete: «Germanenorden Thule» y una línea más abajo «Geheimbund».

—¡Son papeles del círculo interior de nuestra orden! ¡Papeles del círculo secreto! ¡El grupo de los elegidos!

Hugo Obermaier acarició con delicadeza la superficie del papel, aunque no era más que una fotocopia. La expresión de sus ojos revelaba que estaba viviendo un momento muy especial. Se sentía transpuesto, como si hubiese sido presa de una especie de arrebató místico. Era la reacción de un fanático que había estado dispuesto a golpear, a matar o a hacer cualquier cosa con tal de alcanzar un instante como aquel. Permaneció un buen rato con la mirada perdida y las yemas de los dedos acariciando la superficie de la fotocopia ante la atenta mirada de su joven correligionario.

Transcurrido cierto tiempo sacudió la cabeza y volvió a la realidad del despacho de Marta Amat, donde a los libros que llenaban las estanterías que cubrían las paredes del suelo al techo se sumaban los rimeros que podían verse por todas partes, creando una atmósfera de desorden.

—Mi querido Rudolf, en este momento crucial, creo que lo primero de todo es hacer una llamada.

Sacó el teléfono móvil de su bolsillo y marcó el número de Hermann Gross. Sabía que solamente debía usarlo con carácter excepcional, pero Obermaier consideraba que se daban las circunstancias adecuadas para considerar que un momento como aquel entraba dentro de la excepcionalidad.

—*Herr* Gross, tengo una excelente noticia. —Obermaier dio a sus palabras un tono de gravedad.

—¿Una excelente noticia? —A Gross le había molestado la llamada.

—*Herr* Gross, tenemos en nuestro poder una copia de los documentos de la cartera del *reichsführer* Himmler —anunció con la solemnidad que en su opinión requería la situación.

—¿Dónde está usted, Obermaier? —Una pregunta tan prosaica como la que acababa de escuchar fue mucho peor que si *herr* Gross le hubiese propinado una fuerte bofetada.

—*Herr Gross*, ¿ha escuchado usted bien lo que acabo de decirle? —Obermaier estaba atónito. No podía comprender que su jefe se limitase a preguntarle dónde estaba cuando acababa de darle una noticia de tanta importancia.

—¡Le he escuchado perfectamente! ¡Y ahora respóndame a la pregunta que le he hecho!

—Estoy en la casa de la señora Amat.

—¿Se puede saber qué demonios hace usted ahí dentro? —le preguntó, gritándole.

—Apoderarme de una copia que habían hecho de la documentación contenida en la cartera. No es el original, pero en este momento, *herr Gross*, tenemos la valiosa información que contienen esos documentos. Con la consideración debida, *herr Gross*, debo decirle que Rudolf y yo nos sentimos orgullosos del trabajo que hemos realizado.

—¿Espera que le felicite por haber cometido un acto de indisciplina, pasando por alto de forma consciente las órdenes recibidas que eran mantener bajo vigilancia a esos individuos e informar de sus movimientos?

—He actuado de la forma que he considerado más favorable para los intereses de nuestra orden —protestó Obermaier—. Si me permite decírselo, señor, me he acogido a la letra de nuestros estatutos cuando indican que los responsables de una misión podrán, en circunstancias excepcionales, adoptar sobre el terreno las decisiones que consideren más adecuadas para alcanzar los objetivos de la misión que les ha sido encomendada. Creo que en la situación presente se daban las circunstancias excepcionales a que aluden nuestros estatutos, señor.

—¿Tengo que recordarle los artículos que usted ha violado al no seguir las precisas instrucciones que se le habían dado, Obermaier?

—¡*Herr Gross*, ha de saber que en ningún momento hemos dejado de cumplir las órdenes recibidas! —Por primera vez, Obermaier levantaba el tono de su voz en la conversación que mantenía con su superior.

—¡Está bien, Obermaier, ya se dilucidará ese asunto en el lugar correspondiente! Ahora, dígame, ¿hay alguien en la casa?

—Un individuo llamado Enric Martí.

—¿Quién es ese individuo y qué hacía ahí?

—Al parecer, señor, es un especialista en historia de la Edad Media. Cuando lo hemos sorprendido trabajaba con una numerosa bibliografía sobre el Grial, los cátaros y las relaciones de nuestra orden con dichos asuntos.

—¿Le ha interrogado acerca de lo que buscaba?

—Lo he hecho, *herr Gross*.

—¿Qué le ha dicho?

—Poca cosa.

—¡Pues ya que está ahí, entérese a fondo!

—Me temo, *herr Gross*, que no va a ser posible.

—¿Quiere explicarse, Obermaier?

—Está muerto, señor.

—¿Lo ha matado?

—Digamos que no ha resistido el interrogatorio, señor.

—¿Hay alguien más, Obermaier?

—Nadie más, aparte de Rudolf y yo.

—¿Dónde está Dietrich?

—Ha seguido a Ramon Nogués cuando salió de la casa hace aproximadamente unas tres horas.

—¿Tiene noticias tuyas?

—No, *herr* Gross, su teléfono no responde.

—¿Cómo que su teléfono no responde?

—Le he llamado y no responde, señor.

Hubo un breve silencio en la línea telefónica.

—¡En ese caso, recoja las copias de la documentación y toda la información que estuviese manejando ese individuo! No debe quedar ningún rastro que proporcione pista alguna acerca del contenido de la cartera del *Reichsführer*! ¡Luego abandone esa casa inmediatamente! ¿Lo ha entendido, Obermaier? ¡Inmediatamente!

—Muy bien, *herr* Gross.

—¡Obermaier, haga exactamente lo que acabo de ordenarle! ¡No tome ninguna iniciativa por cuenta propia! ¡Cuando termine de recoger todo lo que considere que ha de llevarse, venga a SIGFRIDO! ¿Me ha entendido?

—Perfectamente, *herr*... —No terminó porque un chasquido sordo le indicó que Hermann Gross había colgado.

—Debemos abandonar este lugar lo antes posible, pero antes hemos de llevarnos todos esos libros y las anotaciones que ese individuo había realizado —comentó un abatido Obermaier a Rudolf, que había asistido a la conversación telefónica, casi sin respirar.

Marta notó cómo la presión del brazo sobre su cuello se aflojaba a la par que el cuerpo de Kornienko se deslizaba por su espalda. La bala le había entrado por el costado izquierdo y le había atravesado al corazón. El mafioso ni siquiera se dio cuenta de lo que ocurría. Fue un disparo certero, el disparo de un experimentado tirador.

Solo al ver que se abría la puerta trasera del coche y salía del vehículo, empuñando una pistola, comprendió Murray lo que había ocurrido: Ramon Nogués, que llevaba asida la cartera en la mano, había cogido el arma de Eriks y disparado a través de la ventanilla. Fue un disparo de tirador experto.

Marta se dejó caer en los brazos de Ramon; había empezado a temblar descontroladamente. Apoyó la cabeza en su hombro y no pudo contener las lágrimas.

Ramon la abrazó sin soltar la cartera, arrojó la pistola y empezó a acariciarle la nuca a la vez que la besaba repetidamente en el cuello. Solo entonces se percató de la quemadura que ella tenía en el brazo.

—¿Qué es eso?

—Uno de esos canallas me quemó con su cigarro.

—¡Cabrones!

Murray acudió hasta donde Alan continuaba con la espalda pegada a la pared, tiznado y con dos heridas de bala en su cuerpo, una en el brazo izquierdo, muy cerca del hombro, y otra en la pierna derecha. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, el agente herido le guiñó un ojo, presionó un botón en la parte superior de la empuñadura de su pistola y cayó al suelo el cargador. Estaba vacío. Se encogió de hombros y murmuró, como si con aquellas palabras se justificase:

—Lo siento, era el segundo. No podía hacer nada, salvo mirar.

—¿Puedes valerte?

—No te preocupes, aunque será necesario vendar estos agujeros. Ve a ver cómo está Robert.

Mientras Murray se acercaba al lugar donde estaba tendido el cuerpo inmóvil de su otro compañero, observó que la humareda producida por el incendio del coche salía formando una espesa nube por la puerta de la nave. Pensó que la columna de humo sería ya visible a mucha distancia, lo que unido a los disparos atraería en muy poco tiempo a un enjambre de curiosos y, lo que era más grave, a la policía española. Comprobó que su otro compañero estaba muerto. Tenía varios impactos en su cuerpo, uno de ellos, en la cabeza, había resultado mortal.

Recogió su pistola y buscó en los bolsillos el otro cargador y el silenciador, así como cualquier cosa que pudiese identificarle. Luego, con una frialdad increíble, apuntó a la boca del cadáver y disparó repetidamente hasta destrozarla. Después fue en busca del botiquín del coche y acudió a socorrer a Alan, que con dificultad se había puesto de pie. Vertió Betadine en las heridas, colocó unos apósitos, las vendó lo mejor que pudo y le entregó la pistola del muerto.

Marta y Ramon seguían abrazados. Apenas sin darse cuenta, él había empezado a susurrar palabras que no eran solo de consuelo. Ramon estaba declarándole su amor, al decirle que aquellas habían sido las peores horas de su vida y que, al conocer el peligro en que estaba, se había dado cuenta de cuáles eran sus verdaderos sentimientos, que iban mucho más allá de una vieja amistad. Verla amenazada de muerte había supuesto un revulsivo que le desveló el amor que sentía por ella.

Ramon, que había dejado la cartera en el suelo, cogió la cabeza de Marta entre las manos y la echó suavemente hacia atrás, ella lo tenía abrazado por la cintura. Se besaron con mucha suavidad porque los labios de Marta no estaban para muchas efusiones.

—¿Quieres casarte conmigo?

A Marta las lágrimas le empapaban el rostro y le resultaba imposible responder

porque un nudo le atenazaba la garganta. Estaba muy sensible con aquel torbellino de situaciones que la habían aterrorizado.

—Bueno, ahora no. Cuando pasen unos días y hayamos salido de todo esto — aclaró Ramon.

La respuesta le llegó en forma de beso.

La áspera voz de Murray rompió el hechizo.

—¡No podemos perder un instante! ¡Dentro de pocos minutos esto va a convertirse en un avispero!

La imagen de los dos británicos parecía sacada de una película bélica. Murray, que se había limpiado con una gasa su rasguño, ayudaba a su compañero a llegar hasta el coche.

—¿Quiénes son estos tipos, Ramon? —preguntó Marta, que trataba de colocarse su desgarrada camisa de la forma más decente posible.

—Luego te lo cuento. Ahora, como ha dicho ese inglés cabronazo, lo mejor que podemos hacer es largarnos de aquí.

—Usted conduce, Nogués. —Murray ayudó a Alan a acomodarse lo mejor posible en el asiento de atrás. Marta se sentó en el asiento del acompañante y Ramon, que tuvo que sacar a tirones el cadáver de Eriks, ocupó el puesto del conductor.

—¡Llévese el coche y aléjelo de la puerta! ¡Aguarde a que termine este trabajo!

Ramon no tenía la menor idea de qué era a lo que se refería aquel tipo cuando hablaba de terminar el trabajo, pero tampoco le preguntó nada. Arrancó el coche, que no tenía el motor afectado porque, pese a los numerosos impactos recibidos, el blindaje había hecho que fuesen poco más que rasguños, y lo sacó de la nave con más tirones de los recomendables.

Murray, después de acercarse al cadáver de Robert al coche que ardía, sacó un pañuelo, lo utilizó como si fuese una mascarilla, y rápidamente fue hasta el fondo de la nave, donde la atmósfera era ya irrespirable. Desenroscó el tapón de los dos bidones de gasolina que estaban en la parte superior de la pila, aflojándolos primero y tirando de ellos después para que se abriesen casi al mismo tiempo. La gasolina salió con fuerza, como los chorros de una fuente y empezó a extenderse por el pulido suelo de la nave. El inglés corrió a toda velocidad hacia la salida, donde estaban aguardándole. La columna de humo que salía de la nave se elevaba por lo menos un centenar de metros; sería visible a kilómetros de distancia. Sin perder un instante subió al vehículo y gritó:

—¡Larguémonos de aquí lo más deprisa que pueda! Esto va a convertirse en un infierno.

—¿Qué es lo que ha hecho? —preguntó Ramon.

—Entorpecer la investigación policial.

—¿Cómo dice?

—¡No pierda un instante y vámonos de aquí! Esto va a convertirse en un infierno en muy pocos segundos.

Nogués metió la marcha y pisó con fuerza el acelerador, los neumáticos chirriaron y el coche salió disparado. Poco después, como confirmación a las palabras del inglés, cuando estaban a más de un centenar de metros, llegó hasta ellos el ruido de una fuerte explosión.

—Algunos vehículos, cuando sufren un accidente, bloquean su depósito de gasolina. Por eso el Mercedes no ha explotado antes, pero si lo empapamos de combustible... —No fueron necesarias mayores explicaciones.

Después de su frugal almuerzo, Hermann Gross había dicho a Elsa que ni le molestase ni le pasase ninguna llamada. Necesitaba poner en orden sus ideas y, sobre todo, preparar la reunión con el patán de Nemiaskin. Solo la idea de tener que reunirse con un individuo como aquel, que además de su origen apestaba a alcohol y tabaco, y solo hablaba del dinero que tenía y las mujeres que había poseído, le repugnaba. Se consoló pensando que era, con gran diferencia, el más importante de los trabajos que le había encargado. Durante años, la cada vez más poderosa Orden Negra, reconstruida bajo las siglas de la mítica Thule Gesellschaft, cuya influencia era cada vez más palpable en determinados ámbitos del poder, había tenido entre sus objetivos recuperar la famosa cartera que fue robada a Himmler en su visita a Barcelona. De hecho, cuando la orden tuvo conocimiento de que la preciada reliquia, un objeto personal del *Reichsführer*, además de su importante contenido, estaba en Barcelona —durante muchos años se pensó que el robo había estado organizado por un grupo de agentes británicos del MI5 y que una de las consecuencias del manejo de la documentación que contenía había sido el vuelo que Rudolf Hess realizara a Escocia seis meses más tarde— se decidió esperar con paciencia la oportunidad de recobrarla en el momento adecuado.

Se tomó la decisión después de que un grupo de aficionados —pues no eran otra cosa que eso— hubiera tratado de apoderarse de ella cuando una casualidad, un hecho fortuito, les permitió conocer su existencia. Era gente inexperta, a cuyo frente se encontraba un médico rural, que vio en ello la oportunidad de hacer méritos. En lugar de comunicar la información que la casualidad había puesto en sus manos para que se planificase una acción eficaz, actuó por su cuenta y fracasó estrepitosamente, además de poner a la policía sobre aviso. Aquella descabellada aventura hizo que costase años preparar una infraestructura para actuar con las debidas garantías de éxito. La existencia de la cartera hizo que se tomase el acuerdo de establecer una importante estructura en la capital catalana, cuya responsabilidad se le había encomendado hacía ya más de una década. En esos años había surgido todo el entramado empresarial que daba cobertura legal a la organización y les permitía el desarrollo de diversas actividades, entre las que se encontraban impulsar movimientos neonazis; crear incertidumbres acerca del holocausto, difundiendo rumores de que se trataba todo de una fabulación creada por la propaganda sionista; y buscar adeptos para la revitalización de la Orden Negra.

Gross trató de relajarse tendido en una *chaise longue*, con el despacho sumido en una suave penumbra y escuchando los acordes del *Parsifal* de Wagner. Intentaba disfrutar del momento y dejaba correr su imaginación. Pensó que al día siguiente cogería el avión que salía para París a las once de la mañana y le llevaría

personalmente a René Guibon la cartera del *Reichsführer*. Sería la culminación de un sueño acariciado durante años y se sentía transpuesto cuando pensaba que el destino lo había elegido para que fuese él quien devolviese a su legítima propietaria, la Orden Negra, aquella documentación tantos años oculta. En su imaginación llegó a un estado de exaltación tal que comenzó a dudar si llamar a René Guibon para comunicarle que tendría el honor de hacerle entrega de la cartera o proponerle que, juntos, acudiesen a Munich para hacer la entrega en una reunión de la Geheimbund, a los miembros del círculo interior de la orden, al mismísimo gran maestro. Incluso pasó por su cabeza el dirigirse directamente a Munich sin comunicarle nada a Guibon. «Al fin y al cabo —reflexionaba Gross—, Guibon no había hecho nada por recuperarla».

Se debatía entre la duda que le dictaban sus deseos y la fuerza de la disciplina que imponía la organización a la que había vinculado su vida, cuando unos suaves golpes en la maciza puerta de roble que comunicaba su despacho con el de su secretaria, le sacaron de la duda y de la placentera sensación que le envolvía.

Se incorporó alisándose sus blancos cabellos con las manos. Su rostro era una combinación de malhumor y sorpresa. Creía haber dejado muy claro que no quería que se le molestase.

—¡Adelante!

Elsa entreabrió la puerta lo imprescindible para que asomase su cabeza. Sabía que estaba incumpliendo las instrucciones de su jefe, pero sabía también que tenía que hacerlo.

—*Herr Gross*, lamento mucho interrumpirle. Pero creo que debe atender una llamada.

—¿Quién llama? —preguntó con desagrado.

—Boris Nemiaskin. Parece que ha ocurrido algo grave.

Gross sintió una punzada en el estómago. Miró el reloj y comprobó que eran las cuatro y media. Tal vez el ruso iba a cambiar la hora fijada para la entrega.

—¿Qué ha ocurrido, Elsa? —La incertidumbre había sustituido al malhumor.

—No me lo ha dicho. Pero por el tono de su voz y por la urgencia que ha mostrado en hablar con usted, creo que se trata de algo muy grave; de lo contrario no me hubiese atrevido a molestarle.

—Está bien, Elsa, ha actuado correctamente. Páseme la llamada.

Fueron solamente unos segundos los que la secretaria tardó en cumplir su orden, pero a Hermann Gross se le hicieron eternos. Aquella llamada, tan a destiempo, no podía anunciar nada bueno. Cuando sonó el primero de los tonos en el teléfono, Gross tiró de él con fuerza. No hubo saludos.

—¿Qué ocurre, Nemiaskin? —gritó en el auricular.

—Tenemos problemas, Gross.

—¿¡Qué quiere decir con que tenemos problemas!?

—Que alguien ha atacado a mis hombres y todos están muertos.

—¿Quiere explicarme... que es eso de que han atacado a sus hombres... y que están muertos? —Apenas lograba articular las palabras.

—Alguien ha atacado a Kornienko y los hombres que estaban con él, que eran los encargados de recibir la cartera.

—¿Dónde está la cartera? —preguntó, inquieto, el alemán.

—¡No tengo ni puta idea, Gross! ¡La nave donde aguardaban para la entrega está ardiendo! ¡Ha habido un explosión!

—¿Cómo que ha habido una explosión? —Gross apenas podía contener la ira.

—¡Gross, no me pida datos que no tengo! ¡Bastante estoy haciendo con decirle que tenemos un problema! ¡Parece ser que uno de mis hombres, el encargado de llevar la cartera a Kornienko, ha debido de ser sorprendido por alguien a quien ha conducido hasta el lugar de la entrega! ¡No lo sé con seguridad!

—¿Cómo es que tiene esa sospecha? —preguntó, inquieto, Gross.

—Porque el cadáver de Eriks, que es como se llamaba el hombre que recogió la cartera, está junto al de Kornienko y los que le acompañaban. Eso significa que Eriks llegó hasta allí.

—¿Por qué piensa que iba acompañado?

—¡Joder, Gross! ¡Están todos muertos! ¡Hay también un cadáver que no es nuestro! ¡Uno de los dos coches que debería encontrarse allí no está y el otro ha explotado! ¡Hay señales de lucha! ¡Quienes han hecho eso son los mismos que se han largado en el coche que falta! ¿Qué más quiere?

—¿Sabe algo acerca de quién ha podido hacerlo?

—¡No, pero lo sabré! ¡Vaya si lo sabré!

—¿Cómo se ha enterado de todo eso, Nemiaskin?

—Porque al ver que Kornienko se retrasaba, le llamé por teléfono sin obtener respuesta. Insistí varias veces con el mismo resultado. Tampoco contestaban los móviles de los hombres que estaban con él. Eso fue lo que nos alertó. Dos de mis hombres fueron al lugar donde debían estar y se encontraron con que uno de los coches había explotado y Kornienko y sus tres hombres, además de ese letón imbécil, estaban muertos. No han podido precisar mucho más porque la llegada de policía, bomberos y curiosos los ha obligado a alejarse de allí, antes de que les hiciesen preguntas comprometedoras. Además todo está destrozado. Bastante han hecho con entrar en esa nave llena de fuego y humo, arriesgándose a que la policía los sorprendiese.

—De todas formas, la policía investigará.

—Eso es algo que no me preocupa en absoluto, sus investigaciones no los llevarán a ninguna parte. Bueno... los conducirán a un callejón sin salida, que para el caso es lo mismo.

—¿Y la propiedad de la nave? ¿Y el coche?

—¡Menuda maraña!

—¿Y los muertos?

—¿Quién va a dar información sobre los muertos? Mis hombres, cuando llevan documentación, lo cual no es habitual, la llevan falsa.

Hubo un breve silencio que rompió Gross con una pregunta:

—¿Qué piensa hacer?

—¡Matar a todos esos hijos de perra! —Las palabras del mafioso eran más que una amenaza.

—¿Puede decirme cómo va a hacerlo? —Había un fondo de ironía, pero sobre todo de amargura en la pregunta del alemán.

—No me cree, ¿verdad? —le espetó Nemiaskin.

—Permítame que manifieste algunas dudas.

—¡Pues escúcheme con atención, porque, aunque ellos no lo saben tengo en mi mano todas las cartas de la baraja para mandarlos al infierno!

Que el Mercedes tuviese los cristales tintados y hubiese resistido el tiroteo fue el mejor aliado con que contaron Ramon, Marta y los dos ingleses para llegar hasta el centro de Barcelona. El aspecto que ofrecían quedaba oculto a miradas indiscretas. El coche presentaba numerosos desperfectos en la carrocería, pero con suerte podía pasar inadvertido. A lo sumo despertaría el interés de algún curioso en un semáforo ante el que tuviesen que detenerse. Decidieron que lo mejor era llegar hasta el piso de ella. Una cochera cerrada en el garaje que había en el sótano de su casa era donde mejor se podía ocultar el vehículo al menos por unas horas. Marta tendría que sacar de ella su propio coche. Subirían desde el garaje hasta su vivienda, utilizando el ascensor. Con un piso por planta las posibilidades que tenían de no encontrarse con nadie eran muy elevadas.

En el trayecto Ramon llamó a casa de Marta para avisar a Enric de que iban para allá. Lo había intentado en tres ocasiones, pero el teléfono daba la señal de comunicando.

El medievalista debía de estar sosteniendo una larga conversación.

Después de un viaje de cuarenta minutos llegaron sin problemas al 263 de la calle Mallorca. Ramon enfiló la entrada del garaje y aguardaba a que la puerta automática acabase de abrirse. Marta le había indicado por teléfono al portero del inmueble que le abriese la puerta del garaje, que llegaba con unos amigos en un Mercedes. El portero, que identificó la voz de la señora Amat, que era como se dirigía siempre a Marta, le preguntó solícito:

—¿Necesita usted algo más, señora?

—Nada, Lucas, que me abra usted la puerta del garaje, la de la cochera puedo abrirla yo, introduciendo la clave. Muchas gracias.

El mecanismo de apertura, accionado por el portero desde el panel de control que tenía en la portería, tardó casi medio minuto para realizar la apertura completa.

Alan sacudió la cabeza como si desechase un mal pensamiento, pero a través del

color ahumado de su cristal continuó viendo la misma escena: en la puerta de la casa habían aparecido dos individuos. Uno de ellos llevaba una bolsa de lona plastificada de las que utilizan los deportistas para llevar las zapatillas y las prendas deportivas.

—Esos tipos son los que acechaban esta mañana.

Marta y Ramon no entendieron muy bien lo que decía el inglés, pero Murray se echó hacia delante en el asiento para ver mejor.

—¡Esa es la bolsa de Enric! —exclamó Ramon cuando vio a los dos individuos y comprendió lo que el inglés había indicado.

—¿Qué bolsa? —preguntó Marta.

—La que trajo Enric llena de libros esta mañana cuando volvió de su casa. ¡Marta, esos tíos han estado en tu piso!

Murray ya se había bajado del coche, y antes de cerrar suavemente la puerta, indicó:

—Haced lo que teníamos previsto. Guardad el coche y subid al piso. Yo volveré lo antes posible.

La puerta del garaje terminó de abrirse. El Mercedes dio un tirón al quitar Ramon demasiado rápido el pie del embrague y bajó por la empinada pendiente que conducía a las cocheras. Los fluorescentes conectados al mecanismo de apertura de la puerta parpadearon para encenderse. El silencio en el sótano era total.

—¿Qué ha podido pasar? —Marta se colocaba los harapos de su blusa lo mejor que podía. Ramon no contestó a la pregunta, pero sabía que la presencia de aquellos individuos con la bolsa de Enric en la mano no podía anunciar nada bueno.

—¿Cuál es tu cochera? —preguntó Ramon.

—La seis, la número seis. Párate aquí para que pueda abrirla y sacar mi coche.

Marta bajó del coche, se acercó hasta la puerta de su cochera y tecleó en un pequeño panel digitalizado la clave de apertura. En ese momento un ruido estridente la sobresaltó. Se trataba del agua de alguna cisterna o de un fregadero que pasaba por las tuberías de desagüe del inmueble que discurrían por el techo del garaje. Era algo habitual, pero estaba tan tensa que cualquier cosa la alarmaba. La puerta se abrió, sacó su coche, un Volkswagen New Beetle de color amarillo, y lo aparcó en un extremo del garaje, donde no estorbaba. Ramon introdujo con gran dificultad el Mercedes en la cochera y ayudó al inglés a salir del coche. Marta cerró la cochera, se acercó al New Beetle y comprobó que todo estaba en orden. Cruzaron el garaje hasta el ascensor, donde ella pulsó repetidamente el botón de llamada, como si de aquella forma consiguiese acelerar su llegada. El cuadro que el trío ofrecía era llamativo: Ramon sostenía a un herido con dos grandes manchas de sangre y ella tenía la blusa destrozada. Estaba muy nerviosa. Aunque las posibilidades de que alguien apareciese eran reducidas —solo seis pisos y seis cocheras en el inmueble y no era hora ni de entrada ni de salida al trabajo—, siempre existía una posibilidad de que algún vecino apareciese y los sorprendiese. Mientras aguardaban, la puerta del garaje se había vuelto a cerrar y la luz, conectada a la puerta, se había apagado. Marta pulsó el

interruptor y, en el momento en que los fluorescentes parpadeaban de nuevo para encenderse, llegó el ascensor.

Se le escapó un suspiro cuando lo vio vacío.

—¡Vamos, vamos! ¡No perdamos un instante! —jaleó Marta; regresar a su casa después del calvario por el que había pasado le producía una cierta sensación de alivio. Aunque la presencia en la puerta de los dos individuos con la bolsa de Enric no le ayudaba precisamente a tranquilizarla.

El ascensor llegó a la sexta planta, salieron y Ramon utilizó sus llaves. La puerta estaba cerrada y nada anormal se percibía en el amplio y enmoquetado rellano. Abrió las dos cerraduras, aunque una de ellas no lo necesitaba.

—¡Enric! —llamó Marta desde el vestíbulo—. ¡Enric! —repitió ya en el salón, donde comprobó que faltaban los cordones de seda que recogían una de las tres parejas de cortinas que adornaban el amplio ventanal que daba a la terraza y vio manchas de sangre en el suelo. Inquieta, volvió a llamar por tercera vez—: ¡Enric!

Tampoco ahora obtuvo respuesta. Esta le llegó desde la cocina hasta donde había ido Ramon.

—¡Santo Dios!

La exclamación hizo que corriese hasta allí, donde contempló la imagen que ofrecía su amigo, amarrado a una silla, bajo la que se extendía un gran charco de sangre, y con la cabeza doblada sobre el pecho. Una gota caía, rítmicamente, desde su cabeza, produciendo un ruido sordo al chocar con la sangre que había en el suelo.

—¡Dios mío! —Marta se llevó las manos a la boca—. ¡Lo han matado!

—No está muerto. —Las palabras sonaron a su espalda, las había pronunciado el inglés que estaba en la puerta de la cocina.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Ramon, que, inmóvil, observaba de cerca a Enric.

—Porque gotea sangre; eso quiere decir que el corazón aún late y bombea. Si estuviese muerto habría dejado de sangrar.

—¿Cree qué es conveniente moverlo? —Marta estaba angustiada.

—Desatarlo y tenderlo no creo que le haga daño, aunque lo mejor es que avisen inmediatamente a un médico. —El inglés hablaba con una frialdad que no dejaba de sorprender a Ramon que, nervioso, trataba de deshacer los nudos que ataban las manos y los pies del medievalista. Marta había ido a su dormitorio. Con manos temblorosas se quitó las prendas desgarradas, que arrojó en un rincón y se puso una amplia camiseta de algodón, que fue lo primero que encontró a mano. También cogió dos grandes toallas del cuarto de baño.

—Podemos tenderle —propuso— en uno de los sofás del salón, encima de estas toallas.

—Es mucho mejor en el suelo —indicó el inglés.

Ramon, que había logrado deshacer los nudos con mucho esfuerzo, sostuvo por las axilas al medievalista y lo deslizó hasta el suelo, como si fuese un muñeco desarticulado. Luego apartaron a un lado la mesa de cocina y extendieron las toallas

en el suelo. Sobre ellas, con mucho cuidado, colocaron a Enric.

El agente británico se acercó y comprobó que respiraba y le latía el pulso, aunque muy débilmente.

—¿Conocen a un médico de confianza? —preguntó.

—Supongo que se refiere a uno que no haga preguntas —comentó Marta.

—Exactamente.

Marta miró a Ramon.

—Es posible que Tubau, del servicio médico de mi empresa, pueda hacer algo. Me debe un favor.

—No estamos hablando de posibilidades, señor Nogués. Debe ofrecerle garantías de que hará su trabajo y no hablará, al menos por lo que respecta a nosotros.

—¿Usted cree que yo hago esto todos los días? —A Ramon la cargaba la suficiencia de aquel tipo, que lo sabía todo y lo quería todo perfecto.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Marta—. Creo que tengo derecho a saberlo, después de que esté... esté usted en mi casa.

—Pregúnteselo a él —dijo el inglés como si no fuese cosa suya.

—¿Quién es esta gente, Ramon? Reconozco que he de agradecerles que se hayan enfrentado a los rusos y hayan ayudado a liberarme de esa canalla, pero...

—No lo sé muy bien. Aparecieron cuando recogí la cartera de la caja de seguridad de La Caixa y me ofrecieron un trato. Lo cierto es que no se han enfrentado a esos criminales por salvarte.

—¿Un trato? —Marta arrugó el entrecejo.

—Sí, un trato. Yo les entregaba a ellos la documentación de la cartera y la copia que habíamos hecho y ellos me ayudaban a rescatarte.

Marta miró al inglés de arriba abajo.

—Pero ¿quiénes son?

—¡No lo sé! ¡Ingleses! Probablemente están aquí porque mi ex mujer, que acudió a la policía londinense, les ha debido de dar información. ¡Aparecieron de pronto!

Marta recordó que cuando en 1940 le robaron la cartera a Himmler corrió el rumor por Barcelona de que agentes del servicio secreto británico habían sido los autores. ¡Y ahora aparecían aquellos tipos! Miró al inglés cuyo rostro, pese al dolor que debían de producirle las heridas, era la más acabada expresión de la inexpresividad. No movía un solo músculo.

—A propósito, ¿dónde está la cartera? —preguntó Ramon.

—¿La cartera...? —repitió Marta.

Una leve contracción en el rostro y un fognazo en los ojos del inglés denotaron su agitación.

—Sí, la cartera de Himmler —insistió Ramon sin apartar los ojos del inglés.

Marta se encogió de hombros.

—Supongo que está en el garaje, en el coche.

—¿Supone? —preguntó Alan, inquieto.

—Sí, supongo. Porque no estoy segura de ello. ¿Acaso puede usted asegurarlo?

—¿Podría usted bajar al garaje y comprobar si la cartera está en el coche? —le preguntó el inglés a Marta—. Usted no despertaría ninguna sospecha; si se encuentra con alguien, esta es su casa, ¿no?

Marta no pudo contenerse.

—Le importa esa cartera más que cualquier otra cosa, incluida la vida de una persona, ¿verdad?

La respuesta, muy fría, le llegó en forma de monosílabo.

—Sí.

A Marta se le despejaron las pocas dudas que le quedaban sobre la identidad de aquellos tipos. Creía que la frialdad, la dureza y la falta de sentimientos eran producto de la imagen que el cine había ofrecido de los agentes secretos. Pero el cine no había hecho más que reflejar de forma pálida la realidad. No albergaba dudas de que aquellos tipos eran agentes secretos. Estaba claro, como pensaba Ramon, que habían sido alertados por algún tipo de información facilitada por su ex mujer. Su presencia en Barcelona era la prueba más palpable de que el valor de la documentación había de responder a las afirmaciones que el abuelo de Ramon hacía en la carta que le había dejado y que el propio Enric había confirmado, después de haberse empapado de su contenido. ¡Aquello no era solo cuestión de un puñado de nazis locos! ¡Allí había algo de suma importancia!: «... contienen algo terrible y poderoso a la vez! ¡Los poderes del mal que los nazis invocaron para dominar al mundo están en esa cartera!».

En aquel momento un fuerte ruido procedente de las mismísimas entrañas de la tierra sacudió el suelo. Sintieron cómo bailaban los objetos y tintineaba el cristal, de las lámparas y de la vajilla, y la cubertería.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Ramon, inquieto.

Los tres, perplejos, se interrogaban mutuamente con la mirada.

Marta salió al pequeño vestíbulo de su planta y no vio nada anormal. Se acercó al ascensor y pulsó el botón de llamada, sin obtener respuesta. Regresó al piso y salió a la terraza, donde estaba Ramon. Abajo, en la calle, vio cómo en la acera de enfrente se había concentrado alguna gente que gesticulaba y señalaba hacia los bajos de su inmueble. También percibieron un fuerte olor a quemado.

—Parece ser que ha habido una explosión —comentó Ramon.

Marta cogió el teléfono y llamó a la portería. Tal vez, Lucas pudiese darle alguna noticia, pero los toques se agotaron sin que respondiese. Era lógico que no estuviese en la portería.

—Creo que lo mejor es que baje. —Ramon, asintió con un movimiento de cabeza.

—No tardes, hemos de tomar una decisión sobre Enric. —Ramon olvidaba que también el inglés estaba malherido.

—Mientras tanto, creo que deberías localizar a ese médico de tu empresa.

Don Murray se había colocado la cazadora de tal forma que el rasguño que tenía en el hombro y la pequeña mancha de sangre quedasen lo mejor disimulados posible. El individuo que llevaba la bolsa de Enric y su acompañante habían echado a andar calle abajo. Apretó el paso para acercarse a ellos todo lo que pudiera, pensando en la forma de enfrentarse con los dos. Era consciente de que estaba en franca desventaja y de que su actuación tendría que ser rápida para cogerlos desprevenidos y lo suficientemente discreta para no llamar mucho la atención. No dejó de sorprenderle la confianza con que actuaban. No habían mirado para atrás en ningún momento, ni habían dado la menor muestra de precaución para estar en una situación como la que se encontraban.

Uno de los temores que abrigaba el británico era que cogiesen un taxi de los que continuamente pasaban y se le escapasen.

Cruzaron la Rambla de Cataluña y continuaron hasta la calle Aribau. Murray, pendiente de todo, descartó que fuesen a tomar un taxi porque habían tenido varias oportunidades para hacerlo. Eso significaba que deberían de tener un vehículo en alguno de los aparcamientos de las proximidades. Pensó que, si su suposición era correcta, la mejor opción para atacarlos la tendría en el momento en que estuviesen pendientes del vehículo.

Bajaron hasta Aragón y giraron a la derecha, hacia la plaza Letamendi; antes de llegar, se perdieron por la boca de un aparcamiento, tal y como el inglés había supuesto. Murray aceleró el paso para abordarlos en el momento más oportuno. Bajó la escalera rápidamente y se frenó al verlos delante de la máquina donde se abonaba el estacionamiento y se obtenía la tarjeta para sacar el vehículo. Los dos estaban concentrados en la operación y el agente pensó que era un buen momento porque tenían baja la guardia. Pero una cosa era sorprenderlos y otra salir de allí con la bolsa en la mano. Si no actuaba con naturalidad, despertaría sus sospechas.

Se colocó detrás de ellos como si aguardase turno. En aquel momento no había nadie más, lo que significaba una ventaja considerable.

Pensó que tal vez estaba perdiendo una oportunidad que no volvería a tener, pero no acababa de ver la salida. Podía golpear a uno y dejarlo fuera de combate y amenazar al otro, pero después ¿qué? Tenía que contar con las elevadas posibilidades de que alguien apareciese en cualquier momento o salir escaleras arriba con un individuo pisándole los talones.

Escuchó cómo las monedas del cambio golpeaban en el receptáculo por donde salían.

—¿El aparcamiento era el trescientos dieciocho? —preguntó Obermaier a su compañero.

—Sí, en la tercera planta, el número trescientos dieciocho.

Abordaron la escalera mecánica que descendía hacia las plantas de aparcamiento y empezaron a bajar. Murray comprobó que al frente se abría una puerta sobre la que había un luminoso en el que podía leerse: «Bajada al aparcamiento». Sin perder un instante, empujó la puerta y se lanzó escaleras abajo. Sentía una pequeña molestia en el hombro, pero no pasaba de ser eso, una molestia. Bajó tres plantas saltando los escalones de tres en tres para tomarles la mayor delantera posible y entró en un enorme sótano casi lleno de coches, pero en el que podían verse algunos aparcamientos vacíos. Con una mirada comprobó la numeración de las plazas y el orden que seguían. No percibió ninguna presencia. Avanzó rápidamente hacia donde debería estar el número 318. Allí aguardaría agazapado la llegada de los de Thule y los sorprendería. Si los ponía fuera de circulación por unos minutos, tendría tiempo más que sobrado para escabullirse con la bolsa.

La puerta por la que había entrado estaba, según las numeración de las plazas, lejos del número que buscaba, lo que suponía un problema y una ventaja. Un problema porque en el largo recorrido aquellos sujetos podrían verle llegar; la ventaja era que, si no le descubrían, también ellos tendrían que hacer aquel recorrido y le proporcionarían un tiempo precioso para prepararse y sorprenderlos.

Fue contando los números, estaba a la altura del 394 y todas las cifras pares iban correlativas, las impares discurrían al otro lado de la calle central a cuyos lados estaban las plazas, perfectamente delimitadas con pintura amarilla. Al llegar a la plaza 318, no dio crédito a lo que tenía delante de sus ojos: la plaza estaba vacía.

—¡No es posible! —masculló el inglés—. ¡No han tenido tiempo de llegar...!

Se dio cuenta demasiado tarde.

—¡Malditos cabrones! ¡Me la han jugado! ¡Posiblemente me vieron al bajarme del coche y han sabido desde el principio que los seguía!

Corrió hacia la puerta por donde había entrado, ya sin las precauciones que había tomado anteriormente. Le habían engañado de forma miserable. Mientras corría hacia la salida del aparcamiento, pensó que posiblemente tenían un vehículo porque había podido ver cómo introducían la tarjeta del aparcamiento, obtenían la que les permitía salir y recogían el cambio, pero estaría en la primera planta. Subió atropelladamente por la escalera hacia la salida; tal vez tuviese una mínima posibilidad de que no se le escapasen definitivamente.

Marta tenía el semblante descompuesto.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Ramon con ansiedad.

—Ha habido una explosión en el garaje.

—¡El Mercedes! —exclamó Ramon.

Marta asintió con un ligero movimiento de cabeza.

—¡Qué raro!

—¿Qué es lo raro?

—La explosión del coche. Durante el trayecto hasta aquí no he notado que le fallase nada.

Marta volvió a encogerse de hombros.

—Acaban de llegar los *mossos d'esquadra*, la guardia urbana y los bomberos.

Ramon soltó un bufido.

—Supongo que estarás pensando lo mismo que yo. —A Marta le costaba trabajo hablar.

—Que la policía estará pronto aquí haciendo preguntas.

—No albergues ninguna duda.

—¡Esto es increíble! —exclamó Ramon, tras un breve silencio.

—¿Qué es increíble?

—¡La sensación que tengo de haber cometido un delito, cuando no hemos hecho nada malo! ¡Somos nosotros quienes estamos soportando desde hace dos días todo tipo de calamidades y tengo la sensación de ser un delincuente!

El inglés seguía atento la conversación, tratando de no perder detalle. Era consciente de que se avecinaba una tormenta.

—Supongo que nos hemos despedido de la cartera —comentó con la frialdad que le caracterizaba.

—Me temo que de esa cartera que, al parecer, es lo único que parece interesarle, no han quedado ni las hebillas.

—¿Qué piensan hacer ustedes?

Marta miró a Ramon.

—Creo que deberíamos avisar a Planelles. Todavía estamos a tiempo de contarle lo que ha ocurrido, sin que se nos pueda acusar de encubrimiento o qué sé yo de qué otras cosas...

Ramon asintió con varios movimientos de cabeza.

—¿Quién es Planelles? —preguntó el inglés.

—Un comisario de policía —respondió Marta a la vez que cogía el teléfono para marcar el número de la comisaría de Vía Layetana.

—¡No lo haga! —La voz del inglés sonó amenazadora.

—¿Que no haga qué? —protestó Marta con energía.

—Que no llame por teléfono a ese policía. —Tenía en la mano la pistola de su difunto compañero y le estaba apuntando.

—¿Está usted loco?

—Si acude la policía española, yo no podría explicar mi presencia aquí.

—¡Pues van a venir de todas formas! —protestó Ramon, indignado con la actitud del inglés.

—Eso es cierto —respondió el agente británico sin perder la calma—, pero en estas circunstancias unos minutos pueden resultar preciosos.

—¡Mire usted! —gritó Marta—. ¡No sé quién demonios es, ni qué es lo que pinta

en todo esto! ¡Nosotros no los hemos llamado! ¡Así es que si tiene problemas con la policía española, ese es asunto suyo!

Marta volvió a teclear el número de teléfono. La llamada no llegó a efectuarse porque el inglés que, poco a poco, se había ido acercado hasta ella, le dio un manotazo que lanzó el aparato contra la pared.

—¡Maldita sea! —gritó Ramon, que apretó los puños.

—Estese quieto y no haga ninguna tontería. —Ahora le amenazaba a él con la pistola.

—¡No irá a dispararme!

—Si no hace lo que le diga, no le quepa la menor duda. —Lo dijo con la misma frialdad con que hacía todo.

—¡Usted es un canalla! —le gritó Marta.

—Entre otras muchas cosas —respondió el inglés, sin inmutarse—. ¡Coja los cordones de las cortinas y ate a su amiga! —ordenó a Ramon, quien se quedó mirándolo y negó con la cabeza.

—Muy bien, usted lo ha querido. —Con mucho trabajo, por causa de la herida del brazo, metió la mano en el bolsillo y sacó un pequeño silenciador que colocó en la pistola con la habilidad de quien está habituado.

Marta se puso nerviosa.

—¡Ramon, haz lo que te dice! ¡Este individuo es capaz de matarnos!

—¡Vamos! ¡Haga lo que dice su amiga, pero hágalo rápido! ¡No dispongo de mucho tiempo! —lo animó el inglés, apuntándole.

Ramon cogió los cordones de una de las cortinas y ató con ellos a Marta a una de las sillas, ante la mirada atenta del inglés. Cuando hubo concluido, este le ordenó:

—Ahora, coja otro cordón.

—¿Otro?

—Sí, para usted.

—No sé cómo voy a atarme —comentó, irónico, Ramon.

—No se preocupe por ello.

Deshizo los lazos de otro de los cordones que sostenían recogidas las cortinas y se lo entregó al inglés, este le ordenó que colocase una silla en medio del salón y se sentase en ella. En el momento de sentarse —el ejecutivo de Telefónica había adoptado una actitud de mansedumbre— giró rápidamente y cogió al inglés por la muñeca de la mano con que empuñaba la pistola, sorprendiéndole. Se inició un forcejeo y sonó una pequeña detonación. Marta, que asistía inmóvil, cerró los ojos porque no quería ver lo que había ocurrido. Se sobresaltó al escuchar en aquel preciso instante el sonido del timbre de la puerta de su piso. Alguien estaba llamando. Abrió los ojos a tiempo de ver cómo el cuerpo del inglés se deslizaba entre los brazos de Ramon, desplomándose en el suelo. No pudo contener una expresión de alegría.

—¡Estás vivo!

—Sí.

—¿Él ha muerto? —le preguntó, mirando al inglés.

—No lo sé, estábamos en el forcejeo y... —Ramon tenía la ropa manchada de sangre.

Otra vez sonó con insistencia el timbre.

—¡Desátame!, ¡rápido!

Mientras que Ramon la liberaba de sus ligaduras, tocaron en el timbre por tercera vez. Estaba claro que quien fuera tenía mucha prisa. Marta acudió rápidamente a la puerta y preguntó, sin abrir:

—¿Quién es?

—Señora Amat, soy yo, Lucas —le respondieron desde el otro lado de la puerta—. La policía quiere hablar con usted.

—¡En este momento no puedo abrirle, Lucas; dígle a esos señores que en diez minutos o en un cuarto de hora podré atenderlos! ¡He salido del baño para atender la llamada! —Era la excusa que se le había ocurrido como forma de ganar un tiempo precioso ante la situación en que se encontraban.

Escuchó un murmullo al otro lado de la puerta y de nuevo la voz del portero:

—Muy bien, señora Amat, dentro de diez minutos.

En el salón se encontró a Ramon agachado sobre el cadáver del inglés que, efectivamente, estaba muerto.

—Era la policía —fue su escueto comentario.

Ramon se levantó.

—¿Qué les has dicho?

—Que vuelvan dentro de diez minutos, que estaba en el baño.

—¡Qué lío, Dios!

—Disponemos de unos minutos. Supongo que esos tíos estarán pendientes del reloj para presentarse aquí de nuevo. Ese es el tiempo que tenemos para tomar una decisión y me parece que la mejor es llamar a Planelles para contárselo todo. Creo que, a pesar de vuestras diferencias, con él será mucho menos complicado.

Ramon asintió:

—Sobre todo para ti.

—No seas bobo.

Marta cogió el teléfono y marcó el número de la comisaría de Vía Layetana.

Don Murray llegó jadeante a la salida del aparcamiento justo en el momento en que un Volkswagen Golf enfilaba la rampa de salida. En la posición en que se encontraba, el reflejo del parabrisas no le permitía ver quiénes eran sus ocupantes. Miró a su alrededor y sus ojos se clavaron en una Yamaha gsx-R de 750 cc que había a pocos metros, con las llaves de contacto puestas y un casco sobre su aerodinámico y alargado asiento. Estaba aparcada y con toda seguridad pertenecía a uno de los dos individuos que con trajes de motorista estaban sentados en la terraza de una cafetería

que había justo enfrente.

Cuando el Golf salió a la calle para incorporarse al tráfico, el británico pudo ver con claridad por la ventanilla lateral que se trataba de los dos individuos que le habían burlado. Se sintió impotente al ver cómo el coche se alejaba. Miró la motocicleta y no lo pensó porque no tenía tiempo para ello. Sabía que era la única posibilidad de que no se le escapasen definitivamente. Se acercó hasta la Yamaha, se puso el casco con la mayor rapidez y arrancó; antes de que los tipos que estaban sentados en la terraza se percatasen de lo que estaba ocurriendo, salía disparado detrás de su objetivo que circulaba varios cientos de metros por delante. Aceleró y el ruido del motor evitó que escuchase las maldiciones y los gritos de los dos sorprendidos moteros, que corrían inútilmente detrás de él. En medio del tráfico de una gran ciudad una motocicleta, y la que llevaba era además de gran cilindrada, le daba una ventaja sustancial sobre un automóvil, aunque el conductor no estuviese familiarizado con ella.

Como quiera que el Golf circulaba a la velocidad que le permitía el tráfico, decidió no acercarse más allá de lo que la prudencia le dictaba —dos o tres vehículos por detrás—, procurando pasar lo más inadvertido posible. El casco lo hacía irreconocible, si bien su ropa podía delatarle. Aunque era probable que no se hubiesen percatado de su presencia a la salida del aparcamiento, ya lo habían burlado una vez.

Al llegar al semáforo que regulaba el tráfico que desembocaba desde la calle Aragón al paseo de Gracia, que estaba en rojo, se acercó hasta situarse a la misma altura del Golf, pero con un coche de por medio. Ya había memorizado la matrícula: BPX-2428. Al cambiar el semáforo a verde, dejó que arrancase el vehículo que los separaba, lo que le permitió comprobar que el asiento trasero estaba vacío. Eso significaba que su objetivo tenía que estar en el maletero. Cruzaron la zona central del paseo de Gracia y giraron a la izquierda, en dirección a la Diagonal. El carril de circulación era mucho más estrecho, había coches aparcados y los vehículos avanzaban en hilera de a uno. Allí, pese a la movilidad que le daba la motocicleta, sus posibilidades de maniobra eran muy escasas; se situó detrás, dejando nuevamente un vehículo entre él y su objetivo, mientras pensaba cuál podía ser su siguiente movimiento.

Planelles contemplaba con cara de incredulidad el panorama que tenía delante de sus ojos. Había acudido a casa de Marta nada más recibir su llamada, incluso había accedido a su petición de que diese instrucciones a los policías que había en el inmueble para que aguardasen antes de insistir en hablar con ella.

«¿Qué ha pasado?», le había preguntado por teléfono. «Algo horrible, que no te puedo contar por teléfono», fue la respuesta de Marta, quien ante la insistencia de Planelles, lo único que le había dicho era que estaba relacionado con las amenazas a Ramon y que la presencia de la policía se debía a que se había producido una fuerte explosión en el garaje de su casa.

A Planelles, en el fondo, le satisfacía que Marta acudiese a él en busca de auxilio.

—¡Qué barbaridad! —fue el comentario del inspector al encontrarse con un cadáver y un herido, tan grave, que su vida pendía de un delgado hilo.

Junto a Planelles habían entrado en la vivienda de Marta dos policías vestidos de paisano y otros dos de uniforme.

—¿Quiénes son estos dos? —preguntó el comisario.

—El cadáver no sé a quién pertenece —respondió Marta.

—¿Que no sabes quién es?

—No.

—¿Y el herido?

—Un amigo mío, experto en historia medieval. Se llama Enric Martí.

—¿Qué hacía aquí?

—Había venido para ver unos documentos relacionados con su especialidad.

Planelles clavó su mirada en los ojos de Marta.

—¿Esos documentos tienen algo que ver con los que ha heredado Ramon de su abuelo?

—Así es.

El policía miró hacia donde se encontraba Enric, tendido en el suelo.

—¿Quién lo ha puesto así? —Miró instintivamente hacia el cadáver del inglés.

—¿No crees que lo más urgente es avisar a una ambulancia para que lo trasladen a un hospital? —intervino Ramon, a quien las preguntas del comisario, aunque necesarias, lo estaban cargando. No acababa de explicarse cómo no había dado, todavía, instrucciones para que atendiesen rápidamente al pobre de Enric.

—Coll —Planelles no disimuló la contrariedad que le había producido la insinuación de Ramon—, dé usted las instrucciones necesarias para que retiren al herido. Dígales que tendrán que inmovilizarlo para su traslado. Ahora, ¿podéis responder a mi pregunta?

Fue Ramon quien respondió:

—No te lo podemos decir con seguridad, porque cuando hemos llegado ya estaba así.

—¿Quiere decir eso que estaba solo aquí?

—Eso es, y supongo que quieres saber por qué estaba solo.

—Si no es molestia y crees que es importante para el caso...

Aunque trataban de guardar las formas, la tensión estaba en cada una de las palabras y en el tono con que ambos las pronunciaban.

—Esta mañana cuando salía de casa para ir a la universidad unos mafiosos han raptado a Marta y yo había ido a rescatarla —le espetó Ramon.

Planelles entrecerró los ojos y apretó la mandíbula. Trató de disimular la sorpresa. Después clavó sus ojos en Marta, quien le sostuvo la mirada.

—¡Coño! ¡Ahora resulta que tenemos a todo un héroe!

Un asomo de ira apareció en los ojos de Ramon.

—Es cierto —se interpuso Marta, que veía que la situación tomaba unos derroteros inadecuados—, durante varias horas he estado secuestrada por unos mafiosos rusos.

—¿Quieres explicarme qué es eso de que unos mafiosos rusos te han secuestrado? —Había mucho malhumor contenido en la pregunta del comisario.

Marta le explicó detalladamente todo lo que había sucedido a lo largo de aquel día desde que a eso de las diez de la mañana había salido de su casa para acudir a la facultad. Cómo la sorprendieron, la introdujeron en un coche y la llevaron hasta una nave en un polígono industrial, que más tarde supo que estaba en la zona industrial de Badalona.

—Al parecer en esa zona ha habido una explosión en una nave industrial —comentó Planelles.

—Ha explotado un coche y hay varios muertos.

Planelles se puso muy serio.

—¿Esa explosión y los muertos que decís que ha habido, también tienen que ver con lo que me estás contando?

—Se trata de la misma nave adonde me habían llevado mis secuestradores.

Al comisario no se le movía un solo músculo de la cara. Miró alternativamente a Marta y a Ramon.

—Supongo que querían que les entregaseis esos malditos papeles —apuntó Planelles.

Fue Marta quien contestó:

—Efectivamente, eran esos papeles lo que exigían a cambio de mi liberación.

—¿Qué hicisteis?

—Ramon acudió a La Caixa, donde los habíamos guardado, para utilizarlos como rescate.

Planelles preguntó a Ramon:

—¿Por qué no me llamaste?

—Habían amenazado con matar a Marta si daba aviso a la policía.

—Eso ha sido una estupidez —escupió Planelles con un cierto desprecio.

—¡Yo no lo creo así! —respondió Ramon alzando la voz.

—¡Me importa un cuerno lo que creas o dejes de creer!

Dando de lado a Ramon, preguntó a Marta:

—¿Cómo has salido de allí?

—Ramon y unos ingleses irrumpieron en la nave donde me tenían secuestrada, se produjo un tiroteo y logramos escapar.

—¿Unos ingleses? —El comisario miró el cadáver que había tendido en medio del salón.

Marta se encogió de hombros y mirando al muerto, comentó:

—No sé muy bien quiénes son.

—Pues este muerto está en tu casa —comentó, sarcástico, Planelles.

—Me parece que son agentes del servicio secreto británico —explicó Ramon.

—¿Quieres repetir eso que acabas de decir? —preguntó Planelles con incredulidad y un fondo de preocupación.

—Que me parecen que son agentes británicos. —La voz de Ramon sonaba tranquila, al menos aparentemente—. También ellos están interesados por los papeles que me ha legado mi abuelo.

El comisario movió la cabeza hacia un lado y otro, en un claro gesto de no dar crédito a lo que escuchaba. Su rostro se había contraído y tenía la mandíbula apretada.

—¡A ver si soy capaz de entenderlo!

En ese momento entraron en el salón un médico del servicio de urgencias y dos sanitarios con una camilla. La conversación quedó momentáneamente interrumpida. El facultativo se agachó sobre Enric, le palpó en el cuello, después le desabrochó con cuidado la camisa y le auscultó. Hizo un gesto de preocupación y se levantó.

—¿Cómo lo encuentra, doctor? —preguntó Marta retorciéndose las manos.

—¡Está muy mal! ¡Veremos si llega!

—¿Si llega...?

—A cuidados intensivos. ¡Vamos, no perdamos ni un instante! —indicó a los sanitarios—. ¡Procurad moverlo lo menos posible, sobre todo la cabeza y el cuello!

Con mucho cuidado le colocaron un collarín, lo pusieron sobre la camilla y lo abrocharon con unas correas que lo inmovilizaban. Una de ellas la ajustaron en la frente para que la cabeza no se moviese.

Mientras realizaban la operación, el médico se acercó al inglés y comprobó que estaba muerto.

—Por este, desgraciadamente, ya no podemos hacer nada.

Se fijó en el brazo de Marta. Había sido tanta la excitación que ella casi se había olvidado de la quemadura que le había hecho Kornienko.

—La caricia de unos canallas —comentó Marta, sin darle mayor importancia,

pero con la voz cargada de ansiedad.

—¡Pues vaya una gentuza! —comentó el médico, mientras observaba de cerca la quemadura—. Voy a limpiársela y a ponerle una pomada. Le dolerá un poco, pero hay que hacerlo. —Después de observarla atentamente, comentó—: La dejaremos al aire porque curará mejor. Parece hecha con un cigarrillo.

—Exactamente con un puro —confirmó Marta.

—Debió de dolerle mucho. —El médico daba conversación a Marta como forma de distraerla mientras limpiaba la quemadura. Cuando concluyó, le insistió en que no la cubriese, que utilizase con generosidad la pomada que le dejaba y que procurara no rozarse con nada. Los camilleros habían terminado su tarea—. Tómese durante un par de días estas pastillas, una cada ocho horas. —Sacó seis comprimidos de una caja que llevaba en su maletín y se las entregó—. Es un calmante para el dolor. Creo que también debería tomar un tranquilizante. Está muy tensa y alterada.

El médico miró a su alrededor y, como si quisiese explicar su aseveración, comentó:

—Desde luego no es para menos.

Rebuscó en su maletín y sacó un pequeño frasco de cristal que contenía unas cápsulas bicolors, le dio dos y le indicó que se las tomase un rato antes de acostarse.

—En fin, creo que ya no somos necesarios aquí.

Tanto Planelles, como Marta y Ramon les agradecieron sus servicios.

—Coll, acompáñelos usted. Que se tomen todos los datos relacionados con el herido —ordenó Planelles al inspector; luego se dirigió a Marta—: Y ahora sigamos por donde nos habíamos quedado. Ese cadáver, según vosotros, pertenece a un agente del servicio secreto británico que también, según vosotros, está interesado en los papeles que te ha dejado tu abuelo. Unos papeles que también interesan a una mafia rusa, que nada tiene que ver con los miembros de la Sociedad Thule. ¿Es correcto todo lo que acabo de decir?

—Todo no —le corrigió Ramon.

—¡Ah!, ¿no?

—Nosotros no hemos dicho que esos mafiosos no tengan nada que ver con esa gente de la Sociedad Thule. Esa es una conclusión a la que has llegado tú solito.

Al comisario le sentó fatal la corrección. Conteniendo el malhumor, preguntó:

—¿Hay alguna conexión entre ellos?

Ramon se encogió de hombros.

—No tengo ni idea.

—Está bien, está bien. ¿Podrías explicarme cómo han aparecido estos ingleses y en qué te basas para afirmar que ese tipo era un agente del servicio secreto británico?

Ramon explicó detenidamente a Planelles la aparición de los ingleses después de recoger en La Caixa la cartera con los documentos y cómo le ofrecieron un trato: los papeles, incluida una copia que era con la que estaba trabajando Enric, a cambio de ayuda para rescatar a Marta.

—¿Y tú te fiaste más de unos tipos que te apuntaban con una pistola y que decían ser agentes secretos ingleses, que de tu propia policía? —le recriminó el comisario.

—Ellos no dijeron en ningún momento que fuesen agentes secretos —replicó Ramon.

—Entonces, ¿me quieres explicar por qué afirmas que lo son? —Planelles se mostraba despectivo.

—Bueno, lo he supuesto por su forma de actuar.

—¿Que lo has supuesto por su forma de actuar? ¡O sea que todo no es más que una suposición tuya! —Las últimas palabras de Planelles tenían un fondo de desprecio que no se preocupaba por disimular; más bien al contrario, deseaba que esa sensación quedase bien patente—. ¡Me parece, Ramoncito, que lo que pasa es que tú has visto demasiadas películas de espías!

Ramon, a quien lo de Ramoncito, que era como le llamaban en el instituto, le había sentado como un puñetazo en el estómago, se contuvo lo mejor que pudo.

—En todo caso se trata de ingleses que por todos los medios han tratado de mantener oculta su identidad. Han entrado en acción porque están sumamente interesados por los documentos de esa maldita cartera. Y me brindaron su ayuda en un momento en que mi desconcierto era total.

—¿Todo eso no serán también suposiciones? —le espetó el comisario.

—Permíteme que te diga que comprobar lo que te he dicho será tu trabajo. Tú eres el que habrá de investigar quiénes son esos individuos. ¡Para eso cobras!

La mirada que Planelles lanzó a Ramon fue aviesa.

—¿Cuántos son los presuntos agentes secretos? —Las palabras eran cortantes.

—Tres —contestó Ramon con sequedad.

—¿Y los otros dos?

—Uno murió en el tiroteo que se produjo en la nave industrial.

—¿Y el tercero?

—Presumiblemente —intervino Marta tratando de suavizar la situación— está siguiendo a dos individuos que casi con toda seguridad son los que han dejado medio muerto a Enric.

—¿Por qué dices eso?

—Porque cuando regresábamos de la nave en el mismo coche que habían utilizado para secuestrarme, los hemos visto salir de mi casa. Llevaban una bolsa de mano que Ramon identificó como la que Enric había utilizado para traer de su casa algunos libros para estudiar a fondo los documentos.

Planelles asintió con leves movimientos de cabeza.

—Y a este, ¿quién lo ha matado? —preguntó mirando al inglés que yacía tendido en el suelo.

—He sido yo.

—¡Tú!

—Hemos forcejeado y la pistola con la que me amenazaba se le ha disparado.

Planelles compuso una expresión de duda.

—Yo he sido testigo de que ha sido así —afirmó Marta con contundencia al darse cuenta de la actitud.

—¿Cuál fue la causa de ese forcejeo?

—Me había obligado a amarrar a Marta a esa silla y luego intentó atarme a mí también.

—¿Por qué? —preguntó Planelles, fijando su mirada en las sillas y en los cordones de las cortinas tirados por el suelo.

—Se negaba a que te llamásemos para contarte todo lo que había ocurrido. —Marta se adelantó a dar aquella explicación—. Como ya te he dicho, para estos tipos había dos objetivos: uno, apoderarse de los papeles y de las posibles copias que hubiese de ellos porque de ninguna de las maneras estaban dispuestos a que fuesen a parar a manos de los que me raptaron. Son muy fríos y calculadores, gente dispuesta a matar sin inmutarse. Para ellos, esos papeles son mucho más importantes que la vida de las personas. ¡No sé lo que pueden contener, pero debe de tratarse de algo de mucho valor!

—¡Eso es lo único seguro de todo este lío! —lo interrumpió el comisario.

—Segundo —prosiguió Ramon, continuando con el comentario de Marta que Planelles había cortado—, estaban dispuestos a que no se supiese nada de su actuación, y cuando digo que estaban dispuestos, quiero decir que estaban dispuestos a cualquier cosa, incluido matar. Después de verlos actuar comparto plenamente la opinión de Marta.

—Y ese secretismo os ha llevado, poniéndole mucha imaginación a la cosa, a deducir que esos tres individuos son agentes británicos. ¡Agentes de su servicio secreto, nada menos!

—Has de saber —indicó Marta, a quien la actitud de Planelles empezaba a molestarle— que Ramon recibió esta mañana muy temprano una llamada de Inglaterra. La hicieron desde una comisaría de Londres.

—¿Cómo sabes que era la policía?

—Hemos localizado la llamada. Correspondía a una comisaría de New Bond Street. Me llamó un tal inspector Blackman.

—¿Qué quería ese Blackman?

—Mi ex mujer había presentado una denuncia, indicando que yo había recibido amenazas sobre mi hija. Blackman trataba de que le facilitase el mayor número de datos posibles. La explicación que me dio fue que de esa forma podrían proteger mucho mejor a Nuria.

Planelles se pasó varias veces la mano por el mentón.

—¿Dónde están los papeles? —preguntó después de un prolongado silencio.

—Si preguntas por los originales, me temo que con la explosión del coche se hayan convertido en cenizas.

—¿El coche que ha explotado es el mismo que habíais utilizado para huir de la

nave industrial?

Marta y Ramon asintieron.

—¿Dónde estaba?

—En el garaje, guardado en mi cochera.

—¿Por qué lo habíais ocultado ahí?

A ninguno de los dos les pasó inadvertido que Planelles hablaba de ocultamiento.

—En algún sitio teníamos que dejarlo, ¿no? —se defendió Marta.

El policía cabeceó varias veces, como si expresase algunas dudas.

—Hay demasiado secretismo en todo este asunto —se quejó.

—¡No hay secretismo! —protestó Ramon—. ¡Hay un cúmulo de circunstancias que nos han desbordado! ¿Quién, si no, te ha avisado?

—¡No me vendas la moto, Nogués! ¡Me habéis avisado cuando estabais atrapados! ¡Cuando teníais a la policía llamando a la puerta!

—¡Cuando Ramon te ha dicho que forcejeó con el inglés porque ese individuo se negaba a que te avisásemos, te ha dicho la verdad! ¡Antes de que apareciese la policía ya habíamos decidido avisarte! —le recriminó Marta.

—¿Tengo que creérmelo? —ironizó Planelles.

—¡Haz lo que te dé la gana! ¡Pero es la pura verdad! —Marta había levantado la voz, estaba cada vez más enfadada con la actitud del comisario.

—Está bien, está bien. —Planelles levantó los antebrazos con las palmas de las manos extendidas—. Además de los originales, ¿cuántas copias había?

—Una —replicó Ramon.

—¿Solo una?

—Solo una. Era con la que Enric estaba trabajando cuando debieron de sorprenderle.

—¡Que es la misma que está persiguiendo el tercero de los ingleses!

Ramon hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

Eugenio Planelles se metió las manos en los bolsillos de los pantalones y compuso en su boca un gesto displicente:

—Me parece que estáis metidos en un buen lío.

Al llegar a la confluencia del paseo de Gracia con la Diagonal, el Golf giró a la izquierda en dirección a la plaza de Francesc Macià. El tráfico era denso, pero todavía muy fluido; en menos de una hora se pondría imposible. Don Murray pensaba la forma de abordar el coche que tenía delante, consciente ya de que la bolsa que buscaba estaba en el maletero. Acababa de detenerse, una vez más, ante un semáforo en rojo, cuando una idea se encendió en su cabeza. Ponerla en práctica suponía jugarlo todo a una carta, pero probablemente era la oportunidad más clara y rápida que tenía de hacerse con los papeles. Adelantó al vehículo que le separaba de su objetivo, cruzó la moto, pegándose a la trasera del Golf y presionó sobre la cerradura.

El maletero se abrió suavemente y ante sus ojos apareció la bolsa de lona. Tiró de ella con fuerza, se la colgó en bandolera y, sin perder un instante, giró la motocicleta maniobrando con habilidad hasta salir de entre los vehículos que aguardaban el cambio de color del semáforo. Se puso en primera fila justo en el momento en que cambiaba a verde, aceleró con fuerza y los setecientos cincuenta centímetros cúbicos respondieron catapultándole hacia delante.

El mayor de los dos individuos, Obermaier, que se había bajado del coche para lanzarse hacia Murray con el propósito de recuperar la bolsa, tuvo que subirse otra vez en el vehículo porque aquel individuo, al que creía haber despistado en el aparcamiento, los había sorprendido y se les escapaba. El más joven, que era quien iba al volante, pisó el acelerador a fondo y el Golf salió a toda velocidad, adelantando con evidente peligro a otros dos coches —los neumáticos dejaron atrás un rastro de humo— y siguiendo la estela de la motocicleta, ante de la mirada atónita y los improperios de los peatones y conductores que había en la zona.

Se iniciaba una peligrosa persecución en plena Diagonal, en un momento en que la densidad del tráfico podía ser causa de un grave accidente.

La llamada de Nemiaskin había alterado aún más el ánimo de Hermann Gross, cuando el ruso le comunicó que el Mercedes en que huyeron quienes habían matado a Kornienko y sus hombres había saltado por los aires.

—¿Ese era el coche donde estaba la cartera? —había preguntado Gross con ansiedad.

—¡Ni lo sé, ni me importa! —le gritó Nemiaskin—. ¡Espero que estuviesen dentro esos hijos de mala madre!

Ante unas afirmaciones como aquellas, Gross se quedó un tanto perplejo:

—¿Cómo ha explotado el coche?

—¡Hemos accionado un mecanismo por control remoto!

—¿Que han hecho ustedes qué? —La pregunta del alemán era más que nada un grito de desesperación.

—Todos nuestros coches, como medida de precaución, llevan instalada una carga explosiva que podemos accionar a distancia —explicó Nemiaskin—. Si el coche va a parar a manos inadecuadas o tenemos algún tipo de problema... usted ya me entiende... lo arreglamos... ¡boomm! Lo justo para que se destrozce el interior y todo lo que hay dentro.

Gross no daba crédito a lo que el ruso acababa de decirle.

—¡Un momento! ¡Lo que me está diciendo es que han hecho explotar el coche sin saber si la cartera estaba dentro del mismo!

—Ha acertado plenamente. Ese coche había escapado a nuestro control; no solo eso, sino que quienes se habían apoderado de él habían acabado con la vida de cuatro de mis hombres. ¡Como le he dicho, espero que todos ellos estuviesen dentro y hayan ido al infierno!

—¡Usted es un loco, además de un imbécil! —gritó Hermann Gross al auricular de su teléfono, sin poder contenerse.

—¡Váyase a la mierda! —le respondió el ruso, antes de cortar la comunicación.

Gross se quedó mirando el teléfono con cara de estupefacción. Comprobó la hora en su reloj de pulsera y se dio cuenta de que habían pasado cerca de dos horas desde que Obermaier le había llamado para informarle del asalto a la casa de Marta Amat y de que se habían apoderado de un juego de fotocopias con las que trabajaba un individuo que estaba allí. Tal y como se estaban poniendo las cosas, pensó que la reproable acción de Obermaier iba a resultar mucho más positiva de lo que había imaginado en un principio. Por un momento lamentó haberle tratado con tanto desdén; sin embargo, luego pensó en lo importante que es la disciplina en cualquier organización y se dijo a sí mismo que había actuado correctamente. Pulsó la tecla que le comunicaba con su secretaria.

—Elsa, localice a Obermaier y dígale que se está retrasando. ¡Que le indique dónde está e infórmele de que quiero verlo inmediatamente!

Poco después volvía a sonar el teléfono del despacho de Gross. Era su secretaria:

—*Herr* Gross, el teléfono de Obermaier no contesta.

—¿Le ha dejado un mensaje en su buzón de voz?

—Lo siento, *herr* Gross, pero no lo tiene activado.

Hermann Gross colgó el teléfono y soltó una blasfemia. No lograba entender cómo se podía ser tan inútil. Unos instantes después volvió a sonar el teléfono y lo cogió con verdadera ansiedad.

—¿Dígame, Elsa?

—*Herr* Voguel acaba de llegar, ¿puede usted atenderle?

—Hágale pasar.

Hans Voguel, propietario de la librería Artúrica, especializada en temas esotéricos, entró en el despacho con una sonrisa de oreja a oreja. Pero se le congeló nada más ver a Gross.

—¿Llego en mal momento, Hermann?

—No, pero me temo que si no tenemos un golpe de suerte se nos viene encima una catástrofe. Siéntate, por favor.

—¿Qué es lo que ocurre? ¿Nemiaskin...? —Voguel se había sentado y sacó uno de los puros con que se habitualmente se deleitaba.

—Ese ruso es una mala bestia. Acaba de hacer saltar por los aires el coche donde, presumiblemente, estaba la cartera del *Reichsführer*. ¡Imagínate, Hans!

Voguel, que después de cortar la cabeza de su puro lo chupaba cuidadosamente, arrugó el entrecejo.

—¿Y por qué ha hecho una cosa así?

—Ese imbécil se ha enfurecido y ha decidido vengar la muerte de varios de sus hombres.

—No comprendo... ¿volar el coche donde estaba la cartera del *Reichsführer* para vengar la muerte de varios de sus hombres?

—Parece que Nemiaskin tenía ya la cartera en su poder o al menos eso me dijo hace un par de horas. Sin embargo, quienes tenían que recibirla han sido atacados y muertos.

—¿Quiénes los atacaron?

—No lo sé. Al parecer iban en el mismo coche en que estaba la cartera, un coche de su organización. Todo apunta a que se trata de gente muy preparada y capaz.

—¿Eran muchos?

—¿Quiénes, sus hombres?

—Sí.

—Me ha dicho que eran cuatro.

—¿Y no sabe quiénes los han atacado?

—Nemiaskin no lo sabe porque todos sus hombres han muerto. Pero como han

huido en el mismo coche donde iban para efectuar la entrega de los documentos, que era suyo, todo lo que se le ha ocurrido ha sido volarlo, activando por control remoto una bomba que, al parecer, esos mafiosos instalan en todos sus vehículos como medida de precaución.

Voguel permaneció en silencio, cavilando. Al cabo de un rato, afirmó con rotundidad:

—¡Han sido los ingleses!

—¿Los ingleses? —Gross pronunció aquellas dos palabras con un mezcla de desprecio y espanto.

—No me cabe ninguna duda. Han tenido tiempo más que sobrado para llegar a Barcelona y poner en marcha el plan que han estado trazando durante la noche pasada. ¡Estoy seguro de ello, porque no irás a pensar que una cosa así la haya podido hacer ese Ramon Nogués!

—¡Si son ingleses y el ruso los ha mandado al infierno, algo bueno ha hecho ese criminal! Pero no todo está perdido: Obermaier me llamó hace un par de horas. — Miró el reloj e hizo un gesto de preocupación—. Me dijo que había entrado en casa de Marta Amat y se había apoderado de una copia de los documentos que había en la cartera del *Reichsführer*. Allí se había encontrado con un especialista en historia medieval trabajando con esa copia y con abundante bibliografía sobre el Grial y los trabajos que realizó la Orden Negra para descubrir su paradero.

—¿Obermaier se ha apoderado de una copia de los documentos?

—Eso me dijo hace dos horas. Lo que no me explico es cómo no ha llegado aún. Le ordené que se viniese para SIGFRIDO inmediatamente. Pero ese inútil, que sin saberlo ha salvado parte de la complicada situación en que nos ha colocado la bestia de Nemiaskin, no aparece.

Gross descolgó el teléfono y ordenó a su secretaria:

—¡Elsa, intente de nuevo localizar a Obermaier!

Una vez que colgó el teléfono comentó a Voguel:

—Por cierto, Hans, Obermaier me dijo que se le había ido la mano con ese medievalista.

—¿Lo ha matado? —Voguel parecía sobresaltado.

—Creo que sí.

Hubo un breve silencio que nuevamente rompió Voguel:

—Tienes toda la razón cuando dices que ese Obermaier es un inútil.

—¿Lo dices por algo en concreto?

—Porque a través del medievalista seguramente habríamos obtenido información muy valiosa acerca del contenido de la cartera del *Reichsführer*.

Unos golpecitos en la puerta anunciaron la presencia de Elsa.

—Lo siento, *herr* Gross, pero Obermaier no coge el teléfono.

—¿No salta el buzón de voz?

—Tampoco.

La policía londinense había trabajado sin descanso en la búsqueda de los asesinos que habían acabado con la vida de uno de sus compañeros la noche anterior en la puerta del número 17 de Berkeley Street. Habían obtenido el listado de pasajeros procedentes de España en los vuelos de la víspera y pusieron especial interés en los procedentes de Barcelona. Después de procesar todos los datos relativos a sexo, edad, pasajes individuales, en grupo, existencia o no de vuelo de retorno cerrado o abierto, punto de destino de ese retorno y otros, habían dado instrucciones muy concretas a la policía de aduanas. Después de cribarlo todo cuidadosamente habían concentrado su atención en media docena de personas. Cuando descubrieron, a través de la información que les facilitó la policía española, a la que habían pedido colaboración —por supuesto sin informarles de lo que estaban haciendo varios de sus agentes en Barcelona—, que dos individuos se habían alojado en el Sheraton Hotel de Piccadilly, a escasa distancia de Berkeley Street, tuvieron el convencimiento de que estaban muy cerca de descubrir a los autores del crimen. Rápidamente habían comprobado sus movimientos.

Después de desayunar, Carlos Machín y Eudaldo Polo, que eran los nombres que figuraban en los pasaportes de los dos sospechosos, cogieron un taxi que los trasladó a Harrods, donde compraron algunas chucherías. Después se fueron al Soho y entraron en uno de los locales de *show girls* que funcionan ininterrumpidamente las veinticuatro horas del día, donde permanecieron durante una hora. Por último, se acercaron a una oficina de la British Airways, donde les fue posible cambiar la fecha del vuelo de regreso a Barcelona. Lo harían aquella misma tarde en el que salía de Heathrow a las 19.30 horas. El tiempo que dedicaron a compras, asueto y el cambio de billetes fue aprovechado por la policía para registrar sus habitaciones en busca de una pista que certificase sus sospechas. No había ni rastro de la pistola ni del cuaderno que habían desaparecido de la guantera del coche. Tampoco encontraron nada extraño en sus equipajes. Un detalle, sin embargo, les dio la certeza que estaban buscando: en una papelería había un plano de Londres donde estaba señalado, con un círculo trazado a bolígrafo, Berkeley Street y donde podía verse escrito el número 17; también tomaron el mayor número posible de huellas, que rápidamente habían sido identificadas con las que aparecían en el coche donde asesinaron al policía.

Los sospechosos regresaron al hotel poco después de mediodía y comunicaron en recepción que se veían obligados a cancelar su estancia porque se marchaban de Londres un día antes de lo previsto.

Cuando hora y media antes de la salida del vuelo —al llevar solo equipaje de mano habían obtenido la tarjeta de embarque en la propia oficina de la British donde habían efectuado los cambios— pasaban por el control de aduanas en las cabinas para los ciudadanos de la Unión Europea, les sorprendió que unos agentes los invitasen a acompañarlos a las dependencias policiales donde habrían de responder a algunas cuestiones relacionadas con su estancia en Londres.

Pocos minutos después, Carlos Machín y Eudaldo Polo salían del aeropuerto, esposados, en un coche de la policía para realizar el trayecto de retorno a Londres.

Una patrulla motorizada de la guardia urbana que vigilaba el tráfico en el cruce de Vía Augusta con Diagonal vio pasar, como si de una momentánea aparición se tratase, la potente Yamaha que conducía Don Murray y a continuación un Golf que le seguía de cerca. Arrancaron sus motos y dieron aviso por radio, alertando a las unidades que hubiese en la zona:

—Sí, sí, se trata de una Yamaha de color azul de gran cilindrada, conducida por un individuo que lleva una bolsa colgada a la espalda. El coche es un Golf de color negro cuya matrícula es BXP-2428, con el conductor y otro ocupante, que parece llevar una pistola en la mano. Circulan por la Diagonal en dirección a Pedralbes. ¡Pueden ser peligrosos! Repetimos, ¡pueden ser peligrosos!

Cuatro coches y dos patrullas motorizadas que circulaban por la zona respondieron a la llamada de sus compañeros. Una de las patrullas motorizadas trató de interceptarlos a la altura de la plaza de Francesc Macià, pero su intento resultó baldío y todo lo que pudieron hacer fue sumarse a la persecución que ya habían iniciado los agentes que dieron el aviso. Algunos coches se vieron afectados por la persecución y comenzó un estridente y sonoro concierto de bocinas. Fueron muchos los vehículos que hubieron de detenerse y se produjeron algunas colisiones.

El Golf seguía a la Yamaha a escasa distancia, posiblemente porque la mayor maniobrabilidad y punta de velocidad de la motocicleta quedaba compensada con el desconocimiento que Murray tenía de ella y que le impedía sacarle todo el partido posible.

El tráfico empezaba a verse gravemente alterado cuando en la lejanía, a unos quinientos metros, el inglés, que trataba por todos los medios de despegarse del Golf sin conseguirlo, vio que dos coches de la policía trataban de cerrarle el paso; lo peor era que, en caso de que no se detuviese, abrirían fuego contra él. Estaba obligado a tomar una decisión antes de que fuese demasiado tarde y se estrellase contra la barrera de coches. Por detrás el Golf le seguía a escasa distancia. También ellos tenían que haberse percatado de la barrera que tenían delante.

Murray estaba ya a un centenar de metros. Vio que los policías se habían parapetado detrás de los coches y habían empuñado sus armas. Por el espejo retrovisor comprobó que el conductor del Golf no había reducido la velocidad; seguía teniéndolo detrás; aquel individuo o estaba tan loco como él o no se había percatado del obstáculo sobre el que se echaban encima. Había empezado a reducir gas cuando se dio cuenta de que justo delante de la barrera policial, a derecha e izquierda, se abrían sendas calles; la de su izquierda era de regulares dimensiones. No lo pensó dos veces: volvió a acelerar y en el último momento, cuando parecía que el choque era inevitable, dio un brusco giro en esa dirección y enfiló la calle Numancia.

A causa del casco y como consecuencia del ruido de su propia moto, apenas se percató del tremendo impacto del Golf contra los coches de la guardia urbana. Pero varios segundos después escuchó el potente zumbido de una explosión a sus espaldas. No pudo ver el fogonazo y la larga llamarada que se había producido. Aceleró con la seguridad de que quedaba atrás el problema que le había perseguido por toda la Diagonal.

Si la mañana de aquel día había sido un cúmulo de tensiones, miedos y angustias para Marta y Ramon, la tarde acabó por completar una jornada que solamente podría calificarse como horrible.

La marcha de Planelles, sacudiéndose los posibles problemas que se derivasen de la complicada situación en que se encontraban, los llevó a tener que prestar declaración —a veces repitiendo machaconamente la misma cosa por si los inspectores que se habían hecho cargo del caso descubrían un detalle o un matiz que fuese de interés para la investigación— sobre todo lo referente al secuestro y sus consecuencias.

Durante varias horas la vivienda de Marta fue un continuo entrar y salir de gente, desde el juez que acudió para que se pudiese proceder al levantamiento del cadáver del agente británico hasta los miembros de la policía científica que no pararon de escudriñar por todos los rincones en busca de un detalle, de una huella o algún otro testimonio que les permitiese avanzar en sus investigaciones. Acabaron encontrando el casquillo de la bala que había acabado con la vida del inglés y localizaron diferentes huellas en algunos utensilios de cocina.

Por otro lado, a falta de algunas verificaciones, la opinión de los tedax que habían acudido al inmueble era que la explosión había sido provocada por un mecanismo de control remoto. No era la primera vez que se encontraban con vehículos de las mafias que llevaban incorporada una bomba para hacerla estallar en caso necesario. Habían comprobado que todo encajaba con lo ocurrido. Eran explosiones controladas para destrozar un coche y destruir lo que hubiese en su interior.

Marta y Ramon también hubieron de soportar las protestas y hasta los improperios de los enfadados vecinos del inmueble —alguno de ellos muy excitado— por su papel en la explosión. La única noticia reconfortante llegó cerca de las diez de la noche cuando Lucas, el portero, les comunicó que el vehículo siniestrado —esa fue la palabra que utilizó— había sido retirado y que los técnicos del Ayuntamiento habían certificado que el inmueble no había sufrido daños en su estructura.

En el colmo de aquel torbellino, Ramon recibió una llamada de su secretaria —todavía ajena a los sucesos de la jornada—, quien siguiendo sus instrucciones había cancelado la agenda de aquel día, para comunicarle que los de la compañía de seguros habían insistido en visitar su domicilio al día siguiente para tasar los daños. Como la eficiente Alicia pensaba que eso no debía demorarse, por suponer que se

trataba de un asunto en el que estaban implicados intereses económicos de su jefe, había cerrado un encuentro en el destrozado piso de Ramon a la una de la tarde. También le comunicó que el funeral por Sofía sería a las cinco de la tarde. Cuando la horrorizada secretaria supo todo lo que al señor Nogués se le había venido encima, le dijo que cancelaría inmediatamente el encuentro con los peritos de la aseguradora o en su caso se ofreció a acompañarlos ella misma al piso. Ramon le dijo que no cancelase el encuentro y que, en caso necesario, le diría quién acompañaría a los del seguro. Le pidió la dirección de la iglesia donde se celebraría el funeral.

Acababan de poner un poco de orden —la asistenta de Marta, que acudía lunes, miércoles y viernes, tendría que hacer algunas horas extraordinarias— en el caos en que se había convertido el piso, cuando a través de una llamada telefónica desde la comisaría de Vía Layetana les indicaron que al día siguiente a las nueve de la mañana el comisario Planelles los aguardaba en su despacho.

—¿Para alguna cosa en concreto? —preguntó Marta.

—El comisario ha dicho que es para cumplir las formalidades correspondientes.

—Muy bien, dígame a su comisario que allí estaremos. —Marta, indignada, colgó el teléfono sin despedirse—. ¡Será cabronazo el tío!

—No sé de qué te sorprendes —comentó Ramon, que no había necesitado preguntar a quién iba dirigido el calificativo—, Planelles ha sido así toda su vida.

—Al final voy a tener que darte la razón —concedió Marta.

Tras un breve silencio, Ramon comentó:

—Hay, además, algo en la actitud de Planelles que me produce, cuando menos, sorpresa.

—¿A qué te refieres?

—¿No te resulta extraño que apenas nos haya preguntado por tus secuestradores y que todo su interés haya girado en torno a los ingleses?

Marta se quedó pensativa, rumiando aquel planteamiento.

—Ahora que lo dices, es cierto.

—Con los nervios del momento y supongo que también influido por su falta de interés, no le he dicho que conozco el nombre del jefe de los mafiosos que te han raptado.

—¿Se llama Yuri! —exclamó Marta.

—En efecto, Yuri Kornienko.

—¿Cómo es que sabes eso?

—Sé más. Sé que el jefazo de ese canalla se llama Nemiaskin.

—¿Y cómo es que lo sabes? —insistió Marta.

—Nos lo contó el tipo a quien yo tenía que entregarle la cartera, el que me aguardaba a la salida de La Caixa; el mismo que nos condujo hasta donde te tenían secuestrada.

—¿Por qué lo hizo?

—Rencillas entre ellos. Los culpaba de la muerte de un hermano suyo.

Marta meditó unos instantes.

—¿No crees que habría que contarle todo esto a Planelles?

—Supongo que sí. Lo haré mañana, cuando prestemos declaración en la comisaría.

A Marta casi le resultó extraño sentir una fuerte punzada en el estómago. Era una llamada producida por el hambre. Solo en aquel momento se dio cuenta de que no había probado bocado en todo el día.

—¿Tú has comido algo? —preguntó a Ramon, quien negó con la cabeza—. Pues habrá que hacer algo por la vida.

Marta, que, más que sentada, estaba tirada en uno de los sillones del salón, se levantó cansinamente para dirigirse a la cocina. Ramon la imitó y antes de que ella se diese cuenta la había agarrado por la cintura y le dio un largo y cuidadoso beso en la boca, luego le susurró al oído:

—Te quiero.

—También yo a ti.

—Entonces, ¿qué dices a mi proposición? ¿Quieres que nos casemos?

Ahora fue Marta quien le besó, buscando su lengua con la suya. Al cabo de un rato llegó la respuesta que Ramon esperaba:

—En cuanto salgamos de todo este lío.

La comisaría de Vía Layetana era lo más parecido a una casa de locos. Cuando Marta y Ramon llegaron puntuales a la cita que les había dado Planelles, al bullicio de las gestiones habituales de una comisaría de mucha actividad cotidiana, se habían sumado los problemas derivados de un desalojo de okupas.

A todo ello se añadía el complicado caso de las amenazas recibidas por Ramon Nogués y todo lo relacionado con él. Desde la muerte de Sofía, la asistente de Ramon, hasta la muerte del inglés en casa de Marta, pasando por los sucesos de la nave industrial en Badalona o el accidente de un Golf, que se estrelló contra una barrera de la guardia urbana, y el de un motociclista que tras una rocambolesca persecución policial había acabado estampado contra la fuente de la plaza de España, y había muerto a consecuencia de la explosión de la moto. El cuerpo del motorista, que acosado por los coches de la policía perdió el control de la motocicleta, había quedado completamente destrozado.

Aunque los sucesos se habían producido en diferentes puntos de la ciudad, y por lo tanto en zonas pertenecientes a otras comisarías, todas las diligencias se habían concentrado en la de Vía Layetana para evitar una peligrosa dispersión de información y datos.

A diferencia de la ocasión anterior, no tuvieron que aguardar para que Planelles los recibiese. Apenas se identificaron, un policía los acompañó hasta el despacho del comisario, quien los recibió sin demora.

—¿Habéis descansado algo? —Planelles los acogía con mucha más amabilidad de la que había mostrado la tarde anterior cuando se despidió de ellos con un lapidario: «Me parece que estáis metidos en un buen lío», tratando de desmarcarse de los posibles problemas que se les podían venir encima ante el panorama que tenían por delante.

Sin ponerse de acuerdo, tanto Marta como Ramon se encogieron de hombros, dando a entender que no era su descanso, precisamente, lo que más les importaba en aquel momento. Por alguna razón que desconocían, Planelles continuaba mostrándose amable, y les preguntó si habían desayunado o si deseaban tomar un café. A pesar de que a Marta le picaba la curiosidad por conocer cuál podría ser la razón de aquel cambio de actitud, se limitó a decirle con calculada frialdad:

—Eugenio, nos gustaría acabar lo antes posible con las diligencias que tenemos que hacer porque queremos ir a ver cómo se encuentra Enric, hay que resolver cosas con los del seguro y a las cinco es el entierro de Sofía.

—¿Sabéis en qué clínica está ingresado? —preguntó solícito el policía.

—Nos han dicho que está en una clínica de la calle Provenza —respondió ella con la misma frialdad de antes.

Planelles se dio cuenta de que sus viejos compañeros de instituto estaban disgustados con su actitud de la víspera.

—Bien, en ese caso procuraremos acabar lo antes posible, aunque me temo que no será la última vez que tengamos que hablar. Tomad asiento. —Señaló dos sillas, que había delante de su mesa, mientras que él se sentaba en su sillón de comisario. Si no respondían a su amabilidad, pondría distancia de por medio. Pulsó una tecla del interfono que había sobre su mesa:

—Martínez, venga a mi despacho para tomar declaración a la señora Amat y al señor Nogués. ¡No se entretenga!

—¿No va a tomarles usted la declaración? —se escuchó a través del interfono con resonancia metálica.

—No. Es usted quien se va a encargar de hacerlo.

—¿Quiere que se la tome ahí? ¿En su propio despacho? —Había cierta sorpresa en sus palabras.

—¡Martínez, creo habérselo dicho muy claro! —A Planelles le había cambiado el humor en cuestión de segundos.

—Voy para allá ahora mismo, comisario —respondió una voz metálica y ligeramente deformada.

—¡No se entretenga! —reiteró Planelles.

Unos segundos después, lo que evitó un silencio que hubiese resultado más tenso de lo que por sí era ya, Martínez apareció en el despacho. Planelles se puso de pie, lo que llevó a que Ramon y Marta se levantasen. Con voz autoritaria indicó al inspector:

—¡Hágalo en mi propio ordenador! ¡Ya está preparado!

Se puso la chaqueta y se apretó el nudo de la corbata. Sin mirarlos siquiera, se despidió diciendo:

—El inspector Martínez les tomará declaración. —Planelles había ampliado las distancias hablándoles de usted.

Marta le despidió con un glacial:

—Muchas gracias, señor comisario.

Ramon ni se molestó en decir adiós. El que acababan de ver era el verdadero Planelles que él conocía.

La declaración se prolongó por espacio de casi una hora y estuvo dedicada a repetir lo que la tarde anterior ya habían manifestado. El rapto de Marta, la exigencia de que Ramon entregase la documentación de la cartera, la aparición de los ingleses, el tiroteo en la nave industrial y el regreso a casa de Marta, la explosión del Mercedes y el forcejeo que terminó con la muerte del inglés.

—Por cierto —comentó el inspector Martínez cuando estaban en esta parte de la declaración—, ¿saben ustedes que el tercero de los ingleses quedó hecho pedacitos en la plaza de España?

—¿Hecho pedazos? —preguntó Marta.

—Iba en una Yamaha de gran cilindrada que había robado poco antes. Le

perseguían varios vehículos de la policía cuando se estrelló contra la fuente de la plaza de España. Tuvo mala suerte, porque a la velocidad se le añadió el impacto que produjo la explosión de la moto. Fue como si le estallase una bomba entre las piernas.

—Entonces, ¿han muerto los tres? —preguntó Ramon.

—Los tres —asintió el inspector—. Si es que no hay alguno más danzando por ahí sin que todavía nos hayamos enterado.

—Ese inglés iba en persecución de los dos individuos que habían asaltado mi casa y dejado casi muerto a un amigo nuestro. ¿Se sabe algo de esos individuos? —A Marta, que algo había escuchado por la radio, le parecía que una confirmación oficial de su muerte no vendría mal.

Por toda respuesta Martínez cogió de la mesa un periódico que había doblado y les mostró la primera página. Una fotografía en color ofrecía la imagen de los tres vehículos —dos de la guardia urbana y el Golf en que viajaban los dos individuos— destrozados y calcinados en plena avenida Diagonal y comentó:

—Iban detrás del inglés cuando este giró hacia la calle Numancia sin que a ellos les diese tiempo a reaccionar. El inglés, a quien seguían varias unidades de la policía, acabó como ya les he contado.

Cuando hubieron concluido la declaración, a lo largo de la cual el inspector Martínez se mostró como una persona afable y competente, este se la leyó detenidamente para que, en caso de que estuviesen conformes, la firmasen. Después Martínez dijo a Ramon:

—En balística ya nos han dicho que el disparo que produjo la muerte del inglés salió de su propia pistola, porque el modelo es el que usan los agentes del servicio secreto británico, lo que confirma su versión de los hechos y la declaración de la señora —miró a Marta—; de todas formas, sería bueno que su abogado le asesorase. No creo que vaya a haber problemas, pero no estará de más que anden prevenidos.

—Le agradezco el consejo.

—Por otro lado —el inspector Martínez bajó el tono de voz—, por ahí circula el rumor de que el gobierno inglés, pese a los tres muertos, no va a decir esta boca es mía.

—Si no es indiscreción, ¿por qué piensa usted eso? —preguntó Ramon.

—¡Hombre! —Martínez se encogió de hombros, dando a entender con ello que era algo evidente—, a ver cómo explican esos cabrones la presencia de tres agentes de su servicio secreto actuando en territorio español como si esto fuese su coto privado de caza.

—¿Puedo abusar de su amabilidad con una pregunta más?

—Dígame.

—¿Se sabe algo de los que raptaron a la señora Amat?

—Tenemos la declaración de ustedes y los métodos que han utilizado. Es casi seguro que se trata de alguna de las bandas de mafiosos rusos que operan en la Costa Brava. Tal vez los coches y la nave de Badalona nos aporten algunos datos, pero esta

gente tiene tejidas unas redes tan complejas que hacen poco menos que imposible llegar hasta ellos.

—La nave estará a nombre de alguien —señaló Marta.

—Ya lo creo. Pertenece a una empresa a la cual los mafiosos se la han alquilado con datos falsos o a través de una empresa inexistente.

—Pero habrá un contrato —insistió Marta.

—Es posible, pero no seguro. Los arrendadores no habrán sido muy escrupulosos, porque de esa manera ni declaran el iva, ni tienen que pagar impuestos. ¡Ya saben cómo son muchas de estas cosas!

—¿Y los coches? —preguntó Ramon.

—Tres cuartos de lo mismo. Estarán puestos a nombre de empresas. Es posible que haya incluso una denuncia por robo de alguno de ellos, con lo cual pueden lavarse las manos. No puede usted hacerse una idea de los tinglados de ingeniería administrativa que se pueden montar para hacer imposible llegar al final de estos asuntos. Tiraremos de ese hilo para ver si somos capaces de desenredar todo el ovillo, pero, créame, no será nada fácil.

—¿Al menos nos enteraremos de quiénes son los que han asaltado mi casa? —preguntó Marta, como si se tratase de un premio de consolación.

—¿Por qué lo dice?

—Porque de esa forma se podrá identificar el coche y los dos sujetos que iban en él. Me refiero a los que se estrellaron en la Diagonal.

—Me temo que tampoco, señora Amat.

—¿Cómo que tampoco? ¡Tienen el coche y los cadáveres de los dos ocupantes que iban en él!

—No señora. El propietario de ese coche, se trata de un Golf, denunció ayer por la noche su desaparición. Alguien lo había robado durante la tarde del aparcamiento público que hay en la plaza del doctor Letamendi. Esta mañana a primera hora hemos sabido que el coche que conducían esos dos individuos se correspondía con el vehículo denunciado. ¡Aunque vaya usted a saber lo que pueda haber detrás de esa denuncia! En cuanto a los ocupantes, dependerá de muchos factores. Si no llevaban documentación encima, no están en nuestros ficheros o nadie reclama los cadáveres las posibilidades de identificación se reducen drásticamente. Si además son extranjeros, peor aún. Ni piezas dentales, ni ADN, ni nada de nada.

—¡Qué barbaridad! ¡Resulta prácticamente imposible seguir la pista de estas gentes! —exclamó Ramon.

—Imposible, imposible no. Pero, desde luego, no le quepa a usted la menor duda de que resulta muy complicado. ¡Mucho más de lo que la gente piensa!

—En ese caso es posible que le sea de utilidad una información acerca de los mafiosos que raptaron a Marta —señaló Ramon.

—¿Una información? ¿Qué clase de información? —preguntó Martínez vivamente interesado.

—Conozco el nombre del cabecilla de los raptos de Marta y el del jefe de la banda.

—¿Cómo es que sabe eso?

Ramon le explicó con todo detalle lo que el conductor del Mercedes les había contado.

—¿Dice que sus nombres son Yuri Kornienko y Boris Nemiaskin? —preguntó el inspector, a la vez que los anotaba en una cuartilla.

—Esos son los nombres que nos dio.

—Aguarden un momento, por favor.

Cuando el policía regresó al cabo de cinco minutos, comentó decepcionado:

—A ninguno de los dos lo tenemos en nuestros ficheros. Lo más probable es que en sus pasaportes figuren nombres diferentes. Es frecuente que utilicen nombres distintos, incluso para relacionarse entre ellos y, desde luego, nunca coinciden con los que aparecen en sus pasaportes, ya que también son varios los que poseen. Resultará complicado, si es que lo conseguimos, llegar hasta el tal Nemiaskin, porque Kornienko ya está en el otro barrio.

—¿Tan complicado es llegar al fondo del entramado de esa gente?

—Ya se lo he dicho, señor Nogués. Mucho más de lo que usted pueda imaginarse.

Marta y Ramon agradecieron al inspector su amabilidad. Se marchaban ya cuando este les preguntó:

—¿Podrían ustedes resolver una curiosidad que me roe desde que empecé a trabajar en este caso?

—Si está en nuestra mano... —apuntó Ramon.

—¿Qué clase de documentación hay en esa cartera que le ha legado su abuelo para que tanta gente, incluidos los ingleses, esté tan interesada?

Marta se adelantó a una posible respuesta de Ramon.

—Eso mismo nos gustaría saber a nosotros. Los papeles estaban escritos en alemán y, precisamente, nuestro amigo Enric Martí, el que está hospitalizado en la clínica de la calle Provenza, trabajaba en su traducción cuando lo atacaron.

Marta no dijo nada acerca del hecho de que la cartera en cuestión hubiese pertenecido a Himmler. Si no era absolutamente imprescindible, había decidido que lo mejor era guardar ese secreto. Demasiadas ambiciones se habían despertado ya como para ir pregonándolo.

—Pues debe de ser algo de mucho valor para que se haya formado un cirio como este.

—Supongo que sí, pero me temo que nunca lo sabremos —respondió Ramon.

El policía puso cara de extrañeza.

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque los papeles que se guardaban en esa cartera están hechos cenizas.

—¿Hechos cenizas?

—Los originales han desaparecido con la explosión del coche en el garaje de la

casa de la señora Amat y la única copia que había, que era sobre la que trabajaba Enric Martí, o ha arduo en el Golf o se ha hecho pedacitos en la explosión de la moto que conducía el tercero de los ingleses.

—Total, una decena de muertos para nada —comentó el policía con tono resignado.

—Así parece.

Ya se marchaban cuando el inspector comentó:

—Por cierto que en los jardines que hay detrás de la sede central de La Caixa se encontró ayer por la tarde el cadáver de un joven. Tenía un disparo en la cabeza. Al parecer pertenecía a una sociedad neonazi.

—¿A una sociedad neonazi? —preguntaron al unísono Marta y Ramon.

Martínez sacó un bloc de notas.

—Se llamaba Dietrich Hoffmann y la sociedad a la que pertenecía, según el carnet que llevaba en la cartera, se llama Logia Cóndor. Era ecuatoriano, aunque ni su nombre, ni su aspecto lo certificarían.

Una vez en la calle, Marta y Ramon se encaminaron hacia la clínica donde estaba Enric. Con la desaparición de la documentación se había convertido en la única posibilidad, si es que lograba sobrevivir, de que se supiese qué era lo que el abuelo de Ramon había denominado «... algo terrible y poderoso a la vez! ¡Los poderes del mal que los nazis invocaron para dominar al mundo...!».

Apenas habían caminado un centenar de pasos cuando por la espalda se les acercó una persona impecablemente vestida y con modales exquisitos.

—Disculpen que los aborde en plena calle. Pero la urgente necesidad que tenemos de ponernos en contacto con ustedes no permite que demoremos ni por un instante el que podamos hablar.

Pese a las formas, Marta y Ramon se habían puesto en guardia. Casi de forma instintiva habían mirado a su alrededor, temiendo que, después de todo lo que les había ocurrido en los últimos días, les ocurriese una nueva desgracia. Quien les había hablado se percató de la tensión que su presencia había producido en ambos.

—He de pedirles disculpas por no haberme presentado debidamente. Mi nombre es Samuel Glenn y trabajo en la embajada del Reino Unido en Madrid.

Sacó una tarjeta de su bolsillo y se la entregó a Ramon.

—¿Cómo sé que usted no es un impostor? —le espetó Ramon, sin la más mínima consideración a las formas de que hacía gala aquel individuo.

—Comprendo perfectamente, señor Nogués, que esa sea su reacción después de las vicisitudes por las que han tenido que pasar tanto usted como la señora. —Dirigió a Marta una amable sonrisa—. No sé si daría algún crédito a mi persona el que le dijese que ayer por la mañana usted recibió la llamada de un inspector de la policía londinense; el nombre de ese inspector es Blackman y fue la persona que atendió a su

ex mujer, la señora Croft, cuando acudió a la comisaría de New Bond Street para presentar una denuncia porque usted había recibido amenazas sobre su hija Nuria.

Ramon, desconfiado, volvió a mirar a su alrededor, sin ver nada sospechoso.

—No sé si usted es quien dice ser, pero todo lo que ha dicho es cierto.

—¿Quién más podría conocer detalles como los que le he dado, si no me los hubiera facilitado nuestra propia policía que, como usted comprenderá, no va por ahí diciéndole a cualquiera el nombre de ciudadanos que presentan denuncias por amenazas o a quien efectúan llamadas sus inspectores?

—¡Vaya usted a saber! —le respondió Ramon—. ¡Después de lo que hemos vivido cualquier cosa me parece posible!

—Le comprendo perfectamente, señor Nogués. Pero no sé qué más puedo hacer para que usted crea que soy la persona que le he dicho.

—Al grano, ¿qué es lo que quiere usted, señor Glenn? —preguntó Marta con tono decidido.

—Me gustaría —el inglés le dedicó otra amplia sonrisa—, si fuese posible, comentarles algunas cuestiones referentes a la actuación de unos agentes británicos con los que ustedes han tenido una... una... relación en las últimas veinticuatro horas.

—Esos hombres están muertos. —Ramon había elevado involuntariamente el tono de voz. Ahora fue Samuel Glenn quien miró a su alrededor.

—Desgraciadamente, así es. ¿Tienen ustedes inconveniente en que prosigamos esta conversación en un lugar más discreto, que no sea la acera de una vía pública?

Ramon y Marta intercambiaron una mirada.

—¿Propone algún lugar? —preguntó ella.

—¿Significa eso que acceden a mi petición?

—Ya veremos —respondió Ramon, todavía reticente.

—Podemos ir a una cafetería próxima. La que sea más del agrado de la señora.

Ramon miró otra vez a Marta.

—Está bien —afirmó ella—, crucemos la calle y entremos en aquella cafetería. Tiene un salón arriba, y supongo que a estas horas debe de estar bastante tranquilo.

Después de varios cafés —el británico había sucumbido a la pasión mediterránea por esta bebida— y una larga hora de conversación, Samuel Glenn era consciente de haberse ganado el sueldo de varios meses gracias a la información que Marta Amat y Ramon Nogués le habían facilitado. El MI5, que había perdido en veinticuatro horas a tres de sus agentes, no había alcanzado su último objetivo, apoderarse de los documentos que contenía la cartera del Heinrich Himmler, pero había logrado el fin principal de la misión encomendada a Don Murray, Alan Graves y Robert Mill: que la Sociedad Thule, heredera de la temible Orden Negra que en su día formaron las SS, no se apoderase de la documentación contenida en la cartera que alguien robó a Himmler cuando el jerarca nazi visitó Barcelona en el mes de octubre del año 1940.

Habían quedado algunos cabos sueltos; atarlos definitivamente era la misión por la que su gobierno le había enviado a Barcelona. Para ello había cogido aquella mañana, muy temprano, el primero de los vuelos del puente aéreo que comunicaba Madrid con la Ciudad Condal.

Tuvo que hacer notables esfuerzos para convencer a aquella pareja de que era quien decía ser. Nogués había llamado a su secretaria para pedirle el número de la embajada del Reino Unido en Madrid y hasta que no quedó satisfecho con la información facilitada por la propia embajada, de que Samuel Glenn era quien decía ser —el agregado para asuntos internos de la legación británica—, Marta y él no se decidieron a colaborar.

Desde el primer momento la pareja dejó muy claro que lo hacían como deferencia a los tres hombres que habían perdido la vida y por la ayuda que, en cierto modo, les habían prestado, aunque eran conscientes de que lo habían hecho no tanto por ayudarles a ellos en una situación difícil y comprometida, cuanto por conseguir sus objetivos. La reunión que había comenzado con todo tipo de cautelas y prevenciones, había concluido en un ambiente de distensión que parecía impensable a su inicio.

Lo primero que Samuel Glenn confirmó fue una cuestión que Murray ya había advertido a Londres: que existía una copia de la documentación y que había decidido hacerse también con ella a cambio de prestar ayuda a *mister* Nogués. Para ello acudieron a enfrentarse con los secuestradores de Marta a una nave industrial situada en Badalona. Samuel Glenn supo que allí murió uno de los agentes, Robert Mill, como consecuencia del tiroteo con integrantes de una mafia rusa que eran quienes habían secuestrado a Marta. Tuvo mucho interés por conocer el mayor número de datos acerca de esa gente, pero fue poco lo que pudo obtener. Sin embargo, consiguió algo muy importante: el nombre del cabecilla de aquel grupo, Yuri Kornienko, y el del máximo responsable de la banda de mafiosos, Boris Nemiaskin —anotó con un lápiz en una pequeña libreta de tapas de cartón azulado los nombres de los dos

individuos—, y también el del conductor del vehículo que los llevó hasta la nave, que era de Letonia y respondía al nombre de Eriks Ziskaukas.

En esa refriega también resultó herido Alan Graves, quien falleció más tarde en el piso de Marta. Curiosamente Glenn no hizo demasiadas preguntas acerca de esa muerte y Ramon y Marta no le dieron mayores explicaciones que, sin duda, iban a resultarles embarazosas. También se enteró de que Don Murray había salido en persecución de dos tipos que abandonaban la casa de Marta en el momento en que ellos llegaban y que, presumiblemente, en la bolsa que portaba uno de ellos, llevaban la copia que habían hecho de los documentos.

Glenn insistió mucho en saber si esa era la única copia de la documentación original. Cuando estuvo convencido de que así era, afirmó con contundencia:

—Esa copia ha quedado destruida.

—¿Qué sabe de ello? —preguntó Ramon.

—Nuestro hombre debió de alcanzar a esos individuos y apoderarse de la bolsa a que ustedes han aludido, pero no pudo evitar un fatal accidente que acabó con su vida y que destruyó la bolsa donde iba la copia. Creo que fue una explosión horrible. Los restos quedaron esparcidos en un radio de veinte metros.

—¿Se refiere al accidente habido en la plaza de España?

—Efectivamente, ese es el lugar del accidente.

Una vez que Samuel Glenn se cercioró de que los documentos de la famosa cartera de Himmler habían desaparecido —ya tenía información previa de la explosión del Mercedes en el garaje—, trató de asegurarse de otra cuestión que para su gobierno era de suma importancia: no dejar ningún cabo suelto acerca de la actuación de agentes británicos en territorio extranjero.

—Abusando de su amabilidad, tengo que pedirles a ustedes un último favor.

—¿De qué se trata? —preguntó Ramon.

—Verán, la actuación de nuestros hombres, explicada someramente por razones de urgencia —matizó Glenn—, presenta perfiles que podríamos calificar como irregulares; desde luego, como ustedes comprenderán no hay nada verdaderamente importante en esas irregularidades...

—Desde luego, desde luego —asintió Ramon apuntando en sus labios una sonrisa irónica, a la vez que trataba de medir la cantidad de cinismo que había en el individuo que tenía delante.

—... Pero la discreción —continuó el inglés— es siempre muy recomendable en estos casos. Creo que ustedes entienden perfectamente lo que quiero decirles, ¿verdad?

—¡Que nos olvidemos de que esos tipos han existido y que en nuestras declaraciones a la policía española demos los menos datos posibles! —le espetó Marta.

—La señora lo ha dicho de una forma un tanto brusca, pero certera. —La sonrisa no abandonaba ni por un instante la boca de aquel individuo. Una sonrisa que llegaba

a ser pegajosa.

—Pues siento decirle que llega usted tarde. Acabamos de salir de la comisaría, donde hemos prestado declaración. —Marta había levantado la voz, como consecuencia de la actitud solapada de aquel individuo, cuyas formas más que elegantes empezaban a parecerle babosas.

El inglés paseó su mirada por las mesas colindantes, donde los escasos parroquianos no prestaban atención a la conversación que ellos tres sostenían.

—Ruego a la señora que baje el tono de su voz. Nuestra conversación no interesa a nadie más.

Aunque Marta pronunció un «Disculpe», la reconvención no hizo sino alterarla más de lo que lo estaba.

—Está claro —prosiguió el inglés— que no puedo pedirles discreción sobre lo que han hecho hasta este momento. Mi solicitud, evidentemente, está referida a las declaraciones que tengan que efectuar a partir de ahora. —Dijo aquello de una forma que llevó a Ramon a plantearle con crudeza:

—¿Solicitud o exigencia?

Samuel Glenn trató de acentuar su permanente sonrisa, pero lo que se dibujó en sus labios fue una mueca.

—Yo preferiría calificarla de solicitud amistosa, pero no tengo inconveniente en plantearlo como una exigencia. —Por primera vez la sonrisa había desaparecido de sus labios.

—¡Usted no está en condiciones de exigirnos nada! —gritó Marta, llamando ahora la atención de algunas personas.

—¿Está segura? —Había una maliciosa ironía en aquella pregunta hecha con un tono de voz muy suave.

—¡Completamente! —Marta también había bajado el tono instintivamente.

—Supongo que ustedes querrán que nos olvidemos de que el hombre que falleció en su domicilio, llegó a él con vida y que la muerte se la produjo un disparo efectuado con su propia pistola.

—¡Así fue! —explotó Ramon.

—No pretenderá hacerme creer que se disparó a sí mismo. —Las palabras del inglés llevaban implícita una velada amenaza.

Marta y Ramon se habían quedado de piedra. ¿Cómo era posible que aquel individuo supiese aquello?

—¡Usted no tiene vergüenza!

—No se trata de vergüenza —puntualizó el inglés sin inmutarse lo más mínimo y haciendo gala de una flema absoluta—. Se trata de que ustedes comprendan que estamos dispuestos a darles algo a cambio de lo que le pedimos.

—¡Esa muerte fue accidental, además de que se produjo en defensa propia! —argumentó Marta con vehemencia.

—Tendrían ustedes que demostrarlo y eso es siempre penoso, ¿no cree?

A Ramon se le iluminaron los ojos.

—Serían ustedes los que tendrían que dar muchas explicaciones acerca de la presencia de unos agentes secretos en territorio extranjero cuando lo que nos están pidiendo es discreción. ¡Sus bravatas no le van a servir de mucho!

—Está bien —concedió Glenn—, no quería llegar a este extremo, pero son ustedes, con su actitud, quienes me obligan a ello. No tengo que decirle a usted que su hija Nuria ha sido objeto de amenazas...

Fue Marta la que saltó con furia:

—¡Usted no solo es un sinvergüenza, sino un canalla!

—Probablemente ambas cosas, pero, como les he dicho antes, mis preferencias estaban en que esta conversación hubiese discurrido por derroteros muy diferentes. —Hizo un brevísimo silencio y concluyó—: Mi oferta sigue en pie.

La velada amenaza sobre su hija hizo que Ramon aceptase olvidarse de los ingleses, con la condición de que la policía española no los pusiese en una situación comprometida.

—Por ese lado no debe albergar dudas. Nosotros nos encargamos de que así sea —le garantizó Glenn.

Marta no acababa de explicarse cómo aquel individuo podía hablar con una seguridad como la que empleaba para referirse a la actuación de la policía española. Decidió no quedarse con la pregunta dentro:

—¿Cómo es que está usted tan seguro de que la policía de aquí no va a realizar más pesquisas? Además, ¿cómo es que tiene tanta seguridad en que lo que ya hemos declarado no va a salir a la luz?

El inglés se quedó mirando fijamente a los ojos de Marta. Al cabo de unos segundos, tensos, le contestó:

—Podría darle a usted varias respuestas, pero espero que con una se dé por satisfecha. Mi gobierno tiene excelentes relaciones con Madrid. Piense usted que el Foreign Office, por primera vez en la historia, admite la posibilidad de negociar la soberanía de Gibraltar. ¿Cree usted que se va a poner en peligro todo eso porque unos agentes británicos se hayan enfrentado a una banda de mafiosos que son un grave problema para la policía española?

—Entonces, ¿por qué ese interés suyo por asegurarse nuestro silencio? ¿Cree posible que un par de diablos como nosotros podamos crear algún tipo de dificultades? —le replicó Marta.

—*Touché!* —exclamó el inglés con una sonrisa que había vuelto a sus labios—. Pero coincidirá conmigo en que en las relaciones entre Estados las apariencias deben quedar salvaguardadas. Ya sabe... ¡la opinión pública!

—¿Sería mucho pedirle que me despegase una duda que me agobia desde hace rato?

—Si está en mi mano, tendré mucho gusto en hacerlo, señora.

—¿Cómo es que sabe usted que la bala que causó la muerte del agente en mi

domicilio había sido disparada con su propia pistola?

El inglés le contestó con otra pregunta:

—¿Conoce usted el dicho de que es bueno tener amigos hasta en el infierno?

Ante aquella respuesta, a Ramon Nogués no le cupo la menor duda de que el amigo al que se refería el atildado individuo que estaba sentado frente a él se llamaba Eugenio Planelles. Estaba convencido, además, de que había sido él quien había puesto sobre aviso al inglés de que estaban en la comisaría para que pudiese abordarlos a la salida.

Después de un prolongado silencio, Glenn preguntó:

—¿Cerramos el acuerdo?

Su propuesta se encontró un largo silencio hasta que Ramon lo rompió con una pregunta:

—Sí. Siempre y cuando me explique por qué razón han mandado ustedes a tres agentes secretos para apoderarse de unos papeles a un país que, por muy buenas relaciones que mantenga con el suyo, no deja de ser un país extranjero.

Ahora quien mantuvo un silencio prolongado fue el inglés. Meditaba la respuesta que había de dar a una pregunta tan directa.

—Le propongo un acuerdo más.

—¿A ver? —requirió Ramon.

—Yo le explico las razones de nuestro interés y usted me explica a mí otra cosa.

—¿Qué es lo que tendría que explicarle?

—Lo que sepan ustedes acerca del contenido de los documentos de esa maldita cartera que se ha llevado por delante la vida de cuatro de nuestros hombres.

—¿Cuatro? —preguntó Marta.

—Además de los tres que han muerto aquí, en Barcelona, hay un cuarto que anteanoche fue asesinado en Londres.

—¿En Londres? —Ramon había arrugado el entrecejo.

—Protegiendo a su hija —mintió el inglés.

—¿Cómo que protegiendo a mi hija?

—Para su tranquilidad, *mister* Nogués, he de decirle que quienes lo amenazaron habían enviado a Londres a dos criminales, que llegaron en un vuelo Barcelona-Londres de anteaer por la tarde, con la misión de hacer efectiva la amenaza que lanzaron contra su hija.

—¡Ann no me ha dicho nada! —Fue una queja expresada en voz alta.

—Supongo que se refiere a su ex esposa.

—Así es.

—No debe culparla a ella de nada, porque ella nada sabe.

—¿Con una muerte de por medio?

—Le aseguro que ella no sabe nada. Como tampoco sabe que los dos individuos ya han sido detenidos.

Ramon miraba al inglés, estupefacto.

—¿Por qué no me ha dicho usted nada de esto?

—Porque no lo había considerado necesario. —Samuel Glenn era un témpano de hielo para el que no parecían existir las emociones.

—¿Puede jurarme que Nuria está bien? ¿Que no le ha ocurrido nada?

—Puedo jurárselo por lo que usted quiera. A su hija no le ha ocurrido nada y quienes constituían una amenaza para ella están en la cárcel. ¿Va a responderme a lo que le he preguntado?

—Sí.

—Entonces voy a decirle la razón por la que mi gobierno ha actuado de la forma que lo ha hecho. Nosotros habíamos dado esa cartera por desaparecida hace mucho tiempo, incluso creíamos que se había perdido definitivamente. Los rumores que corrieron acerca de que agentes británicos, que actuaban en la Barcelona de los años cuarenta, fueron quienes se habían apoderado de ella eran falsos. Fue un invento de la policía franquista, que lanzó ese bulo como una cortina de humo.

—Y como forma de enmascarar un fracaso de los servicios de seguridad del régimen franquista —puntualizó Marta.

—También por eso —asintió Glenn, quien continuó su interrumpida explicación—: No sé si ustedes saben que durante la Segunda Guerra Mundial hubo una lucha subterránea en la que el ocultismo tuvo un papel importante, dado que algunos de los más relevantes gerifaltes del nazismo hicieron una apuesta muy fuerte para utilizar ciertos poderes ocultos en su propio beneficio.

Marta seguía con los cinco sentidos las palabras del inglés.

—Himmler —proseguía Glenn—, el creador de la Orden Negra y de la Ahnenerbe, fue uno de los mayores impulsores de esas prácticas y su venida a España en 1940 estuvo dictada precisamente por la creencia de que aquí podía encontrar una de las claves para hacerse con el Grial. Eso es lo que explica su visita al monasterio de Montserrat. Cuando tuvimos conocimiento de que las amenazas sobre su hija provenían de una denominada Sociedad Thule y que la causa era el afán que tenían de hacerse con una cartera que había pertenecido a Himmler y que había llegado a su poder por un legado testamentario que su abuelo le había hecho, en Londres se encendieron todas las alarmas. Después de más de sesenta años, la cartera salía a la superficie y una organización vinculada a los movimientos neonazis que afloran con fuerza en la Europa actual estaba dispuesta a hacerse con ella a cualquier precio. — Glenn clavó su mirada en los ojos de Ramon—. Todos nuestros esfuerzos han estado encaminados a evitar que la Sociedad Thule, que ha reorganizado en la clandestinidad la Orden Negra, se apoderease de ella. Tal vez lo mejor que haya podido ocurrir es que esa cartera y los papeles que contenía hayan quedado destruidos para siempre.

—¿Cómo supieron ustedes todo eso? —preguntó Ramon, aún bajo los efectos del peligro que, según el inglés, había corrido su hija.

—Usted se lo contó todo a su ex esposa y ella, al presentar la denuncia, nos lo contó a nosotros. También usted nos facilitó alguna información adicional cuando le

llamó el inspector Blackman, ¿no lo recuerda?

Ramon asintió. Habían sido tantas las emociones de las últimas horas que a veces no sabía lo que había contado y lo que no.

—Y ahora le toca a usted, *mister* Nogués —le insinuó el inglés.

—¿A mí?

—Sí, a usted. A usted la toca ahora cumplir su parte del trato. ¿Qué saben ustedes del contenido de esos papeles?

—La verdad es que muy poco. Estaban escritos en alemán y ni Marta ni yo conocemos ese idioma. Era Enric quien estaba trabajando en ellos cuando los tipos de la Thule le atacaron.

Samuel Glenn puso cara de no comprender.

—¿Enric? ¿Quién es Enric?

—Un amigo nuestro, experto en historia medieval que, además, sabe alemán. Anteanoche trabajó durante horas con las fotocopias que también se han perdido, leyendo su contenido.

El inglés se había puesto muy serio; apenas podía disimular la preocupación que aquella noticia le producía.

—¿Supongo que esa copia es...?

—Es la que al parecer había conseguido su agente, el que murió al explotar la motocicleta que conducía.

—Comprendo, comprendo. —Había un cierto alivio en las palabras del inglés.

—Quienes robaron la copia con que trabajaba Enric, le dieron una terrible paliza. Está muy grave, internado en una clínica.

—Lo siento por él. ¡En fin, una víctima más de esa maldita cartera!

Marta sintió que un escalofrío recorría su espalda y le llegaba hasta la nuca.

El inglés intentó pagar la cuenta, pero Ramon se opuso. Se puso de pie, se despidió de Marta besando el dorso de su mano y estrechando la de Nogués. Antes de marcharse comentó, como si fuese algo carente de importancia:

—No se preocupen por el deseo de venganza que sin duda anida en ese... ese...

—Sacó del bolsillo la pequeña libreta donde había apuntado su nombre y leyó—: Nemiaskin. Nosotros nos encargaremos de él. Como si fuese un ajuste de cuentas entre particulares. Digamos que es un regalo por su valiosa colaboración.

Dio media vuelta y abandonó la cafetería.

Pudieron ver a Enric a través de los cristales de la Unidad de Cuidados Intensivos, envuelto en una maraña de cables. Las palabras del médico que le atendía, cuya visita coincidió con la presencia de Marta y Ramon en la zona donde dejaban pasar a las visitas, los tranquilizó mucho más que la imagen, ciertamente penosa, rodeada de cables, tubos y goteros que ofrecía el medievalista.

A Marta se le había formado un nudo en la garganta al verle en aquel estado. En buena medida se sentía culpable de lo que le había ocurrido.

—Un rato más y no lo hubiese contado. Tiene rotas las vértebras cervicales y la recuperación será lenta, pero la médula espinal no está dañada. La pérdida de sangre también fue grave, pero se está recuperando muy bien. Quienes le propinaron la paliza son unos verdaderos criminales.

—Ya han tenido su merecido. —Marta no pudo contenerse ante la tristeza que le embargaba.

—¿Por qué dice eso? —preguntó el médico.

—El coche en que iban se estrelló ayer contra unos vehículos de la guardia urbana.

—¿El accidente de la Diagonal?

Marta asintió.

—Creo que también hubo varios guardias heridos, aunque ninguno de ellos de gravedad. Por cierto, ¿son ustedes familiares del señor Martí?

—No, solo somos amigos, ¿por qué lo pregunta?

—Porque nadie se ha interesado por él. Nadie responde a las llamadas que hemos realizado al teléfono que aparece en una tarjeta de visita que había entre sus pertenencias. Ni siquiera sabemos si su actual dirección es la que consta en el carnet de identidad. Tampoco la policía nos ha facilitado información al respecto, al menos hasta el momento.

—Enric está soltero y sus padres murieron hace algunos años en un accidente de tráfico. Creo que tiene un hermano —Marta trataba de hacer memoria—, pero tengo entendido que no vive en España desde hace varios años.

—Sería conveniente tener contacto con alguno de sus familiares —señaló el médico.

—Le daré mi dirección y número de teléfono —le ofreció Marta.

—Si no le importa, sería más conveniente que rellenase una ficha. ¿Querría acompañarme?

—Por supuesto. Ramon, ¿me aguardas aquí?

—Desde luego.

Mientras esperaba, Ramon pensó que la única posibilidad de desvelar el

significado de las duras palabras que contenía la carta de su abuelo estaba en la UVI de aquella clínica. Miró a Enric, a través del cristal, y una vez más sintió una profunda lástima al pensar en la paliza que le habían propinado. Todo por negarse a contarle a unos indeseables algo que querían saber. Recordó que hacía solo unas horas era un hombre vitalista, divertido y un poco iconoclasta, que poco a poco había superado la negativa imagen que, por puro prejuicio, se había formado de su personalidad. A su cabeza acudieron las palabras que pronunció en la madrugada del día anterior, después de haber conocido el contenido de aquellos papeles: «... Los nazis buscaban el Grial porque deseaban entrar en contacto con los Superiores Desconocidos... El Grial les permitiría el contacto con inteligencias superiores. Con quienes en realidad gobiernan el mundo».

¿Habría algo de verdad en todo aquello?, pensaba Ramon mientras lo contemplaba a través del cristal.

La única referencia que tenía eran las palabras escritas por su abuelo y, desde luego, apuntaban en la misma dirección que lo dicho por Enric, y que él había despreciado. Ahora, viéndolo allí tendido, tan maltrecho, se arrepintió de la actitud que tuvo cuando le escuchó pronunciarlas.

La voz de Marta lo sacó de sus elucubraciones.

—Ramon, dice el doctor Mendieta...

—¿Es quien atiende a Enric?

Marta asintió.

—Dice que si volvemos dentro de un par de horas nos podrán dar los resultados de un TAC y de una serie pruebas que le hicieron ayer. Esos resultados nos facilitarán mucha información sobre su estado.

Ramon miró el reloj. Eran las doce y media.

—Supongo que nos da tiempo para reunirnos con los del seguro de tu casa y regresar aquí. Mientras vamos para tu piso, llamo a la facultad y digo que esta tarde acudiré a impartir un seminario que tengo con unos alumnos de posgrado; es a las siete, me da tiempo después del funeral de Sofía —comentó Marta.

—¿Estás en condiciones de dar clase?

—Tendré que hacer un esfuerzo, creo que lo mejor que podemos hacer es empezar a normalizar nuestra vida en la medida que nos sea posible.

A Ramon le encantó que Marta hablase de «reunirnos con los del seguro» y «normalizar nuestra vida». Pensó también que tendría que decirle algo de lo sucedido a sus padres, quienes estaban en la casa de La Garriga, completamente ajenos al turbió que se le había venido encima en las últimas setenta y dos horas.

—Oye, ¿tus padres están en Barcelona?

—Estarán en Sitges. ¿Por qué lo preguntas?

—Creo que deberías contarles...

—¿También que nos vamos a casar? —apuntó Marta, maliciosa.

—Bueno, también eso.

—A mi madre, una vez que sepa que estoy sana y salva, le encantará que su hija haya vivido una aventura como esta.

—¡No puedo creerlo!

—¡Pues créetelo! Tendré que contárselo con pelos y señales. ¡Ya la estoy viendo en una reunión con sus amigas! ¡Añadirá numerosos detalles por su cuenta! ¡Como si ella misma los hubiese vivido!

—Me resulta increíble.

—Pero es así. ¡Si la conoceré yo!

Cuando vieron la cara del doctor Mendieta no necesitaron que les dijese nada para saber que algo no marchaba bien.

—Tomen asiento, por favor —los invitó cortésmente.

—¿Tan grave es? —preguntó Marta.

El médico apretó los labios e hizo un ligero movimiento de cabeza, como si quisiese presentar excusas.

—No acabamos de explicarnos lo que ha ocurrido.

—¿Tan malos son los resultados? —preguntó Ramon.

—No se trata de eso, señor... señor...

—Nogués —le ayudó Ramon.

—No entiendo. —Marta había entrecerrado los ojos.

—Los resultados de las pruebas que se le habían realizado al señor Martí ofrecían una perspectiva alentadora, dentro de la gravedad.

—¿Ha dicho usted ofrecían? —Marta, instintivamente, había contenido la respiración.

—El señor Martí ha muerto. —Aunque las palabras del médico fueron dichas de forma suave, sonaron como un martillazo.

—¡No es posible! ¡Hace solo un par de horas usted nos había dicho que...!

—Al señor Martí lo han asesinado.

—¿Cómo dice usted? —La pregunta de Ramon era también una exclamación de sorpresa.

—¿Que han asesinado a Enric? ¡Cómo es posible una cosa así! —Marta no sabía donde poner la mirada.

—No podemos explicárnoslo. Hace un cuarto de hora el enfermero de la UVI reparó en que había ocurrido algo anormal y me avisó rápidamente. El señor Martí estaba muerto porque lo habían matado. Ya hemos avisado a la policía.

—Pero... pero... ¿qué es lo que ha ocurrido exactamente? ¿Cómo puede ocurrir una cosa así, aquí, en Barcelona...? —A Marta se le quebró la voz y no pudo continuar; los ojos se le anegaron de lágrimas.

Ramon le pasó el brazo por encima del hombro. Sabía que en su fuero interno se sentía culpable de la muerte del medievalista.

En aquel momento entró en el despacho un individuo alto, delgado, de pelo cano que vestía bata de médico. Estaba muy agitado y no se molestó en saludar.

—¡Mendieta, acaba de llegar la policía! ¡Ante todo mucha discreción! ¡Imagínese el escándalo para el nombre de la clínica! —Solo entonces pareció reparar en la presencia de Marta y de Ramon—. ¿Quiénes son estas personas?

—Se trata de dos allegados al señor Martí —indicó el doctor—, precisamente les estaba informando de lo sucedido.

—¿Familiares?

—No. Parece que el señor Martí solo tiene un hermano y no está localizable; creo que no vive en España.

—Muy bien, ahora lo que tiene que hacer usted es atender a la policía. Son dos inspectores y han subido a la UVI, ya están allí buscando indicios y haciendo preguntas.

Aquel individuo, que no era otro que el director de la clínica, daba órdenes como si estuviese en un cuartel. Luego, dirigiéndose a Marta y Ramon, murmuró:

—Lo siento.

Y se marchó.

Unavez que hubo salido del despacho, Ramon no pudo contenerse:

—Supongo que eso último que ha dicho será en referencia a su clínica y no al pobre Enric, que me parece que le importa un bledo.

Mendieta se encogió de hombros.

—Lamento de veras lo que le ha ocurrido al señor Martí. Ahora tengo que dejarlos y atender a la policía. Si son tan amables... —Hizo un gesto con la mano invitándolos a salir del despacho.

—Doctor, ¿habría inconveniente en que le acompañásemos? —preguntó Marta.

—Por mí ninguno, en todo caso no sé si a la policía le parecerá bien.

La puerta de entrada a la UVI había sido forzada de una forma sutil. Alguien que no tenía permitido el acceso había entrado por allí para asesinar a Enric Martí. Los dos inspectores de policía husmeaban por todos los rincones de la UVI, donde había dos pacientes más, uno de ellos inconsciente y otro, que les había indicado que solo había percibido la presencia de un individuo, que llevaba puesta una bata verde. «Como la de los médicos.» También les había informado que «dicho individuo había estado trasteando» alrededor de la cama ocupada por Enric.

Quien lo había asesinado, había desenchufado todos los aparatos a los que estaba conectado el paciente, le había quitado los dos goteros que le suministraban suero y había acabado de romperle el cuello. Sorprendentemente la expresión del rostro del medievalista era de reposo y tranquilidad.

Nadie, salvo las vagas indicaciones facilitadas por el paciente de la UVI, había visto nada: ni el enfermero de servicio, ni la enfermera de planta, ni ningún otro

miembro del personal. Tampoco habían percibido nada extraño los servicios de seguridad del propio hospital.

El doctor Mendieta indicó a los policías que había visitado al señor Martí a las once y media y que no había reparado en nada extraño. Justo en aquel momento llegaban otros dos agentes que rápidamente iniciaron su trabajo de buscar huellas en la puerta de acceso a la UVI y en el equipo al que había estado conectado Enric, así como en la cama donde yacía ahora su cadáver.

—Estos señores, que son unos amigos del fallecido y habían venido a interesarse por su salud, estaban aquí —concluyó.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó uno de los policías.

—Ramon Nogués.

—Marta Amat.

—¿Qué tipo de relación tenían con el difunto?

—Éramos amigos —respondió Marta, quien le explicó al policía las circunstancias por las que Enric había ido a parar allí.

—¿Dice que las diligencias las llevan en la comisaría de Vía Layetana?

—En efecto. Allí podrán confirmarle todo lo que acabo de contarle.

—¿Pueden ustedes dejarnos una dirección donde localizarlos? —solicitó el policía.

Marta les dio su dirección y número de teléfono. Ramon les dio el número del teléfono de su trabajo.

Cuando salieron del hospital era como si se les hubiese caído el mundo encima. Estaban abrumados, anonadados. La muerte de Enric, cuando habían abrigado esperanzas de que lo peor de todo aquello ya había pasado, fue un mazazo doloroso que se abatía sobre unos ánimos muy decaídos.

—¿Quién ha podido ser? —preguntó Marta como si pensase en voz alta.

—Supongo que los de la Sociedad Thule —respondió Ramon con desgana e impotencia.

—¿Tú crees? —planteó Marta, dubitativa.

—¿Quién, si no?

—No acabo de ver las ganancias que podrían tener esa gente matando a Enric.

—Tal vez evitar que pudiese identificar a alguien. No sé por qué, pero pienso que los individuos que abandonaban tu casa con su bolsa en la mano lo habían dado por muerto.

—Los dos individuos que entraron en mi casa acabaron carbonizados —rechazó ella.

—Pero no sabemos si había alguno más.

Marta hizo un gesto de duda.

—Es posible, es posible. Pero no acaba de convencerme.

—¿Tienes una idea mejor? —preguntó Ramon.

—No sé. Pero, desde luego, me parece que hay quien podría estar más interesado

en que la boca de Enric quedase sellada para siempre.

—¿Quién?

Marta se encogió de hombros y murmuró en voz muy baja:

—Los ingleses.

—¡Los ingleses! —Aquellas dos palabras revelaban todo un descubrimiento—. Pero ellos no sabían dónde estaba Enric.

—Sí lo sabían, Ramon. Se lo hemos dicho nosotros esta misma mañana —puntualizó Marta.

—¡Santo Dios! ¡Yo tengo la culpa!

—¡Qué puñetas culpa, ni culpa! ¡Han utilizado de forma criminal una información que tú le diste con la mejor voluntad del mundo! ¡Ese Samuel Glenn no me gustó nada desde el primer momento! Posiblemente no es quien ha dicho ser... ¡Agregado de la embajada en Madrid!

—Ese dato lo hemos comprobado.

—En realidad, si te paras a pensar un poco, no hemos comprobado nada, Ramon. Ese tío puede ser otro agente británico, enviado para rematar lo que sus compañeros no pudieron concluir. ¡Fíjate en lo que, al despedirse, nos dijo del mafioso ruso!

—En la embajada nos dieron referencias y él aludió a la conversación que mantuve con Blackman.

—¿Y qué? Si se trata de otro agente, entrenado para matar, podía tener toda esa información y, desde luego, que en su embajada le cubriesen las espaldas no tiene nada de particular. Nosotros no tenemos ninguna prueba de que nos hayan dado esa información. Podrían negarla sin ninguna dificultad.

—¿Por qué piensas que han sido ellos? —Las palabras de Ramon estaban cargadas de angustia.

—¿No recuerdas que ese tal Glenn, en un momento de la conversación, señaló que lo más importante de todo este asunto, que le ha costado la vida a varios de sus agentes, era que la documentación hubiese quedado destruida porque de esa forma la Sociedad Thule jamás podría tener acceso a ella?

—¡Claro que lo recuerdo!

—Pues la única posibilidad, como tú mismo comentabas hace poco rato de que se supiese algo relacionado con el contenido de esa documentación, era lo que pudiese contar Enric cuando se recuperara. ¡Estoy convencida de que por eso lo han eliminado! ¡Lo han quitado de en medio!

A Marta se le agolparon de nuevo las lágrimas en los ojos. Si Ramon se sentía abrumado por el peso de haber facilitado a los ingleses la pista para llegar hasta el medievalista, ella era quien lo había involucrado en aquel asunto que tan horrible final había tenido para él. A Marta le agobiaba, además, una penosa sensación de impotencia. Tenía la seguridad de que la mano del inglés con el que habían departido aquella mañana estaba detrás de la muerte de Enric, si es que no le había dado muerte con sus propias manos. Por otro lado, le escocía el que alguien de la comisaría de Vía

Layetana, carente de escrúpulos o lo que era aún peor, tocado por la corrupción, hubiese dado aviso a aquel inglés para que pudiese abordarlos.

Salieron de la clínica y caminaron en silencio hasta su domicilio donde Lucas, el portero, los recibió obsequioso:

—Señora, debería usted pensar qué va a hacer con el coche. Ya han venido los del seguro para tasar los daños y han autorizado el comienzo de las obras de reparación del garaje.

—Ese coche no es mío, Lucas. Ya se lo dije ayer y, además, la policía tiene toda la información acerca de cómo lo trajimos hasta aquí.

—Lo siento, señora, pero no me refiero al Mercedes que explotó, ese hace rato que se lo han llevado los de la policía. Yo me refiero a su «escarabajo». Está fuera de la cochera y si en los próximos días empieza la entrada y salida de operarios, no sé... pero creo que lo mejor sería que le buscásemos sitio donde guardarlo hasta que todo esté arreglado, ¿no cree usted?

—Perdone, Lucas, pero es que estaba pensando...

—No se preocupe, señora Amat. Si le parece bien, podríamos encontrarle un aparcamiento en la vecindad mientras duran las obras. Si no tiene inconveniente, yo podría hacer alguna gestión —se ofreció solícito el portero.

—Me parece muy bien, Lucas. Le dejo las llaves y usted se encarga de todo.

—Como usted diga.

Marta buscó en el bolso las llaves de su New Beetle y se las entregó. Lucas le garantizó que a lo largo del día dejaría resuelto el asunto. Hablaría con los porteros de la vecindad y encontraría algo para salir del apuro.

—Supongo —comentó Ramon mientras subían en el ascensor— que ya tiene lugar previsto y te venderá el servicio.

—Es una forma, como otra cualquiera, de completar el sueldo. Lucas es un buen hombre, servicial, y me quita de encima un engorro. ¡Bastante tengo con la muerte de Enric para andar buscándole sitio al coche!

Al abrir la puerta del piso, Marta sintió ruidos en el interior, se puso instintivamente en guardia y Ramon, al ver su reacción, sintió cómo se tensaban sus músculos. Desde el interior le llegó una voz de mujer:

—¿Es usted, señora? —Era la voz de la asistente.

Marta no pudo evitar un suspiro con el que descargaba parte de su angustia.

—Sí, Victoria, soy yo.

Los dos se sentaron en la terraza tan en silencio como habían hecho el recorrido desde la clínica, en la calle Provenza, al otro lado del paseo de Gracia, hasta la casa de Marta, cada uno sumido en sus propios pensamientos. No había transcurrido media hora cuando el silencio fue roto por el timbre de la puerta; instantes después la asistente apareció en la terraza:

—Señora, es Lucas, el portero. Quiere entregarle algo.

—¿Tan pronto? —Miró a Ramon dándole a entender que llevaba toda la razón

con el comentario hecho cuando subían—. Son las llaves de mi coche, que te las dé a ti. Ahora mismo no tengo ganas de nada. Di a Lucas que más tarde hablaré con él.

Al cabo de un minuto Victoria apareció de nuevo en la terraza.

—Señora, no eran las llaves, sino esto.

La asistenta llevaba en sus manos una cartera de cuero negro, de aspecto muy anticuado, desgastada por los bordes y con una esvástica grabada en la solapa de cierre. Fue Ramon quien primero se dio cuenta. Se puso de pie tan rápido que sobresaltó a Marta, que trataba de relajarse en el sillón donde se había acomodado.

—¡No es posible!

—¿Qué es lo que no es posible?

—¡Esa cartera... esa cartera había desaparecido con la explosión del Mercedes!

Marta estaba turbada.

—¿De dónde ha salido eso, Victoria?

La asistenta extendió el brazo con la cartera.

—Señora, esto es lo que me ha dado Lucas para usted. Por lo visto estaba en el suelo de su coche.

—¡No es posible! ¡No es posible! —repetía Ramon una y otra vez.

Marta había enmudecido. Sin dejar de mirar a la cartera que Victoria sostenía con algo de temor reflejado en su rostro, ante la reacción que aquel objeto había provocado.

—Cariño, ¿puedes explicarme esto? —preguntó Ramon, que había cogido la cartera que la asistenta le tendía, bajando la voz.

En lugar de responder, Marta indicó a Victoria que podía retirarse. Después hizo un expresivo movimiento de cabeza, indicando que no tenía ninguna explicación.

—No lo sé. Estoy tan sorprendida como tú.

Durante un rato Marta Amat no salió de su mutismo. Su cerebro trabajaba a toda velocidad. Trataba de poner en orden sus ideas. En su cabeza intentaba reconstruir el momento de su llegada al garaje en el Mercedes.

Recordó que todo sucedió muy deprisa, en medio del nerviosismo que les había producido encontrarse a los dos individuos que había en la puerta de su casa con la bolsa de Enric y la ansiedad por llegar al lugar seguro que suponía su piso, sin que nadie los viese.

No podía acordarse con claridad, rebobinaba en su cerebro los recuerdos pero eran como una película borrosa. Revivió el instante en que se bajó del coche para abrir la puerta de su cochera, acto seguido sacó el New Beetle para que el Mercedes de los mafiosos pudiese guardarse allí, a resguardo de cualquier mirada indiscreta; recordó perfectamente el sobresalto que le produjo el ruido de una de las tuberías de desagüe, pero no lograba recordar la imagen que le permitiese saber qué llevaba en su mano porque ahí estaba la clave que podía explicar la razón por la que Ramon sostenía en aquel momento la cartera de Himmler. Las imágenes que pasaban por su cabeza le señalaban que todo sucedió muy rápido: Ramon ayudó al inglés a salir del

coche y ella cerró la cochera. Se acordaba de que una vez realizada la operación de teclear la clave correspondiente se acercó hasta su «escarabajo» para comprobar que quedaba cerrado y que no obstaculizaba la salida de ningún otro vehículo. Trató de revivir, una y otra vez, ese momento en su mente, pero no lograba fijar lo que exactamente había hecho. Después de muchos esfuerzos pudo recordar, aunque no tenía certeza, que la cartera estaba en el asiento de al lado del conductor, pero por alguna razón que su mente no le revelaba, no reparó en ello y no la cogió. Quizá la explicación se encontrara en la ansiedad que la agobiaba y en la prisa que tenía por llegar al refugio que significaba su piso.

Una y otra vez volvía hacia atrás hasta que logró recordar que durante el viaje de regreso a Barcelona tuvo cogida la cartera por el asa, sin soltarla en ningún momento. Tampoco la soltó al bajarse del coche para abrir la puerta de su cochera. Se vio a sí misma tecleando la clave de apertura con su mano derecha, mientras que sostenía la cartera con la izquierda y cogiendo la llave de contacto del coche. Solo cuando se subió al «escarabajo» para sacarlo, se vio obligada a dejarla en el asiento del pasajero para poder realizar la maniobra. Luego las prisas y los nervios hicieron el resto.

—Ramon, yo saqué la cartera del Mercedes, como una autómatas, y la dejé en el asiento delantero de mi coche. Posiblemente la explosión del Mercedes hizo que se cayese al suelo, que es donde Lucas dice que la ha encontrado. Pero hasta ahora no he tenido conciencia de ello. —Pronunció aquellas palabras como si estuviese prestando un testimonio solemne—. ¡Yo dejé en mi coche la cartera que todos hemos dado por desaparecida!

Los dos permanecieron otro largo rato en silencio, al cabo del cual Marta dijo en voz muy baja, como si con sus palabras temiese despertar algún espíritu maligno:

—¿Qué vamos a hacer ahora?

Ramon tardó en darle una respuesta porque, tan sorprendido como ella, no salía de su asombro. La aparición de la cartera que había dado por perdida definitivamente le producía sensaciones contradictorias. No sabía si aquello era bueno o malo. Había pensado que los problemas que les había acarreado se disiparían definitivamente con su destrucción. Ahora, era como si todo comenzase de nuevo y... ¡no quería ni imaginárselo! Por otro lado, la posibilidad de saber lo que aquellos malditos papeles contenían despertaba en él una curiosidad morbosa.

—No lo sé —respondió al fin—, pero pienso que esos papeles han causado ya demasiados problemas. Las palabras escritas por mi abuelo eran como una premonición, cuando decía que los nazis invocaban a los poderes del mal. Es como si con la salida a la luz de los papeles, esos poderes se hubiesen desatado.

Marta asintió con leves movimientos de cabeza.

—¿Recuerdas las palabras de Enric? —le preguntó Ramon.

—¿A cuáles te refieres?

—Cuando decía que la documentación contenida en esa cartera permitía el contacto con seres superiores.

—Los Superiores Desconocidos, creo que fue como los denominó exactamente.

—Así es, los Superiores Desconocidos, a los que calificó como la gente que, en realidad, gobierna el mundo.

—Cuando le dije —señaló Marta— que la Sociedad Thule era un círculo de intelectuales surgido en Alemania a principios del siglo xx, me respondió que me dejase de pamplinas. ¿Lo recuerdas?

Ahora fue Ramon quien asintió con un movimiento de cabeza.

—Nos dijo —prosiguió Marta— que, en realidad, la Thule había sido el círculo esotérico más importante del mundo. Los calificó de gente terrible y también afirmó que, después de leer los papeles, ya conocía la razón por la que tenían tanto interés en apoderarse de ellos, ¿recuerdas?

Otra vez se hizo un silencio prolongado.

—Cuando mi abuelo me legó esa cartera —Ramon la miró con recelo— me dijo que no estaba seguro si lo que me dejaba era un extraordinario tesoro o un gravísimo problema y que dejaba en mis manos una decisión que él no se había sentido con fuerzas para tomar.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque creo que mi abuelo me sobrevaloraba al pensar que yo era la persona adecuada para decidir sobre un asunto tan grave y también porque creo que mi abuelo me hizo una putada al confiarme esos papeles.

—En lo de que tu abuelo te hizo una putada estoy de acuerdo, pero no creo que te sobrevalorase un ápice.

En los ojos de Ramon brilló un destello.

—¿De verdad crees eso?

—¿Piensas que si no lo creyera iba a haberte dicho que estaba dispuesta a casarme contigo?

Como respondiendo a un mismo impulso los dos se levantaron, se abrazaron y se besaron tiernamente.

—En todo caso —le susurró ella al oído—, tu abuelo fue lo suficientemente inteligente como para dejarte las manos libres y que pudieses decidir lo que considerases adecuado.

—¿Eso también incluye su destrucción?

Pasaron unos segundos sin que ella contestase.

—¿No respondes a mi pregunta? —insistió él.

—Es que no sé qué decirte. Por un lado, tienes plenitud de poderes para hacer lo que consideres oportuno y creo que eso incluye la destrucción de los papeles, si piensas que es lo más adecuado; es más, teniendo en cuenta lo que hemos vivido, no sé si esa sería la mejor solución. ¡Imagínate que esto es solo el principio de una cadena de males sin fin! Tanto tu abuelo como Enric, las dos únicas personas además de aquel guía turístico que le tradujo los papeles y fue asesinado, que nosotros sepamos, que han tenido conocimiento de lo que encierran esos papeles, coincidían

en señalar que se trataba de algo que podía, incluso, desencadenar una hecatombe. Si realmente su contenido encierra algo relacionado con lo que ellos anuncian, ¿te imaginas lo que podía ocurrir si cayese en manos de la gente que busca apoderarse de ella?

Ramon no dejó de asentir con la cabeza.

—Tienes razón. Tal vez, lo mejor sea destruirla y poner punto final a toda esta historia.

Una vez que él hizo esa afirmación, Marta comentó:

—Aunque como historiadora he de decirte que no tengo claro hasta dónde tienes derecho a destruir unos documentos que nos ha legado el pasado.

—¡Marta, joder! ¡No me hagas esto! Antes me haces un razonamiento acerca de las ventajas de la destrucción de esa maldita cartera que entiendo acertado y ahora me echas en cara su posible destrucción. ¡No hay derecho!

—¡Es que yo tampoco sé lo que hay que hacer! —se defendió ella—. ¡La historiadora que hay en mí dice que es una barbaridad destruir documentación! ¡El ser humano que soy me grita que lo mejor es que esa maldita cartera que se ha cruzado en nuestra vida sea pasto de las llamas! ¡Es que no lo sé, Ramon! ¡Nunca en mi vida había visto el mal tan de cerca! ¡Tantos muertos! ¡Cada vez que me acuerdo de esos mafiosos asesinos...! ¡Y también de los ingleses, gente sin escrúpulos y tan asesinos como los otros, dispuestos a matar, siento escalofríos! La única diferencia entre unos y otros es que unos tienen cobertura legal y otros no, pero en el fondo les importa un bledo la vida de un ser humano con tal de conseguir lo que quieren. ¡He visto la maldad tan cerca que ha estado rozándome, tocándome!

Marta había elevado, sin darse cuenta, el tono de su voz. Ramon sintió como si con sus palabras le estuviese reprochando el calvario por el que había tenido que pasar en las últimas horas.

—¡Tampoco yo había estado en una situación así en toda mi vida! —respondió con dolor.

Estaban alterados. En muy poco rato habían pasado de la ternura de unos besos amorosos a expresarse de manera destemplada, lanzándose reproches el uno al otro casi como si estuviesen acusándose mutuamente. A diferencia de los silencios anteriores el que ahora se produjo fue un silencio doloroso. Verdaderamente de la vieja cartera del *Reichsführer* parecía emanar algo maligno.

—¡Voy a destruir esos papeles! —exclamó Ramon.

—¿Estás seguro? —le requirió Marta.

—Sí.

Acudieron al funeral de Sofía, donde Ramon, que apenas conocía a los padres, solo pudo insistir en sus palabras de aliento. Los dos ancianos estaban destrozados. Sofía había sido su única hija y había nacido cuando ya casi habían perdido las esperanzas de tener descendencia.

Después del entierro, Ramon, que acompañó a Marta hasta la facultad, fue a su despacho y desde allí habló con sus padres, luego despachó con Alicia las cuestiones más urgentes y regresó a Pedralbes para recoger a Marta y volver juntos, en un taxi, a la casa de ella.

A la misma hora, un individuo que se disponía a tomar un avión del puente aéreo con destino a Madrid realizaba una llamada telefónica desde una cabina del aeropuerto. Marcó un número y unos segundos después dijo:

—¿Planelles? Soy Samuel Glenn... Gracias por todo. El asunto está liquidado.
Y colgó.

La decisión de Ramon de destruir la cartera y su contenido dio lugar a una larga conversación entre Marta y él; analizaron la situación con más serenidad de la que habían tenido cuando Lucas subió la cartera del *Reichsführer*. Frente a la posición de él, que se mostraba claramente partidario de su destrucción, la historiadora que había en Marta planteaba numerosas dudas. Para ella la desaparición de unos documentos equivalía a una acción delictiva. No obstante, era consciente de que aquellos papeles suponían no solo un riesgo, sino una amenaza. Había sentido en sus propias carnes que había gente dispuesta a matar y a morir por su posesión. Como le había dicho a Ramon, había percibido el aliento del mal, lo había tenido mirándole a los ojos a escasos centímetros.

—¿Qué solución propones para superar esa contradicción en la que te debates? — le planteó Ramon.

—No he parado de darle vueltas y después de mucho elucubrar creo que tenemos un factor a nuestro favor.

—Te escucho.

—No sé si estarás de acuerdo conmigo en que los ingleses están convencidos de que la documentación ha desaparecido y no ha quedado rastro de ella.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque si han matado al pobre Enric, es porque estaban convencidos de que, con su muerte, ese asunto quedaba cerrado.

—Probablemente —concedió Ramon—, pero no lo admitamos como algo seguro.

—Por su parte, tanto los de la Sociedad Thule como el servicio secreto británico saben que la copia que les quitó el inglés también ha quedado destruida. Se destruyó con la explosión de la moto en la plaza de España.

—Eso está claro.

—La única duda que pudiesen albergar se refiere al paradero de la cartera con la documentación original.

—Me temo que ni unos ni otros creerán fácilmente que se destruyó con la voladura del Mercedes.

—Admitamos que lo pongan en duda. Porque no se traguen que después de la lucha fuésemos tan incautos de haberla dejado allí. Sin embargo, insisto en que todo apunta a que los ingleses se lo han creído. Por eso han matado a Enric.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Que tal vez sea posible hacérselo creer también a los de la Sociedad Thule —afirmó Marta con mucha convicción.

—No sé cómo. —Ramon se mostraba escéptico—. Además, eso no cerraría la cuestión de qué hacer con esos malditos papeles.

—Ciertamente que no la cerraría. Pero si convencemos a todos de que la cartera ha quedado destruida nos habríamos quitado de encima el elemento más perturbador para tomar una decisión con un mínimo de serenidad. Porque quiero que sepas que no albergo ninguna duda acerca de que antes de que la documentación caiga en sus manos, prefiero verla arder. —Por el tono de su voz estaba claro que Marta se mostraba tajante en ese punto.

—Estoy de acuerdo porque por lo que sabemos, podrían alcanzar objetivos que serían una catástrofe de proporciones ilimitadas y es preferible no correr ningún tipo de riesgos —corroboró Ramon, quien remachó—: Por eso, precisamente, hay que destruir esos papeles y no darle más vueltas a este asunto. De todas formas, has picado mi curiosidad: ¿cómo podemos conseguir que esa gente se convenza de que la cartera ya no existe?

—Creo tener la fórmula. —Marta lo dijo con una tranquilidad pasmosa.

—¡Pues estoy deseando conocerla!

—Escúchame con mucha atención aunque no es muy complicado. Tú mismo podrás comprobarlo cuando te explique el plan que se me ha ocurrido.

No hubo manera de establecer contacto con el hermano de Enric y no se le conocía otro familiar, ni próximo ni lejano, que se hiciese cargo del sepelio del medievalista. El asunto acabó en el juzgado de guardia.

Marta y Ramon, avisados por el doctor Mendieta, se personaron ante el juez para solicitar hacerse cargo de todo lo concerniente al entierro, señalando que eran amigos del finado y estaban dispuestos a correr con los gastos. El juez aceptó sin poner

ninguna objeción.

—Ya aparecerán familiares cuando de heredar se trate, si es que hay algo que heredar —les comentó.

Como quiera que Marta sabía que Enric no tenía ningún tipo de contacto con la Iglesia católica, ni con ninguna otra confesión religiosa, Ramon y ella optaron por no realizar ningún tipo de funeral. Los restos fueron incinerados; a su cremación asistieron solo ellos dos. Les fueron entregadas las cenizas en una pequeña urna. Subieron a Montserrat, la mágica montaña que tanto había atraído a Enric en vida y allí las esparcieron a los cuatro vientos, como último homenaje a un heterodoxo historiador y persona singular.

La casa de sus padres en La Garriga había sido el lugar elegido para hacer oficial su compromiso con Marta Amat. En las invitaciones, que Ramon había hecho personalmente por teléfono a tíos y primos, además de los consabidos tarjetones, había puesto el mayor empeño para que todos sus familiares asistiesen a la celebración. Repetía una y otra vez que deseaba sentirse rodeado de su familia, después de los avatares que había vivido.

Ramon pudo comprobar que la presencia de muchos de ellos en el acontecimiento familiar estaba estimulada por el morbo de unos acontecimientos que habían saltado a las páginas de los periódicos y habían dado lugar a numerosos comentarios y rumores. Ramon se encargó, además, de que así fuese. «Ya te contaré, ya te contaré», les decía a todos y cada uno de ellos cuando los llamaba para invitarlos. «Habrá sido terrible, ¿no?», le preguntaban. «Ni te lo puedes imaginar, algo increíble, ya te contaré, ya te contaré.»

La fecha de dicha celebración quedó fijada con mucha antelación porque para que el plan de Marta funcionase tenían que acudir todos. Una invitación con suficiente antelación era una buena fórmula para que nadie pudiese aludir compromisos previos; decidieron que fuese el 15 de agosto para que tampoco nadie pudiese alegar motivos laborales. Estaba convencido de que allí, con el plan de Marta, podría dar el golpe definitivo a las dudas acerca de la existencia de la cartera y sus documentos.

Con el objetivo de cerrar otro frente respecto del plan trazado por la historiadora, que definitivamente lo había convencido de su eficacia, Ramon acudió el último viernes de junio a la notaría de Rocafull para hacer una declaración de bienes y establecer la separación correspondiente, ya que iba a contraer matrimonio con la señorita Marta Amat. Habían quedado a las once de la mañana.

El notario le dijo que en pocas fechas estaría todo preparado porque Ramon le había aportado copias de escrituras de sus propiedades, así como informes acerca de sus bienes muebles, valores y saldos bancarios. Fue el propio Ramon quien contó al notario el cúmulo de desdichas que le había traído la cartera de su abuelo.

—¡No puede siquiera imaginárselo, Rocafull! ¡Una auténtica pesadilla!

—¡No sabe cuánto lo lamento! ¿Y puede saberse que ha sido de esa condenada cartera y sus papeles?

—¡Destruída, Rocafull! ¡Destruída! ¡Me he quitado un gran peso de encima!

—Se habrá quitado usted un peso, pero, en cierto modo, también es una verdadera lástima.

Ramon se puso alerta.

—¿Por qué lo dice usted? ¡La dichosa cartera no me ha traído más que calamidades!

—Hombre, la pérdida de documentos siempre es lamentable. En este caso, además, supongo que su contenido debía de ser algo muy especial.

—No sé a qué se refiere.

Rocafull, que vestía un impecable terno azul marino, se secó con un pañuelo el sudor de la frente.

—¡Hombre!, es fácil deducirlo de todo eso que me ha contado: la Sociedad Thule, mafiosos rusos... ¡Increíble, amigo Nogués, increíble!

Después de aquella conversación, que se había prolongado por espacio de más de una hora, Ramon estaba convencido de que Rocafull era quien había dado a los nazis noticias de la existencia de la cartera. Aunque no tuviese datos para demostrarlo, tampoco los necesitaba. No había más que ver sus preguntas, su interés y, aunque ciertamente hacía calor, el sudor que le invadió.

Cuando salió de la notaría comprobó que disponía del tiempo justo para pasar por su despacho, resolver un par de asuntos y recoger a Marta para tomar el vuelo que salía hacia Londres. Querían pasar un fin de semana con Nuria. Ramon deseaba que la niña y Marta entrasen en una fase de conocimiento con vistas al futuro. Volaron en la British Airways y llegaron a Heathrow sin contingencias; tras los trámites de recogida de equipajes y salida del aeropuerto, tomaron un taxi.

—Tengo la sensación de que nos siguen —fueron las palabras que Marta susurró a su oído nada más acomodarse en el taxi.

Ramon, sin abrir la boca, la miró a los ojos. Había en ellos una mezcla de inquietud y sorpresa. Al cabo de unos segundos le preguntó:

—¿Por qué dices eso?

—Desde esta mañana he tenido un vago presentimiento, que no ha hecho sino acentuarse con el paso de las horas.

—¿Desde esta mañana, dices?

—Sí, desde esta mañana. Más exactamente desde que he regresado de la facultad.

—¿A qué hora ha sido eso?

—Sobre la una, poco más o menos.

Ramon pensó en Rocafull. Si Marta estaba en lo cierto, su actuación ante el notario no había resultado convincente; más bien había ocurrido todo lo contrario, lo que había conseguido era despertar sus sospechas. Giró la cabeza y miró por el cristal trasero del taxi. Caía una fina lluvia y el tráfico era denso pero fluido en la autopista

que los llevaba a Londres; a poca distancia le seguía otro vehículo. Tras unos instantes de silencio indicó al taxista que abandonase la autopista en la primera área de servicio que hubiese:

—La señora tiene necesidad de ir al lavabo; por favor, tome la salida de la primera de las áreas de servicio que encontremos.

Dos millas más adelante abandonaron la autopista y entraron en una pequeña área de servicio. Otro vehículo siguió tras el taxi. Marta entró al lavabo —sucio y descuidado— y aguardó un tiempo prudencial. Ramon la esperaba junto al taxi. Instantes después reanudaban la marcha hacia Londres. El vehículo que los había seguido hizo lo mismo.

—Lo tuyo, amor mío, no es un presentimiento. —Pasó el brazo por el hombro de Marta y la apretó, en un gesto cariñoso, contra su cuerpo—. Algún hijo de puta nos está siguiendo los pasos. —En sus palabras había una profunda desazón.

Hubo un largo silencio hasta que llegaron al hotel. Durante el resto del recorrido no volvieron a hablar. Cada uno rumió sus propios pensamientos.

El otro automóvil también se detuvo en la entrada del hotel, pero nadie bajó. Los cristales tintados impedían ver su interior.

Habían sido unos ilusos si pensaban que quienes habían estado detrás de la cartera de Himmler iban a dar por concluido el asunto tan fácilmente como se habían imaginado. La pesadilla continuaba.

Ocuparon la habitación y cuando el botones que les había llevado el equipaje se retiró, Marta preguntó con la preocupación reflejada en su voz:

—¿Quiénes serán esos tipos?

Ramon se encogió de hombros. Estaba de un humor de perros. Había planificado cuidadosamente aquel fin de semana, que se había prometido plácido y hasta cierto punto familiar, con Marta y Nuria, y quienesquiera que fuesen aquellos individuos se lo habían echado por tierra.

—Vete tú a saber. Pero estoy seguro de que se trata de la gente de la Thule.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque todo esto ha empezado después de que haya estado en la notaría de Rocafull. ¡De ese facha indecente!

—¿Y por qué no los mafiosos rusos? —comentó Marta, mientras sacaba con poco cuidado las camisas de la maleta.

—También pueden ser ellos, pero no lo creo.

—A ver, ¿por qué no lo crees?

—Porque esos no están interesados en la cartera. Estaban en esto por dinero y si no hay cartera no hay dinero. Si algo quieren ahora sería nuestra vida, como venganza por la muerte de los suyos. Y para matarnos no tienen necesidad de venir a Londres. Pueden hacerlo en Barcelona, en cualquier momento. Estoy convencido de que nos siguen por instrucciones de ese notario de mierda, lo que significa que tu excelente plan no nos va a servir de mucho.

Marta manifestó sus dudas con un ligero movimiento de cabeza.

—¿No crees que sean los de la Thule? —le preguntó Ramon.

—Es posible.

—Entonces, ¿por qué ese gesto de duda?

—Porque no tengo claro que sea por instrucciones de ese notario.

—Marta, por el amor de Dios, hoy he ido a ver a Rocafull y hoy ha comenzado la vigilancia.

La historiadora se encogió de hombros.

—Aunque no puedo negarlo, no tengo tan claro que exista esa relación.

—Supongo que no nos dejarán en paz hasta que no tengan ninguna duda acerca de la desaparición de los documentos —comentó Ramon, mientras colgaba en el armario varias prendas de vestir.

—También lo supongo yo. En ese caso —Ramon se pasaba la mano por el mentón— deberíamos mandarles mensajes inequívocos de que todo esto ha terminado, de que la cartera ha desaparecido.

—Pero no ha desaparecido y tal vez ellos lo sepan. Porque... —Marta no concluyó la frase; alguna idea llevó su mente hasta otro lugar.

—Porque ¿qué? —acabó por preguntarle él.

—Porque, ¿desde cuándo andan tras nuestros pasos? ¿No te has parado a pensar que es posible que sepan de nuestra vida en las últimas semanas más que nosotros mismos?

Ramon sintió un escalofrío en la espalda.

—¿Tú has percibido algo anormal en este tiempo? —preguntó con un ribete de angustia en su voz.

Marta lo besó en la boca y le comentó bajando la voz:

—Nada hasta esta mañana. Estoy convencida de que no saben que la cartera aún existe. Es posible, como dices, que todo esté relacionado con tu visita al notario.

—¿Por qué dices eso ahora?

—Porque han pasado demasiados días y, si tuviesen la certeza de que la cartera existe, no se habrían limitado a seguirnos de forma discreta. Ya has visto lo que son capaces de hacer. Es más que probable que el seguimiento haya comenzado esta misma mañana.

Ramon se sintió ligeramente reconfortado. Acabaron de colocar la ropa y decidieron que lo mejor era estar atentos, pero disfrutar en la medida de lo posible el fin de semana tal y como lo habían previsto. Si quienes los seguían solo albergaban dudas, era la mejor forma de indicarles que su visita a Londres era de carácter familiar.

Las semanas siguientes fueron intensas y agobiantes, porque a los preparativos de la boda se sumaba el hecho de sentirse vigilados y observados. Hicieron numerosas comprobaciones para saber si la vigilancia se mantenía sobre ellos. Desde recorridos inverosímiles hasta crear situaciones propias de gente poco cuerda, que obligaban a quienes los seguían a actuar de forma extraña. Ramon y Marta trataron de dar a su vida una apariencia de normalidad, aunque no tenía nada de normal. Las comprobaciones que hicieron en diferentes ocasiones pusieron de manifiesto que estaban sometidos a una vigilancia discreta, pero permanente. No se relajaba nunca o por lo menos ellos tenían la sensación de que era así. A veces les resultaba tan agobiante y opresiva que se convertía en insoportable.

Llegaron a vivir, incluso, situaciones de auténtica esquizofrenia, convencidos de que habían llenado el piso de Marta de micrófonos para escuchar sus conversaciones. Lo pusieron todo patas arriba, pero no encontraron nada. A pesar de ello se sentían tan inseguros y estaban tan persuadidos de que podían escucharlos que decidieron no mencionar nada relacionado con la cartera cuando estuviesen allí, como medida de autoprotección.

Viajaron varias veces a Londres para que Marta y Nuria se conociesen mejor y se habituasen a una relación que iba a ser frecuente en el futuro. Eran momentos gratificantes, porque parecía que ambas congeniaban sin problemas. Esa relación se hizo más sólida a lo largo de las semanas de verano que Nuria pasó, como cada año desde la separación de sus padres, entre Barcelona, la Costa Brava y la casa de los abuelos de la niña en La Garriga.

Tanto Ramon como Marta hubieron de afrontar en este tiempo los preparativos de su boda y aunque lo habían planeado como algo sencillo, no sería fácil dados los numerosos compromisos que ambos tenían. Se casarían a finales de septiembre. Antes se celebraría la fiesta de compromiso, que aprovecharían para poner en práctica el plan urdido por Marta.

En un momento determinado, en plena fiesta de La Garriga, Pere Nogués i Darder, uno de los primos de Ramon, reclamó la atención de la concurrencia. Estaban todos los Nogués y los Amat, al menos todos los que tenían que estar para que el plan urdido por Marta y Ramon diese el resultado previsto.

—¡Creo que el primo Ramon nos debe una explicación! ¡Tiene que contarnos con todo lujo de detalles esa extraordinaria aventura que Marta y él han vivido! —Se volvió hacia donde estaba Ramon y le instó con vehemencia—: ¡Tienes que hacerlo, querido Ramon, con pelos y señales!

La voz de la madre de Ramon salió de su garganta con una energía impropia de su edad.

—Eso que dice Pere está muy bien. Pero creo que antes deberíamos escuchar por su propia boca, ahora que estamos todos juntos, el motivo de esta agradable reunión.

La propuesta de la señora de la casa fue acogida con aplausos y Ramon lo explicó brevemente porque todos ya conocían cuál era la causa de aquella celebración. Aunque había presentado a Marta —que compartió buena parte del tiempo con Nuria— de forma individual a todos y cada uno de sus familiares, ahora lo hizo públicamente a toda la concurrencia, en total unas sesenta personas, a quienes anunció que serían marido y mujer dentro de muy poco tiempo. Les comunicó oficialmente que el día de la boda sería el último sábado de septiembre.

—¡Muy bien, primo, no puedo por menos de felicitarte por esa decisión, que después de conocer a Marta, no me extraña en absoluto! ¡Pero ahora tienes que contarnos todo lo que te ha ocurrido! —insistió Pere que solo parecía interesado en escuchar la azarosa historia vivida por la pareja hacía pocas fechas—. Bueno, que os ha ocurrido —corrigió—, porque Marta también ha estado involucrada.

—¡No lo sabes tú muy bien! —ironizó ella con una sonrisa en los labios, acentuando la simpatía que derramaba entre los presentes una noche en la que estaba radiante.

Ramon, en medio de un silencio expectante, relató detalladamente los hechos. Desde la reunión en la notaría donde se hizo cargo de la cartera que heredaba del abuelo Rafael hasta la muerte de Enric, pasando por las amenazas de la Thule, el rapto de Marta, la entrada en escena de los ingleses sin dar muchos detalles y —puso mucho énfasis en ello— la destrucción de la cartera al ser explotado el Mercedes en el garaje de Marta. Después, respondió a un sinnúmero de preguntas para satisfacer la curiosidad de la concurrencia hasta en detalles nimios.

Marta no se había equivocado un milímetro al contar con que la curiosidad y el morbo de una situación como la que habían vivido serían los mejores aliados de su plan.

Concluido el relato, la fiesta continuó en corrillos donde se comentaban aspectos de lo que había contado Ramon, del Barça o de la situación económica.

En un momento determinado, Lluís Nogués i Espinós tomó a su primo Ramon por el brazo e hizo con él un aparte.

—Todavía no acabas de creértelo, ¿verdad? —le comentó, tirándole del brazo hasta llevarlo lejos de posibles oídos indiscretos.

—Bueno, poco a poco me voy haciendo a la idea. Pero sí, han sido unos días terribles.

—¡Quién iba a decirle al abuelo que te dejaba un problema como el que te ha traído esa cartera!

Ramon hizo un gesto de duda.

—No lo creas, Lluís, el abuelo era consciente de lo que hacía. Sabía que el

contenido de esa cartera podía traerme problemas e incluso graves consecuencias. Has de saber que él las vivió en sus propias carnes.

—¿Qué es eso de que el abuelo las vivió en sus propias carnes?

—Supongo que has oído contar la historia de que hace muchos años intentaron secuestrarle.

—Sí, se ha contado muchas veces en reuniones familiares. Pero no acabo de comprender...

—Quienes lo intentaron buscaban la cartera.

—¡No me digas!

—Sí te digo.

—¿Qué contendrá esa cartera para haber desencadenado ese follón? —comentó Lluís como si no diese importancia a sus palabras.

Ramon, sin embargo, se percató de que se había expresado como si la cartera aún existiese, pese al énfasis que él había puesto en dejar claro que había desaparecido con la explosión del Mercedes. Decidió no corregirle y se limitó a responderle:

—Estoy seguro de que era algo de suma importancia a tenor de las apetencias despertadas. ¡En el fondo, su destrucción me ha quitado un peso de encima!

—¿Estás seguro de que quedó destruida con la voladura de ese coche? —Al hacerle la pregunta lo taladró con la mirada, buscando encontrar una respuesta en sus ojos, más que en sus palabras.

—¡Completamente seguro! Con las prisas y los nervios, al llegar a casa de Marta se nos olvidó en el coche. Justo cuando reparamos en que no la habíamos subido al piso escuchamos la explosión. ¡Menos mal! Porque Marta se disponía a bajar al garaje para recogerla. Si baja unos minutos antes, no quiero ni pensar en lo que pudiese haber ocurrido.

—¿No hay ninguna posibilidad de que se salvase? —insistió Lluís una vez más.

—Ninguna, en absoluto. La explosión fue tremenda, el coche quedó hecho un amasijo de hierros retorcidos. Todo lo que era combustible, como la tapicería de los asientos, quedó reducido a cenizas. —Ramon se mostraba rotundo.

—¡En fin —suspiró Lluís encogiéndose de hombros—, una pena! Me hubiese gustado conocer su contenido.

—Pues te vas a quedar con las ganas, primo. —Ramon le echó un brazo por el hombro en un gesto de camaradería.

—¿Tú tampoco has averiguado lo que contenían esos papeles?

Ramon negó con la cabeza.

—El único que llegó a saber lo que contenían, quien por cierto estaba vivamente impresionado, fue ese medievalista del que os he hablado, pero alguien se encargó de silenciarlo para siempre.

—¡Una pena! —se lamentó Lluís.

Se reintegraron a un grupo donde se hablaba de fútbol. Ramon, que hasta hacía unos minutos hubiese puesto la mano en el fuego porque había sido el notario

Rocafull quien había dado la alerta a los de la Thule, no estaba ahora seguro de ello. Decidió no quitar el ojo de encima a Lluís, quien en la primera ocasión que tuvo se alejó hasta un lugar solitario, sacó su teléfono móvil e inició una conversación. Enfrascado en ella no se percató de que Ramon, so pretexto de llevarle una copa de vino, se había acercado. Nervioso cortó la comunicación, pero a Ramon le había dado tiempo a escuchar:

—... destruida, sin duda ninguna.

El plan ideado por Marta había surtido efecto.

—No era el notario, Marta. Era mi primo Lluís. Todos sabíamos que era un facha, pero nadie tenía noticia de que estuviese vinculado con sociedades secretas que promueven el resurgimiento del nazismo.

—¿Estás seguro de lo que escuchaste?

—No tengo ninguna duda. Lo que no sé es a quién llamaba, pero estoy seguro de las últimas palabras que le dijo.

—¿Crees que eso puede significar que no volverán a molestarnos? —preguntó Marta con un fondo de inquietud.

—Es lo más probable, aunque debemos estar alerta los próximos días para comprobar si continúan espíándonos. En todo caso estoy contento, aunque ha sido muy doloroso para mí que Lluís solo se interesase por asegurarse de que la cartera estaba destruida; ni una palabra para las amenazas, los malos momentos vividos, las angustias pasadas...

—La gente que vincula su vida a las sectas acaba por no ver más que por los ojos de quienes los dirigen y manipulan. Esa es la triste realidad, pero es así.

Si Marta y Ramon creyeron que su pesadilla particular había concluido después de la celebración de La Garriga, se habían equivocado de plano. En los días siguientes pudieron percatarse de que continuaba la vigilancia a la que estaban sometidos. Llegaron entonces al convencimiento de que quienes los seguían tenían que saber, necesariamente, que los documentos de la cartera de Himmler no habían sido destruidos. Sin embargo, también llegaron a la conclusión de que ignoraban el paradero de la misma porque, de no ser así, no se tomarían la molestia de mantenerlos vigilados de forma permanente y habrían utilizado una forma expeditiva de apoderarse de la maldita cartera. Ya conocían los métodos de la Sociedad Thule. Aquella aparente contradicción los llevó a replantearse la situación. Si la Thule era tan contundente y además le habían enviado un mensaje inequívoco sobre la destrucción de la cartera, ¿podrían ser otros quienes los tuviesen bajo vigilancia?

A pesar de que lo habían descartado, una nueva posibilidad se abría paso en la confusión en que se encontraban: ¿serían los ingleses?

Hasta aquel momento todos los mensajes sobre la desaparición del codiciado objeto los habían mandado en dirección a los de la Thule. ¿Y si eran los ingleses?

Aunque no tenían pruebas, no albergaban la menor duda de que habían sido ellos quienes habían acabado con la vida de Enric, pero era posible que no se fiasen de que allí había concluido todo.

Envueltos en aquel mar de dudas y agobiados por una situación que cada día que pasaba les resultaba más insoportable, Marta y Ramon se percataron de que la tensión a la que estaban sometidos empezaba a hacer efecto en sus relaciones cuando un acontecimiento, ajeno por completo a sus vicisitudes, les trajo la posibilidad de replantearse la situación en que se encontraban.

Como no habían abandonado el temor de que escuchasen las conversaciones en el piso de Marta, que iba a ser el domicilio de la nueva pareja, habían mantenido el acuerdo de no hablar de nada relacionado con la cartera cuando estuviesen allí. Para hablar de ello aprovechaban los momentos en que, aunque vigilados, sus conversaciones estaban lejos del alcance de los oídos de quienes los espiaban.

Fue en una cafetería de la Diagonal donde Marta expuso a Ramon un nuevo plan para buscar una salida a la situación. Cuando concluyó, Ramon le preguntó en tono dubitativo:

—¿Estás segura de que esa es una buena solución?

—¡Cómo voy a estar segura! ¡Pero sí lo estoy de que no podemos seguir así! ¡Esto es insoportable! —explotó Marta, agobiada por la tensión que se había adueñado de sus vidas. Ramon le cogió la mano y se la apretó en un gesto de cariño.

—¿Es persona de fiar? —Ramon insistía en sus dudas.

—La mejor garantía la tenemos en que si esos papeles contienen la información que pensamos, se reirá de todo ello. Pero no puedo garantizarte nada más.

—Lo que significa que es una apuesta de riesgo.

—En efecto. Pero no se me ocurre otra cosa y creo que este plan, dadas las circunstancias, se puede llevar a la práctica sin levantar muchas sospechas.

—Habría que sacar la cartera de su escondite —comentó Ramon con aire preocupado.

—Por supuesto; también he pensado en la forma de hacerlo. Ni tú ni yo podemos acudir al guardamuebles, pero alguien con la papeleta de depósito podrá ir y sacar el paquete sin problemas. Es la papeleta número cinco de los ocho paquetes que depositamos. No ha sido mala idea camuflarla entre otros objetos de tu casa. —Una ligera sonrisa apareció en los labios de Marta.

Ramon, después de asentir, le preguntó:

—¿Cuándo me has dicho que es el congreso?

—Entre el dieciocho y el veintiuno de septiembre.

—¿Y cuándo llega ese profesor?

—Baumann llegará el diecisiete por la tarde. Alguien del departamento acudirá a recogerle al aeropuerto. Yo no iré para evitar que quienes nos espían puedan

establecer algún tipo de conexión. Me veré con él en mi despacho, donde ya tendré el paquete con la cartera. Una vez que Baumann esté allí buscaré el momento de pedirle que me informe acerca del contenido de los papeles; puedo decirle que se trata de documentación propiedad de un librero que desea conocer su contenido para determinar el precio que puede pedir.

—¿Ese Baumann es una de las estrellas invitadas al congreso?

—¿Una de las estrellas? —Marta se había extrañado con aquella pregunta.

—Me refiero a si es una personalidad que despertará el interés de los medios de comunicación.

—Ya... ya entiendo. Es uno de los invitados, pero no una estrella. Es un historiador competente. Para mi gusto, demasiado académico. Los focos mediáticos se los llevarán otros. Si lo que te preocupa es que pase inadvertido, no debes albergar ningún temor. Solo despertará el interés de algunos congresistas que han centrado sus investigaciones en la República de Weimar.

—¿De qué conoces a Baumann?

—Bueno, no es la primera vez que viene a Barcelona, donde hizo un curso de posgrado hace algunos años; ahí nació nuestra relación profesional. Yo lo he atendido otras veces que ha venido a Cataluña. También él se ha mostrado gentil cuando yo he acudido a Alemania en un par de ocasiones para asistir a algún congreso. Da clases en la facultad de Historia de Hannover.

—¿Le vas a mostrar los originales? —La pregunta de Ramon parecía llevar ya implícita la aceptación del plan.

—Creo que será mejor que vea unas fotocopias. Las haré yo personalmente en la fotocopidora del departamento.

—¿Le entregarás las fotocopias?

—No. Le pediré que las examine allí mismo.

—Veo que lo tienes todo previsto.

—Salvo recoger la cartera.

—Y que ese Baumann pueda jugarnos una mala pasada —corrigió Ramon.

—Es cierto que hay un margen para el riesgo. Pero, conociéndolo, estoy segura de que se reirá del contenido de los papeles. Baumann es el academicismo personificado.

—Espero que no te equivoques —concedió Ramon a la vez que se encogía de hombros, manifestando que asumía el planteamiento de quien en pocas fechas iba a ser su esposa, si el destino no les reservaba otra cosa.

Marta lo besó en los labios.

—Creo que ese margen de riesgo merece la pena correrlo.

—Está bien. Alicia, mi secretaria, se encargará de ir a por la cartera. Una vez que la haya recogido te la llevará inmediatamente y te hará la entrega en persona. Eso será la misma mañana del día diecisiete. ¿De acuerdo?

Marta, después de dedicarle su mejor sonrisa, lo besó de nuevo. Ahora lo hizo con

más pasión.

Vivió aquel 17 de septiembre como uno de los días más tensos de su vida, si se excluía el día que la raptaron los mafiosos rusos. Había llegado a la facultad a primera hora de la mañana y dejado en conserjería instrucciones muy precisas sobre la urgencia de un paquete que habían de entregarle personalmente y que esperaba de un momento a otro. La profesora titular de Historia Contemporánea permaneció expectante y nerviosa en su despacho, donde todavía no habían llegado los becarios y colaboradores del departamento que le ayudaban en las tareas de organización del congreso que habían caído sobre sus espaldas como secretaria del mismo. Poco después de las nueve y media apareció en la puerta de su despacho, acompañada por un conserje, la secretaria de Ramon.

—El paquete que esperaba, doctora Amat —anunció el conserje.

Marta saludó a Alicia, como si fuese una desconocida, según el plan acordado, y tomó el paquete en sus manos. Estaba envuelto en papel de regalo de unos grandes almacenes, el mismo en que lo habían embalado unas semanas atrás, cuando lo llevaron al guardamuebles.

Aprovechó que había citado a sus colaboradores a las diez y aún estaba sola para sacar las fotocopias y guardar la cartera del *Reichsführer* con los originales en un armario bajo llave. Apenas hubo concluido cuando llegaron los primeros becarios, quienes se dedicaron junto a varios profesores asociados al departamento, a ultimar los detalles del congreso que comenzaba al día siguiente sobre *Las relaciones internacionales en el período de entreguerras*. En su condición de secretaria había llevado todo el peso de la organización para que el jefe del departamento se pusiese las medallas que se derivarían. Esa era la dinámica de la universidad: trabajar mucho para un día alcanzar la cátedra y, entonces, hacer trabajar a otros para mayor gloria de uno mismo. Era como una alcancía en la que se depositaban fondos que con el paso del tiempo daban sus frutos —no siempre, desde luego— a algunos de los que estaban dispuestos a aceptar el procedimiento y entrar en el engranaje del sistema.

En más de una ocasión Marta había estado a punto de romper la alcancía. Sin embargo, el trabajo de aquel día fue como un sedante para sus nervios tensados hasta el límite.

Con la aparición de Baumann —un fornido alemán de pelo negro, que empezaba a platear en las sienes y que andaría por la mitad de la cuarentena— poco después de las cinco y media de la tarde, llegó el momento decisivo que tanto había aguardado desde el momento en que Ramon había asumido el plan que ella había elaborado. Esperaba que diese mejores resultados que los que sacaron de la fiesta de La Garriga. Se saludaron con afectuosa cordialidad y Marta le manifestó su alegría por tenerle en Barcelona. Después, una vez solos en su despacho, le planteó sin muchos circunloquios su pretensión:

—Dietrich, necesito que me hagas un pequeño favor.

—Si está en mi mano, cuenta con ello —respondió solícito el alemán, arrastrando las erres.

—Necesito conocer el contenido de unos papeles, propiedad de un librero amigo. Corresponden a la época del Tercer Reich.

—Supongo que están en alemán.

—Supones bien.

—En ese caso, estoy a tu entera disposición.

Marta sacó el fajo de fotocopias de uno de los cajones de su mesa de trabajo y se lo extendió. Antes de entregárselo le comentó:

—A mi amigo el librero le corre mucha prisa. Ya sabes —se encogió de hombros—, cuestiones de mercado.

—¿Quieres que empiece ahora mismo?

—Sé que es abusar, pero si no te importa... —Marta le señaló su propio sillón y una mesa despejada por completo.

—¡Qué remedio! —comentó el alemán medio en broma, medio en serio.

—¿Quieres tomar algo? ¿Algo de beber?

—Si es posible, un café bien cargado; te lo agradeceré.

—Ahora mismo te lo pido.

Marta montó guardia ante la puerta de su propio despacho, en una sala de reuniones, a la que daban también los despachos de otros profesores. Allí estableció su cuartel general para ultimar detalles. A dos compañeros —profesores titulares del departamento al igual que ella— que preguntaron por Baumann, les comunicó que se había encerrado porque deseaba ordenar las notas para su intervención del día siguiente y que había pedido que no se le molestase. A los dos, ajenos por completo al trabajo que realizaba Baumann, les pareció una razón de peso, aunque les extrañó que un tipo tan metódico no llevase cerrado hasta el último detalle de su ponencia.

Poco después de las nueve de la noche Marta indicó a los becarios y profesores asociados, con los que ya había concretado los últimos detalles, que se fuesen al comedor de la facultad y pidieran algo, que ella iría enseguida. Cenarían allí con Baumann y luego quienes habían ido a recogerlo al aeropuerto lo acompañarían hasta su hotel. Cuantos menos datos hubiese sobre sus contactos, mejor. Cuando todos se marcharon entró en el despacho y comprobó con satisfacción que el historiador germano abordaba los últimos folios. Aguardó, con un silencio expectante, a que concluyera.

Tras leer el último folio, Baumann se quitó lentamente las gafas de lectura y levantó la mirada hacia Marta. Tenía los ojos ligeramente enrojecidos, después de casi cuatro horas de lectura. Tomó los folios entre sus grandes manos y los reordenó por el procedimiento de dejarlos caer varias veces sobre la mesa. Se levantó con cierta parsimonia, apretando el mazo de folios entre sus manos.

—¿Y bien? —Ante su silencio Marta había empezado a ponerse nerviosa. Por su

mente pasó un pensamiento fugaz:

¿Y si se había equivocado y Baumann daba crédito al contenido de los papeles?

El alemán guardó las gafas en una funda rígida; después se tocó el lóbulo de la oreja y exclamó, agitando las fotocopias que apretaba con tal fuerza entre sus manos, que parecía que iba a estrujarlas:

—¡Esto es basura!

—¿Basura, dices? —Marta trataba de contener la respiración en un intento de evitar que se notase demasiado el alivio que sentía al escuchar aquellas palabras.

—Esto, querida colega, no tiene valor histórico alguno.

Le entregó las fotocopias con un gesto despectivo.

—¿Qué es lo que dicen estos papeles?

—Una pura fantasía. Desvaríos de los nazis. Historias del Grial y cosas por el estilo. Dile a tu amigo que el valor de sus documentos estará en función de lo que desee darle un coleccionista de papeles antiguos y poco más.

—Pero ¿qué es lo que se cuenta en ellos, Dietrich?

Baumann esbozó un apunte de sonrisa.

—Se cuenta la forma de entrar en contacto con los que ahí —señaló los papeles que Marta ya sostenía en sus manos— se denominan Superiores Desconocidos.

—¿Superiores Desconocidos? —repitió Marta aparentando extrañeza, como si fuese la primera vez que escuchaba dicha denominación.

—Sí. ¡Imagínate, una especie de superhombres que son quienes controlan y rigen el curso de los acontecimientos en nuestro planeta! ¡Una especie de gobernantes en la distancia, dotados de extraordinarios poderes! ¡Tienen aquí sus representantes y han dejado algunos signos de su existencia! Como te he dicho ¡pura basura! Al parecer, Himmler y los locos que lo rodeaban pretendían encontrar la fórmula para entrar en contacto con ellos, ser sus representantes y por ese procedimiento convertirse en dueños de la Tierra, por la que extenderían el dominio del mal que intrínsecamente iba unido al pensamiento nazi. ¡Imagínate!

—¡Qué barbaridad! —exclamó Marta, tratando de dar un acento de convicción a sus palabras.

—Ya te lo he dicho. ¡Basura!

—Solamente por curiosidad, ¿se dice cómo se puede establecer ese contacto?

—Sí, se indica que se puede hacer a través de cierto objeto material, concretamente se refieren al Grial, aunque no se cierra la posibilidad de que el contacto se pueda hacer con otros objetos.

—¿El Grial?

—Sí, el Grial, aunque no se trata del objeto al que se refieren comúnmente quienes creen en estas paparruchas.

—No acabo de entender lo que dices. —Marta había arrugado instintivamente la frente.

—Lo que yo he oído decir —puntualizó el alemán— es que el Grial fue el cáliz

que Jesús de Nazaret utilizó en la llamada Última Cena.

—En efecto, eso es lo que se dice —corroboró Marta.

—En esos papeles, sin embargo, se afirma que el medio material al que se denomina Grial y que permite establecer el contacto con esos Superiores Desconocidos es una gema, una esmeralda.

—¿Una esmeralda?

—Sí, una esmeralda. ¡La que adornó la frente de Lucifer, antes de su caída! —Baumann compuso una sonrisa malévola—. Para remate de despropósitos, en esos papeles se indica que dicha esmeralda puede estar oculta en algún lugar de Montserrat. —El historiador alemán soltó una risotada.

—Total, una cadena de fantasías —comentó Marta con un tono de resignación—. Mi amigo el librero va a llevarse una gran decepción.

—Fantasías en estado puro. Lo siento por él. Es posible que sea un excelente material para que un novelista construya una ficción. Aunque me temo que hasta como ficción resultará inverosímil.

Durante un largo rato Marta sometió a Baumann a una especie de interrogatorio que pareció divertir al alemán. Lo hizo de forma que para el historiador germano apareciese como una especie de juego que le permitía recoger detalles con los que desilusionar a su amigo el librero sobre el valor de los papeles que poseía.

En el comedor de la facultad reservado para profesores y visitantes la cena fue animada, pero breve. Tenían que estar despejados para el día siguiente y ya eran cerca de las doce de la noche. Hábilmente Marta dirigió la conversación de manera que todos los comentarios girasen en torno al congreso.

Los dos jóvenes investigadores que habían recogido a Baumann en el aeropuerto, fueron quienes lo llevaron al hotel. Marta abandonó la facultad media hora después. Nada más salir del aparcamiento en su llamativo New Beetle, impecable después del arreglo de los ligeros desperfectos que le causó la explosión del Mercedes, un vehículo que aguardaba aparcado junto a la acera, en el exterior del recinto universitario, arrancó, encendió las luces y le siguió a escasa distancia.

Marta miró por el espejo retrovisor y no se recató:

—¡Me parece que esta vez os he jodido, cabrones!

A pesar del cansancio de una jornada como la que había vivido, le quedaron fuerzas después de darse una reconfortante ducha para salir a dar una vuelta por el paseo de Gracia y contarle a Ramon, que estaba sobre ascuas, las vivencias del día y toda la información que Baumann le había facilitado. Cuando concluyó, este le preguntó:

—Después de todo esto, dime una cosa: ¿tú crees posible que haya algo de verdad en todo eso?

Marta meditó durante unos segundos antes de responder:

—Lo cierto es que todo parece un cuento. —Hizo una breve pausa y remató—: Pero me temo que ha muerto demasiada gente para que sea simplemente eso. Algo de verdad tiene que haber.

Tras una pausa fue ella la que preguntó:

—¿Y tú qué piensas?

Ramon le respondió con otra pregunta:

—¿Dónde están las fotocopias con que ha trabajado el alemán?

—En la cartera de Himmler, junto a los documentos originales. A buen recaudo, en un armario bajo llave en mi despacho. Lo único seguro es que nadie, salvo nosotros, sabe que están allí. Y ahora, ¿puedes decirme lo que piensas?

—Antes de hacerlo, contéstame a otra pregunta.

—Si fuese verdad que en esos papeles está la llave para llegar hasta esa esmeralda y también fuese cierto que tuviera los poderes que se le atribuyen, ¿qué crees que podría ocurrir si alguien pudiese manejarlos a su antojo?

—Es posible que adquiriese el poder necesario para imponer su voluntad a la humanidad. Y como la mente que desease eso solo podría ser una mente malvada, los poderes del mal se extenderían por toda la tierra.

—¿Estás convencida?

—Sin duda.

—En ese caso, te diré lo que estoy pensando porque, además, a ello se añade que está en juego nuestra felicidad personal.

—¿Nuestra felicidad personal? —Marta lo miró de reojo.

—Sí, nuestra felicidad como pareja. Estamos irritables, tensos, saltamos por cualquier cosa. Nuestra vida es un sin vivir con esa gente detrás de nosotros día y noche. —Ramon miró hacia atrás, también lo hizo Marta y ambos pudieron comprobar cómo a una distancia prudente, pero bien visible, dos individuos no les quitaban ojo de encima.

—¡Canallas! —murmuró Marta.

—Los tendremos ahí vigilantes, pegados a nosotros como si fuesen nuestra propia sombra si no les demostramos que la cartera y su contenido han desaparecido.

—¿Qué quieres decir?

—Que vamos a destruir la cartera y los papeles delante de sus narices. ¡Y no me digas que se trata de una documentación de valor histórico!

Marta lo miró, pero esta vez a los ojos.

—Es cierto que nos jugamos nuestra felicidad y nuestro futuro, pero también hay mucho más, si todo eso es verdad. La humanidad corre un grave riesgo.

—¿Eso significa un sí a mi propuesta?

Marta asintió sin despegar los labios.

Ramon no pudo evitar un suspiro de alivio. El gesto significaba que Marta no ofrecía resistencia para ponerle punto final a todo aquello de una maldita vez.

El congreso fue clausurado la mañana del domingo con la lectura de las correspondientes conclusiones y unas palabras de despedida del decano de la facultad de Historia. Marta estaba satisfecha del resultado, pero en su cabeza bullían pensamientos que nada tenían que ver con el trabajo que durante cuatro días habían realizado aquel puñado de historiadores que ahora se despedían.

Poco después de la una, mientras uno de los profesores asociados llevaba a Baumann hasta el aeropuerto para que tomase el avión de vuelta, Marta y Ramon —este último había acudido a la clausura— se dirigieron a la casa de La Garriga, donde llegaron poco después de las tres. Un coche los siguió durante todo el recorrido. Una vez en la finca de los padres de Ramon, este se bajó del coche y cerró la reja de la puerta que daba acceso al jardín de la casa; después aguardó unos minutos que se le hicieron eternos, hasta que apareció un coche de los *mossos d'esquadra*, cuya presencia Marta había solicitado. Los dos agentes bajaron del coche y se dirigieron hacia la cerrada entrada de la finca. Fue entonces cuando Ramon llamó la atención de los dos individuos que permanecían en el vehículo que los había seguido hasta allí.

—Aguarden un momento, por favor, quiero mostrarles algo —indicó Ramon a los cuatro hombres que había al otro lado de los barrotes. Los dos agentes de la policía autonómica catalana intercambiaron una mirada de sorpresa.

Ante sus ojos sacó del maletero del coche la cartera que perteneció al *Reichsführer*. La abrió y les mostró de forma que no quedase ninguna duda, los documentos que contenía. Los dos individuos y los *mossos* miraban sorprendidos a pocos metros de distancia, al otro lado de la alta verja que los separaba, lo que hacía aquel individuo. Ahora rociaba la cartera con el líquido de una botella y a continuación le aplicó la llama de un mechero que prendió rápidamente.

—¡Es usted un insensato! —gritó impotente uno de los individuos, agarrado a los barrotes de la verja.

Los agentes asistían en silencio a aquel acto de cremación, sin saber muy bien qué hacer.

—¡Ahora —gritó Ramon— díganles a quienes les han ordenado no quitarnos ojo de encima desde hace semanas, que su vigilancia carece de sentido porque ya no hay cartera, ni papeles!

Los *mossos*, que no salían de su asombro, decidieron preguntar:

—¿La señora Amat, por favor?

—Soy yo —respondió Marta que había asistido de pie, junto al coche del que Ramon se había retirado unos pasos como medida de precaución, a la incineración de la cartera.

—¿Ha requerido usted nuestra presencia?

—En efecto, estos señores —señaló a los dos individuos que aún permanecían aferrados a los barrotes— podían haber tenido un mal comportamiento ante la cremación a la que acabamos de asistir. Deseaban esa cartera a cualquier precio y por ello no nos han dejado en paz durante semanas. Su presencia aquí ha evitado que se

pongan violentos.

—¿Desean presentar alguna denuncia? —preguntó uno de los agentes.

—No tenemos, al menos por el momento, intención de hacerlo —respondió Ramon.

—En todo caso, habremos de levantar un acta de lo ocurrido —indicó el agente.

—Me parece estupendo, hagan constar lo que han visto y que nos identifiquen a todos. También a esos dos caballeros, que están junto a ustedes —indicó Ramon.

Berlín, 5 de octubre de 2003

Marta y Ramon, convertidos ya en matrimonio, paseaban por la remodelada Unter der Linden, después de una visita al reconstruido Reichstag cuya cúpula de cristal, con accesos en espiral para ser recorrida por los visitantes, había diseñado Norman Foster. En su viaje de novios decidieron visitar la capital de la nueva Alemania reunificada y del viejo Reich como una forma de rendir homenaje a Enric Martí, enamorado del país, de sus tradiciones, de sus leyendas, de sus órdenes militares y de su historia.

Se sentían relajados y felices, aligerados de la pesada carga que el legado del abuelo de Ramon había echado sobre los hombros de su nieto y a la postre también sobre los de Marta. Habían transcurrido dos semanas desde la cremación en La Garriga y todo apuntaba a que quienes habían ambicionado la posesión de la cartera que Rafael Nogués había robado en el Ritz en un alarde de audacia e insensatez los habían dejado en paz.

Tenían la esperanza de que las duras vivencias de unas fechas atrás se quedarían con el paso del tiempo en una aventura que se iría alejando poco a poco, aunque nunca dejaría de estar presente en sus vidas.

Cada día que pasaba Ramon estaba más convencido de que la estrategia ideada por Marta y la destrucción de la cartera y su contenido efectuada en la finca de sus padres había conjurado la amenaza que significaba la Orden Negra porque, como consecuencia de las pesquisas realizadas por los *mossos*, se supo que aquellos individuos, que desde un punto de vista estrictamente legal no habían cometido ningún delito, estaban relacionados con una sociedad neonazi.

En aquellas semanas, Marta, pese a todo lo que significaban los preparativos de su boda, había encontrado tiempo para leer todo lo que había encontrado acerca de las prácticas ocultistas de los jerarcas del nazismo. Se había empapado de la lucha soterrada mantenida por los bandos contendientes en la Segunda Guerra Mundial en un terreno tan escabroso como aquel. Se había acercado a la figura de Aleister Crowley y al círculo de magos de Coventry, que asesoraron al mismísimo Winston Churchill. Profundizó en sus conocimientos sobre la Sociedad Thule y el papel que desempeñó, como círculo secreto de ocultistas, en el desarrollo del nazismo. Su formación académica le había llevado a rechazar de forma sistemática cualquier asunto relacionado con un mundo tan extraño, oscuro y misterioso, considerándolo un cúmulo de supercherías y mentiras. Pero conforme se adentraba en el conocimiento de aquella parcela de la Segunda Guerra Mundial se percataba de que, como tantos otros —Baumann era un magnífico ejemplo de ello—, había actuado con demasiada

ligereza y que Enric Martí, Marta lo sabía bien, era un tipo demasiado inteligente y no había temido dedicar su tiempo a lo que hasta entonces ella había considerado una subcultura sin mayor valor que proporcionar material a sus adictos y algo de entretenimiento a quienes se movían por la superficie de un mundo esotérico.

Los Superiores Desconocidos a quienes se aludía en los papeles y a los que se había referido Enric como quienes desde siempre han regido los destinos del mundo fueron poco a poco pasando de ser una fantasía, a cobrar consistencia. A lo largo de aquellos días, Marta leyó cosas asombrosas, como las palabras pronunciadas por el alcalde de Hamburgo en 1937: «Nos comunicamos directamente con Dios a través de Hitler. No necesitamos ni clérigos ni sacerdotes».

Se enteró de la existencia del llamado grupo de los 72, que inspiraban todas las grandes decisiones que se adoptaban a nivel mundial, aunque nunca intervenían directamente. Conoció la existencia de la Orden Hermética de la Golden Dawn, que no era sino una ramificación de una organización mucho más amplia, denominada los Estudiosos del Hermetismo. Supo de las actividades de una llamada Sociedad del Dragón Verde, cuyo círculo interno estaba controlado por unos jefes desconocidos; precisamente a ellos aludía en el momento de morir en Munich, víctima de un atentado, el ministro de Asuntos Exteriores alemán en brazos de su secretaria Irma Staub. Sus últimas palabras fueron: «Los setenta y dos que dominan el mundo».

Mientras Marta y Ramon visitaban el museo de la Orden Teutónica, la famosa caballería medieval germánica que tanto había atraído a Enric, algunos kilómetros más al sur, en el corazón de Baviera, en el Munich que vio nacer, crecer y expandirse la amenaza nazi, un grupo de hombres, reunidos en torno a una mesa ovalada, debatía acerca de los sucesos acaecidos en Barcelona en relación con la cartera del *reichsführer* Heinrich Himmler. Se discutió con vehemencia. Alguna voz culpó a Hermann Gross del fiasco final en un asunto de tanta importancia y trascendencia para la sociedad. Al final, el caso de la cartera del *Reichsführer* se dio por cerrado.

A la salida del museo, que era una inmersión por el mundo caballeresco de la Edad Media, Ramon le comentó a Marta:

—¿Qué te parece a ti eso de los Superiores Desconocidos?

—Ya te lo he dicho varias veces, Ramon. Al parecer se trata de unos seres, no sé si divinos, que desde siempre han gobernado el mundo.

—Te he visto devorar libros a lo largo de estos días, todos ellos relacionados con estos asuntos. ¿Tanta curiosidad sientes por saber qué se esconde detrás de todo eso?

—insistió Ramon.

—Creo que detrás de todo eso hay un mundo apasionante.

—Es posible que sea apasionante, pero me parece una bobada que puede resultar muy peligrosa.

—De eso último no me cabe la menor duda —asintió Marta.

—Ahí quería llegar, porque me parece recordar que habíamos quedado en que durante un tiempo nos olvidaríamos de la cartera y todo lo que significa.

—Bueno, bueno tampoco tienes que tomártelo así —se defendió Marta—. En realidad, no he leído nada referente a la cartera.

—Ciertamente que no, pero como cada día que pasa te conozco mejor, no quiero que empecemos a deslizarnos por un camino tan tentador. ¡Vete a saber adónde nos conduciría en poco tiempo!

—Está bien, pero no olvides que lo que hemos destruido forma parte de un mundo muy amplio y que levanta pasiones. —Un atisbo de picardía asomó a los miopes ojos de la historiadora.

—Esas pasiones significan precisamente, bien lo sabemos nosotros, que hemos de tener mucho cuidado.

—No tengo ninguna duda al respecto y, además has de saber que mi pasión en estos momentos camina por otros derroteros. —Marta pasó el brazo por la cintura de Ramon y lo besó en la mejilla.

La bella Lola

por Zoé Valdés

Introdujo un cordón de cuero entre las páginas del libro que estaba leyendo para marcar la página en que se había detenido. Miró enfrente, el mar de Torre Vieja, la playa salada donde tiempo atrás había tantos barcos provenientes de su ciudad natal, La Habana. Allí el mar no era azul verdoso ni plateado hacia el atardecer como en el borde del Malecón; el mar de Torre Vieja es un mar densamente azul, pensó, de un azul como salido de un diminuto paisaje europeo del siglo XIX.

Estudió la imagen de la cubierta de la novela que leía, *La mujer justa*, del húngaro Sándor Márai. Un hermoso retrato de la actriz Amira Casar anunciaba el tema de la novela: los amores perdidos o jamás encontrados porque no han sido necesarios. Sándor Márai se suicidó un día antes de la caída del muro de Berlín, Lola no sabía si era una forma poética o desatinada de desaparecer, quizá un poco antes del justo tiempo en que la libertad se definía. Su definición duró también bien poco.

Lola había empezado la lectura al llegar a la orilla de la playa, temprano en la mañana, cuando no había nadie; le gustaba acostarse sola en el borde del mar. No levantó los ojos de las páginas hasta que el sol comenzó a picar en su piel, con escozor arrebataador. Elevó las pupilas: y el sol resplandecía justo en el centro del cielo y el caleidoscopio encegueció.

A esa hora la rodeaban familias de bañistas. Las risas de los niños la puso melancólica: era joven, hacía poco tiempo que también ella, aún pasándola mal, reía con la misma inocencia. Llevaba otro libro, para alternar; sacó de la cartera el *Diario* de José Martí. Observó indiferente a las pocas personas que también leían a su alrededor: los que no sostenían entre sus manos a Harry Potter, se aferraban a *El código Da Vinci*. Se sintió «objeto anacrónico». El mundo se divide, ironizó para sí, entre los que leen *El código Da Vinci*, y los que se afanan con cada aventura de Harry Potter. Untó su piel de bronceador; le ardía la zona de las axilas, pero no pudo impedir quedarse tranquila y reanudar la reflexión: en eso se había convertido el mundo, pensó, en una mala copia de sí mismo. La gente no vivía, la gente mundeaba. Vivir no importaba, lo que importaba era figurar en este planeta, en uno u otro bando. Porque existían, desde luego, los dos bandos, y ambos no cesaban de chacharear sobre inventos incomprensibles, pura demagogia. Se dijo que si anotarse en cualquiera de los dos bandos resultaba insoportablemente traicionero, peor había sido lo que le tocó a ella: nacer en una isla barata y gesticulante. Quiso interrumpir el pensamiento por temor a volverse aún más indiferente, es decir, cínica.

Al fin y al cabo, ella se hallaba ahora en esa playa; desde hacía diez años solamente sabía vivir el momento sin más, sin proyectos posteriores, sin futuro. Llegó

a Torre Vieja y allí se quedó, en espera. Lo único que la ilusionaba algo era esperar: en el invierno trabajaba como profesora de canto y además se preparaba, ella también, para cantar habaneras; en el verano participaba como espectadora del certamen cuando no trabajaba de noche de camarera en un restaurante para redondear el mes. Por las mañanas impartía sus clases salvo el miércoles y fines de semana, en los que de día se instalaba en las dunas salitrosas a leer, a dormir. Apenas comía, perdió el apetito a las semanas de ser contratada en el restaurante constatar el despilfarro de alimentos le daba arqueadas, vomitaba nada más de pensar que en su país la gente no podía ni siquiera soñar con probar las sobras que otros dejaban intactas en el plato.

Había ido hasta allí siguiendo a su marido, un albañil que no era albañil: era pianista antes de conocerlo ella, pero se había visto en la obligación de meterse en la construcción para poder ganarse el pan. Comenzó a sospechar que la engañaba cuando el hombre empezó a vestirse de traje y a perfumarse antes de salir a la obra:

—¿Es nuevo eso de perfumarte y vestirse de traje para ir a poner ladrillos? —preguntó sin alterarse.

—Intento dar una buena impresión —respondió él.

Un mediodía decidió ir a verlo a la obra. Hacía meses que no trabajaba allí, confirmó el jefe principal. Aquella tarde no preparó la cena: lo llamó al móvil y le pidió ir a cenar al restaurante donde él acostumbraba a tomar el café, el de aquellos conocidos cubanos... Él aceptó titubeante porque ella nunca le pedía que la invitara a cenar. Solo observar un gesto de la camarera, sospechó que la amante podía ser ella. Sin embargo, prefirió dejar el tema de los celos de lado y aclarar la duda que más la atormentaba desde que había regresado cabizbaja bajo un sol que le recordaba con demasiada insistencia aquella isla:

—Quise darte una sorpresa hoy y la sorpresa me la llevé yo...

—Ya lo sé, estuviste allí; Luis me llamó enseguida para contarme que habías estado buscándome... He conseguido dar clases de piano, no quería avanzarte nada hasta que el asunto fuera más serio... No me mires de ese modo, Lola, por favor.

—No te miro de ningún modo. No entiendo por qué no me hablaste con sinceridad.

—No lo sé.

Hubo un largo silencio. La corta frase y el largo silencio convencieron a Lola de que todo había terminado entre ellos, pero ella lo quería, y necesitaba aferrarse a su idea altruista del amor, creer que amar cura, borra cualquier desavenencia y devuelve la esperanza de que es posible salvar a la humanidad del odio. Sentía un miedo enorme de solo pensar que él la abandonaría; la invadía un desasosiego que le estragaba el estómago, un pesar amargo y dañino. Temía hundirse en la inquina, como los otros, como el resto.

—Recuerdo tanto los olores, los ruidos de Cuba, entonces me pongo tan triste... —se le ocurrió murmurar.

Después cenaron callados. Y el silencio se extendió, instalado en cualquier

espacio, sembrado en ellos, hasta el día en que abrió la puerta, y lo encontró muy nervioso, delante de la computadora, que venía de encender.

—¿Acabas de llegar? —trató de averiguar ella, y se contestó a sí misma—. Por lo visto sí, claro, llegaste ahora mismo.

—Tú también.

—Pues, claro «Ya, el reproche como boomerang», musitó Lola.

Se dirigió al cuarto; solo le dio tiempo de poner las llaves en el pequeño escritorio. Oyó que se activaba la alarma anti-robos instalada por su marido. Él abrió la puerta, volvió a cerrarla. Entonces Lola olió un perfume raro, distinto y dulzón, que emanaba desde el baño hacia la salida del apartamento. Alguien se había escondido allí, y consiguió escapar en el instante en que ella entraba en el cuarto. No dijo ni esta boca es mía, y durante semanas y meses permaneció con la incertidumbre corroyéndole las entrañas. Por momentos se decía que no podía seguir así, en la constante inseguridad, en el rencor que ya empezaba a desplazar a la duda. La noche del acontecimiento fingió no haber percibido nada; solo se desnudó a oscuras, en el cuarto de ambos, se acostó, lloró bajito, con los ojos fijos en las sombras. Él durmió en el sofá del salón.

Al día siguiente introdujo el *Diario* de José Martí en el bolso, desde entonces no se separaba de ese libro. No podía explicarlo, pero halló en la vieja edición una especie de amuleto que la reconfortaba siempre que la soledad amurallaba sus sentimientos, o sea la mayoría de las veces, cuando había preferido callar, quedar a la expectativa. Entonces hojeaba sus páginas, recitaba una frase en una letanía, como en una especie de oración que le proporcionaba energías:

Abril 9: Lola, jolongo, llorando en el balcón. Nos embarcamos.

Ella se llamaba Lola, había nacido un nueve de abril de 1985. José Martí escribió esas palabras en el 1895. Apreciaba las combinaciones de números, más que los juegos de palabras.

A esa altura, en la playa, se dio cuenta de que había perdido a todos sus amigos, de que no tenía a nadie; dos años de vida matrimonial habían bastado para exterminar sus relaciones. No veía a nadie más que a su marido. Él, por el contrario, cada vez conocía a más gente, cada vez se integraba más en la ciudad, y ella se apartaba, se aislaba, refugiándose en él, guardaba cada una de sus palabras para conversarlas con él. Las horas pasaban, y ella no abría su boca más que para saludar, para cantar con sus alumnos o tomar la orden de los comensales en el restaurante.

Reparó en que un grupo que formaba uno de los coros participantes en el Certamen de Habaneras se situó próximo de ella, en la playa. La directora dio las pautas y ellos entonaron la melodía:

ba,
hermosa del ardiente sol,
u cielo azul,
ble trigueña,
as sus flores
ia eres tú.
sagrado
a tu corazón
aro cielo
gría me dio.
is miradas
fundido Dios
ojos la noche y la luz
rayos del sol.

Las voces le hicieron evocar los viajes, de niña, con su abuela a los pueblitos de Casablanca y de Regla, del otro lado de la bahía. La iglesia de la virgen negra, la de Regla, se encontraba desierta; de súbito, el coro de ángeles, los niños del catecismo, entonaron cantos religiosos, pero acompañados solapadamente por los ritmos tradicionales cubanos. La habanera no se escuchaba en La Habana, ni en ningún sitio de Cuba. La habanera pertenecía a Torre Vieja, el género es de quien lo cultiva, afirmó para sus adentros.

lma
el bosque se mece gentil
eño arrulló...

Por más que lo deseara no podía comportarse fríamente ante las palabras que acompañaban la melodía; aquellos versos la tocaban muy hondo, y por más que por días su carácter se endurecía debido a su sufrimiento, este tipo de encuentro, el encuentro con su país, conseguía fragilizarla, extenuarla. Recostó la espalda sobre las rocas, y ahí colocó sobre el imaginario tapete todo su pasado; barajó las cartas de la memoria y veía el rostro de su madre aconsejándola que no se casara con aquel hombre, sobre todo con él:

—Un hombre que hace las cosas que hizo el día en que dio a luz su primera esposa, ¿recuerdas? Se fue a almorzar con una antigua novia. No creo que será mejor contigo —recalcó su madre—. De cualquier modo, los hombres no aman como amamos las mujeres, no lo olvides; no aprecian las situaciones amorosas con la profundidad que lo hacemos nosotras. Y a este, hija, ¿qué quieres que te diga? Se le sale la veta, tiene demasiada trastienda.

*beso de la brisa
rír de la tarde
bertó.
es la caña
rás lo es tu voz,
amargura
del corazón.
ntemplarte
a mi laúd
riéndote hermosa sin par,
e Cuba eres tú.*

Pero Lola no hizo caso de su madre, ni de nadie. Los amigos de la familia, los vecinos, la gente que la quería bien, la animaban a que esperara, a que no se casara tan joven, a que no se marchara con él. Ella estaba enamorada, creía en él, e inevitablemente cuando una mujer se enamora y cree en el hombre al que ama, la mayoría de las veces comete no solo la estupidez de casarse, sino además la tontería de apartarse del hogar materno y cortar con los amigos. Lola se apartó, huyó demasiado lejos; de hecho, diez años transcurrieron sin que hubiera conseguido regresar a su país, ni siquiera pudo reunir el dinero necesario, una suma importante, para invitar a su madre. En la actualidad, entre la vergüenza y las ganas que sentía de verla, podía más el pudor.

Parpadeó porque un chiquillo mojado pasó corriendo junto a ella y la salpicó de agua de mar; decidió darse el último chapuzón, recoger los matules y regresar a casa. Siempre que se decía esa frase: «regresar a casa», pensaba en el pequeño apartamento alquilado de Torrevieja que compartía con su esposo. «Regresar a casa» en otros tiempos, le hubiera provocado la más grande alegría del mundo, sobre todo cuando significaba realmente regresar a su casa, a su país.

*ros:
el cielo resuena una voz,
larnos valor
ucha tremenda
sabio patriota
oria emprendió.
tu nombre
ido será
o la historia
pueda enseñar.*

Las voces se alejaron a sus espaldas. Lola caminó durante casi todo el resto del día, faltó a sus compromisos, no asistió a las clases, ni pensó siquiera en el restaurante, miraba al frente y sonreía, caminó hasta llegar a su casa, incluso siguió de largo, ensimismada en sus pensamientos, tuvo que virar y lo hizo resuelta, no se sentía cansada. No tomó el elevador, subió corriendo las escaleras. Como siempre, se encontró sola en el apartamento, pero ni siquiera reparó en ello. Bebió un vaso de leche, tomó una ducha. Abrió el armario, dobló algunas de sus vestimentas, y guardó

un bulto de fotos en una esquina de la maleta, extrajo el pasaporte español de una gaveta y lo introdujo en el bolsillo interior de la cartera. Vaciló antes de marcharse, ¿le escribiría una carta, una pequeña nota, o nada? Nada. Tiró la puerta.

Pidió al taxista que la condujera al aeropuerto de Alicante. Allí compró un billete para Madrid; en Barajas gastó todos sus ahorros en otro billete hacia China. Algún día retornaría a Torre Vieja, era el sitio más tranquilo que había conocido en su vida, y daba por seguro que en un futuro extrañaría, de manera sana, la verdadera tierra de las habaneras, no como añoraba La Habana, su ciudad, todavía con demasiada pasión.

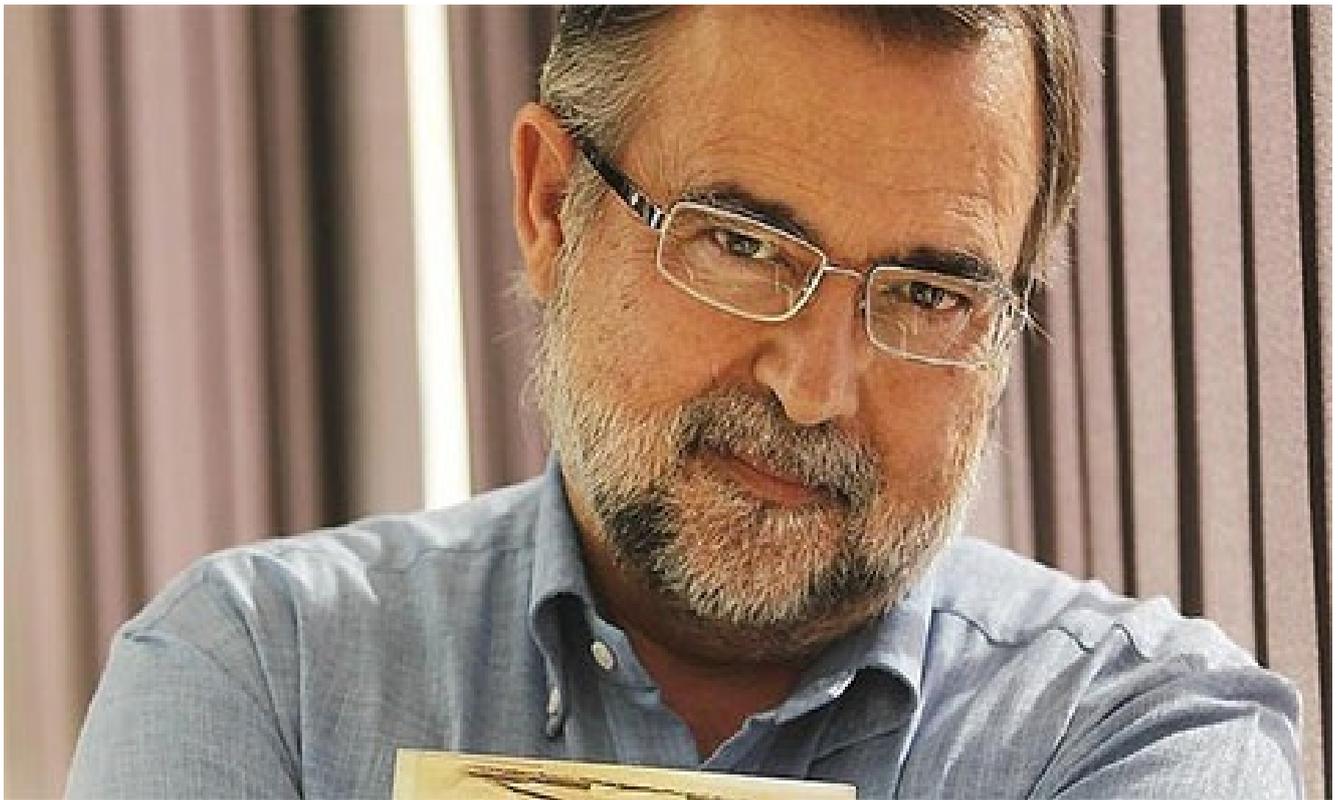
Le habría gustado fugarse en barco, imitar a los antiguos marineros, alejarse y contemplar cómo empedreaba el horizonte. Prefería las olas a las nubes.

En el avión abrió el libro:

Abril 9: Lola, jolongo, llorando en el balcón. Nos embarcamos.

Ese día cumplía veintiún años. Su marido se había marchado muy temprano, como siempre, bien vestido, perfumado; desapareció de la habitación sin un beso, era la primera vez que olvidaba felicitarla en su cumpleaños. Tragó saliva, los ojos humedecidos de lágrimas. La saliva y las lágrimas contenían el sabor salado de las reverberantes dunas de Torre Vieja.

París, septiembre de 2005



JOSÉ CALVO POYATO (Cabra, Córdoba, 1951) es catedrático de historia. Se doctoró con una tesis sobre los señoríos en el paso del siglo XVII al siglo XVIII, período que, centrado en el reinado del último Austria, Carlos II, y el primero de los Borbones, Felipe V, constituye la mayor parcela de su labor investigadora: *La guerra de Sucesión* (1988), *Así vivían en el Siglo de Oro* (1989), *De los Austrias a los Borbones* (1990), *Carlos II el Hechizado y su época* (1992), *Felipe V, el primer Borbón* (1993) y *Juan José de Austria* (2002). Ha publicado también las novelas de base histórica *Conjura en Madrid* (1999), *La Biblia negra* (2000), *El hechizo del rey* (2001), *Los galeones del rey* (2002), *Jaque a la reina* (2003), *El manuscrito de Calderón* (2005), *La orden negra* (2005), *El ritual de las doncellas* (2006), *La dama del dragón* (2007), *Vientos de intriga* (2008), *El sueño de Hipatia* (2009) y *Sangre en la calle del Turco* (2011) que han cosechado un gran éxito de crítica y público.

Notas

[1] La actual imagen de Nuestra Señora de Montserrat es obra muy posterior a la que llevó Audaberto a comienzos del siglo VIII. <<